MORENA, PELIGROSA Y ROMÁNICA

Pedro Feijoo

VERSÁTIL narrativa

Morena, peligrosa, y románica.
una comedia dantesca

Título original: *Morena, peligrosa y románica*
© 2015 Pedro Feijoo
Cubierta:
Fotomontaje y diseño: Eva Olaya
Fotografías cubierta © Shutterstock
1ª edición: octubre 2015
Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:
© 2015: Ediciones Versátil S.L.
Av. Diagonal, 601 planta 8
08028 Barcelona
www.ed-versatil.com
Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.

Para Marta,
a quien, a veces, todavía hago reír.
21

«Si la ocasión es propicia,
esta historia podría ser el cañonazo inicial
de un nuevo desastre universal…».
Groucho Marx

Prólogo

Con su permiso, voy a introducir un argumento. No sé si a ustedes les ocurrirá lo mismo, pero lo cierto es que de un tiempo a esta parte hay una pregunta que no deja de darme vueltas en la cabeza: ¿qué es realmente la vida? Quiero decir, hablando en términos clásicos, ¿es la existencia una tragedia? ¿O tal vez una comedia? Me imagino que ustedes, que ya se les ve que son gente sensata (además de un público maravilloso, por supuesto), dirán que, vaya, que como todo en la propia vida dependerá del cristal con que se mire y de su color. Y sí, claro, supongo que así será. Aunque, si les interesa mi opinión…

Para mí que ya la propia pregunta está mucho más cerca de la comedia que de la tragedia. Sí, eso es lo que creo. ¡Y ojo!, no vayan a pensar que por decir esto va a ser todo en la vida risa y felicidad. No. Porque la comedia es verdad. Y, mal que nos pese, en la verdad siempre hay dolor. Y ahí, ahí está lo malo. Porque lo malo, amigos, es que en este cuento que es la vida ya sabemos cuál va a ser papel reservado para nosotros: el de quien sale perdiendo. Tal como yo lo veo, en la comedia del mundo a nosotros siempre nos toca encarnar ese personaje sobre el que caen todas las burlas, todos los sopapos y todas las carcajadas. Lo cual no me negarán que es bastante trágico… ¡La desgracia, tan necesaria para poner en valor el verdadero peso de la felicidad y todas sus virtudes!

Y no crean que estoy hablando de una persona en concreto, ni tan siquiera de unos hombres sobre otros. No, la cosa no va por ahí. No se trata de una raza contra otra, ni mucho menos de un sexo frente a otro. No… El asunto va más bien como en el chiste aquel, ¿lo conocen? Adán habla con Dios e, inocente, le pregunta: «Señor, ¿por qué hiciste a Eva tan atractiva?», y Dios responde: «¿Cómo sino? Para gustarle alguien tan atractivo como tú, por supuesto.» Orgulloso, Adán sigue preguntando y, con voz bobalicona, dice: «Y, Señor, ¿por qué la hiciste tan cálida y suave?», a lo que Dios vuelve a responder: «¿Cómo sino? Para gustarle a alguien tan cálido y suave como tú, por supuesto.» Entonces Adán se queda en silencio y, después de pensarlo por un instante, frunce el ceño y vuelve a preguntar: «Pero Señor, si todo era para que fuese de mi gusto… ¿Por qué la hiciste tan idiota?» En ese momento Dios sonríe y,

socarrón, contesta: «¿Cómo sino? ¡Para que se enamorara de alguien tan idiota como tú, por supuesto!» Para mí la vida viene siendo algo así, una situación de la que no sé cómo lo hará Dios, pero desde luego, ni los hombres ni las mujeres saldremos nunca bien parados…

Ahora, eso sí, si hay algo sobre lo que no tengo ninguna duda es precisamente sobre esto: sea Él, el Supremo Hacedor, el Gran Arquitecto, el *Big Boss*, o como diablos queramos llamar a «ese tal Dios», lo que sí está claro es que, más allá de cualquier duda razonable, existe una fuerza superior que rige, observa y, muy probablemente, se parte de risa ante la contemplación de nuestros movimientos a lo largo de todos los códigos postales de este valle de lágrimas. ¿De qué otra manera explicarían ustedes cuestiones como lo de la calidad frente a la cantidad?

Me refiero al hecho científicamente comprobado de que la única meta verdadera y subconsciente de cualquier especie animal no es otra sino garantizar la supervivencia y expansión de la misma especie. O sea, y hablando en plata: más allá de esa sensación extraña que acostumbramos a llamar «amor», si hoy estamos aquí reunidos no es en realidad para otra cosa sino para procrear. Y, sin que dejemos de lado esa misma claridad, está igualmente demostrado que, a la hora de afrontar semejante responsabilidad, los comportamientos de uno y de otro sexo son completamente diferentes. Así, llegado el momento de prepararse para la faena, las hembras se descubren programadas para la calidad. O lo que es lo mismo: ellas observarán primero y escogerán después al mejor candidato de entre todos los pretendientes presentados al *casting* (donde serán factores a evaluar aspectos como la fuerza del individuo, su «dotación», sus recursos, y todas aquellas capacidades a mayores que contribuyan a fortalecer y mejorar la protección de la camada que, evidentemente, acabará por llegar), para poder así garantizar la buena salud de la siguiente generación. ¿Claro hasta ahí? Bien, pues mientras esto sucede, a su vez los machos se descubren programados para escoger… Un momento, ¿he dicho escoger? ¡Ni mucho menos! Los machos están programados para la cantidad, y punto. No hay tiempo para selección alguna (tanto es así, que el verbo «escoger» ni siquiera aparece recogido en el famoso *Diccionario Masculino Ilustrado*, (*muy ilustrado), de la*

Evolución). Un buen macho no puede perder ni un segundo de su valiosa vida en fijarse a ver cuál es la mejor receptora de su preciadísima semilla: ¡todas lo son!

Resumiendo, que lo que tenemos delante no es otra cuestión sino la sempiterna lucha entre calidad *vs.* cantidad. Y claro, así no hay quien se ponga de acuerdo.

Por si todavía no les parece significativo este ejemplo, permítanme que les ofrezca otro un poco más próximo. Porque igual pensaban que hasta ahora nada más les estaba hablando de todos esos bichos que salen en la tele por el canal de los documentales. Machos y hembras, leonas, tigres, búfalos y ñus… Déjenme, pues, que les hable de algo bastante más próximo: los seres humanos (miren a su alrededor, seguro que tienen más de uno cerca…). De hecho, vamos a hablar de un tema que a mucha gente le resulta incómodo, y que a mí, simplemente, me resulta de recuerdo complicado: el coito.

Aunque a veces tengamos serias dudas sobre la conveniencia de tal decisión (sobre todo después de oír algún que otro diálogo en determinados canales de televisión), la verdad es que para garantizar aquella supervivencia de la especie de la que antes hablábamos también nosotros necesitamos practicar ese encuentro sexual. Sabiendo de lo vagos que somos y de lo mucho que nos gusta dejar las cosas a medio hacer, la madre naturaleza, los dioses del Olimpo, o como finalmente decidamos llamar al Mega-Programador, culminó el diseño de ese «encuentro» con un fantástico premio final. Sí, me refiero a eso que nosotros, los humanos, conocemos como orgasmo (muchas veces, por cierto, un fin de fiesta demasiado efímero para lo caro que nos ha salido el baile, si bien ese es un tema que ahora no viene a cuento…).

La cosa es que, llegados a ese momento mágico del orgasmo y gracias a una serie de combinaciones hormonales específicas, nuestros cerebros se comportan de modos completamente diferente según seamos de uno u otro sexo. Así, mientras en la mujer se produce algo parecido al deseo de estar cerca del amante, animada y, por lo general, con ganas de más fiesta, en el caso masculino nuestras propias hormonas deciden que llegados a ese punto lo mejor que podemos hacer es… dormir. ¡Dormir! Dice la ciencia que se trata este de un mecanismo diseñado para que el macho no

abandone el nido, y que para cuando vuelva a despertarse, ya más descansado, esté listo para el siguiente asalto. Pero hombre, ¡resulta evidente que así es imposible quedar bien! Miren: la ciencia ya puede decir misa, pero para mí que esto no es más que una cuestión de «incompatibilidad de programación», y además hecho a mala idea. Cuando ustedes, parte femenina del público, quieren más, nosotros, parte masculina, ¡¿solo queremos dormir?! Por fuerza tiene que haber alguien ahí fuera, arriba, en el cielo, en el espacio exterior o donde ustedes lo quieran imaginar, observando nuestros desencuentros y meándose de risa a nuestra cuenta. Alguien, en realidad, que sabía de antemano que esto sucedería… ¿Quién, díganme, quién sino el propio programador?

Ya lo ven, amigos, pueden ustedes llamarlo como quieran, pero lo cierto es que no somos más que marionetas, títeres a merced de una voluntad más elevada, una fuerza superior a la que podríamos llamar… No sé, ¿qué tal «destino»? Da igual, que cada cual lo llame como prefiera. Lo que resulta obvio es que gobierna todos y cada uno de nuestros pasos y que, evidentemente, tiene un sentido del humor de la peor calidad posible…

Así es como veo yo la vida. ¿O desde qué otra perspectiva, si no, podemos tratar de comprender la extraña cadena de acontecimientos que estoy a punto de compartir con ustedes?

Sea como sea, en el caso de que todavía pretendan perseverar en su empeño de no creer en este tipo de fuerza superiores, déjenme entonces que introduzca un último concepto: las fuerzas inferiores. Sí, crean ustedes en ellas, porque desde luego, y permítanme que se lo diga, una cosa está clara: que no nos demos cuenta de su potencial no quiere decir que no resulten determinantes en nuestras vidas. Quiero decir, del mismo modo que a ninguno de nosotros se le pasaría por la cabeza lo importante que puede llegar a ser algo tan insignificante (en principio) como llamarse Ernesto, ir tras un conejo blanco, considerar la parte contratante de la primera parte, o tener a mano una simple toalla de baño hasta que no nos encontremos perdidos en un bar al final de la galaxia, tampoco estamos preparados para detectar lo terriblemente pernicioso que para nuestros intereses pueden llegar a ser cosas tan aparentemente insignificantes como una tarjeta de visita o un buzón…

Sí, amigos, si les interesa, y puestos a compartir mi opinión con

ustedes, les diré que, tal como yo lo veo, la vida está trágicamente mucho más cerca de ser una comedia, una de muy mal gusto en la que, visto lo visto, lo importante es no llevarnos demasiados golpes en la cabeza. La mía (mi comedia, no mi cabeza) comienza con una tarjeta de visita, una simple y aparentemente inofensiva tarjeta de visita mal puesta en un buzón de correo con una ventanilla demasiado pequeña. Por cierto, ¿les he dicho ya que son ustedes un público maravilloso?

Libro primero:
Un **infierno** con vistas a la ría

Canto I: Mi nombre es Legión

En realidad, todo había empezado mucho tiempo antes de que mi vecina llamara a mi puerta. Solo que entonces yo no lo sabía. Todavía no.

—¡Señora Chismes! —exclamé al encontrarme con ella al otro lado—. Vaya, qué sorpresa…

—Por favor, señor Odeón, disculpe que lo asalte de esta manera —respondió al tiempo que ella misma terminaba de abrir, determinada, la puerta de mi piso de par en par—. Lo último que quisiera en esta vida sería molestarlo.

Y aunque nadie la invitó a hacerlo, tal declaración de principios le bastó a la señora Chismes para avanzar imparable desde el descansillo del noveno al interior de mi apartamento. Fue un vuelo directo, sin escala en el recibidor, de modo que, cuando quise darme cuenta, ya me había quedado solo, al lado de la puerta, con una sartén en la mano y un rastro de aroma a colonia barata, fritanga y sudor en la nariz. Comprendiendo que por ahí ya no entraría más que el aire frío que subía por el hueco de las escaleras, cerré la puerta y seguí los pasos de mi vecina.

La encontré al fondo del salón. Tampoco es que fuera muy difícil, un apartamento como el mío no es que dé para muchos escondites, precisamente… La mujer permanecía inmóvil, de pie frente a la ventana y con la mirada perdida en la contemplación de la ría de Vigo, una balsa de aceite allá abajo. Cómodamente sentado sobre nuestro viejo televisor, Virgilio, el gato con el que yo compartía piso, conversación y a veces incluso comida, no le quitaba ojo de encima. Desconcertado por lo inesperado de la visita, pensé que sería mejor mantener una distancia prudencial. Dejé la sartén que todavía llevaba en la mano al lado del televisor y me situé detrás de ella. De la señora Chismes, no de la sartén.

No sabiendo muy bien qué decir, también yo me quedé contemplando el paisaje. A la izquierda las islas Cíes, allá a lo lejos. Frente a nosotros el monte de la Guía y, tras él, los gigantescos pilares del puente colgante de Rande. Cuando mi vecina consideró que el interludio dramático ya había sido suficiente, giró sobre sí misma y, por fin, se dispuso a hablar.

—De sobra sé que andará usted liado en un millón de asuntos

más importantes que atender a una pobre vecina asustada como yo.

—Sí, bueno, la verdad es que ahora mismo estaba a punto de ponerme a hacer la comida… —respondí señalando la sartén, todavía empapada en aceite al lado del televisor y el gato.

Por completo indiferente al subtexto de mi comentario, la señora Chismes respondió cogiendo teatralmente mis manos entre las suyas.

—Comprendo, comprendo —musitó al fin, a todas luces ni comprendiendo nada ni mucho menos importándole en absoluto la mucha o muchísima hambre que yo pudiera llevar conmigo a aquellas horas del día—. Pero, por favor, señor Odeón, permita que le explique algo: cuando una mujer como yo se atreve a perturbar la tranquilidad de un hombre de acción como usted en su hogar es porque lo necesita. Verdaderamente.

—¿Un hombre… de acción? ¿Como yo? Vaya, me abruma usted…

—¿Y eso? —respondió aparentando no comprender mi desconcierto.

—Con su perspicacia, quiero decir. Me abruma usted con su perspicacia… No todo el mundo es capaz de reconocer mis dotes con tanta facilidad. ¿Y dice que me necesita, entonces?

—Exacto —confirmó clavando intensamente sus ojos en los míos —. Lo necesito.

—Caramba…

—Mucho —especificó.

—Vaya… ¿Mucho, dice usted?

—Muchísimo.

Y esta vez su respuesta vino acompañada de un sutil movimiento por parte de su cuerpo, curiosamente en dirección al mío.

—Vaya —respondí tragando saliva—, pues entonces supongo que la comida podrá esperar… ¿Y de qué tipo de necesidad estamos hablando, entonces?

La señora Chismes, la vecina del 2º derecha, soltó mis manos y, alejándose de mí, se dejó caer sobre el despojo que me hace las veces de sofá, dándoles a las dos cucarachas que allí se echaban la siesta el tiempo justo para ponerse a salvo de no morir aplastadas.

—Se trata de mi hijo, señor Odeón.

—Su hijo —repetí.

Ni hijo ni gaitas, en realidad mi respuesta no era más que un pretexto para sentarme a su lado.

—Sí, el imbécil de mi hijo. A disgustos, don Dante, el muy animal…

La señora Chismes se mordió el labio, justo al tiempo que su voz empezaba a sonar furiosa, quizás incluso ligeramente demasiado rabiosa. Debió de pensar que tal vez esa no fuera la mejor manera de mostrarse ante mí, porque al momento reconvirtió las formas de su enojo en otras más amistosas.

—Por favor, le ruego que me disculpe, es la angustia la que habla por mi boca. Mi pobre hijito, quería decir, que un día de estos me matará de un disgusto…

Lo escaso de la distancia a la que me había vuelto a situar con respecto a mi vecina me permitió comprobar que a la angustia aquella que hablaba por su boca le apestaba el aliento a coñac, tabaco, y algo más, algo sin forma reconocible pero putrefacto muy probablemente ya desde mucho antes de que el hombre de las cavernas hubiera inventado el cepillo de dientes.

—Bueno, ya sabe usted lo que dicen —alegué, más por intentar evitar aquella bocanada infernal que porque tuviera nada que decir—, los chiquillos de hoy, más que les das, más que te piden, ¿verdad?

—¿Chiquillo? —la mujer frunció el ceño—. Hombre, no sabría qué decirle, señor Odeón… Mi Miqui ya va para los veinticinco.

De acuerdo, tal vez debería prestarles más atención a mis vecinos. Bueno, *más*, o simplemente alguna.

—¿Veinticinco, dice usted? —arqueé las cejas—. Hay que ver, se les coge cariño, y luego ya no sabe uno dónde termina el niño y dónde empieza el hombre… Bueno, tanto da, lo importante es que estaba usted a punto de explicarme algo sobre su hijo.

—Sí —confirmó adoptando el mismo tono dramático de antes—. Verá…

Pero no vi nada. O por lo menos no de lo que hubiera esperado. Aparentando un ligero sofoco, sin duda motivado por la angustia que los disgustos de su hijo le provocaban, la señora Chismes hizo una pausa para tomar aire. Acompañándose con un gesto como de abanicarse con las manos, echó la cabeza hacia atrás, y yo no pude sino fijarme en la gota de sudor que, sugerente, se deslizaba cuello

abajo, a punto de perderse ya en las profundidades de su más que generoso escote. Y, si he de serles sincero, creo que si la señora Chismes hubiera tardado medio segundo más en hablar, yo habría empezado a hiperventilar sobre su blusa.

—El problema —arrancó por fin— es que empiezan a ser muchos los días que llevo sin noticias de mi Miqui. Lo que me preocupa no es que desaparezca de vez en cuando. Que se tire dos o tres noches seguidas por ahí es algo a lo que ya me tiene acostumbrada. Pero si al tercer día nadie deja su cuerpo, medio inconsciente, medio desnudo, y por completo apestando a ginebra en mi puerta, entonces sí, ahí sí que me preocupo. Y esta vez va ya para una semana que no sé nada de él, señor Odeón, ¡una semana!

—Caramba, pues sí que parece terrible la situación, sí —respondí fingiendo compartir su angustia—. Lo que no acabo de ver es cómo podría ayudarla yo, señora Chismes. Como no sea echando mano del botiquín… ¿Necesita pastillas? ¿Ansiolíticos, antidepresivos tal vez? Puedo ofrecerle un antihistamínico, si lo prefiere. Sé que no es lo mismo, pero vaya, a mí me funciona. Y además no cojo catarro alguno.

Por un instante la señora Chismes se quedó observándome desconcertada, sin saber muy bien qué responder, hasta que rompió en una carcajada nerviosa.

—¡Por favor, señor Odeón, hay que ver cómo es usted!

—¿Yo? —respondí más desconcertado que ella—. Bueno, buena gente, supongo. O por lo menos dependiendo de cuáles sean sus referencias. En comparación con el Vampiro de Düsseldorf salgo ganando. —Lo pensé por un momento—. Vaya, o eso creo…

—Por supuesto que sí, don Dante. Y precisamente por eso vengo a contarle mi problema. Porque es usted buena gente, valiente y, si me permite que se lo diga —juraría que su tono sonó aquí ligeramente coqueto—, terriblemente atractivo…

Y miren, qué quieren que les diga: razón no le faltaba.

O, bueno, casi…

Vale, de acuerdo: para ser más exactos vamos a cambiar el «faltaba» por un más honesto «faltaría». Porque la señora Chismes bien habría dado en el clavo de no ser por una serie de pequeños detalles dignos de ser tenidos en consideración, a saber:

1. Yo soy uno de esos muchos, muchísimos individuos

anónimos, tipos de aspecto indefinido cuyo nombre también podría ser Legión.

2. No es que sea ningún tapón, pero alto tampoco soy. Y, sobre esta complexión que gasto, digamos que más que atlética la mía viene siendo la propia de los que no comen ni tanto ni con tanta frecuencia como les gustaría. (Las dietas, ya se sabe…).
3. Mi terrible miopía me obliga a llevar gafas, unos culos de vaso montados en pasta negra que, a buen seguro, dudo que hayan estado de moda tan siquiera el día en que los fabricaron, ya muchos lustros atrás.
4. Soy un poco indeciso (creo).
5. Traigo de serie todos los achaques propios de mi edad y, de regalo, también los de los que tienen una o dos docenas de años más que yo.
6. Duermo mal, me despierto demasiado temprano, por la mañana me duele la espalda, por las tardes me encuentro demasiado cansado, por la noche me duele todo y, aun así, sigo acostándome mucho más tarde de lo que mi cuerpo y nuestro veterinario dicen que debería.

Así pues, si llega el día en que semejante constelación de imperfecciones personales se pone de moda, entonces sí. Pero, para serles sincero, hoy todavía estoy bastante lejos de ser lo que se dice «terriblemente atractivo». Por eso, a la luz de la considerable relación de evidencias que acabo de exponer quedaba claro que lo que la señora Chismes necesitaba con desesperación de mí era algo más que pastillas…

—Pues sí, señora Chismes.

—Por favor, llámeme Gladys.

—Por supuesto. Pues sí, Doris…

—Gladys.

—Eso mismo. La verdad es que me lo dicen con mucha frecuencia.

—¿El qué? —preguntó ella acercando su cuerpo un poco más al mío.

—Lo de mi atractivo, por supuesto —le recordé nervioso, simulando apartar de mi frente un mechón de cabello muchos años atrás perdido—. Me lo dicen… constantemente.

—Por supuesto —repitió ella, terriblemente seductora. Lástima de aquel aliento suyo, también terriblemente… terrible.

—En fin —atajé tragando saliva—, ¿qué le parece si ahora mejor aparcamos el asunto de nuestra común belleza, y nos centramos en cómo puedo ayudarla yo? Con eso de su hijo, quiero decir…

Sentada a muy poca distancia en mi sofá de finísimo escay de importación, la señora Chismes todavía tardó en responder, supuse que ocupada en buscar la mejor combinación de palabras con la que ponerme al corriente de la situación. Y mientras lo hacía no dejaba de jugar con los bajos de su falda, un discretísimo estampado de flores en tonos verdes, violetas y amarillos fluorescentes, ahora mostrando sus rodillas, ahora escondiéndolas. Rodilla para arriba, rodilla para abajo. A punto estaba yo de tener un esguince de nuez, de tanto tragar y volver a tragar saliva, cuando por fin, esta vez sí, se decidió a hablar.

—Verá, señor Odeón: como ya le he dicho, lo último que quiero es hacerle perder un segundo de su tiempo, que me consta vale mucho. Pero es que a mí me da que el pobre Miqui anda metido en algún follón, en algo serio. Una madre percibe esas cosas aquí, en el corazón —dijo echándose enérgicamente una mano sobre su pecho derecho, por otro lado increíblemente generoso en lo que a volumen se refería—. Y más teniendo en cuenta que mi cariñito nunca ha sabido elegir bien sus amistades… El pobre siempre ha tenido ojo clínico para escoger a sus compañías entre lo más granado del barrio, usted ya me entiende.

Mi vecina hizo una pausa antes de reiterar su petición:

—Ayúdeme, don Dante, ayúdeme a encontrar a mi angelito, y yo… —nueva pausa, nueva mirada, nueva gota resbalando cuello abajo—, yo sabré recompensarle como se merece…

Pronunció esta última oración afirmativa muy lentamente, asegurándose de que yo comprendía cada vocal y cada consonante pronunciada. Y, al hacerlo, acompañó su perfecta dicción con un nuevo movimiento de aproximación, esta vez menos sutil y más definitivo, dejando nuestros cuerpos a tal distancia que, ahora sí, entre ellos ya no quedaba espacio ni para las dudas.

—Escuche, Dante… —murmuró suavemente en mi oreja.

—Dígame, Doris.

—Gladys.

—Sí, las dos. Díganme.

—Dada su profesión, en el edificio estamos todos convencidos de que no hay en todo el bloque nadie más indicado que usted para encontrar a mi pobre hijito y traerlo de vuelta para casa.

Hablaba muy despacio, sus labios casi pegados a los míos, y, mientras lo hacía, su dedo no dejaba de jugar con los botones de mi camisa.

—Y no, no se preocupe —continuó, poniendo ahora su índice sobre mis labios, como si estuviera silenciando algo que, en realidad, yo no iba a decir. *En realidad*, en ese momento yo no habría sido capaz de decir ni *Mondoñedo*—. Usted no tendrá de qué preocuparse, que su secreto permanecerá a salvo conmigo…

Doris, Gladys, o como diablos se llamara la señora Chismes seguía allí, con su mano izquierda acariciando mis labios, sus ojos ahora zalameramente puestos en los míos, y toda su solemnidad y una talla cien de sujetador en la mano derecha. Y, justo a su lado, yo, todavía más perdido que al principio de nuestro encuentro. ¿Mi secreto? Pues muy bien, pero… ¿Cuál de ellos? Y, sobre todo, ¿a qué demonios se refería con eso de que en el edificio estaban todos convencidos? ¿Convencidos, de qué? ¿Y quiénes rayos eran esos «todos»?

—Disculpe —dije apartando por fin su mano de mi boca—, pero creo que no acabo de comprender…

Ladeó la cabeza y dejó escapar una sonrisa cómplice.

—Veo que se resiste usted a confiar… Pero insisto —insistió—, no es necesario que disimule, aquí ya todos sabemos que ustedes tienen que ser discretos ante todo. Lo comprendo. Bien es verdad que en su buzón no llega a verse con claridad, pero por lo poco que la gente comenta está bien claro que en el barrio no hay otro como usted.

Me quedé mirándola, cada vez más desconcertado.

—¿Otro… como yo?

—Sí —respondió ya casi pegando sus labios a los míos—, otro como tú: agente secreto.

Bien, muy bien. De acuerdo. Aquí es donde ustedes pueden darle al botón de *pause*. Denle, y dejen que por un instante la imagen de la señora Chismes, aquí sentada a mi vera, se quede como la nómina de un funcionario cualquiera: congelada.

Porque de todas las medias verdades que me vecina está metiéndonos a mí y, por extensión, a ustedes, mucho me temo que será esta última la más grande y, sin embargo, supongo en realidad que también la más inconsciente. ¿Agente secreto, yo? A ver…

Quizá de habérmelo propuesto antes, de haber sido más alto yo, más fuerte mi cuerpo y menos planos mis pies…, pues miren, no les digo que no. Pero ahora, evidentemente, no. De los muchos, muchos oficios que a lo largo de mi vida he tenido ocasión de practicar, el de misterioso agente secreto no figura en mi *currículum*.

Aclarado este asunto, estarán pensando que, evidentemente, mi siguiente movimiento será el de sacar a mi vecina del error perceptivo en el que se encuentra, ¿verdad? Dejen que les exponga un argumento: no, ni muchísimo menos.

De ninguna manera.

Oigan, en realidad no es que yo sea uno de esos lobos solitarios, y si ahora estoy solo es porque ya saben ustedes lo que dicen, eso de que más vale solo que rodeado de gente que te quiera partir las piernas… Pero qué quieren que les diga, lo cierto es que esto de la soledad no va conmigo, y todo apunta a que ahora, aquí en la compañía de la señora Chismes, podríamos estar ante una buena oportunidad… Quiero decir, ¿conocen ustedes eso que dicen sobre las oportunidades? Ya saben, me refiero a lo de que «siempre hay que dar una segunda oportunidad». Bueno, pues digamos que yo estoy atravesando una época de mi vida en la que podría ampliar el concepto y decir que, vaya, llegado el momento, treinta y siete oportunidades tampoco son tantas… Así pues, y volviendo a él, en ese fotograma que ustedes tienen todavía congelado yo estoy considerando esta posibilidad: si, como dicen los marineros, «todo lo que viene en la red es pescado», por increíble que parezca es muy probable que por las redes de mi puerta acabe de entrar la mismísima ballena blanca. ¿Qué por qué? De acuerdo, permítanme que les cuente un par de cosas…

Canto II: Dante sin Beatriz

Mi nombre, como bien les acaba de advertir y repetir mi vecina la señora Gladys Chismes, es Dante. Dante Odeón, para servirles a ustedes y, muy probablemente, también a Dios. Y soy agente, sí. Pero, como también yo mismo les he puntualizado, ni colegiado ni tan siquiera practicante en el gremio del asunto «secreto». Supongo que en este tipo de malentendidos la responsabilidad suele recaer sobre una razón mayormente estúpida, y, en mi caso, la estupidez en cuestión pasa por mi buzón…

Hace relativamente poco tiempo, la imparable progresión de mis actividades empresariales propició mi cambio de residencia, favoreciendo la mudanza desde mi domicilio en el centro de Vigo, un soleadísimo sótano muy cerca del Náutico, a este suntuoso espacio que ahora me ven habitando, un *loft* de aire bohemio en un antiguo inmueble restaurado en pleno barrio del Troncal. Por si no son ustedes de Vigo, o no tienen el placer de conocer sus zonas residenciales y urbanizaciones de lujo, dejen que les diga que se trata de uno de los barrios de mayor expansión de la ciudad, con innumerables características dignas de ser consideradas, tales como su inmejorable situación, rápida comunicación, o el hecho de tener uno de los mejores centros comerciales de toda la comarca justo enfrente de mi portal, nada más cruzar al otro lado de esta gran avenida que es la Travesía de Vigo. Sí, amigos, la verdad es que todo sería perfecto, de no ser por una serie de factores que, pese a ser circunstanciales, también merecen ser tenidos en consideración…

Así, uno de esos factores sería el hecho de que esa progresión en mis negocios de la que antes les hablaba es de las de tipo «descendente» (tirando a «en picado»); o el de que el inmueble restaurado es en realidad uno de los viejos edificios de Fenosa, las famosísimas «grilleras» que la compañía eléctrica había construido por cuatro perras justo enfrente de la vieja subestación del Troncal a finales de los años sesenta. Es verdad que en su momento constituyeron un hito en la arquitectura de la ciudad, sí. Pero tampoco es menos verdad que, desde entonces, estos edificios no han conocido más «restauración» que los bares de mala muerte que hay en sus bajos y una precaria capa de pintura dada a mediados de

los años noventa; o que mi suntuoso *loft* (una cochiquera de la que, me temo, todavía no han retirado todos los cadáveres ocultos que con absoluta certeza algún día provocaron las manchas de humedad que hay por todas las paredes) es en realidad una auténtica… Bueno, baste con apuntar que hay por ahí contenedores de basura mejor aireados que esta caja de zapatos en la que vivo.

Menos mal que para compensar la situación está la parroquia. Entre estos muros de papel vive lo mejorcito de cada casa, y yo puedo presumir de tener por vecinos a algunos de los más conspicuos representantes de nuestra sociedad… Siempre y cuando tengamos el *Manual de Instrucciones de la Sociedad* agarrado del revés, claro.

Como les decía, yo había llegado aquí ya unos cuantos meses atrás, empujado por una serie de circunstancias, curiosamente muy semejantes todas ellas a una montaña de deudas y una más que considerable colección de amenazas a mi integridad ósea. Otro estímulo a tener en cuenta a la hora de decidirme por el cambio de residencia fue la nada despreciable idea de perder de vista, por lo menos por un tiempo, a toda esa gente que un día sí y otro también malgastaba sus horas esperando ante la puerta de mi anterior domicilio con la peregrina idea de cobrar esas mismas deudas unos, e interesados en la salud de mis extremidades otros. A ver, no es que yo no quisiera pagar, tan solo es que, macro-económicamente hablando, mi prima de riesgo había alcanzado e incluso desbordaba ya todos los niveles recomendables para pedir cualquier tipo de rescate, ya fuera financiero, económico, o incluso náutico.

Por lo tanto, una vez instalado en mi nuevo hogar, una de las últimas cosas que hice fue presentarme ante el vecindario. Bien es verdad que me tomé mi tiempo para hacerlo, y quizás de ahí venga ese halo misterioso que me rodea a los ojos de mis vecinos. Confieso que si tardé fue porque tampoco era cosa de ir levantando viejas suspicacias a las primeras de cambio, de modo que cuando por fin me decidí a dar el paso lo hice con calma, sin alardes ni grandes aspavientos. De natural discreto como soy, elegante y refinado, consideré que con un pequeño detalle bastaría. Al buen entendedor pocas palabras le bastan, y por eso supuse que con bajar al portal y dejar una tarjeta de visita bien puesta en mi buzón de correo sería suficiente. Lo malo (otra vez) es que o bien mis tarjetas son

demasiado grandes, o bien la ventanita de plástico de mi buzón es demasiado pequeña, o, tal vez, de todo un poco. Siendo estas las opciones, una vez situado el cartón en su espacio del mejor modo posible, esta fue la presentación que a la vista de mis vecinos quedó:

Créanme si les digo que, si llego a saber que un día acabaría por traerme tantas y tantas complicaciones como en nada podrán comprobar, bien me habría encargado de conseguir unas tijeras, una moto-sierra, un soplete, o lo que fuera necesario con tal de hacer que la maldita tarjeta se pudiera ver en su totalidad, a saber:

Exacto, amigos, esta sí es mi profesión, agente artístico. Mánager de actores, autores, músicos y otros artistas en general, y de cualquiera que tenga algo con lo que entretener al mundo en particular. Yo, señoras y señores, soy lo que los iletrados vienen llamando «el representante». Y, por si aún no les ha quedado claro con qué clase de individuos comparto portal, comunidad, y escalera (ascensor no, que por lo visto ya lo instalaron averiado), permitan que les explique una cosa: para esta gente, medir el cociente intelectual de una persona es meter a un tipo con gafas en una cacerola y ponerlo al fuego, a ver cuánto aguanta antes de que el agua rompa a hervir… Les recomiendo no dejar de tener presente

este tipo de matices para comprender mejor su manera de razonar: si, a los ojos de esta tropa, una de las pistas para reconocer a un agente secreto es su discreción a la hora de no desvelar más que media profesión en el buzón de su portal, entonces sí, ¿por qué no iba a ser yo mismo un peligroso espía internacional al servicio de su majestad, la emperatriz Lady Gaga?

Sí, el análisis detallado del comportamiento de mis vecinos podría abrir todo un abanico de preguntas sin respuesta, desde qué clase de aire les podía haber entrado, rebotado e incluso resonado en la cabeza para llegar a semejante conclusión sobre mi persona, hasta cómo demonios hacían para conseguir atarse cada día los cordones de los zapatos. Lo sé. Mas pierdan cuidado, que la verdadera cuestión que ahora les debería preocupar a ustedes no es ninguna de esas, sino otra bien diferente, a saber: ¿contribuiré yo al fomento y expansión de toda su bendita ignorancia, centralizada ahora en la persona de la señora Chismes?

Sí.

O dicho de otra manera: obvia y rotundamente, sí.

Y va a venir esta afirmación motivada por la más poderosa de las razones conocidas por el hombre desde que la mujer se puso en pie sobre la tierra (y sí, muy probablemente también por la más estúpida):

Por amor.

(Y como a estas alturas de nuestras vidas imagino que ya todos tenemos más que claro a qué nos referimos realmente cuando decimos que nos estamos refiriendo al amor, no perdamos más tiempo, y sigamos adelante).

Yo, como muchas otras personas que en determinado momento de sus existencias también se quedaron sin tema de conversación, también estuve casado. Si les soy sincero, tampoco debería quejarme, que la nuestra era una relación fantástica en la que ambos nos entendíamos de maravilla: yo me entendía muy bien con Beatriz, y ella también. Lo malo era que en vez de hacerlo conmigo, ella lo hacía con todo el mundo.

Y lo de entenderse también.

Descubierto el primer engaño, comenzamos una intensa relación de amor-odio. En ella, yo la odiaba con todas mis fuerzas, y ella… Bien, ella seguía amando a todo el mundo.

Pasaron los años, primero el primero, después otro y luego demasiados, hasta que un día ella, cariñosa, solícita, se acercó a mí y, con la más dulce de sus voces, me pidió una cosa:

—Quiero el divorcio.

Tal como me explicó, la vida conmigo la ahogaba, y ella necesitaba más, mucho más. Ella, que siempre había sido la más superficial de las mujeres que un día se pusieron en pie sobre la tierra, quería desarrollar su cultura, ampliar sus horizontes, conocer mundo, visitar ciudades exóticas.

Dos semanas más tarde recibí una postal desde Benidorm.

En ella, Beatriz volvía a hacer hincapié en aquello de que ella necesitaba más, mucho más, aclarando esta vez que con *más* se refería a dinero. En la posdata me indicaba la dirección a la que podía empezar a hacerle efectivos desde ya los giros de la pensión. Por si eso no les pareciera suficiente, y puestos a no acabar con los detalles cariñosos, la tarjeta venía firmada por los dos: por ella y por Chico, su monitor de pilates. Pero por favor, ¿cómo no lo había visto antes? ¡¿Cómo no me había dado cuenta?!

En realidad a mí nunca me gustó el tipo aquel que Beatriz había escogido como «personal trainer» (así lo había presentado ella, ¡ella!, que siempre pensó que «can» en inglés significaba… pues eso: can, perro, ¡chucho!), un fulano mucho más joven, mucho más guapo, y, sobre todo, mucho más argentino que yo. Supongo que la cosa debió de comenzar en un intercambio de comentarios en el gimnasio, y para cuando quisieron darse cuenta lo que intercambiaban ya eran fluidos corporales en mi cama. Y claro, ahí yo tenía todas las de perder, porque puestos a seguir con las comparaciones, a mi lado el tal Chico era como los malditos juegos olímpicos: más alto, más fuerte y, evidentemente mucho más rápido (por lo menos en la cosa de asombrar a las mujeres de los demás…).

Así, una vez resuelto este capítulo de mi vida y conmigo firmemente decidido a no volver a creer en nada que comenzase por A- y terminase por -mor, el tiempo decidió retomar su trote.

Ya no recordaba cuántos años había pasado comprando el periódico, buscando en sus páginas información sobre cualquier tipo de cataclismo, desastre, plaga o aniquilación bíblica que se hubiera podido cernir sobre la ciudad germano-alicantina a la que, mes tras mes, había ido girando la pensión de divorcio, cuando el

tiempo acabó por llegar a este momento, el mismo que nos ha juntado a ustedes y a mí. Ya saben, ese que empezó con la señora Chismes llamando a mi puerta, y que ahora tiene los labios de mi vecina congelados a tan poca distancia de los míos. Luego de tanta soledad, cuando ya tenía casi por completo abandonada toda esperanza, yo interpreté aquella visita como una señal, alguna suerte de aviso dejado por el destino en mi contestador automático. Sí, quizás había llegado el momento de cambiar tanta rabia por un poco de amor compartido. Al fin y al cabo, llevaba ya ni sabía cuántos años practicándolo conmigo mismo…

Sí, Gladys Chismes había llamado a mi puerta con angustia en el corazón y un rayo de esperanza en sus ojos, convencida de que no había en todo nuestro distrito electoral persona más indicada que yo para deshacer su entuerto. ¡¿Quién!?, díganme ustedes, ¡¿quién era yo para acabar con sus ilusiones?! No, yo jamás haría nada semejante… Además, la señora Chismes, a mayor gloria (y disculpen que no se lo haya dicho todavía) la viuda señora Chismes, era con mucho mi mejor opción en todo el bloque de viviendas, todo y que estando como estábamos en los últimos días de septiembre, ya había tenido yo todo el verano para comprobar que cualquiera de las otras posibilidades a mi alcance eran de lejos mucho más agresivas, mucho más sudorosas, y con mucho más pelo en cualquier parte del cuerpo que yo.

Amigos, cuando el amor entra por la puerta, ciertos matices profesionales es mejor arrojarlos por la ventana. Si caben. Y si no, arrinconarlos en cualquier parte donde no estorben demasiado. Porque por muy poco que yo supiera acerca de los desgraciados de mis vecinos, una cosa sí tenía clara: pese a lo rabioso de su aliento y a la pésima calidad de su tinte capilar («amarillo chillón nº 5»), en realidad incluso un ciego podría ver que mi vecina había sido un auténtico bombón hasta hacía pocos años. De lo bueno siempre algo queda y, ya puestos, el enjuague bucal puedes comprarlo por litros en la farmacia de la esquina… Sí, no había duda posible acerca de mi argumento: secreto o artístico, si la señora Chismes necesitaba un agente que encontrase a su hijo errante, entonces yo, y ningún otro, era su hombre.

(Ahora sí: ya pueden ustedes volver a darle al *play*).

Canto III: Todo el mundo va al Carballo

Así pues, la cosa estaba clara: aquel era un trabajo fácil. Pese a mi desconcierto inicial, después de un par de explicaciones muy precisamente dadas por mi vecina (así como otras tantas caricias furtivas que Gladys dejó caer como prenda del romance prometido) me di cuenta de que en realidad yo sí sabía quién era aquel su vástago extraviado, el tal Miqui Chismes.

El desaparecido en cuestión no era otro sino aquel muchacho que siempre iba con cara de haber acabado de encontrarse con la Virgen de Fátima en el portal del edificio. Que yo pudiera recordar, en el último mes me había cruzado con él un par de veces en las escaleras. Y de aquellas dos ocasiones me habían sobrado tres para comprender que el chaval era uno de esos espíritus de inteligencia, digámosle, «divergente». Uno de esos iluminados reconocibles por ir por el mundo con ese aire de despiste tan propio de genios y de santos, con los ojos a medio abrir y la boca medio cerrar, y que para cualquier pregunta, por muy compleja que esta pueda ser, tienen siempre una respuesta clara y precisa:

—¿Tiene sentido la vida?

—Chachi que sí, tío…

—¿Existe el Más Allá?

—Chachi que sí, tío…

—Escucha, atontado: sabes que llevas la bragueta abierta, ¿verdad?

—Chachi que sí, tío…

Vamos, que el amigo Miqui Chismes era lo que popularmente viene siendo conocido como «un pedazo de imbécil en toda regla», cosa que, si me permiten que acabe de ser sincero con ustedes, hacía que el trabajo pareciese todavía más fácil, sobre todo en relación con la recompensa ofrecida: ¿el placer de sumergirme entre los cálidos y amorosos brazos de Gladys Chismes, a cambio de dar con un pelagatos incapaz de encontrarse el ombligo en medio de su propia barriga? Ya tardaba en recoger el premio…

Así, por fin identificado, y una vez estuve seguro de que su madre efectivamente sí quería, pese a todo, recuperar al despojo en cuestión, lo siguiente que hice fue percibir otra sensación, la del efecto de un cierto alivio empapándome el ánimo. Compréndanlo

ustedes: teniendo en cuenta las altas expectativas que la señora Chismes y, por lo visto, el vecindario en pleno habían depositado en mí, tampoco resultaba complicado imaginarse los posibles impedimentos y (probablemente también) múltiples peligros de la misión. Sin embargo, una vez conocido mi objetivo, el nivel de dificultad de la encomienda bajó considerablemente: siendo como era todo un milagro que aquel muchacho hubiera sido capaz de salir por su propio pie del barrio, lo más seguro era que no anduviese mucho más lejos. Probablemente a estas mismas horas el muy papanatas aún estuviera metido en cualquiera de los salones recreativos del centro de la ciudad. Muy probablemente. Y si los tiros iban a ir por ahí, entonces yo sabía bien dónde debía hacer las primeras preguntas.

Todo el mundo en Vigo conoce el bar Carballo, una auténtica institución en la ciudad. Quien más quien menos, todos hemos pasado más de una mañana y más de una tarde también sentados en alguna de sus mesas. Díganme, ¿quién de ustedes no guarda algún recuerdo de sí mismo en ese bar, en la compañía de un amigo, con la familia, intentando la conquista de alguna muchacha, o negociando con el alcalde la organización de un festival de *break dance* para la tercera edad? Cuántas y cuántas horas allí metidas, observando el tráfico de la calle Manuel Núñez en su encuentro con la de Urzaiz, y siempre sin dejar de comer, una detrás de otra, sus viandas más conocidas. Sí, Dios lo bendiga, ese es el Carballo que a esta banda de la ría todo el mundo conoce: el famoso bar de las empanadillas.

Pero lo que casi nadie sabe es que el Carballo es más, mucho más de lo que aparenta… Este bar de tapas, recogido, casi familiar, oculta en realidad su verdadera identidad: el Carballo es uno de los auténticos centros de poder y mando de la olívica villa, y su brazo ejecutor no podía ser otro que sus famosas empanadillas. ¿Cuál si no?

Porque, como venía diciendo, todo el mundo va al Carballo. Más tarde o más temprano, pero unos detrás de otros, todos acabamos pasando por él. Desde hace más de cuarenta años. E, impertérritos al otro lado de la barra, Alberto y Antonio observan. Como quien no quiere la cosa, ellos, actuales amos y señores del negocio, nos ven llegar a todos. Observan, analizan cada situación y, en silencio, sin

apenas decir una sola palabra, miden la dimensión exacta del momento. Y, sacadas las conclusiones, actúan en consecuencia.

Así, por ejemplo, es costumbre que en las primeras horas de la mañana Alberto y Antonio dejen caer un poco de gin-seng picado en el adobo de las empanadillas, aportando sin que nadie se dé cuenta ese plus de energía necesario para comenzar la jornada. En caso de considerar que la ciudad necesita más ritmo, algo más de velocidad, entonces ellos le añaden una pizca más de pimienta al relleno. Y si ven que el tráfico no va bien, o incluso que hay atasco en la calle Colón, ellos le echan uno o dos puntos más de ajo a la carne porque, como todo el mundo sabe, el ajo es muy bueno para la circulación. Alguien ha comentado, incluso, que en la primera hora de la tarde las empanadillas del Carballo parecen tener un ligero regusto a café… Ellos no lo admitirán jamás, por supuesto, pero todos entre los más allegados sabemos que eso es debido a los dos o tres granos de café molidos en el relleno, con los que Antonio y Alberto le aportan a la ciudad ese extra de cafeína imprescindible para superar la modorra de la siesta. Por el contrario, para cuando llegan las cenas y van siendo horas de tomar las cosas con más calma, los hombres del Carballo dejan caer un poco de esencia de amapola en el sofrito, que siempre relaja mucho el ánimo, ustedes ya me entienden. Y así va pasando el día, hasta que, ya en las proximidades de la hora de cierre, en cocina se da la indicación de echarle a la masa un poco de nuez moscada, que dicen que es muy buena para conciliar el sueño… En alguna ocasión incluso alguien llegó a hablar de cierto regusto a Prozac, si bien tal cosa nunca se ha podido demostrar.

Y eso así, para la ciudad en general. Porque luego también están los servicios «personalizados»… ¿Que entra por la puerta una pareja de enamorados? Entonces lo que va bien es un ligero toque de canela. Y si Alberto o Antonio ven que la cosa promete, así como quien no quiere la cosa dejan caer una chispa de chile, dándoles a los amantes ese punto picante que a veces necesita la vida. Si por el contrario quien llega viene con el ánimo por el suelo, entonces se le da a su empanadilla un golpe de licor-café, que como todo el mundo sabe es el mejor antidepresivo que hay. Sí, amigos, para todo el mundo en la ciudad hay una empanadilla en el Carballo…

Como les decía, aún es hoy el día en que solo unos pocos lo

sabemos, pero lo cierto es que así es como el producto más famoso de su carta lleva años y años marcando el paso en esta margen de la ría. Porque todos vamos al bar, empezando por nuestro primer mandatario, que no son pocas las veces que el mismísimo alcalde se sienta a merendar en una de las mesas del fondo. Y aunque no lo sabe, lo cierto es que para él también hay un «servicio personalizado», si bien en este caso la discusión en cocina siempre se reduce a una única cuestión: si echarle a la masa más o menos laxante. Aunque, vaya, esa es otra historia que ahora tampoco viene al caso. Quizá otro día… Lo importante en este punto es que ustedes, público sin par, se queden con la idea de que para conseguir este grado de efectividad es preciso que sus responsables estén muy atentos, por lo que no va hoja en el viento de la ría que no haya pasado antes por los ventanales del Carballo, ni se mueve nadie por el centro de la ciudad sin que Antonio o Alberto no hayan tomado buena cuenta de sus pasos.

Tanto es así que era más que probable que cuando yo aún estaba bajándome del Vitrasa* en la calle Urzaiz ellos ya estuviesen más que al tanto de mi llegada, sazonando mi propia empanadilla…

Entré en el bar a primera hora de la tarde, con el hambre traída de casa para pedir, precisamente, dos empanadillas y una Coca-Cola. En una de las mesas al lado de la máquina de tabaco, Alberto atendía a un hombre de aspecto estirado, todo un anuncio de Emidio Tucci con patas.

—¿Tomará café?

—Sí, por favor, un café con leche corto de café y con leche desnatada. No muy caliente, pero que tampoco esté frío. Y en taza no, que me da alergia. Mejor en vaso de cristal. Ah, y el café descafeinado, por supuesto.

Impertérrito, Alberto arqueó una ceja.

—¿Nada más?

El tipo se lo pensó por un segundo.

—¿Sacarina tenéis?

—En cantidades industriales.

—Pues con sacarina, entonces.

Alberto dio media vuelta y, de camino entre la barra y el cliente del año, le pasó por fin la comanda a Antonio, inmóvil al otro lado del mostrador.

—¡Agua sin gas para la cinco!

—¡Marchando!

—¡Dante! —exclamó al verme—. Cuánto tiempo sin venir por aquí. Qué, ¿negociando un contrato millonario para alguno de tus muchachos, o qué?

—Bueno, pues mira, ya que me sacas el tema deja que te introduzca un argumento: un buen agente siempre está de guardia. La oportunidad puede saltar en cualquier momento, Alberto, en cualquier momento.

Me quedé callado durante un par de segundos, dejando que mi respuesta cuajase en la capacidad de asombro de mi interlocutor.

—Pero vaya, no —concedí—. Resulta que hoy vengo por otra cosa…

—Pues tú dirás —respondió Alberto, situándose ya al otro lado de la barra, a la vera de su socio.

—Esta vez necesito un favor.

Antonio y Alberto cruzaron una mirada cómplice.

—¿Alguna vez no? —se me adelantó Antonio desde una sonrisa sardónica.

—Veréis, estoy buscando a alguien. Nada importante, un pobre diablo, el hijo de una de mis vecinas. De una en particular —precisé acercándome más a la barra, al tiempo que compartía con mis hosteleros de cabecera una mirada pícara— con la que me interesa quedar especialmente bien, vosotros ya me entendéis…

—Ya —siguieron, indiferentes a mis pretensiones amatorias—. Lo malo es que por «pobre diablo» aquí tenemos un censo con muchas entradas.

—Sí, un censo muy grande tenemos, así que como no nos des más datos…

—Bueno, pues quitando su nombre tampoco tengo mucho más que contar —añadí, volviendo a poner los pies en la tierra—. Como os digo, el tipo es un lelo con menos luces que un certamen de Miss Universo. Mirad, incluso me sorprendería que hubiera sido capaz de reunir el entendimiento necesario para llegar hasta aquí él solito…

—Caramba, pues sí que es especial el muchacho, sí… ¿Y cómo has dicho que se llama?

—No lo he dicho todavía.

—Pues venga, suéltalo de una vez —me increpó Antonio—, que

ya tenemos ganas de saber cuál viene siendo la gracia de semejante prodigio.

—Chismes —respondí—. El tipo se llama Miqui Chismes.

Ese fue el momento en el que algo cambió en los rostros de mis oráculos particulares. Algo muy sutil, apenas perceptible. La boca abierta de lleno en Antonio y las cejas dos metros por encima de la cabeza de Alberto, en un gesto a partes iguales cargado de sorpresa y divertimento.

—¿Miqui Chismes, has dicho?

—Pues sí, Miqui Chismes, eso he dicho, sí. ¿Qué ocurre? ¿Acaso lo conocéis, o es solo que os hace gracia el nombre?

—¡Por supuesto que lo conocemos! —exclamó Antonio—. ¡Y tanto que sí! De hecho, y ahora que lo mencionas, ya hace tiempo que no lo vemos por aquí, ¿no es así, Alberto?

—Efectivamente, hace tiempo ya. Pero hombre, el diablo tuvo su momento…

—¡Hombre! ¡Y tanto que lo tuvo! Es más, ¡yo diría que más que «momento» fue un momentazo!

Espera, espera, espera… ¿«Su momento»? ¿«Momentazo»?

—A ver, muchachos, dejad que os exponga un argumento: ¿qué tal si os explicáis un poco mejor, sí?

Alberto se apoyó de bruces sobre la barra sin dejar de sonreír. De observarme y de sonreír. Bien pude ver que en realidad lo que estaba haciendo no era sino reírse de mi propia ignorancia.

—Tu amigo tuvo su momento de gloria hace unos cuatro o cinco años. Aunque por aquel entonces su nombre era un poco más largo…

—¿Más largo? ¿Cómo que más largo?

—Miqui «Mosca» Chismes —me aclaró Antonio.

—De verdad, Dante —siguió Alberto—, no me digas que tú, ojo de lince para la caza de nuevos talentos, nunca habías oído hablar de él…

—A ver, ¿estáis sordos o qué? ¿Pues no acabo de deciros que no? Yo de las únicas moscas que sé es de las que van siempre acompañando a mi gato…

—Pues deberías conocerlo.

—¡Vaya, mira! Pues debería conocerlo —respondí imitando de manera infantil la voz de Antonio—, pero ya os estoy diciendo que

no. ¡Y no veo de qué os sorprendéis tanto, puñeta! Ya sabéis que soy un hombre muy ocupado, y que mi oficina no siempre es capaz de dar abasto con tanto trabajo como para además estar al quite de cada nuevo talento que aparece.

—Claro…

—Por supuesto… —respondieron con exagerada condescendencia los dueños del Carballo.

—Miqui «Mosca» Chismes, habéis dicho… Pues no —respondí después de haberle dado un nuevo repaso a los archivos de mi memoria—, no me suena de nada. ¿Quién era, alguno de esos cantantes modernos, o algo por el estilo?

Los dos hombres volvieron a intercambiar una mirada cómplice entre ellos.

—No, la cosa no va por ahí —respondió Alberto—. El negocio de tu vecino Miqui «Mosca» era el boxeo. ¡Toda una figura!

¡Caramba, con eso sí que no contaba!

—¿El boxeo? Vaya, mira qué interesante… Y claro, supongo que por eso le llamarían «Mosca». Quiero decir, por la categoría, ¿verdad?

—Sí, bueno, por eso también… Pero sobre todo por lo característico de su técnica.

—¿Su técnica?

—¡Por supuesto! El chaval se pasaba todos los combates bailando sin parar alrededor de su contrincante, una auténtica mosca cojonera dando saltitos sin parar, buscando el mejor momento hasta que llegara el golpe definitivo.

—¿Ah, sí? Vaya… ¿Y le funcionaba?

—¡Y tanto que le funcionaba! El muchacho en un verdadero valor seguro. De veinticinco combates veinticuatro fueron por K.O.

¡Veinticuatro K.O.'s, madre mía! El relato de mis amigos me estaba impresionando muchísimo, jamás se me habría pasado por la cabeza que mi vecino fuese una vieja leyenda del boxeo local.

—¡Veinticuatro victorias! Caramba, Alberto, me dejas de piedra…

El encargado volvió a sonreír.

—Sí, bueno, espera un momento… Aquí nadie ha dicho tal cosa.

—¿Cómo que no? ¡Tú mismo acabas de decirlo —sonreí—, veinticuatro K.O.'s!

—Exacto: ¡veinticuatro derrotas por K.O.!

Sorprendido, de pronto volví a no comprender nada.

—Pero, ¿cómo? Si acabas de decirme que al chaval no le fallaba la técnica, todo el tiempo buscando el golpe definitivo, y todo eso…

—¡Y así era! El muy pánfilo no paraba de dar vueltas hasta que el rival, harto ya de tanto baile, se cansaba de aguantarlo y, aprovechando que el pobre chaval iba ya un poco demasiado mareado, le arreaba el sopapo definitivo, aquel que lo mandaba derechito a la lona sin que el genial Miqui «Mosca» Chismes tuviera tiempo de saber por dónde le había llegado el cañonazo. Ya te digo, veinticuatro K.O.'s de veinticinco combates, ¡todo un récord!

—Vaya —exclamé con la mirada perdida en el exterior del bar—, qué barbaridad… Bueno, mira, por lo menos ganó un combate, ¿no? O espera —recapacité, temiéndome lo peor—, no me digáis que fue un empate…

—No, no —me tranquilizó Alberto—, esa sí que fue toda una victoria.

—Sí —añadió Antonio—. Por lo visto, a su adversario nada más le faltaban un par de metros para entrar en el pabellón cuando un autobús le pasó por encima.

—Un… ¿autobús?

—Exacto. Y todo el mundo sabe que ciertas cuestiones no compatibilizan demasiado bien con el mundo del boxeo. La tetraplejia es una de ellas…

—Caramba, muchachos, me dejáis de piedra… —admití aún con la boca abierta—. Resulta que estoy viviendo puerta con puerta con un verdadero filón de oro —al escucharme, los propietarios del Carballo arrugaron la frente—. ¡Un diamante en bruto, y yo sin saberlo!

—¡¿Un diamante?! ¿Pero tú has oído algo de lo que acabamos de contarte? ¡Que el chaval es un paquete! ¡Lo único que tiene de diamante es lo de bruto, sin más!

—Oye, Antonio, deja que sea yo quien decida eso… A ver, ¿vais a decirme dónde puedo encontrar a esta joya, sí o no?

Después de volver a cruzar una nueva mirada entre ellos, una de esas que empleas para dar por perdido a alguien, Alberto se quedó mirando hacia la barra y Antonio rascándose el cogote, como si ambos estuvieran a la búsqueda de algún dato oculto en el rincón

más oscuro de sus memorias.

—Pues mira, no —respondió al fin Alberto—. Como te hemos dicho, ya hace años que no lo vemos por aquí…

Mis ilusiones, alimentadas por las promesas de amor de la señora Chismes, y sobrealimentadas ahora por el relato de mis amigos restauradores, comenzaron a tambalearse.

—Pero si esperas aquí un momento quizá podamos hacer unas cuantas averiguaciones…

—Muchachos —respondí a su sugerencia apuntándoles con el dedo índice y sin dejar de afirmar con la cabeza en el aire—, dejad que os exponga un argumento: yo espero por vosotros uno, dos, y todos los momentos que vosotros me digáis. Aquí, aquí mismo os espero. Y si entretanto me ponéis otra empanadilla —aproveché para añadir—, pues mira, igual hasta me quedo a vivir aquí y todo.

Los dos camareros sonrieron y, como si de hermanos gemelos se tratase, ambos se echaron al mismo tiempo sus trapos húmedos por encima de sus respectivos hombros, dieron media vuelta, y desaparecieron cocina adentro.

Desde mi posición y a través de la ventana que conectaba la barra con los fogones del Carballo, podía ver cómo tanto Alberto como Antonio conversaban por lo bajo con su cocinera. Lo que no podía era escuchar ni una sola palabra de lo que fuera que se estuvieran diciendo. Cansado de pelear contra mi propia ansiedad, decidí dar media vuelta sobre mi taburete, y pasé a dedicarme al muy noble arte de la contemplación urbana y al análisis del tráfico rodado del centro vigués.

Ya habían desaparecido diecisiete coches por la boca del aparcamiento subterráneo que hay frente a la entrada del bar cuando la voz de Alberto volvió a ponerme en guardia. Justo antes de que mis amigos volvieran a salir de la cocina, y a pesar del disimulo con que lo hacían, bien pude oír como el más joven de los dos le indicaba a la cocinera:

—¡Y basta ya!, no le pongas más laxante, que el pobre hombre se nos va a morir aquí, en el bar…

No había caído en la cuenta hasta ese mismo instante que el alcalde, viejo conocido mío, también estaba en el local.

—Vaya, vaya, vaya… —repitió Antonio, frotándose las manos con estrépito—. Así que tienes muchas ganas de encontrar al chaval

este, ¿no es así?

—Todas, amigo —respondí echando mi cuerpo contra la barra, adivinando por las expresiones de sus rostros que eran buenas noticias lo que los dos hombres me traían—. Y si me dejas aun te digo una cosa: tengo todas las ganas, y alguna más también.

Alberto sonrió con la misma luz que el diablo debe de llevar en los ojos cada vez que consigue un nuevo pacto con algún alma descarriada y, por fin, me dio exactamente aquello que yo había ido a buscar: la mejor información de la ciudad. Y, de propina, otra empanadilla para el camino.

*Vitrasa es el nombre de la empresa que gestiona el servicio de buses urbanos en la ciudad y, por extensión, la manera en la que todos los vigueses nos referimos a sus verdi-blancos vehículos. Es verdad que también podríamos llamarles «bus», como en tantos otros sitios. Pero existe la leyenda de que si algún día tal cosa hacemos es más que probable que nos explote la lengua de la boca, se seque la ría, e incluso el Celta vuelva a bajar a segunda división para siempre…

Canto IV: El Príncipe, la Princesa, y el motivo más viejo del mundo

Si me permiten que se lo diga, definitivamente una de las cosas que más me sigue sorprendiendo de las personas es lo poco sorprendentes que estas pueden llegar a ser a la hora de realizar un movimiento inesperado. A la luz de la información recibida, supongo que a estas alturas lo normal habría sido que yo ya estuviera pensando en lo aburridamente previsibles que habían sido los movimientos del zoquete de mi vecino, de no ser por esa musiquilla que, a pesar de oírse aún a lo lejos, ya había empezado a sonar en mi cabeza: aquel asunto del boxeo. Quién sabe, tal vez estuviera ante una nueva posibilidad… Bueno, como decimos aquí, «no pongamos el carro delante de los bueyes». Ahora lo que importaba era que, tal como yo había imaginado, el díscolo Miqui Chismes no andaba demasiado lejos.

Según me acababan de contar Alberto y Antonio, el chaval llevaba ya unos cuantos días merodeando por la ciudad vieja. Y por lo visto no estaba solo: al parecer andaba en compañía de cierto grupo de elementos, todos tan brillantes como mi propio vecino (si no más) que se hacían llamar «la Banda Peligro».

O sea, una verdadera colección de tarugos…

A pesar de que la gente del Carballo no me había proporcionado todas las indicaciones pertinentes para dar con ellos, tras haber escuchado primero una vez y luego otra más el nombre de la banda (la primera pensé que había sido cosa mía, que había oído mal) comprendí que todos esos datos a mayores tampoco serían tan relevantes. Alguien que se hace llamar de tal modo demuestra entre otras muchas cosas una capacidad para la discreción tan solo comparable a la de un hipopótamo con tutú entrando en una cristalería. Por eso, aunque cada uno de estos desgraciados decidiera ir por la calle con una flecha de neón fluorescente sobre ellos en la que dijera «¡sí, soy yo!» tampoco me resultaría más fácil encontrarlos.

Por lo que me habían revelado mis amigos, lo más probable era que a aquellas horas encontrase a la banda en cuestión zanganeando bien por la plaza de la Princesa, bien por los soportales de la plaza de la Constitución, o, en su defecto, en

cualquiera de los muchos bares que hay entre ambas localizaciones.

—¡La Biblioteca Central puedes ahorrártela! —había advertido socarronamente Alberto.

Así pues, sabiendo un poco más sobre el *quién*, y bastante acerca del *dónde*, recorrí con calma la calle del Príncipe, el viejo paseo peatonal de la ciudad, hoy ya casi por completo propiedad de su alteza imperial el Zar don Amancio I, reflexionando sobre el *porqué*. Porque, tal como les vengo diciendo, algo que sigue pareciéndome increíble es lo parecidos que somos todos a la hora de tomar decisiones inesperadas…

En aquel momento aún no tenía idea de cuáles eran los motivos que habían movido a Miqui «Mosca» Chismes a abandonar, siete días atrás, el hogar familiar. Pero gracias a la impagable capacidad informativa de los vigilantes del Carballo, estaba en condiciones de explicar el porqué de su demora en el regreso. A la altura del cruce con la calle Velázquez Moreno sonreí al pensar en lo evidente de la situación. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Nuestro campeón ya no tomaba las decisiones sobre sus movimientos con la cabeza, sino con otro elemento de su anatomía situado un poco más abajo.

Exactamente: con el corazón.

Al parecer, el papanatas de Miqui «Mosca» Chismes se había enamorado hasta las trancas de una tal Linda Love. Pero, ojito con esto, se ve que el amor en cuestión no era un «love» cualquiera. Tal como mis amigos me habían contado, tan sugerente apellido había que pronunciarlo activando lo que Alberto llamaba el «modo chica Bond»: abriendo y cerrando mucho la boca, haciéndolo de manera larga, lenta y, sobre todo, seductora. Vamos, algo así como «Looooo-o-o-o-fff», «o» arriba, «o» abajo.

El caso es que, a tenor de lo que se contaba por la parroquia, parecía que la tal Linda Love había embobado terriblemente al atolondrado de Miqui, de tal modo que si yo quería dar con él no tenía más que seguir el rastro de feromonas desparramadas al aire por la arrebatadora chica Looooo-o-o-o-fff… Bueno, «o» arriba, «o» abajo. En realidad la pronunciación era lo de menos: aquí lo único importante era que tres mil años después de que un troyano demasiado espabilado le hubiese levantado la novia a un griego panoli y se hubiera montado la de Zeus, la gente seguía sin tomar nota de nada… Por lo visto nadie terminaba de aprender lo

peligrosas que podían ser las calenturas por amor.

Definitivamente, visto que la misión no tenía visos de entrañar mucha más dificultad, decidí tomarme lo que de paseo quedaba con toda la calma del mundo, de tal modo que para cuando por fin dejé atrás la calle del Príncipe ya iba contagiado del ritmo perezoso de la ciudad, que a aquellas horas parecía dispuesta toda ella a meterse de lleno en su propia siesta.

Pasado el extraño monumento que aquí todo el mundo conoce como el Sireno, símbolo perfecto para una ciudad de belleza imperfecta, crucé al otro lado de la Puerta del Sol por su paso de peatones, ese curioso prodigio de la luminotecnia, mezcla entre sala de fiestas y pista de aterrizaje para naves espaciales, que en su momento había decidido nuestro querido alcalde colocarnos en pleno centro de la ciudad (si me permiten que les exponga una hipótesis, estoy seguro de que es precisamente por decisiones como esta que ahora le están haciendo pasar el calvario de los laxantes, pobre hombre…), y ya en el lado impar de la calle, busqué en la primera de las paradas recomendadas: la plaza de la Princesa. Rincón pequeño, hermoso y descuidado acceso a la parte vieja de la ciudad. Me bastó un vistazo rápido para comprobar que el objeto de mis pesquisas no estaba allí. La persona a la que yo andaba buscando no era ninguna de las que se sentaban en los bancos alrededor de la fuente central, y por fortuna tampoco se encontraba entre las que intentaban despistar el delírium trémens tumbadas en los portales. Atravesé la plaza para mirar a través de los ventanales del bar Cosmos, el verdadero centro de reunión de las fuerzas vivas del lugar. Pero tampoco allí dieron mis investigaciones con ninguna promesa de prosperidad, por lo que, sin nada más en qué despistar la atención, me descubrí a mí mismo sonriendo frente a la Casa da Cultura, sede de la Fundación Penzol. Aún hoy, siempre que paso por aquí recuerdo aquella vez que intenté venderle a don Paco del Riego, por entonces presidente de la Fundación, un concierto de los Chicos Cantores de Pereiro de Aguiar para el cuadragésimo quinto aniversario de la Penzol. Como vamos con tiempo, permitan que les introduzca un argumento…

Lo cierto es que los muchachos no lo hacían mal del todo (los del coro, no los de la Fundación), sobre todo si tenemos en cuenta las pocas sesiones de ensayo que llevaban encima: una, o —tal vez

— ninguna. Pero no era esto lo que tiraba para atrás a don Paco, sino aquella otra condición… Como casi todo el mundo aquí sabe, Pereiro de Aguiar es una hermosa villa ourensana de múltiples virtudes, entre las que destacan sus muchas casas señoriales, hórreos, cruceros, e incluso una ruta por la senda del ilustrado Padre Feijoo, si bien la primera referencia que en realidad a todos nos viene a la cabeza es la de ser sitio y plaza de uno de los más importantes centros penitenciarios del país. Y, como ya estarán adivinando, mis chicos eran efectivamente algunos de sus más ilustres huéspedes. No se imaginan ustedes, público avezado, lo difícil que resulta vender un conjunto artístico-musical con tantos delitos, agravantes, expedientes disciplinarios y tentativas de fuga (sin tocata) en su *currículum*… Así pues, y como era de esperar, don Paco exigió una demostración de valía previa.

Quien por aquel entonces figuraba como director de la cárcel era don Torcuato Sibemol, un hombre a la sazón muy sensibilizado tanto con la cuestión musical como con el asunto de la memoria histórica, por lo que aprovechando el pretexto de la audición organizó una salida y visita del coro a uno de los más conocidos enclaves de la ría de Vigo: la famosa isla de San Simón. Lugar de infausta memoria por ser antigua leprosería, lazareto, campo de concentración franquista, penitenciaría, y hoy sede de los Premios Xerais (ya saben, los «Planeta» gallegos), visitarlo era para don Torcuato una jugada redonda, pues, tal como él lo veía, por el precio de un único autobús podría matar dos pájaros de un tiro: por un lado favorecería la prueba del coro en el auditorio de la isla; y por el otro aprovecharía para recordarles a sus huéspedes (hombres de natural pedichón) que siempre se podía estar mucho peor, por lo menos histórica y carcelariamente hablando. Sé que así contado puede parecer una temeridad, sacar del centro penitenciario a toda aquella panda de mangantes y llevárselos de paseo. Pero, si quieren que les diga la verdad, en aquel momento a todos nos pareció una idea buenísima. Al fin y al cabo íbamos a San Simón, la «Isla», la «Roca», el Alcatraz gallego… ¿Qué podía salir mal?

Una vez instalados en el auditorio, dejé a los muchachos trabajando en el camerino, preparándose para la actuación, y fui a sentarme con el señor Sibemol y con don Paco del Riego, ya acomodados en el patio de butacas y a la espera de que el telón se

alzara sobre el escenario. Impacientes, esperamos por el comienzo del concierto.

Impacientes y, por qué no decirlo, algo nerviosos, seguíamos esperando cinco minutos después.

Impacientes, algo nerviosos y, por qué no decirlo, ligeramente preocupados, seguíamos esperando quince minutos después.

Impacientes, algo nerviosos, ligeramente preocupados y, por qué no decirlo, sudando a mares, seguíamos esperando media hora después.

Convencidos ya de que algo iba definitivamente mal, decidimos entrar en tranquila avalancha en los camerinos, dispuestos a discernir si el motivo de tamaño retraso era un súbito e irreprimible ataque de pánico escénico, un posible deceso entre los miembros del coro, o, por el contrario, algo peor. Lamentablemente, por aquel entonces yo ya sabía más que de sobra que, en este oficio, cada vez que se les da ocasión, las cosas tienen el vicio de tender siempre hacia algo peor…

Cuando volvimos a entrar en el camerino, lo que nos encontramos para nuestro disgusto fue una colección de estuches de instrumentos vacíos, una montaña de ropa de recluso tirada por el suelo y, lo que era más preocupante todavía, ningún recluso que meter dentro de ninguna pieza de ropa. Respondiendo a la pregunta que hace un momento he dejado en el aire, aquello de «¿qué podía salir mal?», dejen que les introduzca un argumento: todo.

Si bien los chicos del coro eran de mi total confianza (excepto en el improbable caso de que me tocase compartir ducha con ellos), había ciertos detalles sobre el grupo que yo no conocía. Don Torcuato, al contrario, sí. Y, viendo el camerino desierto, no tardó en atar cabos y ponerlos en común. Uno de esos aspectos que yo ignoraba era que entre mis pequeños ruiseñores estaban Clemente Borreiros, alias «el Perito», y Xoán Manoel Chaín, alias «el Chapista», ambos vecinos de Gondomar que, entre otros méritos, contaban con el de ser los responsables de fabricar en su garaje aquel famoso submarino casero que, para gran sorpresa de los peces de la ría y más aún de la Guardia Civil, había aparecido en el año 2006 flotando a la deriva entre la playa de Liméns y las islas Cíes. Se ve que eso de fabricar submarinos en casa no está muy bien visto por el Código Penal, especialmente si la intención que tienes es la

de emplearlos para meter cocaína de contrabando en el país, de modo que al poco tiempo de su viaje inaugural, el capitán y el contramaestre del Gondomar Yellow Submarine I fueron recibidos con todos los honores en el salón regio del centro penitenciario de Pereiro de Aguiar.

Lo malo que tiene la cabeza es que no para, y una vez que tienes una mala idea ya puedes estar seguro de que tras ella vendrá otra, y otra, y otra más… Así, ya como miembros del coro, una vez que supieron de su inminente visita a la isla, «el Perito» y «el Chapista» no tardaron en idear un nuevo plan de escape. Y, mea culpa, yo ya debería haber sospechado algo… Porque lo del piano de cola todavía tenía un pase. Pero, siendo un coro, ¿para qué rayos iban a necesitar aquella colección de bombos y tambores? Entre lo que traían preparado de la cárcel, y el ensamblaje rápido organizado en el camerino, la pareja había vuelto a montar un nuevo batiscafo con las carcasas del piano y los tambores. Evidentemente, aquella aventura tampoco podía acabar bien, de modo que cuando salimos al muelle, corriendo a la búsqueda de los fugitivos, lo que nos encontramos tampoco fue menos sorprendente. Y, a decir verdad, aún tardamos en comprender qué demonios estaba pasando, tantos gritos en el medio del mar.

Según ellos mismos nos explicarían después, se ve que con las prisas los chicos habían montado el periscopio al revés, de tal manera que, en vez de salir hacia arriba, el tubo tiraba para abajo. Nada más emplearlo por primera vez, por aquello de comprobar si iban bien para Cesantes, el trasto en cuestión abrió una vía de agua que provocó el hundimiento irremisible tanto del navío como de los planes de fuga de mis muchachos. Imagínense ustedes la situación posterior, todo un grupo de reos en bañador flotando sobre las olas de San Simón, aferrándose unos a los restos de un bombo sinfónico a medio hundirse, intentando trepar otros a la estatua de don Julio Verne, plantada en el agua frente a la ensenada de San Simón, como si de una moderna tripulación del Nautilus se tratase. No me negarán ustedes que, como primera audición, no estuvo mal… Impactante por lo menos. Curiosamente, a pesar de todo, don Paco no acabó de ver clara mi propuesta, y al final el negocio no salió adelante. Buen tipo, don Paco, buena gente…

No encontrando ni a Miqui ni a nadie que me supiera dar razón

de él, volví sobre mis pasos y dejé atrás la plaza de la Princesa para entrar en la de la Constitución, la que en tiempos había sido la antigua Plaza Mayor de la ciudad, y fui recorriéndola en redondo, buscando de bar en bar. Misma suerte. Nada en el Soportales, ni en el Grettel ni en el Princesa. Salí de la plaza ya con el ánimo un poco tocado (todo hay que decirlo), bajando esta vez por la calle Xoaquín Yáñez. A la altura del bar de Cholo volví a probar suerte. Nada, idéntico resultado… ¿Dónde demonios se había metido aquella gente?

Tal vez fuese por los nervios, o porque estaba empezando a impacientarme, o porque finalmente la irrupción de la señora Chismes en la tranquilidad de mi hogar había acabado echando por tierra mis planes de comer o, más probablemente, por la suma de todo lo anterior, el caso era que las empanadillas del Carballo ya habían pasado a formar parte de la memoria, y ahora el hambre atacaba de nuevo. Y utilizando el formato canino. Así pues, y a tenor de las circunstancias, decidí hacer valer el hecho de que la calle del bar de Cholo fuese a morir justo delante de L'Squina, ya en la calle Carral, y aprovechar para hacer una parada técnica en la mejor bocatería de toda la ciudad.

Esperé al lado de la barra hasta recibir la efusiva bienvenida «a la casa de El Señor» (que es como Carlos, su dueño, saluda siempre a todos sus clientes), y después de pedir lo de siempre fui a sentarme al piso superior, dispuesto a dos cosas: la primera, a merendar y, la segunda, a comprobar que, con su habitual sentido del humor, el destino acababa de decidir por mí…

Porque así fue como nada más dejar de buscar encontré exactamente aquello que andaba buscando. Sentados en una mesa al lado de los aparatos de aire acondicionado, aquellos cuatro muertos de hambre que acompañaban al lelo de mi vecino no podían ser otra cosa sino la asociación referida: ahí estaba, la infame Banda Peligro.

Canto V: Nuestro hogar será allí donde nos concedan el tercer grado

Me quedé por un instante inmóvil, como estatua de piedra al final de las escaleras. Aferrado al pasamanos, intentando asegurarme de que aquel que estaba por dar no sería un paso en falso.

No, no podía serlo. Definitivamente, el tipo que se sentaba al otro lado de la mesa era el escurridizo Miqui Chismes. Esa agudeza en la mirada, la expresión de estar a punto de descubrir alguno de los secretos del universo insondable, y su manera de coger la hamburguesa, con toda la carne aplastada entre los dedos, confirmaban mis propios recuerdos. Bueno, eso, y aquella nariz con forma de haber sido concienzuda y contundentemente aplastada a lo largo de veinticuatro K.O.'s consecutivos, según la valiosa información adicional ofrecida por Alberto y Antonio.

Siguiendo con las conclusiones, si aquel fulano era Miqui «Mosca» Chismes, entonces la muñeca que se sentaba y comía a su lado, una voluptuosa rubia con todas las trazas de ser también conocida como Miss Polígono 2015, no podía ser otra sino su enamorada, la señorita Linda Love. Ya nada más quedaba descubrir quiénes eran los otros tres comensales que les acompañaban. En sentido contrario a las agujas del reloj: un tipo gordo, ya maduro, alto y fuerte, de pelo recio y bigote negro y tupido; otro igual de alto pero bastante más joven, quizás por debajo de los cincuenta y mucho más delgado, pelirrojo, piel lechosa y grandes gafas de pasta marrón; y un mulato que frisaba los cuarenta, bajito y todavía más flaco, de ojos grandes y muy vivos.

También ellos se percataron de mi llegada. Dejaron de comer unos segundos, y los cinco me dedicaron en silencio un vistazo rápido. Fue apenas nada, un gesto casi furtivo durante el cual nadie pronunció ni media palabra. Y justo después, como si allí no hubiera pasado nada, retomaron todos su actividad mandibular.

Tal vez fuera el ansia evidente con que el grupo volvió a zambullirse en la amplia colección de hamburguesas, salchichas, sándwiches varios, y otros restos desparramados por toda la mesa y buena parte del suelo a su alrededor, no lo sé, pero el caso es que algo me hizo considerar la opción de que quizá no fuera buena idea

interrumpirlos en tal momento digestivo. No, mejor conservar una cierta distancia, aguardar un poco más antes de dirigirme al grupo. Necesitaba estar seguro de cómo acercarme a ellos. Al fin y al cabo tampoco hay que olvidar que aquella gente se hacía llamar a sí misma «Banda Peligro» y, a pesar de mis sospechas, yo aún no sabía nada sobre su posible «peligrosidad»… Discretamente, asegurándome de no volver a llamar la atención de nadie, fui a sentarme en una mesa contigua, un poco por detrás de la suya.

—Escuchad —oí como ordenaba en voz baja el gordo—. Si hay algo que todos tenemos que tener muy claro es el asunto de la discreción, ¿lo entendéis?

Arrojó una mirada en redondo sobre los demás.

—Por supuesto —respondió el flaco—. Si alguien descubre nuestra *empresa* estamos perdidos.

—Exacto. Es absolutamente imprescindible que manejemos este asunto con el mayor de los sigilos. El más pequeño despiste y nuestras intenciones podrían acabar en las orejas incorrectas… Y nosotros no queremos eso, ¿verdad?

—No se preocupe, compadre, que eso ya está más que *okey* —le tranquilizó el mulato—. Todos sabemos que un soplo de este tipo podría provocar un cambio en las medidas de seguridad. *Y entonse, adió, mullallo*…

—Eso por no hablar de la policía… —añadió la chica.

—Exacto.

—Pierda cuidado, jefe. Es de mucho dinero de lo que se está hablando en esta… *empresa*.

—Sí. Y también de muchos años de cárcel si alguien se va de la lengua. ¿Estamos?

—Estamos —respondieron todos.

Vale, un momento, un momento. No tenía ni idea de qué rayos era lo que aquellos desgraciados se traían entre manos, pero por lo pronto ya había un par de cuestiones sobre las que no cabía duda posible:

Una: no se trataba de ninguna cosa buena (no siendo que a alguien le parezca buena la idea de pasarse una temporada de reposo y retiro espiritual entre los muros de la cárcel de A Lama, claro…).

Y otra: si aquel desperdicio colectivo de materia gris era tan

bueno en la ejecución del plan como en la cosa de la discreción, entonces ya podían los familiares y seres queridos de todos aquellos desgraciados ir empezando a preparar bocadillos con relleno de limas para enviárselos a prisión…

Y esto por no hablar de que lo peor para mis intereses no era nada de todo eso, sino comprobar que Miqui (no lo olvidemos: mi pase VIP personal e intransferible a los favores de la señora Chismes y quién sabe si incluso a la riqueza por la vía de sus capacidades pugilísticas) parecía estar metido en el asunto hasta el pescuezo, a la luz de lo mucho, tanto en cantidad como en efusión, que el muchacho había asentido ante los comentarios de sus compañeros. Fuese lo que fuera que aquellos pánfilos tuvieran en la cabeza, era preciso actuar. Y, a ser posible, mejor ya que más tarde, pues a juzgar por sus habilidades lo más probable era que para mañana ya estuvieran todos en comisaría… Decidido, me puse en pie y me acerqué a su mesa.

—Mis queridos amigos —saludé con gesto firme—, lamentó interrumpir tan alegre reunión alimenticio-conspirativa, pero les aseguro que no he podido evitar escuchar sus disquisiciones. Y antes de que alguno de ustedes se pregunte quién me manda a mí meterme en sus parrafeos, permítanme que les introduzca un argumento: aquí la cuestión verdaderamente importante no es si yo soy más o menos cotilla, sino si este bar es más o menos grande.

—Más o menos… ¿grande? ¿Grande para qué, compadre? —preguntó el mulato.

—Para sus comentarios. Si me permiten que se lo diga, creo que el que han escogido ustedes es un bar demasiado pequeño para unos secretos tan grandes.

Los cinco se quedaron mirándome, cada uno con su bocadillo entre las manos y la boca a medio llenar.

—Pero no paren, por favor, por mí no paren. No es cierto eso que dicen, hay mucho de leyenda sobre los excesos con la carne de vacuno —expliqué señalando hacia el plato del más viejo—. Dos hamburguesas mejor que una, diga usted que sí.

El gordo de las dos hamburguesas mejor que una me observó de reojo, desconfiado.

—Disculpe, pero juraría que no nos conocemos… ¿Se puede saber quién carajo es usted?

—Por supuesto que sí, amigo. Mi gracia es Dante, Dante Odeón, para servirlo a usted y, muy probablemente, también a Dios. Pero no se preocupe ahora por eso y siga, siga comiendo. En todo caso, si ha de preocuparse usted por algo es por su nivel de colesterol, Dios le bendiga…

Imagínense por un instante a un sacerdote al que, justo cuando se dispone a limpiar el polvo a la imagen de la virgen, esta va y le aconseja una nueva marca de ambientador para la iglesia. ¿Ven ustedes su cara? (La del cura, digo, no la de la virgen). Bien, pues justo esa es la mirada con la que el hijo de mi vecina me está observando en este preciso momento.

—Miqui, muchacho —le dije al fin—, creo que va siendo hora de que regreses a casa. Tu mamá está tan preocupada por ti como yo por el estado de mi vida amorosa. Así que mejor vas recogiendo tus cosas, ¿sí?

El tipo de la hamburguesa doble se dirigió al chaval.

—¿Qué mierda está pasando aquí, Miqui? ¿Acaso conoces a este tipo? —entornó los ojos—. No será tu padre…

—¿Mi padre?

Y aún permaneció así el muchacho unos dos o tres segundos, con la boca abierta, la frente arrugada y la pregunta flotando en el aire. Desde luego, no había duda alguna: aquel muchacho era un portento, una verdadera obra maestra de la estulticia humana.

—¡No! —aclaró por fin con gesto divertido, como si acabara de entender el mejor chiste del mundo—. ¿Mi padre? No, claro que no —insistió, desechando con las manos—. ¡Es mi vecino! Creo…

Aclarado este aspecto genealógico ante sus compañeros, Miqui pasó a tenderme su mano, empapada en kétchup, mostaza y mayonesa.

—Dejad que os presente —ofreció—.

»Este —dijo señalando al gordo comedor de hamburguesas— es el señor Atila Prudencio. Y estos otros dos son mis amigos Jordi «el Cuc» Panerola —el flaco, más alejado de él— y Mulato Wilson. Y esta preciosidad… —aquí comenzó a dibujársele una sonrisa estúpida en la cara—, está preciosidad es Linda Love. Mi prometida.

Discreta, una sonrisa cínica apareció en el rostro del mulato al tiempo que la muchacha también me ofrecía su mano.

—*Anchanté* —me saludó la rubia con aire coqueto.

—Sí, eso mismo, preciosa. Yo sigo siendo Dante, Dante Odéon, agente artístico.

—¿Agente artístico? —repitió con sorna el tal Mulato Wilson—. ¿Y eso qué viene siendo, chico? ¿La policía de los pintores, o qué?

—Justo. Y ahora mismo tengo ahí fuera a Velázquez, a Rembrandt, e incluso al pintor de las cuevas de Altamira, que dicen que quieren conocerte, Miqui, así que si te parece…

—No —respondió con firmeza.

—¿No?

—Eso es lo que he dicho, no —repitió un Miqui de repente tan serio como determinado, aprovechando al tiempo para buscar de reojo la mirada de la muchacha.

—A ver, hijo, acabo de decirte que tu madre…

—Lo sé, ya le he entendido la primera vez, señor Odeón. Pero no insista: he dicho que no iré, y no iré. Y así se lo pude decir a mi madre, si quiere. Yo no voy a ninguna parte.

—Pero… ¿Por qué? —protesté al ver que el chaval y su cabeza dura ponían en peligro lo victorioso de mi retorno al Castillo del Amor.

—Porque nosotros —respondió con gesto grave—tenemos una misión.

Esa fue su respuesta.

La pronunció de manera rotunda, casi mesiánica, con toda la solemnidad y presencia que el hecho de tener una hamburguesa con queso entre los dientes y las manos empapadas en una riada de salsas le podía dar.

Mientras Miqui gozaba de las miradas de orgullosa aprobación ofrecidas por sus acompañantes (muy especialmente de la de Linda Looooo-o-o-o-fff, aderezada esta con un sutil pestañeo de admiración), yo seguía allí, de pie, inmóvil en medio del comedor, intentando encontrar una salida al callejón en que me encontraba. A punto estaba de iniciar una nueva protesta cuando mi oportunidad llegó transformada en bocadillo de chorizo criollo.

Siempre que voy a L'Squina como lo mismo, de tal modo que ya casi no necesito ni pedirlo. Al entrar, Carlos me pregunta «¿Lo de siempre?», y yo me limito a asentir mientras voy subiendo hacia el comedor. Lo de siempre es un «38», es decir, un bocadillo de criollo, junto con una ración pequeña de patatas y una Coca-Cola. Y eso era

exactamente lo que el camarero montaba sobre su bandeja cuando me encontró allí, aún plantado frente a la mesa de la temible Banda Peligro.

—¿Qué pasa, *you*? —Carlos siempre nos llama así a todos—, ¿aún no sabes dónde te vas a sentar, o qué?

De acuerdo. Había llegado la hora de responder.

—Pues mira, sí —dije con decisión—. Comeré aquí, con mis amigos. ¿No es así, muchachos? Sí, claro que sí… Dejad que os exponga otro argumento: hacedme sitio.

Todavía confundidos por mi respuesta, mis nuevos amigos se miraron entre ellos hasta que, finalmente, y viendo que Carlos empezaba a impacientarse, decidieron hacerme el espacio demandado. Tomé una silla y, por fin sentado a la mesa, aproveché el tiempo que al camarero le llevó servir mi merienda para reconocer a la para mí ya famosa Banda Peligro.

Sentada justo frente a mí quedaba la hermosa Linda Love, flanqueada por mi vecino el ahora súbita y heroicamente responsable Miqui «Mosca» Chismes a la izquierda y, a la derecha, por el tal Mulato Wilson. Junto a él seguía aquel otro individuo, Jordi Panerola, al que Miqui había apodado «el Cuc», un palillo de aspecto nervioso que continuamente parecía querer ocultarse tras sus gafas, una montura enorme (gigante, en realidad) de pasta marrón. Y a mi izquierda, ahora casi pegado a mí, seguía el orangután del bigote, el gordo Atila Prudencio.

—Así que tenéis una misión, ¿eh? —pregunté cuando estuve seguro de que ya nadie más nos oía—. Pues muy bien. E imagino que tendrá que ver con ese plan del que hace apenas unos minutos estabais hablando entre vosotros, ¿no es así?

—¿Pero qué pasa aquí —preguntó el gordo—, acaso estaba usted espiándonos?

—Ni mucho menos, amigo. Me bastó con traer puestas las dos orejas de casa.

Prudencio y Panerola cruzaron entre ambos una mirada incómoda, reprobatoria.

—¿Oyó lo que decíamos?

—Correcto. Yo, y todos los miembros de la Asociación de Personas Sordas de Nairobi. Digamos que en eso de la discreción vais a tener que practicar un poco más… Así que vaya, en vista de

que vamos a pasar la hora de la merienda juntos, ¿qué tal si me contáis de qué va esa misión tan divina que hace que aquí mi amigo no pueda volver a casa, eh? —pregunté empleando mi bocadillo de chorizo criollo para señalar con él a Miqui.

—¡Ah, no! ¡No, no, no, eso es imposible, por eso! —respondió con marcado acento catalán el tal Panerola, sin dejar ni por un instante de menear nerviosamente la cabeza.

—¿Imposible? —repetí, intentando introducir en la conversación mi pose de tipo duro—. ¿Quieres decir que te resulta imposible compartir tus cositas conmigo? Vaya, pues eso sí que es mala suerte… No sé —continué tras una breve pausa dramática—, a lo mejor es que preferís hacerlo con la policía… ¿Qué me dices, preciosa, tú tampoco quieres hablar con el tío Dante?

Terminé la pregunta guiñándole un ojo a la muchacha, y tan galante gesto me sirvió para detectar dos cosas: la primera fue que a ella no le hizo ninguna gracia ni mi pregunta ni mucho menos mi ademán. Y la segunda… Bueno, digamos que la segunda me escupió directamente en la cara.

—¡Oye, tú, pedazo de mamón! —bramó de repente Atila—. ¡Mucho cuidado, a ver a quién le guiñas tú el ojo, que está «preciosa» es mi hija!

¡Vaya! Esa sí que era buena. Linda Love… ¿Prudencio?

—De acuerdo, de acuerdo… —intenté que se tranquilizase—. Disculpe usted mi atrevimiento y pierda cuidado, que no volverá a ocurrir. Pero ahora, si le parece…

No todo lo tranquilo que yo quisiera, el tal Atila volvió a reclinarse en su silla, todavía con el ceño fruncido.

—¿Si me parece, qué?

—Ya sabe —insistí—, sus planes…

Atila sonrió, echando mano de la más cínica de las poses.

—Oiga, ¿de verdad cree usted que le vamos a contar nuestros planes al primer payaso que aparezca por la puerta?

—Exactamente.

—¡Caramba! —exclamó divertido—. ¿Y qué le hace pensar que pueda ser así, señor Odeón?

—Mire —respondí—: por una serie de razones sentimentales que ahora no vienen al caso, yo lo único que pretendo es llevarme a este chaval de vuelta para su casa de una santa vez. Pero sucede que

aquí el amigo no está por la cosa de colaborar, y todo por no sé qué historia de un maldito plan, tal como yo y todos los habitantes del hemisferio norte acabamos de escucharles. Así que, o me explican de una vez el motivo que me mantiene alejado de los amorosos brazos de la señora Chismes, la infeliz progenitora de Miqui, aquí presente, o se lo explican a la policía, ustedes verán.

Supongo que intimidado por la profundidad de mi discurso, o tal vez simplemente por la reaparición en él de la palabra «policía», fue Miqui quien se decidió a romper el hielo.

—¡Bueno, en realidad la cosa es bastante sencilla, señor Dante! —exclamó con entusiasmo—. Verá, vamos a rob…

¡Plas! Adoptando la forma de una espléndida colleja, Atila cayó sobre Miqui con tanta fuerza, rapidez y sonoridad, que al muchacho no le dio tiempo más que a quejarse y a echarse la mano al cuello, ahora dolorido y rojo como un tomate. Qué reflejos… Tal demostración de agilidad me ayudó a comprender un poco mejor la cosa de aquellos veinticuatro K.O.'s.

—Miqui, hijo —le advirtió Atila—, tú mejor te quedas calladito, ¿sí?

—Pero, ¿por qué? —protestó el muchacho.

—Porque cada vez que abres la boca confirmas que eres más imbécil de lo que ya de por sí lo pareces con ella cerrada.

Con gesto de no comprender nada, todavía intentó Miqui Chismes una última protesta.

—¡Pero si yo tengo el plan muy claro!

—Pues precisamente por eso, muchacho, precisamente por eso. Así que, si te parece, de ahora en adelante mejor dejas que sea yo el que hable, ¿de acuerdo?

Aclarado todo lo relativo a quién llevaba la voz cantante en el Sindicato de Imbéciles Unidos, el tal Atila volvió su mirada hacia mí.

—¿Me da usted su palabra de que si se lo contamos sabrá mantener el pico cerrado?

—Tan cerrado como un banco a la hora de conceder un crédito.

—¿Nada de policía?

—Nada de policía.

El gordo todavía permaneció en silencio por un buen rato más, sus ojos clavados en los míos, me imagino que sopesando la

veracidad de mi compromiso. Finalmente acabó echándose hacia adelante, dejando su bigote a muy poca distancia de mi nariz.

—¿Seguro que podemos confiar en usted, señor Odeón?

—¿Acaso no come alfalfa el caballo blanco de Santiago? —respondí secamente.

Todos se quedaron mirándome.

—¿Cómo dice? —preguntó Atila, su frente y nariz arrugados como el fuelle de un acordeón.

—Nada, déjelo estar. Cuente, cuente usted.

El gordo Prudencio volvió a quedarse callado, observándome durante tanto tiempo que todavía me dio para pensar que ese mostacho suyo aun sería capaz de intimidar al bigote del mismísimo Stalin. Mientras yo pensaba en estas estupideces, supongo que él debía de estar sopesando si compartir conmigo su secreto o si partirme las piernas, ambas opciones bien fáciles de poner en práctica allí mismo. Por suerte para mis extremidades inferiores de mayor tamaño, la opción ganadora fue la primera.

—Vamos a robar el Botafumeiro.

Canto VI: La peor idea del mundo

Casi le escupo todo el criollo en la cara.

—Perdone, ¿cómo dice usted?

—Digo que vamos a robar el Botafumeiro —repitió tranquilamente.

—Oiga, deje que introduzca aquí una cuestión: cuando dice que van a robar el Botafumeiro, ¿se refiere usted al incensario de la catedral de Santiago?

Atila ladeó la cabeza, aparentemente desconcertado.

—¿Es que hay otro?

Aún con el bocadillo de chorizo criollo entre las manos y la boca a medio cerrar, esta vez fui yo el que se quedó en silencio. Lentamente, dejé de observar a mi vecino de la izquierda, el intimidante Atila Prudencio, para realizar una ronda visual por el resto del vecindario. Necesitaba asegurarme de que no me estaban tomando el pelo.

Y no, por lo visto, no…

Con los ojos ligeramente entornados, Linda me observaba de reojo sin dejar de acariciar el cabello de su prometido. Todos los mimos y caricias venían de su mano derecha, ya que la izquierda la mantenía bajo la mesa, lejos de mi vista. Justo igual que la derecha de Mulato Wilson, quien a su vez lo que sí mantenía sobre mí era la misma mirada desafiante. Boca y ojos, Miqui Chismes lo mantenía todo entreabierto, todavía con esa expresión de sagacidad tan peculiar en la mirada. Y a pesar de que el tipo de mi derecha, el catalán Panerola, seguía con la cabeza echada hacia delante, a una distancia curiosamente escasa del sándwich vegetal que le esperaba sobre la mesa, bien pude ver que en realidad no dejaba de observarme nerviosa y disimuladamente sobre la montura de sus enormes gafas de pasta marrón. Por un tiempo que a mí se me hizo interminable nadie dijo nada. Nadie, hasta que yo mismo rompí el silencio.

—A ver, dama y caballeros, a ver si lo he entendido bien. ¿Están ustedes diciéndome que tanto su intención como el motivo que impide el regreso de mi querido vecino al hogar familiar no son otros si no robar uno de los más famosos útiles de la homilía cristiana en este país?

—Exacto.

—Ya… ¿Y serían ustedes tan amables de explicarme cuál viene siendo la motivación de tan altas aspiraciones? Si no les es molestia, claro está.

—El hambre —respondió Atila casi sin darme tiempo a terminar mi pregunta.

—¿El hambre? —ahora el que fruncía el ceño era yo—. ¿Qué pasa, que va usted a comerse el Botafumeiro, o qué?

Atila sonrió con desdén.

—Ya sabe lo que quiero decir.

—Pues para serle franco, no —respondí—. El hambre, dice. ¿Y qué es lo que ocurre, pues? ¿Acaso no le está sentando bien la hamburguesa, señor Prudencio? Porque, si es por eso, sepa usted que aquí también preparan unas *pizzas* excelentes…

—Por favor, señor Odeón, déjese de mamarrachadas. De sobra sabe a qué me refiero…

—Por supuesto —mentí—. Pero igual si me refresca un poco la memoria…

Atila me miró fijamente.

—¿Lo considera necesario?

—Sí. Y justo también, ya que estamos.

—¿Va a decirme que no sabe cuál es la gran pregunta para este tiempo que vivimos? ¿La única cuestión importante para estos días de indecencia inclasificable?

—«¿Parará de llover algún día?»

—Muy gracioso… Pero no. La pregunta correcta es «¿qué hacer con nuestras vidas?», señor Odeón.

—Claro —disimulé—, esa era mi segunda opción.

—Qué hacer con ellas, cómo sacar adelante nuestras vidas en estos tiempos atroces que nos toca vivir, en este mundo sin corazón donde las opciones siguen ocultándose bajo cada vuelta que damos en la cama sin poder dormir, incansables tras las muchas horas en que uno intenta conciliar el sueño.

—¿Ha probado usted con pastillas?

—Nuestro problema no es ninguna pastilla, señor Odeón. Nuestro problema es que no tenemos trabajo, ninguno de nosotros. Y cada día somos más…

—Tiene usted mucha razón, señor Prudencio. En concreto, tiene

usted casi seis millones de razones. Pero, si le soy sincero, no acabo de ver yo la relación…

—Mire, por lo que yo sé, antiguamente la gente buscaba la respuesta a estas mismas preguntas en alguna de las cuatro sabidurías: la ciencia, la filosofía, el arte, y la religión. ¿De acuerdo?

—Sí. Y en la *Enciclopedia Espasa* también, no vaya usted a olvidarla…

—Pero deje que le diga una cosa, señor Odeón: la ciencia ya no explica cosas como por qué no conseguimos salir de esta crisis. No nos explica por qué los precios son cada vez más altos y los sueldos más bajos, por qué se produce un desahucio, cuál es la razón de que la gasolina siga subiendo aunque el petróleo caiga en picado, ni nada que podamos comprender en realidad. No, la ciencia no nos explica nada de eso, sino que se limita a tergiversar la vida mezclando complejidad con perplejidad.

»¿La filosofía? ¿Quién, dígame, quién que no tenga que aprobar algún examen lee hoy a Platón o a Nietzsche? Y eso por no hablar ya de la política: ¿quién puede escuchar hoy el discurso de un solo político sin que se le revuelven las tripas? Y la religión… No, la religión no es hoy más que un ritual vacío, una máscara con la que tapar nuestra hipocresía.

Nos quedamos los dos en silencio, yo esperando algo más.

—Se deja usted el arte atrás…

Atila volvió a clavarme su mirada.

—Exacto, amigo, exacto… Lo dejo para el final porque eso mismo es lo que les daremos. Arte.

—¿Arte? —eché un nuevo vistazo en redondo—. ¿Ustedes?

—Ya no queda fe en nada más que en la única fuente en la que todavía creemos: el arte de contar historias.

Me perdí. ¿Acaso estaba en presencia de la primera banda de cuenta-cuentos delincuentes de la historia?

—El… ¿qué?

—Lo único que el mundo sigue devorando con fruición hoy son las historias. Películas, dramas, *reality shows*, culebrones… Lo que sea con tal de huir de la realidad.

—Bien, no le digo que no, señor Prudencio. Yo mismo estoy tan enganchado a la serie que dan después de *Saber y Ganar* que creo que la única manera de superarlo sería consiguiendo que Jordi

Hurtado protagonizase una telenovela. *Concursar en tiempos revueltos*…

—¡Déjese de concursos, señor Odeón! En esta vida ya no hay premios para nadie, mucho menos para los que estamos más abajo. Nosotros también nos los merecemos, por supuesto que sí, pero hoy está más que claro que la vida no nos los va a dar. Y, sin premios para nadie, a la gente no le ha quedado otra alternativa que buscar en la ficción sus guías, el manual de instrucciones que les ayude a comprender, a poner algo de orden en este caos que es nuestro día a día.

—Entiendo —respondí, aun sin entender nada en realidad—. Pero el caso es que sigo sin ver qué pintan ustedes…

—¡Pues está clarísimo! —protestó Atila—. Entrando en la catedral conciliaremos todas las disciplinas posibles. Si lo que la gente quiere son historias, nosotros le daremos la mejor de ellas. Una en la que no les quedará más remedio que mezclar religión, política, ciencia… Una, en definitiva, de la que no dejarán de hablar en mucho tiempo.

Nuevo silencio.

—Pero ¿por qué? Quiero decir, ¿por qué precisamente el incensario?

—Porque se trata de un símbolo, y ese es exactamente el punto, el único y verdadero punto sobre el que esta sociedad de mierda en que vivimos, beata y meapilas, mantiene algún tipo de sensibilidad.

La respuesta ofrecida por el amigo Atila Prudencio me puso en el conocimiento de dos aspectos irrefutables, a saber:

Uno: Las buenas formas en la oratoria de mi interlocutor eran de tiempo limitado.

Y dos: no había entendido absolutamente nada de lo que acababa de decir.

—Disculpe, pero no he entendido absolutamente nada de lo que acaba de decir. ¿Me equivoco si interpreto que el punto de sensibilidad social ese del que usted habla y el Botafumeiro son la misma cosa?

—Exactamente, señor Odeón —respondió sin dejar de masticar—, exactamente. Dentro de nada hará un año ya que perdí mi trabajo en los astilleros. En realidad tampoco me cogió por sorpresa, todos sabíamos que era cosa de tiempo… Rara era la

semana en que no despedían a algún compañero. Y, entretanto, ¿qué cree usted que hacían los demás?

—Barcos supongo que no…

—Ni mucho menos. Lo único que hacían era salir a la calle. Manifestarse, y seguir hablando de fe.

—¿Fe?

—Eso he dicho, señor Odeón. Fe en el comité de empresa, fe en los representantes sindicales, fe en las negociaciones… En vez de actuar, escogimos mirar para otro lado, esperar que otros lo hicieran por nosotros. Hasta que no quedó más remedio que empezar a asimilar que por ahí no vendría ninguna solución.

»Fue entonces cuando todos empezaron a mudar sus devociones, y cada quien escogió el icono que mejor le convenía. Las mujeres pasaron a tener menos fe en el convenio y más en sus santos, mientras los hombres, vencidos, acabaron por depositarla en sus malditos equipos de fútbol, a ver si por lo menos ellos tenían mejor suerte que nosotros. Fe en el Celta, fe en el Dépor. En que uno no bajaría, en que el otro conseguiría subir.

»Fe en que la crisis pasaría, en que todo se solucionaría, y en que ya nos tocaría una de catorce más el complementario. Fe, fe, ¡fe! Esto fue lo último que me dijeron cuando me llegó la vez. «Ten fe, Atila, que Dios aprieta pero no ahoga».

Prudencio hizo una pausa en su relato, y mientras el gordo reflexionaba sobre tan altas cuestiones, yo no dejaba de pensar en qué clase de mundo era el que le estábamos dejando a Jordi Hurtado…

—¡Que tuviera fe, yo! —reaccionó de repente el gordo—. Por favor… —Atila dejó escapar una sonrisa de asco y desprecio—. Pues muy bien, si eso es lo único que les preocupa, esa será la solución a nuestros problemas.

—La solución… —repetí.

—Exacto, nuestra solución. Como ya le he dicho, yo perdí mi trabajo, pero nunca he dejado de tener mis responsabilidades, aquí presentes en las formas de mi hija.

—Bien voluptuosas, por cierto.

—¿Cómo dice?

—Nada, nada. Siga usted, por favor.

—Entre otras, aquí Linda tiene la curiosa costumbre de comer

todos los días. Y yo, como progenitor suyo, me veo en la obligación de satisfacer todas sus necesidades. Y para esto necesito dinero.

—Sí, esa viene siendo una necesidad bastante extendida, según me han contado…

—Pues resulta que yo sé cómo hacer para conseguirlo. Si a la gente no le importa más que su maldita fe, entonces será justo ahí donde nosotros golpeemos: en uno de sus símbolos más queridos en todo el país.

—El Botafumeiro…

—El mismo —me respondió con orgullo el señor Prudencio—. ¿O acaso conoce usted otro símbolo más nuestro que ese, señor Odeón?

Atila se quedó mudo, probablemente pensando en lo que acababa de decir, hasta que él mismo respondió a su propia pregunta.

—Es verdad que la otra opción era secuestrar directamente la catedral, pero después de darle muchas vueltas llegamos a la conclusión de que se nos hacía complicado.

—Claro —asentí—, demasiado grande. Iban ustedes a llamar mucho la atención con ella a cuestas por la calle…

Aquel que a todas luces ejercía el rol de jefe de la banda dejó de masticar, y por un instante volvió a quedarse mirándome. Se ve que mi comentario no le sentó bien del todo.

—¡Escuche, mequetrefe! —el tono de amenaza había regresado a su voz—. Llevo mucho tiempo planeando esto, y ahora por fin tengo el equipo perfecto para llevarlo a cabo: yo soy la idea. Panerola es el responsable de la logística. Linda tiene el encanto necesario para abrir todas las puertas que necesitemos. Y Mulato y su querido Miqui… Bueno, digamos que necesitábamos gente con razones de peso en cada brazo. Ya sabe, por lo que pueda pasar…

Yo había ido dedicándole una mirada a cada uno de los miembros de la banda a medida que Atila iba enunciando sus nombres y virtudes particulares. Y ahora, completada la rueda, mis ojos volvían a encontrarse con los del sedicente ideólogo de la Banda Peligro.

—Ya veo… Y dígame una cosa, pues: ¿cómo ha pensado hacer usted para acercarse a él?

—¿Y no se lo he dicho, ya? —protestó el hombre—.

¡Valiéndonos de mi hija, por supuesto!

—¿De su hija? ¿Para entrar en las dependencias de la catedral? —no daba crédito—. ¿Qué ocurre, que ahora resulta que Linda tiene un máster en seguridad internacional, o cómo es la cosa?

El tipo me apartó la mirada y removió el mentón a un lado y a otro, inquieto, antes de responder nada.

—Bueno, ese tipo de detalles… Comprenda que se trata de cuestiones que simplemente no puedo compartir con usted.

—Ya, comprendo… Mas, por lo menos, podrá contarme cómo piensa sacarlo de la catedral…

Silencio.

—¿Sabe cómo transportarlo?

Más silencio.

—¿Dónde lo ocultará, tal vez?

Nada.

—¿Qué hacer con él después?

Nada de nada. Lo más parecido a una respuesta por parte de mis acompañantes fue el baile de miradas incómodas que desde hacía un rato habían comenzado a cruzarse entre Atila y Panerola.

—¡A ver! —respondió por fin el gordo, volviendo a echar mano de su tono más agresivo—. Acabamos de conocerlo, ¿y ya pretende usted que le demos todos los detalles de nuestro plan? Por favor, no me haga reír… —rechazó Prudencio con fingida arrogancia—. ¿Cómo sé yo que no se apropiará usted de mis ideas, eh?

—Oh, claro —respondí—. Esa es una posibilidad que tampoco se puede desechar, por supuesto. Esa, y que no va a compartir con cualquiera los detalles de un plan que todavía no tienen, ¿no es así?

—Exact…

¡Plas! La respuesta de Miqui se vio interrumpida por el advenimiento de la segunda colleja, que le dejó al muchacho la sonrisa congelada en la cara.

—¡Mierda, chaval! —bramó Atila—. ¡Si es que tengo más razón que un santo cuando digo que eres más estúpido que un zapato con tirantes! ¿Pues no te he dicho que te quedaras callado? Verá —apuntó el gordo, volviendo a dirigirse a mí—, puede ser que todavía nos queden unos cuantos aspectos por definir, no le digo que no. ¡Pero a grandes pinceladas la idea está más que clara!

Claro que sí…

Miren, si en todo el bar había una sola idea que estuviera más que clara, esa no era otra que la de que, efectivamente, mis compañeros de merienda constituían la reunión de imbéciles más grande de toda la ciudad. ¿Secuestrar el Botafumeiro? Por favor, solemne estupidez.

El segundo puesto en la tabla de las «claridades» lo ocupaba la certeza de que su plan era un disparate, una chapuza sin pies ni cabeza que hacía aguas por todas partes.

Pero aún había una tercera cuestión digna de ser tenida en cuenta, que no era otra sino la misma que me había llevado hasta ellos: si yo había aguantado allí todo el tiempo escuchando semejante procesión de despropósitos no era más que porque al final de la tarde iba a seguir necesitando llevarme conmigo al bobo de Miqui Chismes de vuelta al calor de su hogar, tal era el único modo de que yo pudiese aproximarme a la posibilidad de gozar, así mismo, del calor de su madre, mi querida señora Chismes.

Así pues, y una vez detectado ese punto evidentemente bajo en las guardias de la Banda Peligro, comprendí que había llegado el momento de actuar. Y, combinando estas tres «claridades», decidí iniciar mi contraataque.

Canto VII: La mejor idea del mundo

Consciente de la necesidad imperiosa de no fracasar en mi misión, comencé mi respuesta con toda la seguridad que pude aparentar:

—Escuche, amigo… En todo este tiempo no ha dejado usted de hablar. Y no es que me moleste especialmente, señor Prudencio, si obviamos el pequeño detalle de haberlo hecho con la boca llena y, lo que es peor, abierta, como las muestras presentes en mi camisa pueden testificar. No se preocupe, que yo se lo perdono, considerando ese hambre suya de la que tanto ha hablado y que, a juzgar por el apetito con que devora usted, desde luego debe de ser mucha más que la de los mismísimos Pantagruel y Carpanta juntos.

»Pero las cosas son como son, y existen cierta formas que se deben respetar. Porque si hay algo peor que comer con la boca llena es hacerlo con la cabeza vacía. Amigos —me dirigí ahora al grupo—, disculpen si empleo demasiada franqueza con ustedes de una sola vez, pero si me lo permiten voy a introducirles un argumento: todo esto que me están contando no es más que un gran festival de estupideces.

Guardé un pequeño silencio, por aquello de darle un poco más de profundidad dramática a mi sentencia, y continué con mi contraataque.

—Tranquilos, no vayan a enojarse ni ustedes ni, sobre todo, sus puños. Relájense y dejen que me explique de modo que unas mentes privilegiadas como las suyas lo puedan entender. Veamos…

»En este tipo de asuntos hay siempre una progresión de movimientos a tener en cuenta. No me pregunten por qué sé de qué les estoy hablando. Ahora solo tienen que pensar que yo sí lo sé y, lo que es más importante, que ustedes evidentemente no.

»Así pues, y retomando el hilo de mi discurso, ¿cuáles son esos pasos de los que les estoy hablando? Bueno, creo que está bastante claro: entrar, coger y salir. En base a esta premisa, cualificar lo que ustedes pretenden hacer de «terriblemente arriesgado» es quedarse terriblemente corto. Poco menos que imposible. Quiero decir, ¿cómo diablos pretenden llevar su plan adelante?

Un nuevo silencio para poner todavía más en evidencia el vacío de sus posibles argumentos, y seguí adelante sin dejar espacio para

ninguna respuesta.

—Está claro que ustedes desconocen este dato que les voy a dar: les aseguro, señores, que hasta el más despistado de los compostelanos sabe que el Botafumeiro no se guarda en la catedral. En el templo en sí mismo, quiero decir, sino en su biblioteca.

—¿Y quién le ha dicho a usted que no estuviéramos informados de esa particularidad, eh? —replicó Atila, más a modo de protesta que de respuesta—. Por supuesto que sabíamos que el Botafumeiro se guardaba ahí, en la… En la…

Las palabras del ideólogo del grupo quedaron colgadas en el aire, hasta que Panerola salió a su rescate.

—En la biblioteca.

Sonreí.

—Ya. Claro… —respondí tiñendo mi voz de tanto escepticismo como me fue posible—. Y díganme una cosa, entonces: ¿cómo han pensado hacer para entrar en la biblioteca? Y antes de que me repita usted la historia de valerse de los encantos de su hija y todo eso, permita que le recuerde que lo que la catedral tiene en sus puertas no es precisamente un gorila de discoteca que se deje impresionar por los, por otra banda, confieso que impresionantes argumentos de esta hermosura… —expliqué indicando en dirección a la muchacha.

Seguí con mi argumentación, casi sin respirar, antes de que el progenitor de Linda Love tuviese tiempo para protestar.

—No voy a negarle que tiempo atrás la cosa igual era así de sencilla. Pero amigo, deje que le aclare algo: de unos años a esta parte el asunto se ha complicado una pizca. Especialmente después de que uno de los electricistas del cabildo confundiera la catedral con la biblioteca municipal y decidiera llevarse prestado el *Codex Calixtinus*. No, Atila, no… Si algo le toca las campanas a la curia es que la gente disponga así como así de sus juguetes, sobre todo de aquellos que valen tantísimo dinero… Desde entonces la seguridad en la catedral se ha vuelto un poco más compleja, así que por ahí ya tenemos un problema.

Miqui asintió con la cabeza como si estuvieran entendiendo, animándome a seguir.

—Y aun así, vamos a forzar el caletre y aceptar que consigan ustedes entrar. ¿Cómo rayos piensan hacer para sacar semejante

trasto de la catedral? Porque en la mochila ya les digo que no coge… O, puestos a seguir imaginando, ¿qué es lo que han pensado para deshacerse después de él? Doy por sentado que para emplearlo como ambientador en el cuarto de baño no lo querrán, por lo que supongo que su intención será venderlo, ¿me equivoco? ¿Y cómo piensan hacerlo, si se puede saber? ¿Acaso pretenden poner un anuncio en el *Faro de Vigo*? «Se vende incensario, tamaño XL, ideal para colgar de bóveda románica. Interesados llamar.» Hombre, podría ser una opción… De no ser por el detalle incómodo de que tan pronto como salga el sol el día siguiente al robo el planeta entero estará al corriente de la desaparición del Botafumeiro. Díganme ustedes, pues, a ver quién piensan que va a querer andar metiendo las narices en semejante aparato…

Poco a poco fui observando cómo las miradas incómodas se iban cruzando ahora ya entre todos los integrantes de la Banda Peligro. La duda sembrada empezaba a crecer con fuerza, y sentí que se acercaba el momento de rematar la faena.

—Amigos, dejen que les exponga un argumento: eso de tener altas aspiraciones está muy bien. Son las grandes ambiciones las que mueven el mundo. Pero hombre, para empezar, igual era mejor algo más sencillo, ¿no les parece?

Atila me dedicó una nueva mirada, mezclando en su ceño fruncido desconfianza y curiosidad. Preferí no darle tiempo a nada. Y menos a pensar.

—¡Claro, hombre! Sus intenciones están muy bien, pero… ¿Por qué no comenzar con algo más accesible? No sé, ¿qué tal el Cristo de la Victoria?

—¿El Cristo de qué? —preguntó Panerola con gesto extrañado por encima de sus gafas de pasta.

—El de la Victoria, amigo, una de las imágenes más veneradas en la ciudad —le aclaré—. ¿Acaso no lo conoce? Pues precisamente usted debería conocerlo…

—¿Yo? ¿Y por qué yo?

—Por ser quien es.

Panerola se quedó mirándome, y su expresión pasó a ser todo desconfianza. Y quizás algo de susto también…

—¿Por ser quien soy? ¿Qué quiere decir con eso? ¿Qué sabe usted sobre mí?

—Pues, para empezar, sé por su acento que es usted catalán, ¿me equivoco? Y aunque por lo visto él ahora ya no lo es (cosas del trabajo de limpieza), por muchísimos años nuestro Cristo fue negro.

—¿Negro? —preguntó Panerola.

—¡Como el sobaco de un mono! Algo así como su famosa Moreneta.

—La Morenita… —repitió Linda Love al tiempo que hacía explotar su globo de chicle—. Esa es una cantante de *hip hop*, ¿no?

—No —respondió secamente Panerola, supongo que herido en su orgullo patrio—. La Moreneta es la virgen de Montserrat, patrona de Cataluña.

—La misma —les confirmé a los demás—. Vaya, que siguiendo con lo nuestro, y ya que hablamos de vírgenes, también pueden secuestrar la de la Guía —sugerí, recuperando un tono algo más jovial—, que creo que es mucho más pequeña y manejable que el Cristo, y aquí también se le tiene mucha fe…

—¿Secuestrarla? —preguntó Atila, captando el sutil matiz introducido por mí.

—¡Por supuesto! En este tipo de cuestiones siempre es mejor la opción del secuestro que la del robo. Como acabo de decirle, amigo Prudencio, desprenderse después de este tipo de piezas es muy complicado si no se tienen la experiencia y los contactos necesarios. Pero el secuestro… ¡Eso ya es otra historia, amigo! Jugar con los sentimientos de los demás, tentarlos con la posibilidad de recuperar aquello que les ha sido arrebatado… Ya saben, el cuento ese de «Si no hace lo que les digo le prendo fuego. ¡Que estoy muy loco!». Sí, hombre, sí, eso da mucho margen… O, ahora que lo pienso y ya puestos, si el asunto va a ir de secuestros, mejor probar a raptar algo en lo que la gente tenga verdadera fe.

—¿Verdadera fe? —preguntó Atila.

—¡Claro! ¡Pero si acaba de decirlo usted mismo! Según su descripción, ¿en qué tenemos depositada toda nuestra fe? Las mujeres, en los altos de los altares; y los hombres, en los de su equipo de fútbol, ¿no era así? ¡Pues entonces, por qué andar con un pedazo de latón a cuestas cuando podemos echar mano de un buen futbolista!

Una pequeña chispa, algo parecido al interés, brilló al fondo de los ojos del hombre.

—¿Un… futbolista?

—¡Por supuesto! ¡Donde esté un verdadero astro del balompié que se quite cualquier otro santo de palo! Que poca memoria tiene usted, Atila, que ya no recuerda las bases de su propio discurso… ¡Dónde va que la religión no es el opio del pueblo! ¡El fútbol! Eso sí que importa, interesa, y preocupa. Y si hay un santo en todo el panorama azul celeste en el que aquí nuestros paisanos tengan verdadera fe y devoción, permítame indicarle que ese del que le hablo no lleva túnica ninguna, sino una camiseta con el número 4 grabado al fuego en la espalda.

Todos volvieron a observarse entre sí, confusos, y solo Atila Prudencio sonrió al comprender a quién estaba refiriéndome.

—Borja Oubiña… —respondió por lo bajo, saboreando lentamente cada sílaba pronunciada.

—¡El mismo! —le confirmé, cada vez más crecido yo en mi propia oratoria—. O, miren, ya metidos en gastos, mejor alguien a quien además de fe y devoción también le tengan profundo cariño.

—¿Como por ejemplo? —preguntó Mulato Wilson.

—¿Qué les parece Gudelj? Ya saben, «¡Gracias afición!», y todo aquello —respondí, recordando aquella famosa inscripción en la camiseta que el delantero había lucido al clasificar al equipo para jugar la copa de la UEFA—. ¡Hay valores que nunca pasan de moda! Pero el Botafumeiro… No, hombre, no.

Pensé que había llegado el momento de cuantificar los efectos de mi perorata en aquella manada de mandriles, ver si mis palabras habían conseguido el resultado deseado (que en realidad no era otro sino sacarles la idea de la cabeza, desbaratarles los planes aunque nada más fuese para desanimarlos lo bastante como para poder llevarme de una vez por todas al tarugo de mi vecino conmigo de vuelta para su casa).

Exageradamente recostado contra el respaldo de mi silla, comprobé que el desconcierto era ya una sensación tan extendida por la mesa como los restos de mi bocadillo por el suelo a mi alrededor, de modo que consideré llegado el momento de darle el disparo de gracia al plan de aquellos inútiles.

—Oh, venga, muchachos, ¿ya puestos por qué no aprovecháis el hecho de tener un catalán en el grupo…?

—¿Yo? —preguntó Panerola con gesto sorprendido—. ¿Y eso

qué tiene que ver?

—Hombre, pues que no es por nada, *noi*, pero desde luego si en algún lugar hay dinero es en tu tierra. ¿Por qué no secuestráis a Cruyff? Ya sabéis, «pim, pam, pum, *utomáticamente* gol» —dije intentando imitar con bien poca fortuna el extraño acento del viejo astro holandés—. O a Messi, o… ¡O no! —se me ocurrió de repente—. ¡Ya lo tengo, ya lo tengo!

—¿Quién, quién? —preguntaron al unísono.

—¿Qué me decís… ¡de Copito de Nieve!?

—¡¿El gorila?! —preguntó Atila.

El desconcierto entre mis interlocutores alcanzó cotas de plusmarca.

—Pues hombre, genial —respondió con desgana Panerola—. De no ser por el pequeño detalle de estar muerto.

—¿Muerto?

—Bastante.

—Bueno, reconozco que ese es un impedimento ineludible… ¡Pues secuestrad entonces la estatua de Colón! Pero el Botafumeiro… ¡Por favor!

Desmoralizados como parecían ante mi colección de absurdos, yo lo reconocí al momento: este era, había llegado el momento de que la gorda saliese al escenario, lista para el do de pecho.

—Mirad, muchachos, comprendo vuestra situación. Desde luego que sí. Yo tampoco estoy pasando por mi mejor momento, y ya no es la primera vez que me descubro a mí mismo delante del espejo, probando a ponerme una media en la cabeza para bajar a atracar la primera sucursal del Banco de Sabadell que se cruce en mi camino. Pero creedme si os digo que esa no es la solución. No, por ahí no hay salida. Ha estado muy bien, nos hemos reído mucho, pero ya está. Venga, hombre, dejadlo estar, e id tranquilos, que esta ronda… Bueno —me detuve a tiempo, reconsiderando la cantidad de platos y vasos que se amontonaban en la mesa—, tampoco perdamos la cabeza.

Costó, pero al final mi discurso había conseguido el objetivo deseado. No sin poco esfuerzo, logré que la banda depusiera sus intenciones delictivas, firmase un armisticio e incluso me invitase a merendar. Y, lo que era más importante para mis intereses, que por fin el hijo de la señora Chismes accediese a regresar conmigo de

vuelta al barrio. Bien es verdad que aún me costó, incluso con algún sobreprecio adicional:

—¿Va todo bien por ahí arriba, Dante? —preguntó un Carlos ligeramente suspicaz cuando fui a despedirme de él.

—Va todo tan bien que no se me ocurre cómo podría ir mejor, amigo.

—¿Todo… todo?

—¡Por supuesto!

Nos despedimos de los demás en la barra de L'Squina, y Miqui y yo salimos a la calle. Subimos por la cuesta de Carral arriba y, al doblar a la izquierda en la Puerta del Sol, la calle Policarpo Sanz fue encendiendo suavemente, una detrás de otra, todas sus farolas para darnos la bienvenida. Tal como si las aceras se fueran vistiendo de luz a nuestro paso. A lo mejor solo lo hace de vez en cuando, pero lo cierto es que aveces esta ciudad es atrozmente hermosa con sus hijos…

Canto VIII: El púgil enamorado

Lentamente, caminando sin prisa, fuimos dejando la Puerta del Sol atrás. Miqui avanzaba en silencio a mi lado, dándole una patada a cada colilla que iba encontrando en el suelo, la cabeza baja y las manos hundidas en los bolsillos de su chándal.

—¿Ocurre algo?

—No sé… —respondió encogiéndose de hombros—. Si quiere que le diga la verdad, tampoco es que me preocupe demasiado, pero yo pensaba que se trataba de una buena idea…

—¿Cuál, la historia esa del Botafumeiro? Por favor, campeón, deja que te diga una cosa: no era ni siquiera tan buena como aquella vez que intenté venderles un concurso de tiro con arco a los de la Organización Nacional de Ciegos.

—¿Usted cree?

—Y tanto que sí. No le des más vueltas, tú sabes que has tomado la decisión correcta.

Lo miré de reojo. Dubitativo, todavía indeciso, quizá esa fuera una buena ocasión para echarle el cebo…

—Y oye, si lo que te preocupa es el dinero —comenté como si tal cosa—, tal vez yo pueda ayudarte con eso…

Un sutil gesto de interés se perfiló en el rostro del muchacho.

—¿Ah, sí? ¿Acaso es usted rico, señor Odeón?

—Hombre, rico, lo que se dice rico… A ver, ahí estamos, un mes sí y otro no en las listas de *Forbes*…

—¿Forges?

—No, Forges no. *Forbes*, la revista esa que hace la lista de los más millonarios.

Miqui meneó la mandíbula a un lado y a otro, negando en silencio.

—Creo que no la conozco.

—Ya, bueno, es que últimamente la delegación de las Rías Baixas no funciona demasiado bien… Es igual, yo a lo que me refería era a que, al fin y al cabo, tú eres el gran Miqui «Mosca» Chismes.

Se detuvo.

—¡Vaya! —sonrió sorprendido—. ¿Acaso conoce usted mi carrera deportiva?

—¿Que si la conozco? —me detuve a su lado—. Oye, ¿estás preguntándome que si la conozco? Por favor, hijo, deja que te responda con otra pregunta: ¿quién, dime, quién en esta ciudad no conoce al gran Miqui «Mosca» Chismes? Por favor… ¡Pues por supuesto que la conozco! Y, si me lo permites, todavía te diré un par de cosas más, muchacho: o yo no sé nada de boxeo, ¡o esos brazos tuyos valen su peso en oro!

Miqui se quedó por un instante allí plantado, inmóvil ante las escaleras del teatro García Barbón, con la frente arrugada y la mirada puesta en sus propios brazos, suspendidos en el aire ante él.

—¿Su peso en oro? Vaya, nunca lo hubiera pensado… ¿Usted cree?

—Por favor, Miqui… ¿Acaso no creía el Niño Jesús en Dios?

El chaval se quedó mirándome.

—No me diga que el Niño Jesús también fue boxeador…

—Sí, campeón de los Pesos Divinos. Pero aquí lo importante no es que yo lo crea, ¡es que estoy absolutamente convencido de lo que digo!

De repente el muchacho torció el gesto, de nuevo dubitativo.

—Pero yo no sé qué decirle, señor Odeón, de todo eso del boxeo ya hace mucho tiempo… Si quiere que le diga la verdad, yo creía que tenía dotes, pero mi entrenador siempre me decía que si no me apuntaba a la liga de boxeo preescolar era porque estaba seguro de que los rivales serían todos mucho más listos que yo.

—Por favor, Miqui —respondí rechazando su comentario con un ademán de desprecio—, ¿y él qué sabía de esto? Mira, muchacho, si algo te puedo garantizar es que aquí la fórmula del éxito es la suma de tu talento natural más el trabajo de un buen representante, alguien espabilado, un tipo listo, ágil, con olfato, con contactos, con gafas…

—Vaya, ¿usted cree? No sé —un bosquejo de sonrisa empezó a dibujarse en los labios del chaval—, podría ser… ¿Y usted conoce a alguien así?

—¿Que si conozco a alguien así? ¿De verdad me estás preguntando si conozco yo a alguien así? ¡Pues por supuesto que sí!

—¿Quién?

No daba crédito. ¿Cómo se podía ser tan corto?

—¡Pues yo, por supuesto!

Miqui abrió los ojos de par en par.

—¿Usted?

—¿Y quién esperabas que fuese? ¿La duquesa de Alba, que en paz descanse?

—Caramba, pues la verdad es que no sé qué decirle, señor…

—Un «sí» sería una respuesta bastante aceptable.

—Ya… —Miqui arrugó la nariz, y pude ver cómo su gesto volvía a llenarse de dudas—. Es que no sé, señor Odeón. Yo ahora la vida que quiero es otra…

—¿Otra? ¿Cómo que otra? ¿Qué tiene de malo esta que te ofrezco? Porque, por si todavía no lo has entendido, yo de lo que te estoy hablando es de dinero, muchacho, de mucho dinero. Te hablo de fama, de lujo, de mujeres, de…

—De nada que yo necesite —me atajó—. Lo que yo quiero son cosas más sencillas.

—Bueno, pues eso tampoco es problema, podemos hablar de fama sencilla, de lujo sencillo, de mujeres sencillas…

—¡No! —me interrumpió bruscamente—. Eso sí que no.

—¿Eso? ¿El qué?

—Mujeres —aclaró—, nada de eso. Sepa usted —pronunció henchido de solemnidad— que yo ya tengo la mujer que quiero, don Dante. Para mí no hay en el mundo ninguna otra.

Dijo esto, y yo no sabría si fue por cosa de algún efecto óptico, quizás el reflejo de la luz de las farolas en algún escaparate, o por lo qué, pero lo cierto es que allí, plantado en medio de la acera, el rostro de Miqui Chismes se llenó de una claridad especial, cierto halo a su alrededor, una expresión en sus ojos que lo hacía parecer más… cómo les diría yo, más…

Cretino. Sí, esa era la palabra.

—A ver, hijo, no irás a decirme que lo tuyo con esa…

A punto estuve de meter la pata. Por fortuna, recordé justo a tiempo las razones más que poderosas que el muchacho tenía en forma de puños.

—… con esa hermosísima chiquilla —me apresuré a aclarar— va en serio, ¿no?

—¡Por supuesto que sí! ¿Qué ocurre, que no oyó lo que le dije cuando se la presenté? Linda es mi prometida.

Amigos, ya lo decía Groucho Marx, «lo malo del amor verdadero

es que solo se presenta una vez en la vida… ¡y después ya no hay quien se lo quite encima!». Fingí una sonrisa rápida al tiempo que reemprendíamos la marcha, y me dispuse a intentarlo por otro lado. Al fin y al cabo, a lo largo de nuestra existencia hay ciertos misterios que, cuanto antes le sean revelados a uno, mejor.

—Mira, muchacho, deja que te exponga un argumento —dije tomando a Miqui por la manga de su chaqueta deportiva—. Aunque quizás un poco tarde, si algo aprendí de mi exesposa, maldita vaca avariciosa, fue a diferenciar cuándo una mujer te quiere, y cuándo no. Y, amigo… —tragué saliva al volver a pensar en aquel par de puños—, disculpa que sea yo quien te lo diga, pero…

Miqui volvió a fruncir el ceño.

—¿Pero…?

—Escucha, hijo —respondí después de tragar saliva una vez más —. Que me lleve el diablo si sé decirte por qué, pero si tuviera que apostar, me apostaría el cuello a que esa chica y el tal Mulato Wilson están jugando contigo.

—¿Jugando conmigo?

—Como te lo cuento —aseveré.

—Vaya…

Nos detuvimos en el paso de peatones ante la Casa de las Artes, esperando para poder cruzar al otro lado de la calle. Inmóvil a mi lado, Miqui seguía dándole vueltas a lo que acababa de decirle.

—Y, señor Odeón, ¿puedo preguntarle una cosa?

—Claro.

—Ese juego del que usted habla… —sonrió—. ¿En qué consiste?

Me quedé mirándole fijamente. No podía creer lo que acababa de escuchar.

—En algo muy sencillo, hijo —respondí al fin—. Nada más tienes que lanzar un dado al aire.

—¿Un dado?

—Eso mismo. Y si te sale un 3, ya te puedes dar por jodido…

Miqui seguía cavilando en mi respuesta cuando yo eché a andar, tan pronto como el semáforo se puso en verde. Crucé la calle Policarpo Sanz intentando adivinar si este tipo de preguntas vendría motivadas por los veinticuatro K.O.'s recibidos, o si por el contrario el chaval ya habría salido así de fábrica. O, lo que era peor, si todo esto no sería en realidad la suma de todo lo anterior, complicado a

mayores por la insensatez aquella de estar enamorado.

Sea como fuere, lo cierto es que el cerebro de Miqui Chismes fue capaz de transmitirles a sus pies la orden de retomar la marcha, y al momento volví a tener al muchacho a mi vera. Pensé que lo mejor sería dejarlo para otra ocasión. Al fin y al cabo, lo primero era lo primero, y en aquel momento lo que más me importaba era cumplir con mi vecina, la señora Chismes.

—Escucha, hijo, ¿qué te parece si por ahora nos olvidamos de este asunto, sí? Lo más probable es que todo eso tampoco sea como yo te digo, y seguramente estaré equivocado. Ahora lo importante es que los dos regresemos a casa. ¿Te parece bien si te acompaño?

—¡Guau! ¿Además de ser rico también tiene usted coche?

—Sí, claro —respondí sin interés—, media docena. Pero hoy, si no te importa, mejor compartimos el bonobús…

Canto IX: Amor, Navidad, y otras mentiras

Permitan que les introduzca un argumento: si es cierto eso que dicen de que el tiempo pasa volando, el mío debe de hacerlo en clase turista. No se me ocurre otra explicación a la vista de las circunstancias con las que siempre me ha tocado pelear: por mucho que en los carteles vean ustedes todo tipo de destinos exóticos, la vida no es más que un viaje incómodo, en un asiento demasiado estrecho, y siempre lejos, muy lejos, de primera clase…

Así, entre unas calamidades y otras, mi viaje amenazó con hacer escala en la Navidad un año más. No me costó demasiado darme cuenta, solo tuve que seguir con atención las diferentes señales dejadas a mi alrededor: pese a estar todavía estrenando el mes de diciembre, en la televisión ya llevaban tres o cuatro semanas bombardeándonos con el anuncio de la Lotería de Navidad, una especie de aberración publicitaria en la que a algún ejecutivo desalmado se le había ocurrido advertirnos de que si no nos gastábamos el dinero en un décimo corríamos el riesgo de parecer imbéciles ante todos nuestros vecinos. Ya en el barrio, también estaban las promociones de turrón y langostinos precocinados en los folletos del Carrefour, los villancicos sonando a todo trapo por la megafonía del centro comercial, y la esperpéntica decoración que, como cada año, convertía los escaparates de todas las tiendas de la calle en un idílico paisaje nórdico de nieve en polvo, bolitas de plástico, y angelitos de porexpan… Vamos, todo más falso que una sorpresa en *Saber y Ganar*.

Bueno, es verdad que así visto puede parecer sencillo, pero ojo, que también hay otras señales capaces de llevarnos a engaño. Como los muñecos de Santa Claus, por ejemplo. Saben de qué les hablo, ¿verdad? Sí, esos Papá Noel colgados de las ventanas que, en realidad, más que traer regalos parece que estén pidiendo socorro, «¡auxilio que me caigo!». En nuestro barrio su presencia no quiere decir demasiado, porque la gente ya los va dejando de un año para otro, cosa que contribuye a hacer todavía más variopinto el aspecto de nuestras fachadas, sobre todo si tenemos en cuenta el hecho de que los susodichos muñecos no son lo único que cuelga de nuestras paredes. También tenemos palmones de Semana Santa, bombonas de gas butano, tendales de ropa perenne, geranios, e incluso alguna

que otra sorpresa.

Es sabido en el vecindario que hace un par de años la señora Fidelitas tuvo que sacar rápidamente a su amante cubano por el balcón, considerablemente estimulada en sus prisas por circunstancias tan apremiantes como la inminente entrada de su marido por la puerta de casa. Según cuenta la señora Cotillón, vecina que (casualmente) estaba observando por la mirilla de su puerta, parece ser que, para más inri, el hombre no venía solo, sino en la acalorada compañía de una escopeta de caza entre sus manos, amorosamente aferrada por el astado cónyuge con tanta fuerza como para asfixiar a un elefante, ahora mismo no recuerdo si asiático o africano. Por lo visto, finalmente la cosa acabó bien entre ellos dos, y Fidelitas nunca más volvió a acordarse de Cachito, su novio cubano. Por eso ahora tenemos decorada la fachada que da a la ría con un montón de papanoeles descoloridos y el cadáver de un mulato enorme arrinconado en el balcón de la señora Fidelitas. A mí me da la sensación de que ya empieza a verse de color azul pero, mientras nadie venga a reclamarlo, dice el presidente de la comunidad que él no lo toca, no vaya a ser que nos metamos en un conflicto con la diplomacia cubana…

Así que no, los muñecos colgando de las ventanas del edificio no querían decir nada especial, si bien otras evidencias (como el robo anual del alumbrado navideño recién puesto en la calle) evidenciaban la llegada, un año más, del mayor camelo de todos los tiempos. Después del matrimonio, por supuesto…

Sí, el tiempo corre como un paria cualquiera con un kilo de cobre en las manos: todavía apretaban los últimos calores del verano el día en que la señora Chismes había llamado a mi puerta, y ya la Navidad estaba ahora a punto de cogerme, nuevamente, en mi hábitat natural: en la más lujosa y opulenta miseria.

Porque lo cierto es que en la calle el negocio estaba igual que siempre. O, vaya, para ser del todo sincero, diría que incluso mejor. Seguía con la representación de algunos de mis mejores artistas, como Mani Roto, el xilofonista manco, o Perra Dios, un cantautor muy interesante con el que había empezado a trabajar apenas un par de meses atrás. A pesar de su corta edad, veinte añitos recién cumplidos, al chaval bien se le veía todo el mundo que llevaba encima. «Yo me he comido la vida a bocados, señor Odeón, ¡a

bocados! Mire, para que se haga una idea, a los doce años dejé las drogas, no le digo más». Permítanme que les exponga un argumento: eso son razones, y lo demás hablar por hablar. El chico era un prodigio, pura poesía de la calle. ¿Qué digo de la calle? ¡Del callejón! Lo único que tuve que hacer fue convencerlo para cambiar el nombre original de su banda, Los Perra de Dios y Todos Vuestros Putos Muertos (un hombre difícil de colocar donde los haya), por otro más comercial: Perra Dios y su Orquesta Veterinaria. Algo es algo…

Y aunque no todo marchase como a mí me gustaría (los permisos navideños alteran bastante las posibilidades de ensayo de los Chicos Cantores de Pereiro de Aguiar), también era cierto que mi gran familia artística se había visto incrementada con la llegada de un nuevo talento a punto de explotar: Chico Bocaprieta, un ventrílocuo especializado en la cosa del mimo. Así, Silencioso Boy, que es como se llama el muñeco manejado por Chico, va haciendo un repaso por los grandes números clásicos del mimo, y mientras tanto a Chico ni por un instante se le ve mover los labios, cosa que, como todos ustedes sabrán, es el factor que más se valora en el mundo de la ventriloquia. Dos grandes espectáculos por el precio de uno, ¿qué más se puede pedir?

Sí, las cosas iban razonablemente bien… Pese a no haber conseguido, al final, convencer ni al prometedor Miqui Chismes ni a sus puños de hierro para que trabajasen conmigo. Y no se vayan a pensar, que por no haberlo intentado no fue. Al principio incluso le presenté el negocio desde la perspectiva de una nueva vida. Le hablé de comenzar desde cero, dejando atrás aquella «Mosca» de los veinticuatro K.O.'s. Incluso le propuse algún nuevo nombre: Miqui «Azote de la Grillera» Chismes. O incluso Miqui «Puñetazo Eléctrico Fenosa» (que, a ver, teniendo en cuenta el pasado electro-industrial del barrio tampoco estaba la cosa como para ir dejando de lado posibles patrocinadores futuros…). Le expliqué que se trataba de una buena oportunidad para todos, le dije que podría haber dinero, incluso para él, si bien valorando la inversión inicial tendríamos que comenzar con un reparto al ochenta por ciento a favor de la oficina. Cuando me preguntó si también podría conseguir otro ochenta por ciento a su favor pensé que la cosa sería fácil. Pero no. A pesar de ese breve instante de interés, pronto se echó nuevamente

atrás. Nada, el muy cabezota no dio el brazo a torcer en ningún momento. Incluso hubo un día en el que volví a intentarlo con el argumento de las mujeres. Le dije que las chicas se tirarían a sus pies.

—No insista, y menos por ahí. Ya sabe usted que, en ese aspecto, no tiene nada que hacer. Yo —sentenciaba adoptando una pose que a él debía de parecerle muy solemne— soy hombre de una sola mujer.

En realidad, cada vez que decía esto su solemnidad se asemejaba mucho a la de una estatua de un general del siglo XIX con una paloma depositante justo encima de la cabeza.

—¿Una sola? Tres mil quinientos millones de mujeres en el mundo, ¿y tú vas a apostar solo por una?

—Bueno, eso es lo que he dicho, sí.

—Pues perdona que te lo diga, chaval, pero estadísticamente estás haciendo un negocio desastroso…

A pesar de su cabezonería yo seguí intentándolo una y otra vez. No dejaba de hablarle de las posibilidades, de giras mundiales, de una limusina para ir al supermercado. Pero nada. No dejé de intentarlo en ningún momento: cada vez que lo veía en la calle, cuando coincidía con él en el portal, siempre que nos cruzábamos por las escaleras, cuando lo llamaba por teléfono a las tres de la madrugada… Lo intenté sin cesar hasta que, finalmente, volvió a desaparecer.

Sí, eso es lo que he dicho: el muy idiota acabó desapareciendo nuevamente. Poco a poco nuestros encuentros habían ido separándose más en el tiempo hasta que un día, a mediados de noviembre, dejé de verlo por el barrio.

Y no crean ustedes que pese a todo lo que yo había hecho por él el muy ingrato vino a despedirse de mí. No… Se ve que la cosa del agradecimiento es asignatura de suspenso garantizado en esa familia.

Y sí, digo la familia porque, al final, el incendio de mis ilusiones tuvo que ser sofocado por los bomberos de mi rutina. Efectivamente, damas y caballeros, mi soñado *affaire* con la madre del ínclito, la voluptuosa señora Chismes, se quedó justamente en eso: en un sueño. Para ser exactos, en uno con ronquidos y muy mal despertar. Verán…

***

La noche en que Miqui y yo regresamos juntos al edificio, acompañé al chaval hasta su apartamento. Nada más abrir la puerta, la señora Chismes tan solo tuvo ojos para su hijo.

—¡Hijo mío! —exclamó—. ¡Hijo de mi corazón!

Visiblemente emocionada, la mujer no dejaba de observar de arriba abajo al papaberzas que me acompañaba, de pie frente a ella. Cuando por fin consiguió reaccionar, se echó las manos a la cabeza, y solo las apartó de tan alta posición para obsequiar a su vástago perdido y reencontrado con un más que sonoro tortazo. Aquella mala bestia le arreó al chaval tal guantazo que con toda seguridad debió de hacerle saltar todos los empastes que no le habían reventado en los veinticuatro K.O.'s anteriores.

Y quizás fuera ese mi error, porque fue justamente ahí, ante la contemplación de semejante muestra de amor maternal, que decidí echarme prudentemente a un lado, un paso por detrás de la tierna escena familiar, no fuera a ser que del mismo modo que acababa de hacer con su hijo querido, quisiera la señora Chismes repartir, a renglón seguido, otra dosis de ese mismo amor para mí.

Pero no.

Aprovechando lo valiente de mi paso atrás, Gladys agarró a su hijo por la solapa de su chaqueta deportiva y, tirando de él con tanto cariño como para haberle partido tres o cuatro costillas, lo metió dentro del apartamento. Convencido de que había llegado el momento de quedarnos los dos a solas, intenté recuperar el terreno perdido un paso antes, y volví a avanzar hacia la entrada al hogar de los Chismes, ya con mis labios por delante en actitud ósculo-receptiva.

Lo malo fue no haber contado con el pie de Gladys…

Porque, haciendo valer la inercia de su propio movimiento, al tiempo que arrastraba a su hijo hacia el interior del apartamento, la señora Chismes aprovechó el grácil giro de su cuerpo y, con la misma gracia con la que solo las más experimentadas mulas saben cocear, le pegó a la puerta una patata tan delicada como la colisión contra un tráiler de cinco ejes. Yo me había acercado demasiado, de tal modo que la puerta del piso fue a cerrarse con grandísimo estruendo contra el centro exacto de mi cara. El amor es lo que tiene, que las más de las veces duele.

Fue así como por fin, efectivamente, nos quedamos a solas: yo, y una puerta cerrada en mis narices. A veces, resulta increíble comprobar lo gráfica que puede llegar a ser la propia vida… Por extraño que les pueda parecer, todo daba a entender que mi vecina solo se había acercado a mí por interés y, una vez conseguido su objetivo, me dio puerta (nunca mejor dicho). Y ya no es que, obviamente, nunca llegara a producirse el inequívocamente prometido capítulo amoroso. Es que, para ser exactos, la cosa no hizo más que ir a peor.

Porque en un principio, recuperado de aquel sopapo inicial, mi irreductible orgullo me convenció de que en realidad todo aquello no había sido fruto más que de la tensión del momento. Que, pasados los nervios del reencuentro, Gladys volvería a llamar a mi puerta. Y entonces, ahí sí que ya…

Pero, otra vez, no.

A aquel primer desencuentro le sucedieron una serie de encuentros incómodos. Del mismo modo que me sucedía con su hijo, Gladys y yo coincidíamos en la calle, en el portal, en las escaleras, ante su puerta (bien era verdad que ella vivía en el segundo piso, y yo en el noveno, pero miren, las casualidades es lo que tienen, que son… casuales). Y la situación siempre era igual: incómoda. Una escena en la que nadie sabía ni qué decir, ni qué no decir, ni nada.

Bueno, nadie no. En realidad era yo el único que no sabía cómo actuar, porque ella lo tenía clarísimo: ignorándome por completo. Pese a toda aquella fogosidad de nuestro encuentro inicial, una vez recuperado el anormal de su hijo, aquella mala víbora volvió a comportarse como si no me conociera de nada. Para que se hagan una idea, a mediados de noviembre, al poco de desaparecer Miqui, Gladys se mudó a un apartamento más pequeño. Supongo que sería por cosa de ahorrar un poco en el alquiler, el caso fue que pasó a ocupar un pequeño estudio que había quedado libre en la octava planta. Viviendo ahora tan solo un piso por debajo de mí, nuestros encuentros se volvieron todavía más frecuentes. Pero nada, el resultado siguió siendo el mismo de siempre. Como si nunca se hubiera producido entre nosotros contacto de ningún tipo, Gladys Chismes demostró no tener corazón para mí. Ni tan siquiera un pequeño condominio en el más pobre rincón de la más pequeña

aurícula. Absolutamente nada…

… Hasta aquella mañana, la primera del mes de diciembre.

Canto X: Me voy, que me tengo que marchar

Regresaba de hacer mis compras de cada día, a saber:

1. Barra de pan y lata de sardinas; para mí.
2. Saco de arena; para Virgilio.
3. Latas de comida; para gatos.
4. El periódico del día anterior; para mí (sí, de un tiempo a esta parte había retomado mi vieja costumbre de buscar en la prensa alguna noticia sobre la posible destrucción de Benidorm).

Doblé la esquina y, al fondo, justo al lado del portal, vi que Gladys Chismes, también de regreso del Carrefour, conversaba con la señora Cotillón, común vecina del 3º derecha. Bueno, en realidad conversar es una manera sutil de decir que estarían despellejando a cualquier otra pobre vecina, claro… De todos modos a mí me daba igual lo que estuvieran haciendo, ya que si algo tenía más que claro a estas alturas era que la señora Chismes preferiría contemplar la vivisección de una rana de charca antes que malgastar una sola de sus miradas en mí, así que, sin esperar ninguna otra cosa, pasé a su lado y seguí mi camino portal adentro. A punto estaba de tomar las escaleras cuando la voz de mi vecina sonó a mis espaldas.

—¡Señor Odeón!

Me detuve, sorprendido.

—¡Señor Odeón! —insistió—, ¡Dante!

¿Me había llamado por mi nombre de pila? Convencido de que se trataba de algún tipo de alucinación auditiva, aún tardé en volver la vista atrás.

—¡Señor Odeón, querido! ¡Espere, por favor!

Increíble. La señora Chismes no solo se dirigía a mí, sino que además lo hacía desde la más amplia de las sonrisas posibles. Bueno, probablemente también desde la más falsa, pero vaya, que tampoco íbamos a entrar en ese tipo de disquisiciones en un momento como este… Resolvió sin demasiados miramientos su palique con la señora Cotillón y, al trote, se acercó a mí.

—Por favor, señor Odeón, permita que le dé las gracias —dijo posando las bolsas en el suelo.

—¿Las gracias? —fruncí el ceño—. ¿Las gracias por qué?

—¿Cómo que por qué? —respondió divertida—. ¡Por lo que ha hecho usted por mi hijo, por supuesto!

—Ah, por aquello… —respondí midiendo muy bien la aparente indiferencia de mi comentario—. Por favor, ¡pero si no fue nada!

—Debí dárselas antes, lo sé. Pero claro, entre lo poco que coincidimos y esta vida loca que llevamos, pues ya se sabe…

«¿Vida loca?», pensé. «Madre mía, usted sí que está loca. ¡De atar!»

—Bueno, dos días, tres meses… Tampoco es para tanto, señora Chismes.

—Por favor, Dante, llámeme Gladys… —me indicó coqueta al tiempo que comenzaba a flirtear con la solapa de mi americana.

—Por supuesto, Doris…

—Gladys.

—Esa misma. Que no, que no fue nada… —respondí tragando tanta saliva como para ahogar a una ballena—. Claro que, si prefiere discutirlo más al por menor, tal vez podamos subir a mi apartamento y, no sé… ¿Le parece bien si lo hablamos con más detalle y menos ropa?

—¡Por favor, señor Odeón! —respondió ella con divertido escándalo—, hay que ver cómo es usted…

—Terriblemente atractivo, tal como usted misma dijo —respondí rápidamente.

—¡Dante! —exclamó más divertida aún al tiempo que fingía darme una tierna bofetada; aunque pretendidamente amistosa, tal movimiento me hizo recordar aquella otra con la que en su momento había saludado la llegada del hijo pródigo—. No tiene usted remedio… ¡Y no sea bobo, que ya sabe usted a qué me refiero!

—Pues no tratándose de subir juntos a mi piso —insistí—, como no me dé usted más pistas…

—¿Pues a qué va a ser, hombre de Dios? ¡A las noticias de mi hijo!

—¿Su hijo? —repetí con gesto perdido, mirándola de reojo—. No me diga que vuelve a haber algún problema con él.

—¿Problema? ¡Ni mucho menos!

—Menos mal… —suspiré aliviado—. Pues usted dirá de qué se trata entonces.

Gladys Chismes me miró, al tiempo desconcertada y divertida.

—¡Oh, venga, señor Odeón! No es necesario que disimule más conmigo: de sobra sabemos los dos de qué estamos hablando.

—Por supuesto —mentí—. Lo que pasa es que quiero saber si lo que sabe usted es lo mismo que lo que sé yo.

Gladys se acercó un poco más y, con repentinos aires de misterioso confidente, me susurró al oído.

—Comprendo, comprendo. Ya él me advirtió que no se le puede decir nada a *nadie*, que por ahora aún no es más que un secreto. Pero supongo que nosotros no somos lo que se dice precisamente nadie…, ¿verdad? —dibujó una sonrisa pícara.

—Bueno, oiga, yo tengo días que…

—Ayer recibí otra postal de Miqui —siguió la señora Chismes—, donde me cuenta que él y sus amigos por fin han conseguido llevar adelante el asunto de su nuevo trabajo.

¿Un nuevo trabajo? Vaya por Dios. Por un momento temí alguna nueva fatalidad.

—¿Sus amigos? ¿De qué amigos me habla, Gladys?

Pero la señora Chismes no respondió al momento. Volvió a quedarse mirándome, como si le sorprendiera mi pregunta.

—Pues tampoco sabría decirle muy bien… —contestó apartando la mirada, como si buscara la respuesta en el suelo a su alrededor—. Aquellos nuevos que había hecho.

Ay, ay, ay…

—¿Como cuánto de nuevos?

Arqueó las cejas, sorprendida por mi pregunta.

—Pues no lo sé. Nuevos, supongo —insistió—. O vaya, por lo menos lo eran en la época en que usted lo encontró.

Se me escapó una sonrisa al comprender que el muy bobo había vuelto a juntarse con los tarugos aquellos, la Banda Peligro. Semejante constelación estelar no podía augurar nada bueno. Gladys volvió a recuperar su tono confidente.

—Se ve que después de muchas vueltas que le han estado dando, por fin van a poder poner en marcha un negocio detrás del que, por lo visto, llevaban ya un montón de tiempo. «La empresa», como le llaman.

No, definitivamente aquello no auguraba nada bueno. «La empresa», madre mía…

Mi vecina no lo sabía porque, evidentemente, tampoco tenía por qué saberlo. Pero yo, que sí había estado allí, sabía que ese era el eufemismo que Atila Prudencio y su banda de chimpancés amaestrados empleaban para referirse a sus planes patético-delictivos. Lo poco que llevábamos de conversación me bastó para deducir que aquella desastrosa imitación de los Golfos Apandadores se había decidido finalmente a llevar adelante alguno de aquellos disparates de los que el bigotudo líder me había hablado. Panda de tarados…

Me descubrí a mí mismo divirtiéndome al pensar en el irremediable futuro que a todos les esperaba. Y, si quieren que les diga la verdad, no pude evitar volver a sonreír al imaginármelos a todos vestidos a rayas blancas y negras y con una bola de hierro amarrada al tobillo.

—Así que «la empresa», ¿eh? —mi sonrisa creció a la misma velocidad que mi malsana curiosidad—. Y, dígame una cosa, Gladys —le guiñé un ojo—: ¿no le dijo qué empresa venía siendo esa?

Pero Gladys no me respondió. Por el contrario, volvió a arrugar la frente y, con la boca entreabierta y expresión incrédula, se quedó observándome, tal como si yo acabara de preguntarle qué opinión le merecía el Teorema de Pitágoras.

—¿Cómo que qué empresa es esa, señor Odeón?

—Sí. Quiero decir, ¿sabe usted en qué campo empresarial van a trabajar exactamente?

—Señor Odeón, creo que no comprendo a qué juega usted…

¿A qué jugaba yo? Vaya, ahora sí que no entendía.

—¡Oh, venga, Gladys! No es necesario que se ande con tantos remilgos, solo le estoy preguntando cuál es la empresa en la que van a trabajar. Si es que me lo puede decir, claro…

Resultaba sorprendente la capacidad de mi vecina para seguir frunciendo más y más el ceño.

—¡Por favor, señor Odeón! Yo también le he dicho que entre nosotros no es necesario que nos andemos con estos disimulos…

Repentinamente cauta, Gladys empezó a mirar a un lado y a otro, y no respondió hasta estar completamente segura de que ni en las escaleras ni en el portal había nadie escuchando.

—¿Pues qué empresa va a ser, hombre de Dios? ¡La que usted les propuso, por supuesto!

Los ojos se me abrieron como platos, y creo que incluso pude sentir el crepitar de mi sonrisa estúpida congelándoseme en la cara.

—Perdón, ¿cómo dice?

Ciega y sorda a mi sorpresa, la señora Chismes respondió con gran alegría.

—¡Por favor, vecino! ¡Deje ya de disimular! El chico me lo ha ido contando todo en sus postales. Están trabajando en su negocio —indicó señalándome con la mano—, suyo de usted, claro…

—¿En… ¡mi negocio!? —cada comentario de la señora Chismes me escandalizaba un poco más.

—¡Sí, eso he dicho, su empresa, el negocio que usted les organizó! ¿Qué sucede, señor Odeón, acaso hay algún problema?

¿Algún problema? ¡¿Algún problema?! ¡San Judas Tadeo, los había todos! Porque de repente la cosa estaba mucho peor de lo que en ningún momento yo hubiera llegado tan siquiera a imaginar. Los muy imbéciles no solo estaban dispuestos a llevar Dios sabe qué barbaridad a cabo, sino que uno de ellos (probablemente el más imbécil de todos los imbéciles del mundo) se dedicaba a ir por ahí diciendo que en realidad todo era idea mía. ¡Un negocio mío! Cristo bendito. Ahora sí que necesitaba saber más.

—Escuche, Doris…

—Gladys.

—¡Doris, Gladys, me importa un carajo! —exploté nervioso—. Disculpe, disculpe… Oiga, escuche una cosa, ¿sería usted tan amable de decirme cuál es la ciudad que aparece en esa última postal que le envía su hijo?

—No —sentenció.

—¿No me lo quiere decir? —pregunté alarmado.

—No, no es eso. Me refiero a que no es ninguna ciudad lo que se ve en la postal.

—¿Ah, no? ¿Y entonces, qué es?

Mi vecina volvió a sonreír, de nuevo divertida.

—Un jugador de fútbol.

¡¿Un jugador de fútbol?! Madre mía, madre mía, ¡madre mía! Sentí como se me secaba la lengua. Dios mío, Dios mío… ¡Al final se habían decidido por el disparate aquel del secuestro!

—Así que un jugador de fútbol, ¿eh? —repetí con disimulo, intentando recuperar la compostura. Sin mucho éxito, todo hay que

decirlo—. Y no sabrá usted cómo se llama el tal jugador, ¿verdad?

—¿Su nombre?

—¡No, el de su padre! —exploté por segunda vez—. ¡Pues claro que el del jugador, mujer!

Indiferente a mis improperios, la señora Chismes volvió a quedarse en silencio, de nuevo buscando con la mirada, ahora por el suelo, ahora por el techo, ahora en las bolsas de supermercado a sus pies…

—Pues no, no lo sé. Es que a mí eso del fútbol… Y mire que lo tengo en la punta del cerebro, eh… —hizo un breve silencio—. Pero nada, oiga, que no me sale.

Ya todo mi pensamiento era una gran disertación monotemática («mierda, mierda, ¡mierda!») cuando mi vecina volvió a hablar.

—Pero si quiere puedo enseñársela. Estoy tan contenta por las buenas noticias que trae, que todo el tiempo la llevo aquí, conmigo. ¡Si es que me he pasado la mañana entera enseñándosela a los vecinos!

Todavía con la sonrisa en la cara, empezó a rebuscar en el bolso que llevaba al hombro.

—¡Ahá! —exclamó después de revolver durante un buen rato—, aquí está —dijo ofreciéndome la postal.

La tarjeta venía boca abajo. Le di la vuelta y, viendo el rostro del futbolista en cuestión, aún tuve que hacer un esfuerzo por no caerme de culo.

—¡¡¡¿¿¿MESSI???!!!

—¡Ese, ese mismo! Puñeta, que no me salía el condenado nombre… ¿Lo conoce, sabe usted quién es? Por lo visto parece que se trata de uno muy famoso. Lo que no sé —se preguntó cambiando de tono— es por qué me lo envía mi hijo…

Pero yo sí que lo sabía. Di media vuelta y, con la mayor de las preocupaciones alojada en el pecho, abandoné allí a la señora Chismes, a sus bolsas del súper, y a la foto del astro argentino.

Aquel rebaño de imbéciles no solo pretendía llevar adelante la más estúpida de las opciones que yo les había propuesto secuestrando al delantero del Barça, sino que además el anormal de Miqui Chismes se había dedicado a ir por ahí diciendo que en realidad todo era idea mía. No, perdón, el anormal de Miqui Chismes, no: el pedazo de anormal de Miqui «Cerebro de Mosca»

Chismes. ¡Yo, ideólogo, empresario, y negociador del plan de secuestro del mejor futbolista de la historia! ¡Yo!

—No puede ser, no puede ser… —me iba repitiendo a mí mismo una y otra vez al tiempo que subía las escaleras, devorando los escalones de tres en tres. Bueno, eso al principio. Luego ya fue más de uno en uno y, ya casi llegando a mi piso, de amago de infarto en amago de infarto.

—No puede ser —seguía lamentándome al entrar en mi apartamento—, ¡no puede ser! ¡Virgilio, haz las maletas! ¡Nos vamos ya mismo!

Y si a mi gato, que no dejaba de observarme desde su cómoda posición en lo alto de nuestro viejo televisor, le hubiera dado por preguntarme adónde demonios era que nos íbamos con tanta urgencia, yo le habría respondido con rotundidad:

—¡A Barcelona, Ciudad Condal!

Libro segundo:
Al **PURGATORIO** se entra por el Mediterráneo

Canto I: Dante y Virgilio llegan a Barcelona

Dicen que solo hay una cosa peor que darle un bocado a una manzana y encontrar un gusano dentro: encontrar medio gusano. Bueno, si quieren saber mi opinión, yo diría que la situación todavía puede ser peor: si encima descubres que la mitad que ha quedado en la manzana es la de la cabeza del bicho, entonces ya ni les cuento, porque eso significa que acabas de comerte el culo de un gusano. Eso mismo, amigos, exactamente eso, fue lo que sentí ante mi muy deseada primero y ahora muy odiada señora Chismes. Una mezcla de asco, repugnancia, angustia y ganas de matar a alguien, suficiente para que al día siguiente Virgilio y yo emergiésemos al mundo por donde este se llama Estación de Barcelona-Sants.

Doy por sentado que a más de uno entre ustedes les podría parecer precipitada mi decisión. Pero, si me permiten que les lleve la contraria, a mí no.

De ninguna manera.

En absoluto.

Ni muchísimo menos.

Bien al contrario, tal como yo veía la situación, lo cierto era que ya estaba llegando demasiado tarde…

Porque contemplado desde una perspectiva digámosle «policial», por un lado estaba la cuestión de las evidencias: por mucho que la señora Chismes no quisiera ver la realidad a su alrededor, bien claro estaba el hecho de que las intenciones «empresariales» de su hijo no podían ser cosa limpia.

A continuación, venía el incómodo asunto de mi implicación en semejante despropósito, ya que, por lo visto y escuchado, el muy memo no había dejado de contar en todo momento que el plan era idea mía. Con este sutil detalle apuntado en su cuaderno, lo siguiente que haría un buen investigador sería buscar testigos. Bueno, «un buen investigador», o cualquiera con medio dedo de frente… ¿Y las encontraría? ¡Por supuesto que sí!

Para empezar, estaban todos aquellos vecinos con los que, tal como ella misma explicó, había estado hablando la señora Chismes. No sé si serían muchos o pocos, pero teniendo en cuenta que yo mismo me la había encontrado de cháchara con la discretísima señora Cotillón, lo más probable era que a estas horas no hubiera

bicho viviente en toda la zona euro que no estuviera al tanto de las últimas novedades. Luego también había que contar con Carlos, el dueño de L'Squina, quien había escuchado desde el piso inferior de la bocatería cómo yo les iba proponiendo todos y cada uno de los posibles objetivos para aquella «mi empresa», tal como él mismo me había confirmado: ¿a santo de qué, si no, había venido aquella pregunta de si iba «todo, todo bien»? Sí, claro que sí… Y eso por no hablar de los demás clientes del bar. ¿Los había? Santo Dios, ahora ya no recuerdo, pero… ¡Cristo, yo juraría que sí!

A ver, tranquilicémonos, no perdamos la calma: bien es cierto que en realidad mi intención en aquel momento no había sido más que la de echar por tierra el plan inicial de la Banda Peligro. Yo solo estaba proponiéndoles un absurdo detrás de otro, a cada cual más disparatado, solo para hacerles ver lo ridículo de todos aquellos planes, comenzando por el suyo propio. ¡Se lo juro, señoría!, ¿Cómo iba a imaginar yo que serían tan burros como para tomar en consideración ni uno solo de mis dislates…?

Durante el viaje, a medida que nuestro tren había ido avanzando por la oscuridad de la noche que caía sobre nosotros, yo intenté hacer lo propio por aquellas otras penumbras, las de mi futuro inminente. Veía el fracaso del plan, cualquiera que este fuera, la orden de búsqueda y captura, «Wanted, Dante Odéon. Mejor muerto, que así nos ahorramos las balas». Contemplaba fotograma a fotograma la película de mi propia detención, una huida en blanco y negro, a cámara lenta, desesperada, por un callejón oscuro y con los perros pisándome los talones. La misma en la que un juez me condenaba a vestir raya paralela, blanca y negra, blanca y negra, para el resto de mis días. ¡A mí, que tanta fobia les tengo a los espacios cerrados y a que me metan en la cárcel! (y no necesariamente en ese orden). No, aquello no podía ser, tenía que encontrar la manera de impedirlo. Hoy mejor que mañana. Y si para hacerlo tenía que ir yo mismo Barcelona, pues iba, y punto.

Fue así como a las nueve de la noche del día siguiente a aquel último encuentro con mi vecina, la otrora deseada señora Chismes, aparecimos en la estación de Sants los dos: mi gato Virgilio, y yo. Dejamos atrás las vías, atravesamos el amplio vestíbulo de la estación de trenes y, decididos a desfacer el entuerto, salimos al alboroto de una ciudad todavía por recogerse.

Tenía muy claro por dónde empezar, cuál iba a ser mi campamento base. Desde el tren había aprovechado para ponerme en contacto con un viejo amigo que, tras muchas preguntas y un par de comentarios sobre no sé qué cosa acerca de una antigua cantidad pendiente, me dio las indicaciones precisas para llegar hasta él. Tan solo teníamos que continuar el viaje un poco más, hasta Vilassar de Mar, una pequeña villa costera a veintipocos kilómetros de Barcelona. La cosa parecía fácil, de modo que, después de dar un par de vueltas más de las que a mí me habría gustado (una en metro, otra en el mismo metro pero en dirección contraria, otra en bus urbano, otras dos más en metro que, curiosamente, resultaron ser las mismas que la vez anterior, y, finalmente, una en taxi), acabé llegando sin mayor dificultad a la estación de la plaza de Catalunya, por donde pasaban buena parte de los trenes de cercanías del área metropolitana de Barcelona. (De hecho, estando allí descubrí que en realidad el tren que teníamos que coger venía de pasar inmediatamente antes por la estación de, ¿adivinan? Por supuesto: Sants. Pero vaya, que tampoco era cosa de hacerse más mala sangre a estas alturas).

Atrás empezaba a quedar un día demasiado agitado, y ahora, sentado por fin en el pequeño tren que nos llevaba a Vilassar, cansado de tanto viaje de larga, media y corta distancia, me descubrí observando mi propia imagen reflejada en la ventanilla a mi lado.

—Oye, Virgilio, deja que te haga una pregunta: ¿tú sabes cómo demonios hemos llegado hasta aquí? Quiero decir, tú ya sabes que el chaval era un imbécil, y su madre… ¡Menuda pieza, su madre! Maldita sea, amigo, si todos tenemos claro de quien era la culpa, dime, entonces, ¿qué demonios pintamos nosotros en este tren?

Pese a lo vocativo de mi retórica, mi felino acompañante prefirió no manifestar su opinión.

—Dime una cosa —insistí, ajeno al silencio de mi gato—, ¿quién es más bobo, el idiota que se deja llevar por una idea absurda, o aquel otro idiota que se ve arrastrado por las consecuencias de su propia idea absurda?

Esta vez tampoco respondió. Por fin fuera de su transportín, Virgilio viajaba cómodamente tumbado en el asiento frente al mío, contemplando en silencio la negritud de la noche. Fuera, las luces

de Barcelona danzaban sobre el Mediterráneo.

Canto II: El Xoa King

Quino es un superviviente de aquella época. La famosa «Movida» viguesa, aún hoy no se sabe cuánto mal hizo en realidad… Ahora ya nadie parece recordarlo, pero en el Vigo de los primeros años 80, justo antes de que todos fuésemos progres, modernos y multimedia, no resultaba nada sencillo ejercer de travesti. «¡Mariconazo!», así era como mayormente acostumbraban a saludarlo cada vez que salía a escena. Lo intentó durante un tiempo, pero al final, cansado de tanta mentalidad cerrada, de tanto insulto y, sobre todo, de tanto botellazo recibido en el escenario, el pobre hombre (que entre sus pocas suertes contaba con la de ser uno de mis representados) acabó tirando la toalla.

—Me voy, Dante, esto no es para mí —me dijo la última vez que hablamos—. Si por lo menos vaciasen las botellas antes de tirármelas…

Efectivamente, Quino acabó emigrando. Escogió «practicar la movilidad exterior», como le diría muchos años más tarde aquella ministra que tenía línea directa con la Virgen del Rocío. Así, tras haber recorrido las grandes mecas de la cultura mediterránea (Torremolinos, Benidorm, Gandía, Sitges…), Quino acabó instalándose en Barcelona. Con el tiempo libre que una actividad artística tan específica como la suya forzosamente le dejaba, tampoco necesitó de mucho para comprobar que, siendo gallego y con su formación, las opciones laborales que la Ciudad Condal le ofrecía venían reduciéndose a, básicamente, dos:

A.- Conducir un taxi.

B.- Montar un bar.

Teniendo en cuenta que en toda su vida los únicos volantes que Quino había tenido en las manos eran los que el médico le hacía para acudir al traumatólogo después de cada actuación, la incógnita le quedó rápidamente despejada.

Solo que él todavía fue un poco más pillo…

Quino se había pasado toda su carrera artística con un ojo puesto en los objetos punzantes de todo tipo que tan cariñosamente le lanzaban al escenario y el otro localizando la salida de emergencia más próxima, por lo que todos aquellos años de «variedades» habían estimulado su capacidad para lo que los

militares llaman «análisis y reconocimiento táctico de situaciones». Fue así como, al poco tiempo de haberse instalado en la ciudad, cayó en la cuenta de dos cuestiones, no poco curiosas y, probablemente, relacionadas entre sí: en Barcelona había pocos gatos y muchos restaurantes chinos.

Quino —cuyo verdadero nombre era (y sigue siendo) Xoaquín Macho Camuñas— se hospedaba en Casa La Desinfectada, una pensión de mala muerte al fondo de la calle dels Còdols, en una de las esquinas más oscuras y mugrientas del barrio gótico. En la puerta, un cartel anunciaba con orgullo:

CASA LA DESINFECTADA

TRES MESES SIN DENUNCIAS DE SANIDAD;

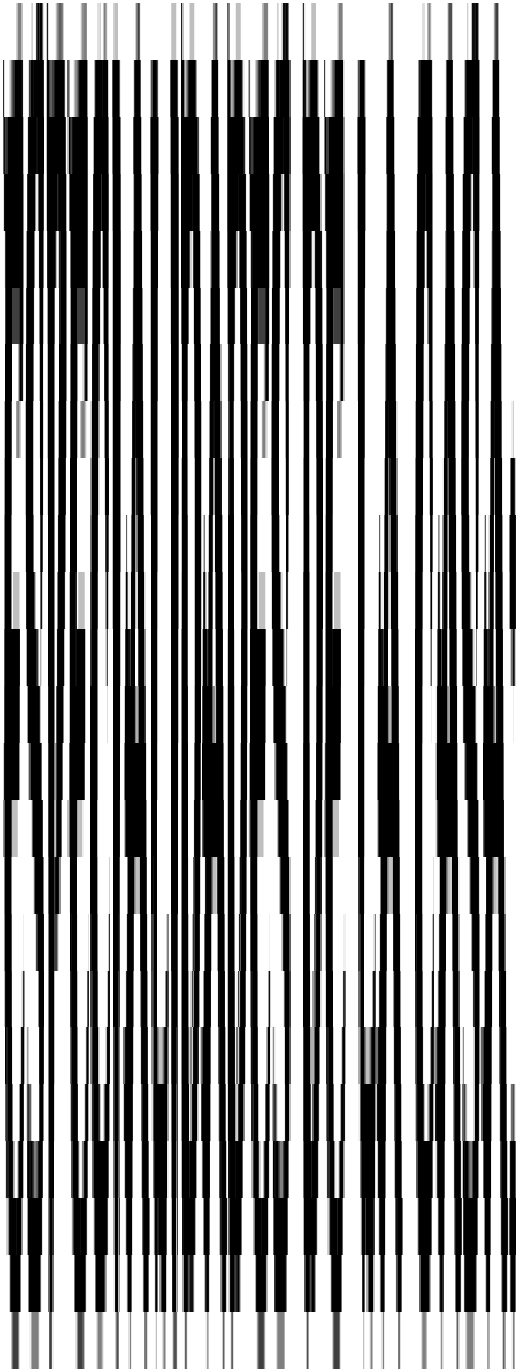
UNO SIN CADÁVERES

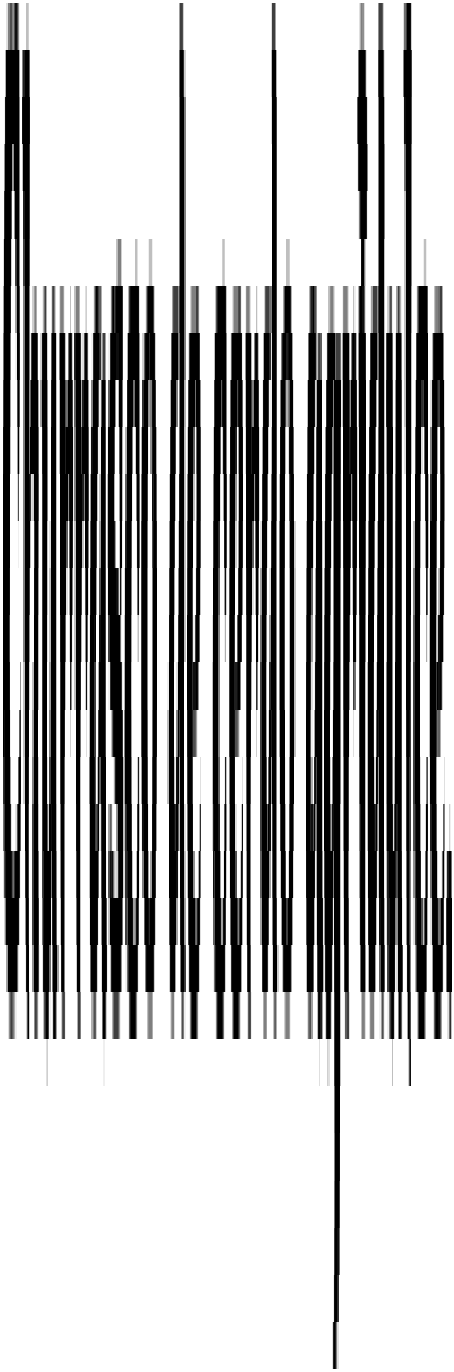
El cuarto de Quino daba, puerta con puerta, con el de Antoñita, una mujer que acababa de llegar escapando de los peligrosos vientos de L'Empurdà. Por aquellos años, Antoñita era un alma curiosa, muy interesada en todo lo que tuviera que ver con las filosofías orientales, con la espiritualidad, el karma y la conveniencia de tener a mano papel de aluminio para la cabeza en caso de que llegaran los extraterrestres. Abierta de mente como era, descubrir que su vecino de al lado acostumbraba a dejar secar en su ventana una amplia colección de boas de plumas, medias de red y vestidos recubiertos de purpurina y lentejuelas le supuso una tentación de la que no fue capaz de escapar. Cuando Quino le contó sus planes de abrir un restaurante de comida galaico-oriental Antoñita no pudo decir que no. Aún eran jóvenes, estaban llenos de vida, abrazados, y completamente desnudos en el cuarto de fregonas de la pensión. Como todo el mundo sabe, en determinadas circunstancias cualquier idea parece fabulosa…

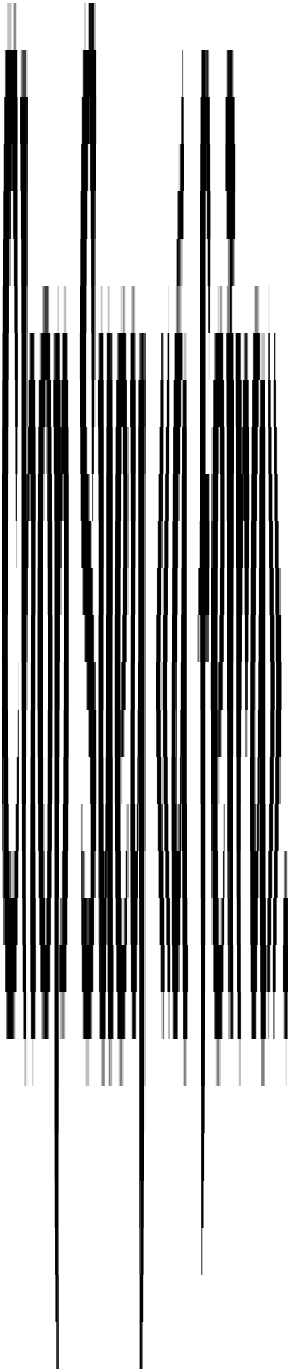
Así pues, convencido de que ya iba siendo hora de sentar la cabeza (o por lo menos de dejar de llevarse golpes en ella), Quino decidió colgar las boas, quitarse las medias, y guardar las plumas. Cogió a Antoñita de la mano, y los dos juntos se fueron a Vilassar de Mar, aquella pequeña villa costera al lado de la vía del tren, a

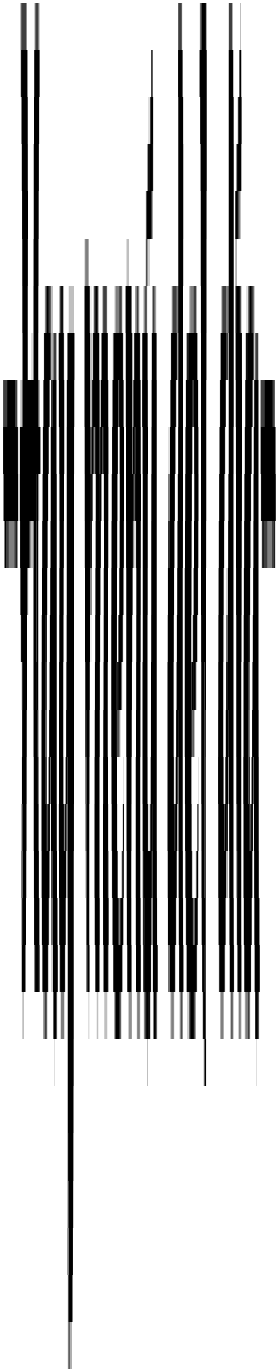
veinte minutos escasos de Barcelona y, sobre todo, mucho menos peligrosa que la gran ciudad, por lo menos para la salud craneal de Quino…

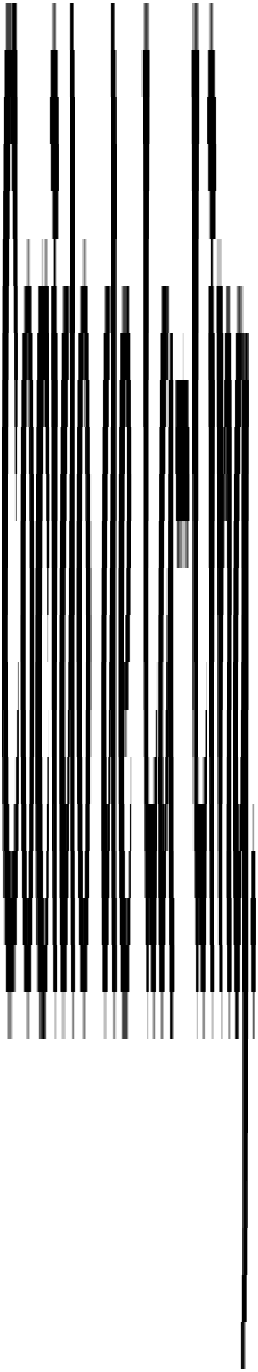
Aprovechando que por aquel entonces los bancos aún no habían borrado de su vocabulario la palabra «crédito», la pareja acabó abriendo su propio restaurante: el Xoa King. Al fin y al cabo necesitaban algún lugar donde celebrar su banquete nupcial…

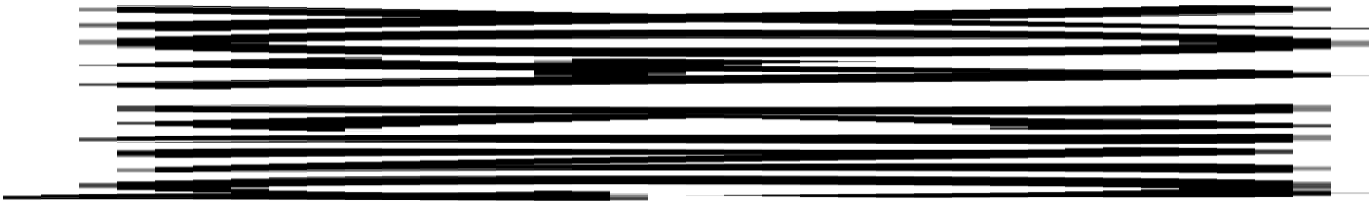












Canto III: Dos amigos y un chino

Lo vi nada más entrar, aquel hombre mayor dándole de comer a una pequeña carpa de color naranja, único inquilino de un acuario exageradamente grande para tan poco censo. Pese a permanecer de espaldas a la entrada principal, yo lo reconocí al momento (al hombre, quiero decir, no al pez): Quino estaba igualito que siempre. Bueno, quizá un poco más gordo, tal vez más calvo, y probablemente más canos los cuatro pelos que le quedaban alrededor de la cabeza. Puede ser que aquel hombre fuera bastante más viejo de lo que yo recordaba. Pero mi infalible capacidad para la identificación fisonómica me ayudó a reconocer a mi amigo ipso facto. Eso, y que a aquellas horas de la noche él era la única persona en todo el restaurante.

—¡Mi querido compañero! Si me lo permites, deja que comparta contigo un argumento: ¡qué alegría, qué alegría más grande volver a verte, que Dios te bendiga!

El hombre a la vera del acuario giró sobre sí mismo y, sin demasiado entusiasmo, me dedicó una mirada de arriba abajo.

—Vaya —respondió en un tono aburrido—, ya estaba pensando si no habría entendido mal. ¿No era que llegabas en el tren de las nueve? —preguntó echándole un vistazo tan rápido como incómodo a su reloj—. Las doce y media, ya va siendo un poco tarde, ¿no te parece?

No respondí. Posé el transportín en el suelo y abrí la puerta para que Virgilio estirarse las patas.

—¡Eh! ¿Qué carajo es ese bicho que traes en la caja? ¿Un gato?

—Es una historia muy larga.

—Pues será una historia muy larga, pero se parece mucho a un gato…

—Mira, amigo —respondí haciendo oídos sordos a su desprecio por mi acompañante—, ya si eso luego te lo cuento con más detalle. Pero ahora disculpa que hayamos tardado tanto, se ve que sacándolo del particular infierno que es nuestro apartamento, el pobre Virgilio resulta ser un guía desastroso.

Quino frunció el ceño y arrugó la nariz, probablemente preguntándose quién demonios era Virgilio.

—¿Quién demonios es Virgilio, Dante?

—Pues mi gato, ¿no lo ves? Bueno, mira, tanto da… Lo importante es que ya estamos aquí. ¿No vas a darle un abrazo a un viejo amigo? —pregunté al tiempo que abría los brazos tanto como para rozar la luxación de hombro.

—Pues no lo sé. ¿Acaso va a venir alguno?

Una vez más, y ya iban dos, mi entusiasmo volvió a darse de bruces con el gesto pasivo-agresivo de mi viejo amigo.

—¿Que si va a venir…? Bueno, ¿y entonces quién diablos te crees que soy yo, el repartidor del Telepizza, o qué? A ver, hombre —insistí abriendo todavía más los brazos—, ¿vas a darme ese abrazo, o no?

Quino volvió a quedarse mirándome.

—Pues mira —respondió al fin—, depende.

—¿Depende?

—Sí, depende.

—Vaya —respondí—. ¿Y de qué depende?

Lentamente, el hombre fue dirigiéndose hacia una de las mesas más cercanas a él.

—Pues verás, Dante. Depende de si el viejo amigo al que tengo que abrazar es el mismo que todavía me debe cincuenta mil pesetas de mi última actuación en Vigo. Las mismas cincuenta mil pesetas que me prometió que me giraría a Barcelona tan pronto como tuviera liquidadas las cuentas del entierro de su madre.

—Ah, te refieres a eso… —tomé aire, incómodo—. Si me dejas que te introduzca un argumento, resulta que precisamente en lo tocante a ese asunto me encontré con una serie de obstáculos de primer orden, un cúmulo de circunstancias adversas, ya sabes…

—¡Dante! —me interrumpió—. ¡Si tu madre aún está viva!

—¡Oye!, ¿acaso no te parece eso un obstáculo de primer orden?

Comprendiendo que no sería esa la noche de recuperar ninguna vieja deuda, finalmente Quino me invitó a sentarme a su lado.

—Mira —advirtió con gesto grave—, no sé en qué carajo andadas metido, Dante, pero desde luego tiene que tratarse de algo gordo. Debes de estar bien jodido para que tu primera opción será recurrir a un hombre al que le debes dinero. Bien jodido, ¡y con el agua al cuello! —exclamó de repente divertido—, lo cual, tengo que reconocerlo, le da un punto bastante interesante a esta historia. Sí, señor…

—Que Dios te bendiga, Quino —respondí con fastidio—, a ti y a tu santa caridad.

—Bueno, ¡mira! —rio él—, ¿y qué querías que te dijera? Porque para rememorar viejas amistades no creo que hayas venido…

—¡Oye! ¿Y por qué no iba a ser ese el motivo? Deja que introduzca un argumento, Quino…

—¡Ah, no! —me atajó simulando un súbito agotamiento—, ¡otra vez no!

—¡¿Qué?! —protesté.

—¡¿Cómo que *qué*?! Por favor, no empieces otra vez con esa historia tuya de los argumentos… Por favor, no —rechazó con un ademán de desprecio—, ¡otra vez no!

—¿Cómo que no? —insistí—. Oye, pues por supuesto que sí. Dime, ¿me dejas que te haga una pregunta, me la permites? Dime una cosa, amigo, ¿dónde han quedado valores como la camaradería, el compromiso, la lealtad…?

—¿La lealtad, dices? Mira, Dante, de sobra sabemos los dos que en toda tu vida tú solo has sido leal a una única idea: intentar que te partieran los morros con la menor frecuencia posible. Así que venga, déjate de historias y dime de una vez qué demonios es lo que te trae por aquí.

Quino tenía razón, y si algo estaba claro era que a él no lo iba a engañar. No tenía ningún sentido seguir obviando lo que era evidente.

—Bueno —acepté—, necesito que me ayudes a solucionar un problema que tengo, amigo. Un problema, efectivamente, muy gordo.

—¿Cómo de gordo?

Recordé el perímetro estomacal de Atila Prudencio.

—Como de unos ciento cincuenta kilos…

Y así, sentados los dos a la mesa de un comedor vacío, fui poniendo del mejor modo posible a mi viejo amigo al día de mis angustias…

—Y por eso es necesario que dé con ellos lo antes posible —concluí llegando ya al final de mi relato—, para convencerlos de que desistan antes de que hagan alguna burrada y sea demasiado tarde para todos. Especialmente para mí.

Quino, que había asistido a mi relato sin interrumpir mi discurso

ni una sola vez, todavía permaneció por un buen rato en silencio, jugando con la servilleta encima de la mesa, transformándola una y otra vez en algo a caballo entre una garza imperial, un pato mareado, y alguna otra cosa de morfología indefinida.

—O sea —pronunció al fin—, que es lo que yo decía: estás jodido.

—Bueno, podría ser una manera de verlo, no te digo que no.

—Me parece que no hay muchas más maneras de verlo…

La implacable elocuencia de Quino no daba opción a andarse con ambages.

—Bien, sí, es verdad —claudiqué—. Qué, ¿vas a ayudarme, sí o no?

—Mmm, puede ser… ¿Me vas a pagar lo que me debes, sí o no?

—¡Y dale! Hay que ver la perra que has cogido ahora con eso… Sí, bueno, de acuerdo —concedí—, si me ayudas a salir bien de esta prometo revisar el estado de tus cuentas, sí.

El otrora artista del travestismo sonrió meneando la cabeza de un lado a otro en el aire y, por primera vez en toda la noche, tuve la sensación de que esta sí era una sonrisa sincera, limpia, una de esas que asoman al rostro en presencia de un buen y viejo amigo.

—Desde luego, Dante, en un mundo en cambio permanente, inestable y desconfiado, resulta reconfortante comprobar que hay cosas en esta vida que no cambiarán jamás…

—No sé a qué te refieres —respondí, queriendo quitarle hierro al asunto, y la sonrisa de Quino se hizo todavía más grande.

—Ya, seguro que no… ¡Andresito! —gritó de repente en dirección a la cocina.

Llevaba todo el tiempo convencido de que en el restaurante no había nadie más que nosotros. Pero vaya, se ve que, como en tantas otras cosas en mi vida, con esta también me había equivocado. Por la puerta del cuarto iluminado al otro lado de la barra nos llegó un pequeño estruendo de platos y tarteras posadas a la carrera. Alguien se movía con prisa entre los fogones.

—¡Andresito! —volvió a gritar Quino.

—¡Yo va, jefe, yo va!

Con la voz que salía de la cocina también apareció un puñado de dientes desordenados, algo así como una especie de sonrisa enorme y, pegado a ella, un muchacho. Amparado por un mandilón viejo

que con toda seguridad habría hecho las delicias de cualquier inspector de sanidad en un mal día de pareja, el chico, de trazos indudablemente orientales pese a lo patrio de su nombre, flaco como un tallarín y desgarbado como un cachorro de pequinés con patas de san bernardo, acabó llegando hasta nosotros.

—Yo va, jefe King —nos repitió, confirmando su llegada todavía con aquella sonrisa grotescamente desmesurada.

—Pero… ¿Y este quién es? —pregunté, entre extrañado y asustado.

—Andresito —me respondió Quino.

—¿Andresito? —repetí—. ¿Cómo que Andresito? ¡Si este muchacho es más chino que un pato mandarín!

—A mí me lo vas a decir, que a veces no entiendo ni la mitad de lo que dice… En realidad se llama Cheng, Cheng Soon. Lo que pasa es que a Antoñita ese nombre siempre le ha parecido muy difícil de aprender, así que decidió cambiarlo por otro que le fuera más familiar.

—Vaya… —admití con asombro.

—A ver, muchacho —le advirtió Quino casi sin mirarle—. Este hombre que ves aquí es mi amigo Dante.

—Dante, sí —repitió el chino, haciendo una especie de reverencia, sin dejar de sonreír ni de abrir demasiado los ojos.

—El mismo —le confirmó su jefe—. Y resulta que aquí mi amigo Dante y yo tenemos un problema.

—Poblema, sí.

El tal Andresito volvió a repetirlo todo: la última palabra pronunciada por Quino, su «sí», la misma reverencia, la misma sonrisa… La misma cara de no estar entendiendo absolutamente nada, en definitiva.

—Exactamente. Y tú ya sabes lo que eso significa, ¿verdad?

Ya estaba yo esperando un «veldad, sí», pero, una vez más, volví a equivocarme. Sin dejar un segundo de sonreír ni de asentir, esta vez el chino mudó su respuesta:

—Andresito ayuda, ¿sí?

—Exactamente, muchacho. Exactamente…

Canto IV: Licor de flores

«Dante, los chinos son como un secreto que guardara otra persona: quizá tú no sepas nada de ellos, pero ellos lo sabrán todo de ti…». Según el propio Quino me explicó, la gente con la que trabajaba Andresito era más que eficiente, si bien había que dejarles tiempo para obtener las respuestas requeridas. Así, una vez expuesta mi situación, fue el mismo Andresito quien me tranquilizó, «Tú no pleocupa, ¿sí?». Dijo que ya él se encargaba, y que en el plazo de un día, dos como mucho, tendría la información que yo necesitaba. O eso me pareció entenderle… Así que, sin nada mejor que hacer, decidí dedicar el día a pasear por Barcelona. El tiempo justo para intentar comprender algunas cosas de esta ciudad tan hermosa que, muy a mi pesar, en realidad sé que no entenderé jamás.

Y no se vayan a pensar que estoy hablando de nada complicado, ni mucho menos. Me refiero a cosas tan elementales como el propio mar. No sé si estarán ustedes al tanto de esta cuestión, pero… ¿qué pasa con el Mediterráneo? Al principio pensé que había llegado con la marea alta, pero luego caí en la cuenta de que no, que lo que pasaba era que no se movía. Vaya, ¿cómo es eso de que ni suba ni baje la marea? ¿Qué ocurre, que tienen algún tipo de tapón de bañera gigante puesto en Gibraltar?

O, si un mar les resulta demasiado grande, vayamos con algo más manejable: la cuestión de los cafés. A ver, ¿cuál es el problema con los cafés? Quiero decir, ustedes y yo sabemos lo que es un cortado, ¿verdad? Pues claro: un café con un golpe de leche. Pues no. Si tú vas a Barcelona y pides un «tallat», que así es como se dice «cortado» en catalán, lo que te sirven es un café con leche. Y no intentes explicárselo, que no hay nada que hacer…

En el caso de que todo esto aún no les parezca suficiente, no deben ustedes olvidar que estábamos en plena Navidad. Y, amigos, permitan que les introduzca un argumento: si ya de por sí la Navidad es una época curiosa del año, y Barcelona una ciudad curiosa a lo largo de todo el año, el encuentro de ambas circunstancias resulta simplemente una combinación explosiva. Por favor, que alguien me explique, si no, qué demonios es eso del «caganer». Llámenme ustedes clásico, conservador si lo prefieren,

pero lo de poner un pastorcillo en actitud «depositante» delante del Niño Dios… Qué quieren que les diga, no me parece lo más apropiado. O qué pasa, ¿qué los catalanes todavía no han oído hablar del voluble sentido del humor que se gasta el Supremo Hacedor? No olvidemos que seguimos hablando de un tipo harto caprichoso, como para ir nosotros a ponerle un pastorcito con el culo al aire, y dejando lo mejor de sí mismo allí, delante del pesebre, y en plena audiencia real. No, hombre, no… Por si esto no fuera bastante, a ellos no les es suficiente con poner un pastor cualquiera. No, ni mucho menos. ¡Ellos dejan con el culo al aire a todo el mundo! Pastores, sí, pero también políticos, futbolistas, las celebridades del momento… Tanto es así que, cuando por fin recibí el aviso de mi amigo, regresé al Xoa King con muchos cafés más sobrecargados de leche de lo que yo quisiera, y un Messi de barro con el culo al aire en el bolsillo, ansioso por oír lo que fuera que Andresito hubiera descubierto.

(El ansioso era yo, no Messi).

Ya estaban sirviendo las cenas cuando entré en el restaurante, y lo primero que vi fue al camarero chino dirigiéndose hacia la mesa de una pareja de jóvenes. Llevaba sobre la bandeja una botella de licor de flores y dos vasos de chupito.

—No, gracias, no tomaremos nada —le advirtió la chica al llegar.

Pero Andresito posó igualmente la botella y los dos vasos en la mesa de los muchachos.

—No te molestes —lo intentó esta vez el chico—, que de verdad que no vamos a…

Pero tampoco esta vez dijo nada. Andresito se limitó a llenar primero un vaso, bien hasta el borde, y luego el otro, aún más lleno si cabe. Y entonces se quedó mirando a la muchacha.

—¿Tiene novio, tú? —preguntó al fin.

—¿Que si…? —a caballo entre la sorpresa y el desconcierto, la muchacha se quedó mirando para el camarero sin saber muy bien qué decir.

—¡Pues claro que tiene novio! —protestó más que respondió el muchacho desde el otro lado de la mesa—. ¿Qué pasa, que no me ves?

—Pues es lástima —respondió Andresito sin apartar la mirada de

la joven—, porque yo no tiene novia.

Y así, sin decir ni media palabra más, él mismo se bebió el contenido de los dos vasos. Primero uno, luego otro, y apurándolos muy bien los dos. A continuación cerró la botella, volvió a colocarlo todo sobre la bandeja y, como si allí no hubiera pasado nada, se fue por donde había venido, todavía sin decir ni mu y ante la mirada atónita de la pareja, indignado él, divertida ella, y con la boca abierta de par en par los dos. Bien visto tampoco era para menos… Al pasar a mi lado su rostro volvió a iluminarse con aquella sonrisa descomunal y me dirigió un sonoro saludo.

—¡Hola, siñó Dante! Yo cuenta tú, ¿sí?

—Por supuesto —respondí—. Si no hay más remedio…

Viendo que, a pesar de las buenas intenciones comunicativas del sonriente camarero, el hecho de que el restaurante estuviese tan concurrido nos haría esperar, Virgilio y yo nos dirigimos a una de las mesas que todavía quedaban libres, dispuestos a pasar la imaginaria lo más cómodos y, a poder ser, en la compañía de la mayor cantidad de comida posible. No debíamos de llevar ni cinco segundos sentados cuando una mujer se acercó a mí.

—¡Buenas noches, señor Odeón! —saludó desde una inmensa sonrisa.

—¿Nos conocemos?

—Usted a mí no —respondió—pero, teniendo en cuenta lo mucho que Quino habla sobre usted, en realidad es como si yo ya lo conociera de siempre.

—¿Quino? —comprendí—. Supongo pues que usted será Antoñita, ¿no es así?

—La misma.

Me tendió la mano, y su sonrisa se amplió hasta convertirse en un generoso escaparate a toda una colección de catástrofes bucales. Supuse que en algún lugar del universo un dentista debía de estar empezando a sonreír sin saber tan siquiera por qué… Tímida, de mirada cándida y ligeramente perdida, aquella mujer bajita, gruesa y de cabellos lacios, que le caían grasos sobre los hombros, me hizo pensar en la viva antítesis de la voluptuosa señora Chismes.

—Vaya, pues me alegro de conocerla por fin. Y, si me permite que le diga una cosa, ahora comprendo mejor esa alegría desatada que siempre acompaña a Quino: es usted una mujer hermosísima,

que Dios la bendiga.

—Ya lo hizo —respondió casi al momento, por completo indiferente a mis galanterías.

Me quedé mirándola.

—Perdón, ¿cómo dice?

—Que ya lo hizo —repitió—. Bendecirme, Dios, ya sabe usted.

—Ah…, ¿sí?

—Claro.

—Caramba, pues qué disimulado lo tenía…

—Lo hizo ya unos cuantos años atrás, cuando volví a nacer.

—¿Cuándo volvió a nacer, dice usted? —comprendan mi estupor, esa es una respuesta que no se escucha todos los días—. Vaya, no sabía que se pudiera pedir una segunda oportunidad con eso… ¿Sabe si también le reembolsan a uno los gastos de la primera vez?

—Es que yo he llevado una vida muy mala, señor, alejada de mi verdadera espiritualidad, todo el día pecando y pecando…

—Lástima no haberla conocido entonces.

—Pero luego comprendí mis errores, señor Odeón. ¡Vi la luz!

—¿No encontraba el interruptor?

—Bueno, más o menos… Pero no se engañe, señor Odeón: renacer está al alcance de todos. Porque venir al mundo solo lo hacemos una vez con cada cuerpo. Pero renacer en la luz es algo que podemos hacer muchas veces, solo hay que abrir el espíritu. Y a partir de ahí seguir creciendo.

—Vaya, pues eso sí que me parece bien…

—¿Está usted interesado en renacer, señor Odeón?

—Bueno, mire, no le digo que no. Sobre todo si así puedo volver a pasar por la adolescencia y arreglar un par de asuntos que me quedaron pendientes. Es que a mí la juventud me cogió siendo demasiado joven, ¿sabe usted?

—Pues eso nada más es cosa de abrirse a Dios Nuestro Señor. Y hablar con Él.

—¿Hablar con Él?

—¡Por supuesto! Yo no dejo de hacerlo todos los días.

—¿Todos los días?

—¡Y a todas horas! —respondió con orgullo.

—Vaya, pues debe de pagar usted unas facturas de teléfono

terribles.

—Es que yo soy una persona muy espiritual, ¿sabe?

—No me cabe duda, Antoñita —dije volviendo a observarla de arriba abajo—, no me cabe ninguna duda…

Un par de horas y mucha espiritualidad de baratillo más tarde ya no quedaba nadie en el local. Antoñita se había marchado para su casa (por lo visto tenía a Dios esperando para hablar con ella), y ahora Quino, Andresito y yo nos sentábamos a una mesa en la penumbra al fondo del comedor.

—Mi honorable gente ve tu honorable gente, siñó Dante. Y tu honorable gente mueve mucho, ¿sí?

—Que mi gente mueve much… Disculpa, pero creo que no entiendo lo que me estás diciendo.

—Pues está bastante claro, Dante —refunfuñó Quino—. Lo que aquí el chaval quiere decir es que tus amigos vienen siendo más bien de culo inquieto…

—Inquieto, sí…

Ambos cruzaron entre ellos una mirada cómplice. Comprendí que, fuera lo que fuera que Andresito hubiera descubierto, el dueño del Xoa King ya estaba al tanto de todo. Quino hizo un gesto de aprobación con la cabeza, y Andresito empezó a hablar.

—Mi gente dice gallegos van fútbol.

—¿Al fútbol? —sentí que se me hacía un nudo en la garganta—. ¿Quieres decir que van al campo del Barça?

—Sí —respondió el muchacho—, gallegos van Camp Nou.

Santísimo Maradona… Luego era verdad, seguían adelante con su plan. A punto estaba de preguntar si ya los habían visto acercándose al astro argentino cuando Andresito me ofreció una ampliación de la respuesta con la que yo no contaba.

—Y también Cornellá.

—¿Cómo dices?

—Pero a ver, hombre, ¿a ti qué carajo te pasa, que estás sordo o qué? —me increpó Quino—. Pues está bien claro, los pámpanos esos a los que andas buscando también van al estadio del Español.

—¿El campo del Español? —pregunté extrañado—. Pero Messi no juega en el Español, ¿no?

—¡Hombre! —se rio Quino—. No te digo que no les gustase a esos periquitos… Pero no —me confirmó—, Messi no juega en el

Español.

—Pues ahora sí que no entiendo nada…

Mi amigo dejó escapar una pequeña risita entre dientes.

—Y menos que vas a entender cuando Andresito te cuente todo lo que ha descubierto…

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que te calles y escuches. Venga, niño, sigue contándole al señor Dante lo que te han dicho tus compadres amarillos.

Impertérrito, Andresito siguió con sus ojos clavados en mí.

—Gallegos también MNAC.

—¿MNAC? ¿Y ese quién demonios es, otro jugador de fútbol?

—Casi. El Museo Nacional de Arte de Catalunya, en el Palacio de Montjuïc.

—¿Un museo, dices? Pero qué rayos…

—Y MACBA también.

—¿Mac… qué?

—El de arte contemporáneo —volvió a aclararme el impasible Quino, convertido en una especie de traductor simultáneo.

—¿Otro museo? Pero qué es lo que pretenden…

—Y Museo Picasso.

—¡¿Qué?!

—El Museo Picasso —repitió mi intérprete—. ¿Qué carajo pasa, Dante, que tampoco sabes quién era Picasso, o qué?

—Por el amor de Dios, Quino, ¡por supuesto que sé quién era Picasso! ¡Madre mía! No creeréis que están pensando robar uno de sus cuadros, ¿verdad? Por Cristo bendito…

—Clisto bendito, sí —repitió Andresito—, ese también.

—¡¿Cómo?!

—Gallegos van Saglada Familia —me explicó el camarero, indiferente a mi asombro.

Sentí cómo los ojos se me iban abriendo hasta alcanzar dimensiones planetarias.

—¡¿A la Sagrada Familia?! —repetí, sordo de incredulidad.

—Y también Catedlal de Barcelona.

No daba crédito… Cada nueva respuesta dada por el chino me dejaba un poco más desconcertado.

Y un mucho más preocupado.

¿Qué demonios era lo que estaban planeando? ¿Cuál era su objetivo? Campos de fútbol, museos, iglesias… ¡Pero en qué carajo estaba pensando esta gente! ¿Acaso pretendían saquear la ciudad entera? ¡¿Que los barceloneses regresaran de pasar el fin de semana fuera, y al entrar en la ciudad no encontraran en su sitio ni la avenida Diagonal?!

—Y Tibidabo.

—¡¿El Tibidabo también?! —pregunté, ya al borde de una crisis nerviosa—. ¡Pero qué rayos quieren hacer!, ¿robar el parque de atracciones?

—A lo mejor solo gustan subir honorable noria… —intentó tranquilizarme Andresito.

—Sí, claro. O a lo peor solo pretenden robarla —volvió a intranquilizarme Quino—. Total, quién va a echar en falta una noria de casi veinte metros…

Bueno, teniendo en cuenta el nivel de estupidez de la gente de la que estábamos hablando, quién sabe, tal vez el último comentario de Quino tampoco fuera demasiado desencaminado: futbolistas, obras de arte, piezas religiosas, la noria de un parque de atracciones… ¿Qué era, en qué diablos estaba pensando aquella panda de cretinos? Por más vueltas que le daba, lo peor era que no conseguía ver ningún tipo de luz al final del túnel.

—¿Y tu gente qué dice, Andresito? ¿Saben ellos cuál puede ser el objetivo de la Banda Peligro?

—No. Mi gente solo dice «Banda Peligro es nombre tan idiota como comer sopa de aleta de tiburón con palillos».

Qué quieren que les diga, en eso razón no le faltaba. Lo malo era que a mí me dejaba tal como estaba antes de tan sabia reflexión oriental.

—Pero si tú quiere, tu plegunta ellos.

Lo dijo así, sin más, sin apenas alterar nada en su expresión. Le miré extrañado.

—¿Sabes dónde puedo encontrarlos?

El camarero asintió.

—Tú quiere ir, yo lleva.

—Un momento, Andresito… ¿De verdad sabes dónde se oculta la Banda Peligro?

—¿Pues no te lo está diciendo? —respondió con suficiencia

Quino—. Y desde hace un buen rato, pedazo de animal…

Descomunal, aquella sonrisa masiva tan característica del camarero volvió a tomar posesión de su rostro.

—Sí —respondió con orgullo—, Andresito sabe.

Canto V: Ti Spezzo le Gambe

Ti Spezzo le Gambe pasa por ser uno de los lugares con más encanto del popular barrio barcelonés de Gràcia. Situado en el número 37 de la calle Sant Lluís, de ambiente tranquilo y recogido, nada hace pensar que el viejo local no sea lo que parece, un restaurante italiano, tradicional y familiar… Nada más pasar la puerta, los clientes son recibidos personalmente por don Stefano. De aspecto afable, pelo blanco peinado hacia atrás y un bigotito sutil perfectamente perfilado que bien habría sido la envidia de Clark Gable, ya van allá más de treinta años que Stefano *Il Vecchio* Coltrinari lleva el negocio. Justo los mismos años desde que lo heredó a la muerte de su anterior propietario, su tío Stefano *Il Piu Vecchio*. Un caso este, por cierto, harto violento: la muerte de *Il Piu Vecchio* acabó dándose por sentada, ya que en realidad la parte superior de su cuerpo (la misma que, entre otras cosas, venía conteniendo su cabeza) nunca llegó a aparecer. Por lo visto, parece ser que aquel fue uno de los pocos casos en que la policía tuvo que echar mano de un podólogo para poder realizar una identificación de medio cadáver.

Hoy ha vuelto a amanecer soleado el día, y ahora, ya con el primer turno de comidas en marcha, nada turba la paz del restaurante. Nada, excepto el berrinche de un par de chiquillos revoltosos, dos niños que, caprichosos, no paran de dar guerra. Gritan, discuten entre ellos, tiran los cubiertos al suelo, y todo sin que sus padres sean capaces de controlarlos. Gritan, discuten, protestan…

Una mirada del viejo Coltrinari, un ademán discreto, es suficiente para que Félix «el Guapo», el jefe de sala de Ti Spezzo le Gambe, se acerque a la mesa con gesto serio.

—¿Acaso tenemos problemas por esta parte del mundo, señores?

—Parece que sí, alguno que otro —responde la madre de los pequeños, visiblemente desbordada—. Por lo visto hoy nos hemos levantado con el pie izquierdo, ¿verdad, Nico y Mario?

Por toda respuesta, los tales Nico y Mario le devuelven un nuevo gesto de burla a la madre.

—Los críos, ya sabe usted cómo son —se excusa el padre desde una sonrisita aburrida—. A ver, cariños, va siendo hora de ir

portándose bien. ¿O es que ya no recordáis que estos días los Reyes Magos andan observándolo todo?

—Exacto —continúa la madre—. Y ya os he dicho un millón de veces que si seguís comportándoos así de mal, ya sabéis lo que sucederá…

Pero lo único que consiguen los comentarios de los progenitores es que Nico y Mario sigan sacando sus lenguas a pasear. El jefe de sala sigue la escena con gesto torcido y cara de pocos amigos. Permanece atento, sin dejar de observar en todo momento ahora a los padres, ahora a los niños. Ahora a los padres, ahora a los niños.

Silencio.

Un nuevo vistazo rápido a los padres, incómoda ella, aburrido él, y de nuevo a los niños. Descarados, esta vez los mocosos se atreven a sacarle la lengua al *maître*. Impasible, Félix «el Guapo» se limita a levantar una ceja.

Silencio.

Por fin, el jefe de sala toma una decisión. Camina alrededor de la mesa, hasta situarse a la vera de los dos pequeños. Se agacha lentamente entre ellos, les pasa los brazos sobre sus hombros y, con tanta suavidad como firmeza, acerca las cabezas de los dos críos hasta dejarlas pegadas a la suya. Así, con su rostro oculto tras los de Nico y Mario, y sin que los padres puedan oír nada de lo que dice, el jefe de sala comienza a murmurar al oído de los niños:

—Escuchad, mocosos, y escuchadme bien, porque yo no soy de los que repiten las cosas ni media vez: los Reyes Magos no existen.

El chaval abre los ojos como platos.

—¿No? —pregunta alarmado—. ¿Cómo que no?

—Por favor, Mario, ya te lo he dicho cientos de veces —responde sabionda Nico—. Todo el mundo sabe que los Reyes son los padres…

—No —interrumpe secamente Félix—, ellos tampoco lo son.

Félix guarda silencio, mirando fijamente a los ojos de los dos pequeños, y, con disimulo, vuelve a apretar un poco más las cabezas contra la suya.

—Los Reyes Magos —responde lentamente, con la voz baja afilada como un cuchillo— soy yo. Así que, o dejáis ya mismo de molestar a todo el comedor, o yo personalmente me encargaré de que este año vuestro regalo sea una cabeza de poni en la almohada.

¿*Capicci*, Nico? ¿*Capicci*, Mario?

Félix vuelve a ponerse en pie, dibuja de manera automática en su rostro ese ademán incómodo que él cree que es una sonrisa, y deja tras de sí unos padres desconcertados, dos niños blancos como la cera (pero callados al fin) y un comedor en silencio, para dirigirse al extremo de la barra más próximo a la puerta, donde don Stefano *il Vecchio* Coltrinari aguarda por él con gesto satisfecho.

—*Bene, figlio, molto bene*…

Impertérrito, Félix «el Guapo» asiente y guarda silencio al lado de su jefe, ambos dedicados ahora a la contemplación de la tranquilidad en la calle, al otro lado de las cortinas a cuadros verdes y blancos de la vidriera del restaurante.

—Dime, Félix, ¿qué era eso de lo que me querías hablar antes?

El *maître* no responde al momento. Duda.

—Se trata de algo que he oído en la calle… No sé, señor, quizá no sea nada.

El viejo Coltrinari gira ligeramente sobre sí mismo y se queda mirando a su jefe de sala. Félix es alto, fuerte, bien parecido. Le recuerda a él mismo, ya muchos años atrás.

—Si realmente pensaras que no es nada no lo habrías comentado, hijo. Insisto, dime de qué se trata.

Félix «el Guapo» vuelve a tomarse su tiempo. Observa a uno y otro lado del comedor, como quien busca asegurarse de que ni los platos puedan oír nada de lo que allí está a punto de decirse.

—Los muchachos hablan, señor, dicen cosas… Por lo que me ha contado Meloni esta noche, parece que los chinos andan revueltos.

La frente arrugada, su jefe vuelve a quedarse observando a Félix.

—¿Quién dices que te lo ha contado?

—Meloni, señor, Meloni Guacamole. Ya sabe, nuestro viejo colaborador.

—Ah, sí —sonríe don Stefano, recordando por fin—, el bueno de Meloni… Ya hace tiempo que no trabajamos con él, pero recuerdo que era de lo mejorcito. Nadie como él para hacer desaparecer nuestros problemas. El viejo Guacamole… Recuerdo que tenía aquel coche americano, ¿te acuerdas, Félix?

—Por supuesto, señor, aquel con el maletero tan grande.

—¡Desde luego! Era tan grande que Meloni podía meter en él a una familia entera, y todavía le quedaba sitio para el gato.

—Y para la rueda de repuesto.

—Sí… —sonríe don Stefano—. Fantástico muchacho, Meloni…

—Pues según me explicó ayer por la noche, ya no se encarga de trabajos de ese tipo.

—¿Ah, no? —pregunta extrañado el viejo.

—Por lo visto no. Dice que llegó un punto en el que ya no podía con aquellos encargos. Según él mismo me explicó, había algo en su trabajo que le hacía pensar demasiado en la muerte, y tenía miedo de caer en una depresión, por lo que decidió darle un giro su vida.

—¿Un giro a su vida? ¿Y qué fue lo que hizo, entonces?

—Pues lo primero cambiar de vehículo: se deshizo del americano aquel, y lo cambió por un deportivo japonés. Ya sabe, uno de esos descapotables tan bonitos, pero con un maletero ridículo.

—Vaya, pues sí que es un cambio, sí… ¿Y cómo hace ahora, acaso ha cambiado también de especialidad?

—No, sigue trabajando de «liquidador». Solo que ahora solo acepta encargos que tengan que ver con gente pequeña.

Don Stefano mira extrañado a Félix.

—¿Gente pequeña? Querrás decir enanos…

—No, señor. Eso mismo fue lo que yo le pregunté, pero me explicó que no: gente pequeña. Por lo visto, se ve que ahora «enano» ya no es políticamente correcto.

Don Stefano vuelve a mirar inquisitivo a su lugarteniente.

—Vaya, pues supongo que eso le reducirá notablemente la cartera de clientes…

—Pues seguramente, pero si él está contento…

—Por supuesto, por supuesto. En esta vida no hay nada más importante, Félix, que estar contento y tener buena salud. Y, si puede ser, manteniéndose lo más alejado posible de las balas. Bueno, ¿y qué es eso que te ha dicho y de lo que querías hablarme? ¿Dices que los chinos andan nerviosos? Caramba… ¿Y qué demonios les ocurre ahora a esos amarillos, acaso se han quedado sin salsa agridulce, o qué?

Félix vuelve a torcer el gesto.

—Por lo que Meloni me ha explicado, parece ser que llevan un par de días haciendo preguntas. Creo que andan buscando a un grupo de gente.

—¿Problemas entre las yakuzas?

—No parece que sea eso, señor. Me huele a que se trata de algo más sencillo, cuatro o cinco fulanos llegados desde Galicia…

Sorprendido, el señor Coltrinari vuelve a fruncir el ceño y a clavar los ojos en Félix.

—¿Desde Galicia? ¿*Narcotrafiqueiros*?

—No.

—¿Guardias civiles, entonces?

—Tampoco.

Silencio.

—No serán gaiteros…

—Todavía no sé cuál es su grado de peligrosidad, señor. Pero por lo que se dice en la calle, todo apunta a que estén preparando un gran golpe…

—¿Un gran golpe? ¿Aquí, en Barcelona?

—Eso es lo que dicen.

—Vaya, vaya, vaya.. ¿Y crees que podría interesarnos?

—Sí. Pero no por el golpe en sí mismo.

El viejo Coltrinari entorna ligeramente los ojos.

—Explícate.

—Verá, señor: parece ser que el grupo en cuestión se hace llamar Banda Peligro…

—¿Banda Peligro? *Santa Madonna*, Félix, hay que ver los nombres tan estúpidos que escogen ahora los muchachos…

—Desde luego, señor. Como le decía, el grupo estaría compuesto por cuatro o cinco individuos, junto con otro que por lo visto llegó anteayer. Al parecer podría tratarse del ideólogo del plan, si bien la cosa todavía no está clara…

—¿Su jefe?

—Tal vez. En total, seis personas como mucho. Pero lo interesante es que no todos son gallegos, señor…

—Félix, no alcanzo a ver qué tiene eso de especial. Mira esta ciudad, sino: aquí ni la mitad de la mitad de la gente que vive en nuestro barrio es catalana, y no parece que eso les preocupe demasiado a la hora de querer ser independientes. Si a nosotros no nos importa, ¿qué tendrá que ver que entre esa gente los haya que no sean gallegos? Ya verás como en dos semanas ya están todos a vueltas con su maldita morriña…

—Por supuesto, señor. El problema está en que mucho me temo que no se trate de eso, señor.

—¿Tampoco? ¡Puñeta, hijo!, ¿pues qué tal si pruebas a explicarte un poco mejor?

El jefe de sala toma aire hondo.

—Por lo visto cuentan con un catalán entre sus filas, señor.

—¿Con un catalán? —desconcertado, don Stefano vuelve a fruncir el ceño.

—Exacto, señor. Un tipo alto y flaco, entre los cuarenta y los cincuenta años, y con unas gafas de pasta muy grandes.

Los ojos de don Stefano *il Vecchio* se abren de golpe.

—¡No me digas que es…!

—Todavía no lo sé, señor. Pero por lo poco que he podido averiguar, si no es él se le parece mucho.

El viejo Coltrinari vuelve a quedarse con la mirada perdida en la calle y, como en un hilo de aire que se le escapara entre los labios, pronuncia un nombre. Lo hace lentamente, saboreando cada fonema.

—Panerola…

Sin darse cuenta, el viejo ha comenzado a frotarse con fuerza las manos.

—Eso parece, señor.

Al oír esta última respuesta, don Stefano entorna suavemente los ojos y esboza una delicada sonrisa de satisfacción bajo el fino bigotito que le perfila el labio superior.

—¡*Santa Madonna*, *Santa Madonna…!* No puedo creer que el muy estúpido se atreva a volver a aparecer por la ciudad. ¿Qué digo la ciudad? ¡Ni tan siquiera puedo imaginar que sea tan idiota como para volver a pasar por la misma franja horaria que yo! *Santa Madonna…* —El viejo vuelve a abrir los ojos, y su sonrisa se tuerce en un gesto serio—. Félix, tengo que admitir que esto es una satisfacción inesperada.

Don Stefano vuelve a quedarse en silencio, apenas unos segundos, el tiempo justo para saborear el placer del momento.

—Escucha, esto es lo que harás: ve a la cocina y dile a Morfino que te acompañe. Coged el coche e id a ver qué hay de cierto en todo esto. Quién sabe —añade luego de una breve pausa—, tal vez estemos de suerte…

La sonrisa vuelve a aparecer en su rostro, esta vez notablemente cargada de algo, algo casi maléfico.

—Panerola, Panerola —repite lentamente—. Jordi «el Cuc» Panerola…

Ya se va perdiendo Félix, el jefe de sala de Ti Spezzo le Gambe, por el corredor adentro cuando la voz de *il Vecchio* vuelve a sonar tras él.

—¡Félix!

—¿Señor?

De nuevo de espaldas a la sala, la mirada fija en un recuerdo perdido calle abajo, el viejo Coltrinari hace un ademán en silencio, discreto, para que Félix «el Guapo» vuelva a su lado.

—Si realmente fuera él…

Don Stefano vuelve a quedarse por un instante en silencio.

—Si descubrís que realmente es él, no lo matéis —dice al fin—. Todavía no…

—Como usted mande, Padrino.

Canto VI: Las treinta monedas de plata de Jordi Panerola

Dejen que les haga una pregunta: ¿recuerdan ustedes aquella canción? Sí, aquella que decía… «Ay, corazón, corazóooooon, que enamorado te encuentras túuuuuuuu…». ¿La recuerdan? Sí, claro que sí, ¿verdad? Bien, pues dejen que les diga una cosa: si en la película Ascenso, Gloria y Caída de Jordi Panerola apareciera una lista de sus 40 Principales, esta vieja canción estaría, sin lugar a dudas, en el número 1…

A principios de los años noventa, la familia estaba en pleno ascenso. No se movía una rata en toda Barcelona sin que don Stefano il Vecchio Coltrinari lo supiera. Y si la rata no era de su agrado, los hombres de Ti Spezzo le Gambe se encargaban de que un gato se la comiera. Accidentalmente, por supuesto. Tal era el poder de los Coltrinari de Gràcia. Y claro, acomodados en tal punto de fuerza, ahora llegaba el momento de expandirse. Y, a poder ser, luciendo a la familia en todo su esplendor.

Ahora bien, ¿de qué manera crece una organización criminal? Pues como cualquier otro grupo social lo haría: observando modelos superiores. Si bien en este caso en concreto es de justicia admitir la existencia de ciertas dificultades ambientales: de todos es sabido que los congresos de la mafia internacional son, cuando menos, difíciles de organizar (por cuestiones de agenda principalmente, tanto de los asistentes como de la Interpol), por no hablar del hecho de que «Gángster moderno: extorsiones y piernas partidas para siglo XXI» no es un título que suela aparecer con demasiada frecuencia en los cursos de verano organizados por la mayoría de las universidades europeas.

No siendo en la de Sicilia, creo…

No, los referentes de crecimiento no son de acceso fácil para un mafioso contemporáneo. Así pues, ¿de dónde tomaron los Coltrinari sus modelos a imitar? Bueno, pues de donde cualquier otro grupo social lo haría, en realidad: echando mano de lo que sale por la tele.

En aquel momento, la película que causaba furor entre los habituales del restaurante no era otra sino la tercera entrega de *El Padrino*, cuya salida no había hecho más que reactivar la devoción que los Coltrinari sentían por absolutamente todas y cada una de las

escenas que componían la saga creada por Francis Ford Coppola y Mario Puzo. La obsesión llegaba hasta tal extremo, que raro era el día en que alguien no citaba, recordaba, o incluso imitaba alguno de los famosos parlamentos de don Vitto, de Michael, de Sonny, o de cualquier otro Corleone.

Fue precisamente así, observando una de las muchísimas reposiciones que en el restaurante se hacían de las tres películas, como al capo de Gràcia le vino a visitar la inspiración: el siguiente paso en la evolución de la familia Coltrinari le fue revelado a don Stefano cuando contemplaba por enésima vez la escena de la boda de Connie Corleone. (Y si el hecho de que la realidad evolucione en base a la imitación que de sí misma hace la ficción no les parece ustedes una señal inequívoca de que el mundo está loco, loco, loco, con su permiso introduciré un argumento: a mí sí).

Tal como el viejo Coltrinari lo entendió, del mismo modo que don Vitto Corleone hace con Johnny Fontane, el negocio redondo sería que el capo de Gràcia también apadrinara (nunca mejor dicho) a su propio cantante. De este modo podría disponer de un artista del país del que poder valerse para blanquear dinero, y, además, le daría a la familia una cierta distinción, un plus de elegancia, y quién sabe si incluso un cierto *glamour*. Dos pájaros muertos de un único tiro (siempre haciendo que parezca un accidente, por supuesto). Lo malo es ese pequeño detalle, la posibilidad nada remota de que las ideas de distinción, elegancia, o incluso *glamour* de estos señores igual no coincidan mucho con las que ustedes o yo podamos tener, pero vaya, no adelantemos acontecimientos…

Expuesta la idea, en aquel momento alguien apuntó que las nuevas promesas, los diamantes todavía por pulir, había que ir a buscarlos entre los artistas que merodeaban por las terrazas y los chiringuitos en la playa de la Barceloneta. Fue así y no de otra manera como a los Coltrinari les entró una súbita y desmesurada afición por las paellas a la orilla del mar.

De entre todos los presentes, en aquella época un artista llamaba especialmente la atención sobre los demás: Bernardo. Se trataba de un tipo menudo y delgado (bueno, tampoco querría yo mentirles; delgado es un eufemismo, una forma sutil de decir que el fulano era más bien flaco, del tipo tirando a llevo-demasiado-tiempo-sin-comer-como-Dios-manda). De pelo negro, abundante y repeinado

para atrás, gastaba unas viejas gafas tan solo tres o cuatro veces más grandes que su propio rostro, huesudo y permanentemente mal afeitado. Iba siempre en compañía de una vieja guitarra a la que el tipo se aferraba como si aquel instrumento fuera la única tabla de salvación capaz de evitar el naufragio de su cuerpo, demasiado raquítico, dentro de aquel traje, único, viejo, raído y, por supuesto, excesivamente grande. Pese a los comprensibles efectos depresivos que la composición de semejante imagen pueda estar causando en ustedes, no se dejen engañar: en realidad, el tipo era todo alegría (o eso parecía), y esa misma era la emoción que su llegada solía provocar en las mesas a su alrededor. Bien, o esa, o algún que otro botellazo, que se rumorea que también los había… Y lo que son las cosas, a pesar de ciertas críticas negativas, recibidas eventualmente desde el sector menos melómano del público (lindezas como «¡Apártate de ahí, payaso!», «¡Te voy a dar con la guitarra que te voy a partir el alma!» o, otra también bastante frecuente, aquella que decía «Antes de cantar ponte los dientes, desgraciado, ¡que me llenas de babas la *fideuà*!»), el caso es que el hombre acabó llamando también la atención de los Coltrinari, y don Stefano vio la luz al final del túnel de talento que Bernardo, el *crooner* de la Barceloneta, era.

—Escuche, caballero, creo que es usted un fuera de serie —le confesó *il Vecchio* un día que invitó al cantante a sentarse su mesa.

—Gracias, señor. ¿Quiere usted que le toque *La ovejita lucera*?

—¿Pero, cómo? —preguntó sorprendido el señor Coltrinari—, ¿acaso está diciéndome que tiene usted otra canción?

—Sí. De hecho, tengo muchísimas más.

—¡Por el amor de Dios, Bernardo, es usted una caja de sorpresas!

—¡Pues claro! —respondió orgulloso el cantante al tiempo que seguía chupando con fruición las cabezas de las cigalas que acompañaban su paella—. Si quiere puedo tocarle…

—No, deje estar, no me toque nada. ¿Y mánager, tiene usted mánager?

—¿Que si tengo qué?

Una sonrisa felina empezó a dibujarse en los finos labios de don Stefano.

—Perfecto…

Se trataba de un campo nunca antes trabajado por la familia, y aunque de todos es sabido que entre un mánager y un mafioso existen no pocas similitudes, en principio todos los hombres de don Stefano estaban especializados en otro tipo de lides, más relacionadas con la música de las pistolas. Por eso no le resultó fácil a il Vecchio decidirse, pensar en quién poner al frente de aquella nueva empresa. No sería hasta después de haberle dado mil y una vueltas que acabaría viéndolo claro: en vista de la mano izquierda por fuerza necesaria, este era un trabajo para Jordi Panerola. Se trataba de un chaval joven, apenas los veinte años recién cumplidos, y, pese a no ser italiano, era con diferencia el más listo de todos sus soldados.

O bueno, por lo menos usaba gafas…

Así pues, desde aquel momento el trabajo de Jordi Panerola consistió en ir preparando el lanzamiento a la fama de la nueva estrella familiar, y con ese fin se le encomendó todo el proceso: buscar quien le diera un par de clases de canto, alguien que le grabase un disco, gente que se encargara de todo el trabajo de promoción, así como recordar tres o cuatro favores hechos para que Bernardo apareciera en determinados programas de la tele… En fin, nada que un buen montón de billetes o unas cuantas cabezas de burro dejadas sobre determinadas almohadas no pudieran conseguir.

(Sí, ya sé lo que están ustedes pensando: la cabeza que aparecía en *El Padrino* no era de burro, sino de caballo. Por supuesto. ¿Pero saben ustedes cuánto cuesta un caballo? Son bichos que van demasiado caros, sobre todo teniendo en cuenta la poca conversación que tienen).

Así que vaya, encaminada la cosa, todo habría salido bien de no ser por un pequeño detalle: si existe el bien, lo bueno, es porque también existe el mal, lo malo. Y en esta historia *lo malo* pasa porque, contra todo pronóstico, los Coltrinari no habían sido los únicos en echarle el ojo al talentoso Bernardo…

Fue a la salida de una de aquellas actuaciones televisivas cada vez más y más frecuentes cuando un hombre con pinta de anuncio de gomina, sonrisa Profident, y traje de «ya es primavera en El Corte Inglés» se acercó a Panerola, quien tenía orden de no separarse nunca del cantante. Listo como era (como ya he dicho,

por algo llevaba gafas), Jordi no tardó en comprender que lo que aquel individuo traía eran intenciones mercantiles en la boca y dinero en el bolsillo. O, para ser exactos, mucho dinero en el bolsillo…

Don Stefano explotó nada más descubrir el engaño. Un terremoto de cólera, un cataclismo de dimensiones apocalípticas, fue lo que se dejó sentir de un extremo a otro del barrio de Gràcia.

—¡Lo ha vendido! ¡El muy hijo de puta lo ha vendido!

—Tranquilícese, señor —recomendaba Félix, impasible a la vera de su Don.

—¿Que me tranquilice? ¡¿Estás diciéndome que me tranquilice?! ¡Tranquilízate tú! ¡El grandísimo hijo de la grandísima puta lo ha vendido, Félix! ¡¡¡Panerola ha vendido a nuestro ruiseñor por treinta miserables monedas de plata!!!

A fe de ser honestos, en realidad el montante por el que Panerola había vendido a Bernardo arrojaba algo más que esas treinta monedas de plata de las que don Stefano hablaba. Considerablemente más… Por lo visto, el astuto Jordi Panerola, de repente autoproclamado representante único y universal del nuevo artista, no solo había negociado por su cuenta un contrato millonario por la venta de los derechos de representación y explotación del que ya empezaba a perfilarse como el nuevo filón televisivo, sino que, además, lo había hecho sin decirle nada a nadie. Cosa, por otra parte, de fácil comprensión: de haberlo comentado con su jefe, don Stefano no habría visto con buenos ojos la consiguiente «tocata y fuga» de Panerola. Y menos llevándose con él todos aquellos millones debajo del brazo… Sobre todo porque, además de llenarse los bolsillos con los muchísimos beneficios negociados con la productora de televisión, el hábil Panerola aún había encontrado sitio en su equipaje para meter lo que quedaba del dinero dispuesto a cuenta por don Stefano para la «fabricación» de la nueva estrella. Panerola se había ido y, a cambio, *il Vecchio* se quedaba en Gràcia, compuesto, sin dinero y —lo que curiosamente más le molestaba— sin ruiseñor. Y claro, al pobre viejo no le pareció bien…

—¡Lo mataré, lo mataré, maldito malnacido! ¡Juro *per la mia mamma* que lo mataré! Escucha, Félix, ve a por él, búscalo, sácalo de donde esté, ¡y mátalo! *¡Per il Palio di Provenzano, Félix!* ¡¡¡Mátalo,

préndele fuego, asesínalo!!!

—Pierda cuidado, jefe. ¿Quiere que lo haga en ese mismo orden?

Colérico, a punto de salirle fuego por los ojos, don Stefano se quedó por un instante mirando a Félix. Justo cuando por fin parecía que iba a responder, otra voz se oyó en la conversación.

—¡También podemos hacerle un pijama de pino, jefe!

Sentado a la barra, el cocinero (un tipo gordísimo, calvo, y con el que en realidad nadie contaba para nada) llamó la atención de los allí presentes.

—Perdona —respondió *il Vecchio*—, ¿acaso has dicho algo, animal?

—Un pijama de pino, señor —repitió con entusiasmo el gordo, señalando hacia el televisor. En la pantalla, Marlon Brando compartía confidencias con Al Pacino.

—Será mejor que cierres esa bocaza, Morfino —le advirtió Félix.

Su verdadero nombre era Helmutt, pero todo el mundo lo conocía por Morfino, y no convenía dejarse llevar por los prejuicios que su aspecto, ligeramente amanerado, pudieran producir en uno, ya que un sopapo bien dado por aquel pedazo de animal podía dejarte durmiendo para el resto del día. Indiferente al consejo recibido, el cocinero todavía siguió aportando sugerencias:

—O si le parece, también pueden ser unos zapatos de hormigón…

Aun más sorprendido, don Stefano Coltrinari sacudió la cabeza en el aire.

—Unos zapatos de… —repitió lentamente, con gesto de no estar seguro de haber comprendido bien—. Disculpa, hijo, pero creo que no te entiendo… ¿Me estás diciendo que lo tiremos al río? —preguntó el viejo, frunciendo un poco más el ceño.

—¡Exacto! —respondió el cocinero.

—Ahá… ¿Y a qué río te parecería bien arrojarlo, muchacho?

—Pues… No sé. ¿Al Besós, tal vez?

El viejo arqueó las cejas.

—¿Al Besós, dices?

—Sí, por qué no —aseveró con orgullo Morfino.

—¡¿¡¿Pero tú eres imbécil?!?! —rojo de cólera, el señor Coltrinari volvió a explotar contra el cocinero—. ¡El Besòs no cubre

más que por los pies! ¿Qué carajo quieres que hagamos con él, que lo dejemos allí, plantado como si fuera una estatua? ¡Maldito gordo estúpido, ¿es que también te has comido esa bellota que tienes por cerebro, o qué demonios te pasa?!

Intimidado por la reacción del jefe, el cocinero se quedó en silencio, con la boca entreabierta y sin dejar de observar a don Stefano.

—¿Le parece mejor el Llobregat?

—¡¡¡MALDITA SEA!!! ¡Félix, coge a este anormal, e id a buscar a esa sanguijuela asquerosa de Panerola! Levantad las Ramblas, secad el puerto, echad abajo la estatua de Colón si es necesario, ¡que no quede piedra sobre piedra! ¡Pero traédmelo —bramó—, traedme a ese malnacido aquí! ¡Id, ya! Y, Félix —añadió—, si ves que te sobra tiempo, ¡por el camino vete dándole una paliza a este gordo imbécil!

Sin perder un segundo, Félix «el Guapo» y Morfino Helmut salieron del restaurante dispuestos a cumplir las órdenes de su jefe, si bien, lamentablemente para este, a pesar de todo el empeño lo cierto es que aún habría de pasar una buena cuenta de años hasta que don Stefano *il Vecchio* Coltrinari volviera a tener noticias de Jordi Panerola…

Canto VII: El aroma del *glamour*

Al principio no lo entendí bien, esa pronunciación suya tan particular… Cuando Andresito me dijo el nombre por primera vez pensé que se estaba refiriendo a Els Quatre Gats. Traducido, «Los Cuatro Gatos» era el nombre que Pere Romeu le puso a su restaurante, fundado en 1897, y famoso por ser el centro de reunión de las principales autoridades del entonces incipiente Modernismo catalán. Uno de mis lugares favoritos en Barcelona, parada obligada siempre que visitaba la ciudad, aunque nada más fuese para verlo desde fuera, que ciertos precios no están al alcance de todos los bolsillos. Els Quatre Gats, no me lo podía creer… ¿Cómo demonios había conseguido aquel atajo de muertos de hambre meterse en un local tan singular y emblemático como aquel?

Aún tuvo Andresito que repetírmelo un montón de veces hasta que finalmente consiguió sacarme de mi error. El muchacho no se refería a Els Quatre Gats, sino a algo tan parecido en su sonido como diferente en su significado: la Banda Peligro se ocultaba en un local llamado Las Cuatro Gatas.

Lejos en el espacio, en el tiempo y, sobre todo, en lo tocante a lo que por estilo se entiende, Las Cuatro Gatas distaba mucho de ser aquel local frecuentado por los grandes artistas de la Barcelona finisecular del XIX, para parecerse mucho más a un tugurio de mala muerte al final de las Ramblas. Un antro perdido de la mano de Dios donde, según los chinos habían averiguado, el atontado de Miqui figuraba como «jefe de seguridad». O sea, una forma como otra cualquiera de referirse al portero, al gorila, al machaca. Al, en definitiva, matón del chiringuito.

Siguiendo las instrucciones que Andresito me había proporcionado la noche anterior, bajé por el conocido paseo barcelonés casi hasta su final, para girar a mano derecha un poco antes de llegar a la famosa columna de Colón. Torcí por la calle de Santa Mónica, y aun no había llegado a la esquina con Montserrat cuando allá al fondo, a mano derecha, pude identificar un bulto que me resultó familiar. Y, para mi sorpresa, el bulto también me reconoció a mí.

—¡Señor Odeón!

En pie bajo un farol rojo, el homínido en cuestión gesticulaba

hacia mí.

—¡Señor Odeón! —insistió—. ¡Aquí! Qué alegría verlo…

—Hola, Miqui —respondí al llegar a su altura, si bien con bastante menos entusiasmo que el que él había empleado para recibirme.

Sin saber aún cómo reaccionaría, yo le tendí la mano, pero él prefirió devolverme el saludo aplastando mis costillas entre sus brazos.

—Vale, vale, muchacho —repuse—, yo también me alegro de verte. Y ahora ¿qué tal si me dejas volver a respirar, sí?

Me separé de su cuerpo y aproveché para echar un vistazo alrededor.

—Así que aquí es donde trabajas, ¿eh?

—Efectivamente —respondió con orgullo—. ¡Bienvenido a Las Cuatro Gatas!

Como el príncipe que, satisfecho, da la bienvenida al más lujoso de sus palacios, Miqui Chismes abrió los brazos y se echó a un lado, dejando el espacio libre para que nada me estorbara en la contemplación de sus dominios.

Y sí, habría sido muy bonito, de no ser porque Las Cuatro Gatas distaba mucho del fasto y boato que el gesto de Miqui prometía… O por lo menos visto desde fuera. En el número 6 de la calle Santa Mónica, el exterior de Las Cuatro Gatas no era más que una vieja puerta de madera, podrida desde mucho antes de que la deforestación del Amazonas fuese algo más que un par de árboles caídos, por mucho que las múltiples capas de pintura que a todas luces llevaba encima quisieran disimularlo. A los lados, paredes revestidas de cemento, carteles encolados uno sobre otro desde solo Dios sabe cuántos conciertos de Xavier Cugat y su Orquesta atrás y, a la altura del medio cuerpo para abajo, humedades perennes de litros y litros de orines allí dejados por hombres, perros, gatos y quién sabe por cuantos tipos mas de razas, especies y categorías animales. Probablemente tan pertinaz como el rastro de sus manchas, el de las meadas era el olor más penetrante entre la delicada mezcla aromática en la que también se podía identificar el buqué del vómito, de serrín, cerveza reseca, y mierdas de perro. Definitivamente, si el *glamour* tiene aroma debe de ser algo muy parecido a esto.

—Santísimo Martín de Porres, hijo… —murmuré con la mirada todavía perdida en aquella colección de insalubridad insuperable.

—¿Qué —preguntó desde una sonrisa entusiasmada el muchacho—, le gusta?

—Bueno, Miqui, hijo… No sé qué decirte —respondí al fin—. Supongo que no está mal. Por lo menos si lo comparamos con Auschwitz. Creo…

—¡Pues esto no es nada! —continuó con entusiasmo—. ¡Aguarde, aguarde a verlo por dentro!

—¿Todavía es peor? —se me escapó.

—¡Sepa, señor Odeón, que está usted en uno de los locales más divertidos de toda Barcelona!

—¿Ah…, sí?

—¡Y tanto que sí! Aquí tenemos diversión para aburrir… ¿Qué, qué me dice? —preguntó ya casi eufórico—. ¿Le apetece pasar?

De nuevo con los brazos abiertos, Miqui seguía invitándome a entrar, a dejarme caer en aquel pozo de luz roja que se escapaba por las destartaladas puertas del local.

—Oye, mira, ya te agradezco la bienvenida, hijo. Pero creo que antes de entrar debería advertirte una cosa: mi visita no es de placer.

—¿No? —preguntó el muchacho, de repente visiblemente extrañado—. Vaya, pues es un lástima, porque si de placer se trata, ha de saber usted que aquí tenemos el mejor de toda Barcelona —me explicó con la mayor de las solemnidades.

No pude evitar que mis cejas formasen un arco tan grande como el del mismísimo Triunfo.

—¿El mejor, dices? —repetí echando mano inconscientemente a mis gafas, desmayadas sobre mi nariz, incapaz de dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—¡Por supuesto! Mire, ahora mismo, por ejemplo, estamos haciendo una exitosísima campaña de degustación de los diferentes gin-tonics del mundo.

Miqui volvió a acercarse a mí, con la misma expresión en la mirada de quien está a punto de compartir el mayor de los secretos.

—Riquísimos que los preparamos, señor Odeón, hágame caso…

—Ni se me ocurriría dudarlo, Miqui. Pero es que verás, lo que yo ando buscando es a tus amigos…

En los ojos del chico volvió a aparecer esa luz que solo se ve en el rostro de los benditos y de los perros justo antes de que un camión les pase por encima.

—¿A mis amigos?

—Sí.

Silencio, el uno mirando al otro.

—La Banda Peligro, ya sabes…

—¡Ah, ellos! —sonrió—. ¡Pues está usted de suerte, señor Odeón —afirmó en tono confidente—; estamos todos aquí!

—¿Todos?

—¿Y no se lo estoy diciendo? ¡Sí!

De pronto, como si acabara de caer en la cuenta de algo, su rostro cambió.

—Bueno, lo cierto es que todos no… Si viene usted buscando también a Mulato Wilson, lamento decirle que no, que él no está —me aclaró frunciendo el ceño.

—Vaya, ¿y eso? ¿Acaso hubo algún problema con él?

Incómodo, Miqui torció el gesto antes de responder, la mirada perdida al final de la calle.

—Sí, bueno, un pequeño desacuerdo sobre cómo de quietecitas era mejor tener las manos. Sobre todo en cuanto a las piernas de las novias de los demás se trata, no sé si me entiende usted…

No respondí nada, pese a estar muy atento a todo cuanto el muchacho contaba. Especialmente a ese matiz introducido por él, lo de las novias de los demás… Deduje, pues, que la relación entre Miqui y Linda seguía adelante.

—Lo importante es que al final —siguió explicando— no fue nada que no pudiéramos arreglar juntándonos para buscar una postura que nos resultara cómoda a ambas partes.

La madurez en la respuesta de Miqui me cogió por sorpresa.

—¿Una postura cómoda a ambas partes? Caramba…

—Sí. Al final acabé escogiéndola yo.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál fue esa postura?

—Pues una en la que yo le partía la cara con mis manos —respondió con la misma seguridad con la que un niño justifica su travesura—. ¡Problema resuelto!

Sonreí.

—Hijo, si me permites que te diga una cosa, creo que has hecho

bien. Ese tipo no era trigo limpio. Entiendo por tu respuesta que Linda también está aquí, entonces.

La alegría regresó al rostro del muchacho.

—¿Que si está aquí? ¡Y tanto que sí! ¡De hecho, es la mejor camarera del bar! Bueno, y también la única… —Miqui se quedó por unos segundos enganchado en las múltiples posibilidades lógicas que aquella cuestión le ofrecía, hasta que por fin regresó a la conversación—. Mire si no será buena Linda, que el señor Monkey…

—¿Quién? —pregunté extrañado.

—El señor Monkey, Club Monkey, el dueño de todo esto —explicó abriendo mucho los brazos, como si el tal Monkey fuese el dueño del mundo entero—. Pues el señor Monkey, como le decía, le ha prometido a Linda que si sigue trabajando así de bien, igual le hace una prueba para ver si asciende en la empresa y todo…

Al escuchar aquello no pude sino echar un nuevo vistazo incrédulo al interior del local.

—¿Ascender? —pregunté escéptico—. Pues como no sea al piso de arriba…

—¡Justo, ahí mismo! —respondió Miqui, mezclando orgullo y sorpresa a partes iguales—. Ahí es donde trabajan las chicas que llevan más tiempo.

—Ya —comprendí—. Más tiempo… y menos ropa, ¿no es así?

—¡Exacto! —respondió Miqui a la par que afirmaba con la cabeza lentamente en el aire, definitivamente asombrado por mi perspicacia—. ¿Cómo es que lo sabía usted, señor Odeón? ¿Es que ya conocía la empresa del señor Monkey?

—Sí, bueno, una sucursal… Y dime, muchacho, ¿es cierto eso que me han dicho? Ya sabes, lo de que los otros dos también paran por aquí…

—¿Quiénes, Jordi y don Atila?

—Los mismos.

—¡Sí, claro!

—¿También de camareros?

Miqui dejó escapar esa sonrisa suya tan… ¿Cómo les diría yo?, tan… Bueno, para qué marearlo más si ustedes ya saben lo que quiero decir: esa tan idiota.

—¡Qué cosas tiene, señor Odeón! —respondió divertido—. ¡Por

supuesto que no! Al señor Monkey no le gusta que las camareras tengan que afeitarse más de una vez a la semana. No, el único que trabaja aquí es el señor Prudencio, pero no como camarera. Don Monkey lo ha contratado como relaciones públicas.

—¿A Atila? —me quedé de piedra—. ¿De relaciones públicas?

—Sí. Es que tal como dijo el señor Monkey, que de estas cosas sabe mucho, Atila tenía tan buena mano con los demás clientes que sería una lástima dejar pasar un talento para la comunicación como el suyo…

»Aunque vaya, si quiere que le diga la verdad —añadió bajando la voz—, cuando llegamos aquí nosotros éramos los únicos clientes del bar, así que yo creo que al señor Prudencio tampoco le debió de resultar demasiado complicado relacionarse con nosotros, aunque fuese públicamente. Pero bueno, supongo que eso el señor Monkey no lo sabía. Como pasa tanto tiempo ocupado en sus negocios, siempre corriendo de un lado para otro…

—Claro, claro…

—Pero vaya, el caso es que aquí está. Según le he oído decir al señor Monkey, Atila es un diamante en bruto.

Recordé la conversación que meses atrás había tenido con mis amigos del Carballo.

—Ahí no le falta razón, no, señor. Sobre todo en la segunda parte de la frase…

Miqui se quedó mirándome, sin acertar a comprender a qué me refería.

—Pues no se vaya a pensar usted, señor Odeón, que el trabajo de Atila tampoco es cosa fácil de hacer…

—¿Ah, no?

—¡Hombre, ya le digo yo que no! El pobre tiene que pasarse todo el día aquí metido, cubata va, cubata viene, fumando sin parar, hablando con la gente… Bueno, esto último cuando viene alguien. Vamos, lo que se dice un trabajo duro —por increíble que parezca, no había ni el más mínimo rastro de ironía o sarcasmo en las palabras de Miqui—. ¡Pero vaya, supongo que alguien tiene que hacerlo!

—Por supuesto —reconocí con solemnidad—. Oye, ¿entonces crees que podría hablar con tus amigos?

—¿Hoy?

—Cuanto antes mejor.

—¿Ahora mismo?

La oferta me pilló por sorpresa.

—Si fuera posible…

—Sin problema.

—Sin… ¿Sin problema, dices?

Reconózcanlo: ustedes tampoco contaban con una respuesta tan expeditiva.

—Claro. Están todos aquí dentro.

—¿Aquí, en el bar, ahora, todos?

Demasiadas cuestiones de golpe, cuándo aprenderé… Miqui volvió a pensarlo por un instante.

—Bueno —sonrió—, todos no: yo estoy aquí fuera.

—Ya, claro. Bueno, creo que me servirá igualmente, Miqui.

—Pues perfecto entonces, don Dante —dijo flanqueándome el paso—, porque, de hecho, la verdad es que ya llevaban tiempo esperando por usted.

Y miren, fue por alegrarme tanto al comprobar que finalmente la información conseguida por Andresito era correcta, que no le presté la debida atención a este último matiz. Y, si me permiten que se lo comente, mucho mejor me habría ido de llegar a hacerlo. Muchísimo mejor…

Canto VIII: Un sitio fino

Aparté el pesado cortinón de la puerta, una pieza de terciopelo grueso que tal vez algún día fuera «rojo pasión», pero que ahora estaba mucho más próximo al «negro cloaca», y di por fin con mis huesos en Las Cuatro Gatas.

El local estaba teñido de una luz roja, con la intensidad justa para no dejar en evidencia sus muchas precariedades. Se ve que más iluminación no es del gusto de las cucarachas en general… A mi izquierda, una barra ocupaba todo el lateral del antro. Sentadas a ella, dos mujeres, a cada cual más mayor, removían su aburrimiento entre los hielos de sus copas. Por mucho que intentasen aparentar otra cosa, un golpe de vista bastaba para darse cuenta de que lo único más cuantioso que los kilos de maquillaje que ambas señoras llevaban encima de la cara eran los años que ocultaban bajo las faldas. Bueno, miren, nunca se sabe: si algún día al viejo Matusalén le da por volver de la tumba le gustará tener a alguien con más experiencia que él con quien jugar… Me dedicaron una mirada rápida, evidentemente a la búsqueda de algún interés económico, y, luego de un fulgurante reconocimiento, no tardaron ni medio suspiro en concluir que sus bebidas eran de lejos bastante más interesantes que un servidor.

Poco más había en qué despistar la vista en todo el local: una mesa baja al lado de la puerta, un par de taburetes sueltos a la derecha, arrimados a un pared forrada de espejos… Nada. Con tan poca distracción, y a pesar de la escasísima iluminación general, no tardé en reconocer a los dos diablos sentados a la única mesa ocupada, allá al fondo del local. Tranquilamente acomodados cada uno sobre sus asientos, justo al lado de las escaleras que indefectiblemente debían de conducir al ya famoso piso superior, Atila Prudencio y Jordi Panerola se deleitaban en la contemplación de la inactividad reinante en el bar.

—Pero… ¡Maldita sea, no me lo puedo creer! —bramó de repente entre carcajadas el más corpulento de los dos—. ¿Pero qué ven mis ojos? ¡Maldita sea, Jordi, maldita sea —gritó con alegría—, dime que ese que acaba de entrar por la puerta no es el mismísimo Dante Odéon!

Indiferente al pequeño teatrillo que Atila Prudencio estaba

representando, Jordi Panerola se limitó a dedicarme por encima de sus descomunales gafas de pasta una mirada fría, aséptica, completamente neutra.

Por el contrario, frente a la pasividad del catalán, Atila Prudencio se puso en pie y abrió los brazos de par en par en par, tanto y con tanta sobriedad que ya le habría gustado para sí al mismísimo Joaquín Blume, el famoso gimnasta catalán, siempre recordado por su exquisita ejecución del Cristo en las anillas. Y vaya, he de reconocer que no lo recordaba tan grande (a Atila, no a Joaquín Blume), pero juraría que entre la copa de coñac que sostenía en la mano izquierda y el puro que sujetaba con la derecha quedaba espacio suficiente como para que pasase un tren de mercancías sin demasiado problema…

—¡Amigo mío, a mis brazos!

Recuperada la movilidad una vez que aquel mandril se decidió a liberarme de su abrazo, me senté donde se me indicaba, en una silla libre frente a la de Atila, quien en vez de regresar a su asiento, se dirigió al pie de las escaleras.

—¡Cariño! —le gritó a la oscuridad en la que los escalones superiores se perdían—, ¡¡¡Cariño!!! ¡Ven, cariño, que no te vas a creer quien acaba de entrar por la puerta! ¡¡¡CARIÑOOO!!!

Si la intensidad de los gritos viniera determinada por la necesidad de tener que cubrir alguna distancia, lo más probable es que el cariño en cuestión estuviera escuchando desde el mismísimo Estambul. Eso tirando por lo bajo… Contra todo pronóstico, la persona que nos respondió lo hizo claramente desde el piso de arriba.

—¡¿Qué ocurre, papi?! —la estridencia que venía siendo aquella voz también me resultó familiar al momento—. ¿Otra vez la poli?

—¡Muchísimo mejor, caramelito! ¿Por qué no bajas de una puñetera vez y lo compruebas por ti misma?

Poco a poco comenzó a escucharse el cloc-cloc, cloc-cloc torpe de un par de tacones acercándose en nuestra dirección. Escalón a escalón, el sonido pronto se vio acompañado de la presencia de dos piernas, tan largas como dos días sin pan, y, para cuando quise darme cuenta, ya tenía a la muchacha ante mí.

—¡Caramba! —exclamó al reconocerme—, ¡pero si es papi Dante! ¡Qué alegría verlo de nuevo!

Volví a ponerme en pie para saludar con un par de besos a Linda Love.

—Pero, por favor, ¿cómo usted por aquí?

—Bueno, ya ves —respondí como si tal cosa—. Estábamos en casa mi gato y yo cuando, de pronto, a uno de los dos le entró un capricho terrible de tomarse un gin-tonic. Y vaya, como yo sé que aquí los preparáis muy bien, pues nada, hija, que aquí estamos…

Lentamente, Linda fue ladeando la cabeza hasta quedarse observándome de reojo, con una expresión en su mirada a caballo entre la desconfianza y la picardía.

—Caramba, señor Odeón, no me diga que ha venido usted desde Vigo solo para tomarse un gin-tonic…

Esta vez fui yo el que se quedó en silencio, la boca ligeramente entreabierta. Había algo en el comentario de la chica, algo entre la inocencia y la mordacidad. Una de dos: o aquella muchacha era más lista de lo que aparentaba, o no era tan mala pareja para Miqui…

—Sí, bueno, más o menos.

—Muy bien —aprobó ella—. Pues usted dirá cómo quiere ese gin-tonic, entonces…

—Con tónica —respondí sin pensarlo.

La muchacha se me quedó mirando.

—Veo que es usted todo un innovador, señor Odeón. ¿Y con la tónica le gustaría alguna ginebra en especial? Aquí tenemos algunas de las mejores del mundo…

—Vaya, pues nos sabría qué decirte, Linda. ¿Tú cual me recomendarías?

—Gordos.

Silencio.

—Quieres decir Gordon's…

—No —respondió—. Quiero decir Gordos.

—Ah. ¿Y…? —pregunté haciendo un ademán con las manos para invitarla a seguir.

—¿Y…?

—Que si tenéis alguna más…

—Lirios.

Nuevo silencio. Esta vez no me atreví a corregir nada.

—Pero no me queda —apuntó al momento—. Siempre se me

acaba muy rápido.

—Caramba, ¿tan buena es?

—Sí. Eso, y que además es la que utilizo para limpiar la barra.

—Vaya, pues sí que tenéis variedad, sí… Pues nada, la Gordos estará muy bien.

—¡Excelente elección!

Se fue Linda, y por fin pudimos volver a sentarnos Prudencio y yo, todavía bajo la atenta mirada de Panerola, inmóvil y en silencio.

—Vaya, vaya, vaya… —repitió satisfecho Atila—. Hay que ver las sorpresas que te puede dar la vida cuando menos lo esperas. ¿Verdad, Jordi?

—Si me pinchan no sangro.

—Y dígame, señor Odeón —me interpeló el gordo, haciendo sonar las manos al posarlas sobre sus piernas—, ¿a qué debemos el placer de su visita?

Incómodo ya con tanta algarabía de cartón-piedra, observé a uno y otro lado para asegurarme de que nadie nos prestaba atención y me eché hacia adelante, los brazos sobre la mesa.

—Oiga —dije apuntando a Atila con el índice—, ¿qué le parece si vamos dejándonos ya de tanta tontería, y me cuenta de una vez qué demonios es lo que está ocurriendo aquí?

Lejos de verse intimidado, ni por mi demanda ni mucho menos por mi dedo, Atila frunció el ceño y puso todavía más cara de bobo que la que acostumbraba a lucir habitualmente.

—Disculpe —respondió con la expresión mencionada—, pero creo que no acabo de ver a qué se refiere usted. Aquí lo único que hay es un paisano que se alegra de encontrarse con otro paisano —aseguró señalando para nosotros dos—, ambos lejos de sus casas…

Otra interpretación tan mala como esta, y el sindicato de actores habría expulsado al señor Prudencio de su sociedad con una buena patada en el culo. Tomé aire hondo.

—A ver, Atila, será mejor que se deje usted de estupideces. No sé cómo será la historia de ser usted el relaciones públicas de este antro, y todo eso. Pero a mí lo que me preocupa no es qué pinta usted aquí, sino más bien qué pinto yo.

—Pero, entonces…, ¿acaso no viene de visita?

—Sí, claro, por supuesto —respondí con exagerada sorna—. Mire, los dos sabemos que si yo estoy ahora aquí es por su culpa.

Suya de usted, y de toda esta panda de dingos de las praderas de la que se hace acompañar.

—Por favor, don Dante, cálmese, baje la voz… Tampoco se trata de armar aquí un escándalo. Mi hija está en prácticas, ¿sabe?

—¿En prácticas, dice? Vaya, ahora va a resultar que Linda es la becaria del tugurio…

—Bueno, más o menos… —respondió sin dejar de hacerme indicaciones con las manos para que bajara la voz—. Así que, como comprenderá, tampoco es cosa de estar aquí llamando la atención. ¡Tranquilícese, por favor!

Confieso que la reacción de Atila, tan sumisa, me cogió por sorpresa. El primate aquel tenía cuerpo más que suficiente para saltar por encima de la mesa y hacerme tragar la barra entera (con ambas señoras meretrices incluidas). Sin embargo, prefería velar por los intereses de su hija. Aquella era una oportunidad que no podía dejar escapar.

—¿Que me tranquilice? —repetí entornando los ojos—. ¡¿Está usted diciéndome que me tranquilice?! ¡Cómo carajo pretendéis que me tranquilice cuando sé que estáis poniendo en marcha uno de los planes de los que yo os había hablado, banda de anormales!

—Por favor, señor Odeón —intervino Panerola—, lo que le estamos diciendo es que no hay necesidad de que perdamos la calma…

—¡Escucha, mequetrefe! —le interrumpí fulminándolo con la mirada—: ¡Yo tengo calma más que suficiente para perderla en las cantidades que me dé la gana! ¡Que sepas que podría encender cigarros con billetes de calma si tal cosa fuera posible! Así que ya sabéis: o vamos dejando las payasadas de lado y me explicáis qué carajo está pasando aquí, o ahora mismo nos vamos todos de la mano a hablar con nuestros amigos de la ley y el orden. ¡¿Estamos?!

Nadie se atrevió a decir nada. Viendo que por una vez el fuerte era yo, decidí darle el golpe de gracia a mi intervención.

—Y deja que te exponga un argumento —dije volviendo a apuntar a Atila con el dedo—: ¡ya puedes ir apagando ese puro tuyo de una vez, que entre el aroma a Greta Garbo de barrio que gastáis en este antro y la peste del tabaco, aquí no hay quien respire! ¡Y decidme de una maldita vez qué demonios está pasando aquí!

Intimidados por lo inesperado de mi reacción, Prudencio y

Panerola cruzaron varias miradas nerviosas entre ellos.

—Señor Odéon, va a tener que disculparnos usted, pero creo que no acabamos de comprender…

No permití que Atila siguiera con sus excusas.

—¿Que no comprendéis? —pregunté arqueando las cejas—. ¿Me estás diciendo que no comprendéis? Escuchad, amigos, todos sabemos que aquí se está cociendo algo gordo, y que la barriga del amigo Prudencio, aquí presente, no es. O, a ver, por ejemplo, ¿cómo explicáis, sino, esos paseos vuestros por toda la ciudad?

—¿Paseos…? —repitió Atila con su natural clarividencia.

—¡Sí, paseos, sí! El Camp Nou, Cornellà, la Sagrada Familia, el Museo Picasso… Por los clavos de Cristo —exploté—, ¡pero si hasta os han visto en el puñetero Tibidabo! ¡¿Se puede saber qué carajo estáis haciendo?!

Jordi Panerola y Atila Prudencio cruzaron una nueva mirada.

—Turismo —respondió tranquilamente Panerola, como si de la cosa más normal se tratase.

Los tres permanecimos en silencio. Ellos observándome con aire de no comprender nada, y yo, con los ojos como platos, alternando las miradas entre el gordo Prudencio y Jordi Panerola.

—¿Turismo? —repetí arrugando la frente—. ¿De verdad pretendéis que me crea que os habéis dedicado a visitar hasta el último rincón de Barcelona… ¡solo para hacer turismo!?

—Pues sí —respondió Panerola encogiéndose de hombros.

—¿Y qué es lo que esperaba usted que hiciéramos? —preguntó Atila—. Si algo nos sobra a todos aquí es tiempo libre. Y todo el mundo sabe que esta ciudad tiene un sinfín de sitios que ofrecer al visitante…

—Claro —siguió el catalán—. Y como yo soy de aquí, pues pensé que igual les apetecía hacer un poco de turismo… Ya sabe, para matar el tiempo.

No me lo podía creer. ¿Qué clase de atrasados mentales con pretensiones delictivas podían considerar por buena la idea de dejarse ver haciendo turismo?

Lo pensé por un instante.

Maldita sea, ¡pues claro! Si alguien encajaba en ese perfil, no eran otros sino los mismos retrasados mentales de la Banda Peligro… De todos modos, y por mucho que la historia esa del

turismo fuera cierta, seguía habiendo otras cuestiones que tampoco cuadraban.

—Pues muy bien, aceptaré que sois tan imbéciles como para pasaros el día de paseo arriba y abajo. Pero, si no queréis decirme nada más acerca de vuestras visitas, ¿qué tal si me explicáis qué ocurre entonces con las postales?

Una nueva mirada, está más nerviosa, se cruzó entre aquellos dos. De sobra me di cuenta: esta vez sí, allí ocurría algo…

—¿A qué postales se refiere usted, señor Odeón?

—¿Cómo que a qué postales me refiero? —protesté—. ¡Pues a las que Miqui ha ido enviándole a su madre, por supuesto!

—Ah, esas postales… —repitió Atila.

—Sí, *esas postales*. Las mismas en las que el muy memo le hablaba de la «empresa», del negocio… ¿Qué, vamos recordándolas ya?

Los dos volvieron a quedarse nuevamente en silencio, observándose entre ellos sin abrir las bocas hasta que, finalmente, Panerola hizo un ademán afirmativo, como si autorizara al gordo a hablar.

—De acuerdo, señor Odeón —respondió Atila con un hilo de voz, la mirada perdida ahora en su copa de coñac—, veo que no es usted de los que se dejan engañar… Escuche.

Canto IX: Pagando, San Pedro canta

Por fin de regreso en Gràcia, Félix «el Guapo» le había pasado un informe más que detallado a su jefe, don Stefano *Il Vecchio* Coltrinari.

—¿No hay duda, entonces?

—No, señor. De ninguna manera.

—*Santa Madonna, Santa Madonna*… —murmuró el viejo—. Así que era verdad. Si no lo veo no lo creo, maldito bastardo… De acuerdo, que así sea. Félix, Morfino: creo que ha llegado el momento de ir a presentarle nuestros respetos.

—¿Usted cree, señor?

—Sí, por supuesto. —Don Stefano dejó correr una sonrisa afilada —. ¿Sabéis una cosa, muchachos? A lo mejor incluso os dejo que le deis un buen abrazo. A poder ser empezando por las piernas…

Saliendo por la puerta de Las Cuatro Gatas, Jordi Panerola apenas reparó en el vehículo detenido en el extremo opuesto de la calle, aquel viejo Maserati. El encuentro con el patafísico señor Odeón todavía resonaba en su pensamiento, parecía que las cosas iban saliendo como él mismo había planeado. Fue precisamente esa sensación de euforia contenida la que no le dejó ver a los dos gorilas que se le acercaban por detrás hasta que los tuvo encima.

—Hola, Cuc.

Jordi Panerola tuvo el tiempo justo para reconocer la voz del gordo Morfino. El tiempo justo para sentir un milimétrico acceso de pánico, la milésima de segundo anterior a recibir el golpe. Y justo después, nada. Un crepitar de estrellas explotando, un espectáculo pirotécnico dentro de su propia cabeza. Nada.

Recuperó el conocimiento en el callejón que hay detrás de Las Cuatro Gatas, estimulado su despertar por el masaje que sus antiguos compañeros Félix «el Guapo» y Morfino Helmutt practicaban a cuatro piernas sobre él, alternando el juego percutivo entre su tren inferior y la región lumbar, con especial atención en lo que venían siendo los riñones de Jordi Panerola.

—¡Parad ya, muchachos, que me vais a matar!

—¡De eso se trata! —le aclaró con toda generosidad Félix «el Guapo», quien ahora concentraba todos sus esfuerzos en acariciar el hígado del catalán mediante una meritoria coreografía compuesta

básicamente por un amplio repertorio de patadas—. ¡Así que deja de moverte y pon un poco de tu parte, que no nos estás ayudando nada!

—¡¿Pero por qué?! —siguió gritando desde el suelo Jordi Panerola—. ¿A qué viene esto ahora? ¡Y parad de una vez, que aun me vais a romper las gafas!

—¡Ni mucho menos, desgraciado! ¡¿Es que ya no te acuerdas del bueno de Bernardo?! ¡Nos hiciste perder mucho dinero con aquello, mamonazo!

—¡Y eso por no hablar de lo mal que se lo hiciste pasar a él! —añadió el gordo Morfino sin dejar de patear las piernas de Jordi Panerola—. ¡El pobre no pudo soportar el peso de la fama, y ahora vive recluido en un asilo, sin hacer otra cosa que pajaritas de papel con fotografías viejas de las Mama Chicho! ¡Y todo por tu culpa!

—¡Oh ,venga, amigos! ¡Eso fue hace mucho tiempo!

—¡No lo bastante, malnacido! ¡Don Stefano nos ha dado orden de no parar hasta que mueras!

—¡Sí! —confirmó Morfino—. ¡O eso, o hasta que dejes de respirar!

—¡No, por favor! ¡Piedad! ¡Dejadme vivir, y yo sabré recompensaros!

—¡Que te calles de una vez, que así no hay quien se concentre!

—¡Tengo un negocio para vosotros!

—¡Es un poco tarde para eso!, ¿no te parece?

—¡Pero es que esta vez es de verdad! ¡Se trata de algo mucho mejor que lo de Bernardo! Por favor, clemencia…

—¡Que te calles!

—¡Os juro que es cierto!

—¡Deteneos!

La orden llegó desde la penumbra del callejón. Había alguien más allí, alguien que, amparado en la oscuridad de la noche, Jordi Panerola no había visto aún.

—¡Don Stefano! —exclamó el catalán al reconocer la voz—. ¡Por favor, Padrino, se lo ruego! ¡Tenga piedad de mí!

Con tranquilidad, como si allí nadie le estuviera partiendo el alma a nadie, el viejo Coltrinari dio un par de pasos al frente, dejando atrás la oscuridad protectora. Un gesto de su mano les indicó a Félix y a Morfino que dejasen en paz a su víctima.

—Querido Jordi, querido Jordi… Nunca imaginarías la sorpresa tan grande que me produce encontrarnos en la misma región climática tú y yo. Dime, muchacho, ¿qué negocio es ese del que estabas hablando?

—Uno de los buenos, Padrino. Tanto que, a su lado, aquel otro de Bernardo le parecerá una chiquillada sin importancia.

Jordi Panerola hablaba al tiempo que intentaba incorporarse en la montaña de bolsas de basura sobre la que tan amorosamente lo habían arrojado los dos matones apenas unos minutos antes.

—¿Una chiquillada? Hijo, ¿estás diciendo que el asunto del «Ruiseñor de la Barceloneta» no fue para ti más que una broma sin importancia, algo así como un juego de niños?

Entendiendo la orden encubierta en el comentario de su capo, Félix «el Guapo» dejó caer un nuevo tortazo sobre Jordi Panerola gracias al cual, con más bien poca gracia, volvió a aterrizar sobre el montón de basura.

—¡No, señor! Ni muchísimo menos… Pero es que esto que tengo para ofrecerle es mejor, Padrino, ¡muchísimo mejor!

Entre los efectos de la paliza recibida y el terror a lo que pudiera pasar, la cara de Jordi Panerola se había convertido en tal colección de tics y espasmos nerviosos que incluso parecía estarle enviando algún tipo de mensaje en morse al trío mafioso frente a él.

—Deja que sea yo quien decida si es tan interesante como dices… Morfino, levanta a esta colilla del suelo. Félix, échale una mano.

—¿Al cuello, Padrino?

—No, por ahora no. Deja que se reponga. Demos un paseo, a ver qué es eso tan bueno que tiene que contarnos…

Recuperadas tanto la verticalidad como la dignidad perdidas, con un par de edemas de más y tres dientes de menos según el último recuento, Jordi Panerola echó a andar a la vera de don Stefano *il Vecchio*.

—Sería un crimen no aprovechar este tiempo tan bueno para salir a pasear —comentó el capo apoyándose en su bastón—. Al final ha quedado una noche hermosísima para decidir bajo las estrellas si te mato o no.

Dejando atrás las calles de la parte baja del Raval, los dos hombres salieron a las Ramblas, siempre bajo las atentas miradas de

Félix y Morfino, cuatro o cinco pasos por detrás. Ya en el paseo central de la famosísima calle barcelonesa, don Stefano torció a la derecha, en dirección al mar.

Llegados al final del paseo, todo el grupo cruzó la avenida en dirección al centro de la plaza, rotonda inmensa donde las Ramblas salen a encontrarse con el Paseo de Colón, justo allí donde se levanta la famosa columna erigida en honor al marinero genovés. Por aquellas alturas, Jordi Panerola ya estaba más que seguro de que la idea del señor Coltrinari sería la de continuar hacia el puerto. Llegar hasta los muelles para acabar allí con él, arrojarlo al mar y que fueran los peces del Maremágnum y los motores de los grandes barcos allí amarrados los que terminasen de hacer el trabajo sucio con el cuerpo del pobre catalán. Como si no fuera más que otra sardina cualquiera, Jordi Panerola, alias «el Cuc», ya se veía a sí mismo expulsado a través del chorro autopropulsado de los velocísimos cruceros de Transmediterránea que allí mismo tenían su amarre cuando, para su sorpresa, don Stefano dirigió sus pasos hacia el interior del monumento a Colón.

—¿Aún está abierto? —preguntó sorprendido Jordi Panerola—. ¿A estas horas?

—Por supuesto, hijo. Para nosotros no hay hora de cierre, ya deberías saberlo…

Jordi Panerola recordó un conocido dicho catalán.

—Claro: pagando, San Pedro canta.

—Exacto —respondió el viejo capo sin dejar de avanzar por el pasillo subterráneo del monumento—. Y pagando un poco más, incluso viene a darte clases particulares de canto. Pero lo más interesante no es eso…

El viejo Coltrinari se detuvo al final del corredor de ladrillo, ya ante la puerta del ascensor que conducía al mirador en lo alto de la columna. Pulsó el botón de llamada y, volviéndose de nuevo hacia el catalán, siguió hablando.

—Lo más interesante viene cuando descubres que si haces bien tu trabajo y consigues dejarle claro que sabes dónde viven él, su mujer, todos sus hijos e incluso su amante, entonces el santo deja que seas tú quien le cante a él, te monta un musical en Broadway, e incluso viene a hacerte la pedicura si lo consideras necesario. ¿Comprendes lo que quiero decir, hijo?

Jordi Panerola se limitó a tragar saliva por toda respuesta.

—Perfecto entonces. Pues venga —sentenció el viejo abriendo la puerta del ascensor—, andando.

Tras un breve recorrido en el ascensor columna arriba, nada más salir el apretujado grupo de la estrechísima cabina, Jordi Panerola constató con alivio que, tal como el recordaba, las ventanas abiertas bajo las faldas del almirante seguían siendo demasiado pequeñas como para poder pasar un cuerpo a través de ellas y arrojarlo al vacío.

No siendo que antes lo troceasen en pedacitos más pequeños y manejables, claro…

Pero no, por lo visto la intención de don Stefano no era esa.

—Fíjate, Jordi —señaló con el mentón—, observa a toda esa gente allá abajo.

Desde sesenta metros de altura, la ciudad parecía un manto de luz tranquila y serena. Ya era tarde, pero Barcelona es de esas ciudades que no duermen. Pese a haber dejado atrás la medianoche, el río de gente caminando Ramblas arriba, Ramblas abajo, era todavía considerable.

—Pobres diablos… No somos más que hormigas luchando por no ser devoradas por el propio mundo. Obsérvalos, Jordi, observa a toda esa gente.

Curiosamente, y en contra de las indicaciones recibidas, lo que Panerola observó fue el gesto teatral con que *il Vecchio* acompañó su perorata:

—Ahí lo tienes, un mundo de hombres y mujeres entrando y saliendo de los desastres que son sus vidas. A veces no sé quién está más loco, muchacho: si nosotros, que escogemos vivir al margen de sus leyes, o ellos mismos, obstinados en seguir adelante dentro de un sistema podrido que se muere y que, mientras agoniza, se los va llevando a todos por delante…

Tras una pausa no menos teatral, el capo le dirigió a Panerola una mirada paternalista:

—Hijo, no sé si te habrás dado cuenta ya, pero hoy vivir es un lujo. Y sobrevivir una heroicidad. Se pierden los puestos de trabajo. Se pierden los derechos sociales, la salud, la dignidad… Y sin embargo la gente sigue luchando por salir adelante, ¿sabes por qué?

Desconcertado, Jordi Panerola no conseguía ver con claridad a

dónde pretendía llegar su antiguo jefe con semejante momento de reflexión filosófica.

—¿Porque necesitan comer?

Il Vecchio, hasta entonces apoyado contra los cristales del mirador, se incorporó y se quedó mirando al catalán, como si este hubiese acabado de proferir algún tipo de insolencia.

—¿Por comer? —repitió frunciendo el ceño—. Por favor, muchacho, no seas vulgar… La gente lucha por mantenerse fiel a una serie de cuestiones, principios elementales cuyo significado es mejor no olvidar. El valor de palabras como el «respeto, honor, compromiso, lealtad». Supongo que tú mejor que nadie sabrás de lo que te estoy hablando, ¿no es así?

Pues claro que sabía de qué le estaban hablando. Al fin y al cabo, para don Stefano él no era más que un traidor. El catalán sintió cómo se le hacía un nudo en la garganta.

—Sí —respondió entre dientes el viejo—, por supuesto que lo sabes…

En aquel momento las piernas de Jordi Panerola temblaban tanto que a punto estuvieron de provocarle un esguince de cadera.

—Muy bien, muchacho —siguió don Stefano—. Veamos de qué se trata eso que tienes para mí. Pero antes deja que te advierta una cosa: más te vale que sea tan interesante como decías, porque en caso contrario los turistas que mañana vengan a verle la ropa interior al señor Colón notarán cierto aroma…

Don Stefano *il Vecchio* Coltrinari inspiró con fuerza por la nariz, como si estuviera intentando detectar algo en el ambiente.

Jordi Panerola sintió la boca completamente seca, incapaz tan siquiera de tragar saliva.

—¿Cierto aroma, Padrino? —se obligó a preguntar.

—Sí, cierto aroma…, ¿cómo te diría yo?

Don Stefano siguió buscando a su alrededor, como si no fuera capaz de encontrar las palabras exactas para describir el aroma en cuestión. De sobra sabía lo que quería decir, en realidad, así que, cuando consideró que el suspense ya había sido suficiente, el viejo dejó de mirar a su alrededor y fue a clavar sus ojos, no por ancianos menos fieros, en los de Jordi Panerola, alias «el Cuc».

—Cierto aroma a sangre, gasolina, y carne quemada. ¿Comprendes lo que quiero decir?

Canto X: Cinco almas renacentistas en contacto con la naturaleza

—¿Se encuentra usted bien, señor Odeón? —preguntó Linda a través del espejo retrovisor mientras, sentado en el asiento trasero, yo intentaba acomodarme entre los músculos de Miqui y la barriga de Atila—. No parece que tenga usted buena cara…

—Oh, pierde cuidado, preciosa, no te dejes engañar por la palidez de mi piel. Es mi tono de equilibrio entre el rojo-sofoco y el verde-muerte. Tal vez si abriéramos un poco más las ventanas y ajustásemos un poco la calefacción… No sé, creo que bastaría con bajarla unos cincuenta o sesenta grados.

—De eso nada —advirtió Atila sin dejar de mirar cómodamente por su ventanilla—. Ya le he dicho un millón de veces que esta época del año es de las más traicioneras para pillar un resfriado.

—Bueno, mire, no le digo que no —admití—, pero no sé si sabrá usted que hay todo un abanico de posibilidades por debajo de la posición «máximo». Incluso he oído que «calor infernal» es también una opción bastante llevadera…

—He dicho que no, y es no —sentenció el gordo—. ¿Por qué no se calla de una vez y se dedica a gozar del paisaje?

—¿Del paisaje? ¿Y qué demonios quiere que haga con él? ¡Si aquí no hay más que piedras y más piedras! Y la verdad, refrescar no parece que refresquen mucho…

Los ojos de Linda volvieron a encontrarse con los míos en el retrovisor.

—¿Acaso no le gusta el campo, señor Odeón?

—¿Que si no me gusta el campo? Por favor, chiquilla, deja que te exponga un argumento: me encanta el campo, me encanta. El campo, y toda la naturaleza. De hecho, lo que más me gusta de ella es que cuanto más la visito más me recuerda lo muchísimo que me gusta la ciudad. Que si me gusta el campo, por favor… —refunfuñé con la mirada perdida en el verde a nuestro alrededor.

El problema no está en si a mí me gusta o no me gusta el campo, sino más bien en la constelación de cierta serie de circunstancias incómodas, aparentemente nimias por separado pero que, súbitamente encontradas todas ellas, forman un argumento difícil de soportar por mi parte, a saber:

1. Efectivamente, no se puede decir que yo sea mucho de ir al campo, mucho menos a una montaña tan alta.
2. Considero que Miqui Chismes, Linda Love, Atila Prudencio, Jordi Panerola, y Dante Odeón son muchos más nombres y apellidos de los que caben dentro de un Seat Panda, viejo, destartalado, y no precisamente generoso en lo que a comodidad se refiere.
3. Una sola curva más, y mi pobre estómago, tenazmente maltratado desde mucho antes de que los años setenta dejaran de ser algo interesante, comenzaría a decir «¡Basta!»

Así pues, y a la luz de semejantes argumentos, doy por sentado que lo siguiente que harán ustedes es preguntarse qué rayos pinto yo ahora aquí, ¿me equivoco? Permitan que les cuente un par de cosas…

Según finalmente habían acabado confesando la noche anterior Atila Prudencio y su compadre, el silencioso Jordi Panerola, en efecto la Banda Peligro sí tenía un plan. Reconozco que su confirmación supuso en mí un incómodo momento de nerviosismo inicial (momento que algún espectador despistado podría confundir con un «acceso de pánico», sobre todo ante mi velocísimo *sprint* en dirección a la puerta del local). Pero una vez superado el mal trago, la pareja de gangsters de corcho-pan supo tranquilizarme, aclarándome que su objetivo no era futbolista alguno.

No, ya podían dormir Messi, Cruyff y hasta el mismísimo Naranjito tranquilos, que por lo visto la cosa no iba con ellos. Atila Prudencio me aseguró lamentar muy profundamente el hecho de haberme inducido a tamaña confusión, si bien reconoció que la conversación mantenida conmigo al calor de las hamburguesas de L'Squina había sido para ellos no poco inspiradora… Sí, era cierto que en su momento pensaron en futbolistas, claro. Pero tampoco era menos verdad que acercarse a ellos resultaba poco menos que imposible: tal como aquellos dos me explicaron, los guardaespaldas del Papa debían de ser los descartados por los jugadores del Barça… No, aquello era demasiado complicado.

Y, además, ¿por qué perder el tiempo con piezas volubles, caprichosas, cuando podían concentrar todos sus esfuerzos en otro tipo de elementos? Valores seguros, valiosos desde tanto tiempo atrás que en realidad a nadie se le pasaría por la cabeza que algún

día pudieran desaparecer… En palabras de Atila Prudencio, el trabajo era tan sencillo que incluso un niño alelado y su chimpancé amaestrado podrían hacerlo sin más ayuda que unos alicates y tal vez un poco de chicle.

—Pues muy bien, señor Prudencio —respondí recuperando tanto el trato de cortesía como las buenas maneras por las que se me conoce—pero, como ya le dije en nuestra última reunión de accionistas, yo tiendo a desconfiar mucho de cierto tipo de empresas. Más cuando en su consejo de administración aparecen un crío con retraso mental, un primate con herramientas, y demasiadas veces la palabra «delito» planeando sobre el orden del día…

—Bueno, señor Odeón —replicó Atila—, quizás me haya excedido a la hora de suavizar la descripción de las posibles dificultades, no le digo que no. Pero tiene usted que creerme si le digo que esta vez la cosa es mucho más sencilla. Mire —dijo tras una breve pausa disfrazada de «momento para la reflexión»—, tanto es así, que estoy absolutamente convencido de que si usted tuviera a bien echarle un ojo al objetivo, acabaría convencido de las enormes posibilidades de nuestro plan.

—¡¿Yo?! —respondí con el mayor de los escándalos en mi voz—. ¡Por favor, señor Prudencio! Si estoy aquí es precisamente para todo lo contrario: advertirles de que no se metan en ningún jaleo. ¡O, en su defecto, que no me metan a mí!

Fingiendo sorpresa ante mi respuesta, Atila abrió los brazos en el aire con tanta fuerza que buena parte del contenido de su copa fue a derramarse sobre Jordi Panerola, en silencio a su lado.

—¿Pero de qué jaleo me está hablando, señor Odeón? ¡Aquí no hay jaleo ninguno! —exclamó con gesto divertido—. Mire, deje que le explique una cosa: aquí todos estamos al tanto de su valía como organizador de grandes eventos. ¿Verdad, Jordi?

El catalán no respondió. Bastante tenía con ir secándose las múltiples salpicaduras que la reciente borrasca de *brandy* había dejado sobre su camisa.

—Por eso, si nuestro plan tiene alguna laguna, una mente entrenada como la suya será la primera en detectarla, ¿no le parece?

Yo tampoco respondí.

—Escuche —siguió Atila, ahora con aires de zorro—, deje que le

proponga algo… Venga usted con nosotros. Acompáñenos en un inocente reconocimiento sobre el terreno, y juzgue usted mismo. Sin compromiso de ningún tipo. Qué, ¿qué me dice?

Los dos nos quedamos en silencio durante un tiempo, observándonos, escrutándonos. No siendo, querido público, que haya algún juez entre los presentes, reconozco que algo sí picó mi curiosidad… ¿Qué demonios se traía entre manos esta cofradía de tarados?

—Una excursión a la montaña, nada más, y luego usted decide, señor Odeón…

Sí, Atila supo picar mi curiosidad. Qué quieren que les diga, un buen agente tiene que estar siempre atento, abierto a cualquier posibilidad, y más en estos tiempos que corren…

—Una visita rápida a lo que quiera que estén planeando, y después me marcho de vuelta para mi casa. ¿Estamos?

—¡Por supuesto que sí! —confirmó con gran satisfacción—. ¡Una visita rápida y yo mismo lo llevaré a la estación de tren, le acompañaré hasta su asiento y hasta le echaré, si le parece, una manta por encima, no vaya a ser que le coja el frío a la altura de Logroño!

Canto XI: Loor de santidad

Así pues, no se imaginan ustedes la alegría tan grande que me supuso llegar a nuestro destino, aunque solo fuese por poner un pie fuera de aquella lata de sardinas que mis acompañantes se empeñaban en llamar coche, estuviéramos donde quiera que aquella colección de anormales metidos a touroperadores me hubiesen llevado. Eché un vistazo a mi alrededor.

—¿Pero qué demonios…?

Estoy seguro de que, pese a lo desastrosa que es la capacidad de mi gato a la hora de orientarse, hasta Virgilio habría caído en la cuenta mucho antes que yo de cuál era nuestro destino. Para serles sincero, supongo que incluso un alienígena que nunca antes hubiera venido de excursión al Sistema Solar habría caído igualmente en la cuenta, tanto subir y bajar piedras empinadas para arriba y para abajo. Bueno, quizás también yo lo habría reconocido de no haber tenido que dedicar medio viaje al esfuerzo de no sucumbir a los encantos de la lipotimia por *shock* térmico…

—Oíd, muchachos, ¿queréis decirme qué rayos pintamos aquí? Esto es…

—Un marco incomparable —me interrumpió Atila—. Tenga usted un poco más de paciencia, y enseguida el conocimiento le será revelado…

Bueno, qué les puedo decir, una vez allí tampoco tenía mucho sentido quedarse en el coche, así que…

Tras dejar los vastos espacios reservados para aparcar los vehículos, y después de pasar frente a una especie de restaurante con un mirador encima, continuamos caminando por la acera al lado de la carretera, avanzando por una pasarela construida para salvar un altísimo desnivel entre dos faldas de la montaña. Mi terrible vértigo crónico me recomendó que mejor mirase hacia otro lado, si no quería caerme desmayado allí mismo, en medio de tanta gente. Me llamó la atención el hecho de encontrarnos de repente con aquellas construcciones. Nunca antes había estado allí. Por supuesto sabía de su existencia (bueno, más o menos…), pero en ningún momento había llegado a imaginar semejante magnitud, y tengo que admitir que jamás se me hubiera pasado por la cabeza la posibilidad de que allá arriba, camuflada entre las piedras altas de

una montaña tan agreste, se pudiera ocultar semejante concentración de edificaciones.

Vista desde fuera, ligeramente envuelta en la bruma de la mañana fría, la basílica imponía respeto, con sus altísimos muros y sus dimensiones más que considerables. Pero este no era el único edificio levantado en el núcleo. No, ni mucho menos. Una vez abandonada la pasarela, continuamos avanzando por las calles hacia el centro de la villa, adelantando cada vez con mayor dificultar a la riada de gente que, como nosotros, también se dirigía a la plaza principal, justo delante de la entrada a la iglesia. Y ese fue el segundo aspecto que me llamó la atención: a pesar del frío que en aquella época del año reinaba en aquellas alturas, la cantidad de visitantes era asombrosa…

Dejándonos llevar por aquella marea humana, también nosotros avanzamos por una especie de claustro hacia la fachada principal del templo, si bien una vez frente a él (y, todo sea dicho, para mi tranquilidad…) no pasamos a su interior.

Nos detuvimos en la parte derecha del claustro, al final de una larguísima cola que se perdía más allá de una puerta situada en uno de los laterales del edificio, presumiblemente en dirección al museo del monasterio. Quizá esto último fuera demasiado suponer por mi parte, pero los informes recibidos un par de días antes de la mano del eficiente Andresito seguían rebotando contra las paredes de mi memoria. A tenor de la manía que por lo visto les había entrado a estos últimamente, y teniendo en cuenta lo que Atila me había sugerido la noche anterior, con toda seguridad era ese el motivo de nuestra presencia en esta santa casa. Tan solo faltaba concretar cuál era su «oscuro objeto de deseo» particular. Quién sabe, a lo mejor andábamos detrás del brazo incorrupto de algún santón catalán…

Me bastaron los primeros cinco minutos para comprender que la cosa iba para largo, a juzgar por lo poco que la cola avanzó en ese tiempo… Dejen que les introduzca un argumento: nos movíamos con tanta lentitud, que estoy seguro de que a más de uno allí presente llegó a pasársele la vez para operarse de tres o cuatro cosas en la Seguridad Social.

Tras una hora de espera y todavía muy poco avance, créanme si les digo que, en comparación con lo que llevábamos allí metidos, la eternidad empezaba a parecerme una opción bastante más

apetecible. Con todo, y para mi asombro, a Miqui y a Linda, un par de metros por detrás de nosotros, la espera parecía no importarles demasiado… Lo más que tardase la fila en llegar donde quiera que llevase, lo más que ellos tenían para permanecer uno al lado de la otra, pródigos en su amplio catálogo de mimos, carantoñas y cariñitos furtivos. Aunque en un principio tuve la sensación de que querían guardar las apariencias, tal vez incluso cuidarse de las miradas de los demás, con tanto tiempo y tan poco espacio pude tomar nota de dos o tres besos robados. Sí, definitivamente aquella relación parecía ir adelante. Todo lo contrario que nuestra maldita procesión de caracoles, avanzando lentamente ahora por el interior del edificio, pasando de una sala a otra y siempre en paralelo a la nave principal de la basílica, visible al otro lado de un alto enrejado de forja.

Pero (y aquí viene la tercera cosa que me llamó la atención), pese a recorrer Dios sabe cuántas salas repletas de cuadros, imágenes, y otros objetos religiosos de no poco valor, en ningún momento se apartó nadie de la cola. Y ojo, que no estoy diciendo que ninguno de los integrantes de la Banda Peligro se detuviera o se alejase de la cola para contemplar alguna de aquellas piezas en particular… No, a lo que me refiero es a que nadie lo hizo. Obviamente, todo aquel ornato no estaba allí para ninguna otra cosa que no fuese entretener nuestro camino que, por supuesto, avanzaba hacia una meta distinta, muy probablemente conocida por todos los peregrinos excepto uno.

—Maldita sea, caballeros, como esta cola empiece a moverse un poco más despacio, en vez de avanzar lo que haremos será retroceder. ¡Pero en el tiempo! ¿Quiere alguien, por lo menos, darme alguna pista sobre a dónde puñetas nos dirigimos?

Pero no, nadie tuvo a bien darme ni la hora. Todo lo que hicimos fue seguir avanzando en silencio, acompañados de vez en cuando por los comentarios murmurados por alguno de los caminantes, y la musiquilla constante de un coro a lo lejos. «Rosa de abril, Morena de la sierra…».

Continuamos atravesando una sala tras otra hasta llegar a un pórtico impresionante desde el cual ascendían unas suntuosísimas escaleras. Todo el conjunto estaba construido en un mismo material, no sabría decir si mármol o alabastro. Lo único que les

puedo asegurar es que, desde luego, el contratista que levantó semejante obra no fue el mismo que trabajó en mi apartamento… Ascendimos por ellas para girar a la izquierda tras haber dejado atrás una última sala que bien le habría podido servir de ropero al Aga Khan. Peligrosamente a la izquierda, por cierto, ya que, teniendo en cuenta las últimas referencias tomadas a lo largo del corredor, o mucho me equivocaba, o a punto estábamos de darnos de narices con el altar mayor de la basílica…

Después de pasar unas discretísimas puertas de doble hoja forradas de plata repujada, el acceso se volvía mucho más angosto, de tal modo que de ahí en adelante ya tan solo podíamos continuar avanzando o bien en fila india, o bien de dos en dos que se quisieran mucho. Muy a mi pesar, el paso se hizo todavía más lento, guiado desde el fondo del estrecho pasillo por un intenso fulgor en su salida, en fuerte contraste con la penumbra en que nos encontrábamos a nuestra altura. ¿Qué demonios era aquella luz? Otra muy diferente, esa que lleva la palabra «alarma» rotulada sobre ella, empezó a encenderse en lo más profundo de mi pensamiento…

—Oiga, Atila, esa luz ahí delante…

—Pero hombre —me interrumpió el gorila un paso por delante de mí—, ¿quiere callarse de una vez? ¡Aun va a estropear este momento de comunión mística!

Seguimos avanzando hasta que por fin, ya en el espacio iluminado, subimos unos últimos escalones muy empinados. Para mi sorpresa, estábamos efectivamente en pleno altar mayor, a no poca altura, y ahora se extendía ante mí, allá abajo, toda la nave central de la basílica.

—Bonito, ¿verdad? —preguntó Atila.

—Pues sí, mucho.

—Sí, claro que sí. Pero lo más interesante no está en esa dirección… —me indicó.

La admonición ofrecida por el gordo me advertía de que, por lo visto, yo no estaba mirando en la dirección correcta. Parece ser que había más paisaje a mis espaldas. Siguiendo el camino apuntado por su índice giré sobre mí mismo. Y, si quieren que les diga la verdad, ojalá nunca tal cosa hubiera hecho…

—¡La madre que me parió!

—Bueno —asintió Atila—, es una manera de verlo, señor Odeón. Es una manera de verlo…

Allí estábamos los dos, «cachete con cachete, pechito con pechito». A un lado del cristal protector, yo.

Al otro, la madre del cordero.

Canto XII: Si habla como un idiota, y actúa como un idiota…

—¡Basta, por favor! ¡Basta ya!

Exploté en el bar, ya de vuelta en Barcelona. Atila se quedó observándome, desconcertado ante mi súbita recuperación del habla.

—Basta, señor Prudencio —insistí—, no es necesario que me explique usted ni un detalle más.

—Pero cómo, ¿no quiere que le cuente…?

—No —le interrumpí—, no, es suficiente. Si a estas alturas puedo decir que hay algo sobre lo que no tengo ninguna duda posible es precisamente sobre la validez de su plan.

—Vaya, ¿usted cree?

—¿Que si lo que creo? Oiga, déjeme decirle algo: tal como yo lo veo, su plan y la Biblia vienen siendo la misma cosa.

—¡La Biblia! —repitió Atila mezclando en su mirada asombro y orgullo—. Caramba, señor Odeón, me abruma usted…

—No —volví a interrumpirlo—, ni mucho menos…

»Su plan es tan extenso como absurdo; en efecto, está lleno de lagunas inexplicables; las increíbles capacidades de sus personajes principales son más bien…, pues eso, poco creíbles; y, por si esto no fuera bastante, su narración es susceptible de ser interpretada de muy diferentes maneras, si bien todas ellas con una única conclusión posible: un final apocalíptico. Ya le digo, Atila —concluí—, bíblico.

El orgullo en los ojos del gordo Prudencio devino en una expresión a caballo entre la cólera y el desprecio. Pero, si quieren que les diga la verdad, tampoco me importó demasiado. Bastante tenía yo a aquellas alturas…

Un par de horas antes, atónito desde nuestro glorioso ascenso al altar mayor de la basílica de Montserrat, la contemplación cara a cara de la mismísima Moreneta me había dejado sin palabras. Porque efectivamente no se trataba de acercarse a ningún futbolista. Que siguieran metiendo goles tranquilamente todos los astros del balón, descansando cómodamente sobre sus paredes todos los cuadros del Museo Picasso, o incluso rodando la noria del Tibidabo como si no hubiera ni un Dios ni un mañana, que los tiros de la

Banda Peligro no apuntaban en sus direcciones.

Una vez desvelado el misterio, el «oscuro objeto de deseo» de aquella especie de asamblea itinerante para el desarrollo del cretinismo constituida por la Banda Peligro resultó no ser otra cosa sino la virgen de Montserrat. La Moreneta, la patrona de Cataluña, ¡la virgen negra! ¿He dicho *oscuro objeto de deseo*? Vaya, y ¡tan oscuro!

Desbordado por la capacidad de semejante cónclave de anormales a la hora de establecer metas, yo había decidido no volver a abrir la boca ni para decir «id todos a tomar por el…» hasta no estar de vuelta en Barcelona. Lo malo fue que el señor Prudencio, observador sagaz, confundió mi silencio con unas ansias terribles por mi parte de conocer los pormenores de su plan, por lo que, una vez abandonado el templo, comenzó con su detallada explicación.

Seguía con ella cuando bajamos de la montaña bajo un cielo gris plomizo.

Seguía con ella cuando regresamos a la ciudad, ya con las primeras gotas encima.

Seguía con ella cuando volvimos a entrar en Las Cuatro Gatas escapando de un chaparrón helado.

Y habría seguido con ella aun cuando en el mundo se hubiesen ahogado todas las palabras bajo el diluvio universal, de no ser por aquel sutil ademán hecho por mí, la suplica a gritos para que se callara de una vez, que ya había oído bastante, que a punto estaba ya de llorar sangre por las orejas…

—Pues ya me dirá usted, señor Odeón —protestó Atila—. A ver a qué se refiere con eso de «lagunas inexplicables»…

—¿Que a qué me refiero? —no daba crédito—. ¡Por favor, señor Prudencio, resulta evidente! ¡A todo, me refiero a todo! ¿Qué ocurre, que necesita que le cite una? Pues muy bien: ¿cómo pretende usted, por ejemplo, entrar en la basílica?

—Fácil —respondió con gesto evidente—. De siempre he sido especialmente hábil con las ganzúas.

—¡¿Con las ganzúas?! ¿Para entrar en una basílica del siglo XVI?

—Oiga, mire, mejor me lo pone usted —respondió satisfecho—. Cuanto más viejas, menos complicados serán sus mecanismos, ¿no le parece?

Atónito, me quedé mirándolo. De verdad que no daba crédito a lo que escuchaba.

—¿Menos complicados…? ¡Tiene que estar usted tomándome el pelo!

—No.

—Vaya, ¿y qué me dice entonces de la enorme mampara de seguridad que protege a la virgen? ¿Qué piensa hacer para librarse de ella? Porque de cristal de Bohemia ya le adelanto que no es…

—¿El cristal? Por favor, Dante, pero sí ya se lo he explicado miles de veces: ¡lo destrozaremos con un martillo neumático!

Se me abrió tanto la boca que bien podría haber atracado un trasatlántico en ella.

—¿Un martillo neumático, en serio?

—Ahá.

—¡¿En la basílica?! ¿Pero qué pretende usted, pedazo de idiota? ¿Robar una virgen, o despertar a todos los vecinos?

—Bueno —rechazó Atila con desprecio—, tampoco creo que sean tantos los vecinos allá arriba…

—No, claro, por supuesto que no… ¡Con ese ruido nada más despertaremos a los tres o cuatro que estén durmiendo entre los Pirineos y el delta del Ebro!

Nada, aquello era como golpear en hierro frío. Intenté desarmar por otra vía diferente lo absurdo de todo el disparate ideado por Atila.

—Oiga, deje que le diga una cosa, ¿me lo permite, me hará ese favor? Verá… Aunque su plan fuese una maravilla, una obra maestra de los robos de guante blanco, ¿sería usted tan amable de explicarme otra cosa?

—Por supuesto. Para eso estamos, amigo Dante —respondió el gordo con una sonrisa de superioridad.

—¿Qué rayos piensa hacer después con ella? Quiero decir, doy por sentado que ya sabrá que tan pronto como el sol salga al día siguiente, absolutamente todo el mundo desde Chapela hasta Cincinnati estará al tanto del robo. Por los clavos de Cristo, señores y pedazos de carne, ¡que están ustedes hablando de tomar prestada a la patrona de un país entero! ¿Qué demonios piensan hacer con ella? ¿Ponerla en eBay? ¿Venderla en el Cash Converters?

La imagen del grupo entrando en la casa de empeños se abrió

paso en mi cabeza. «¿Y qué me traen ustedes, amigos?». «Pues ya lo ve usted, la típica imagen románica del siglo XII…». Por favor, Winnie the Pooh me pareció bastante menos inocente que el grupo de memos que ahora dedicaba la práctica totalidad de su actividad neuronal a alternar sus miradas entre Atila y yo.

—Bueno, tampoco se crea usted que no le hemos dado un par de vueltas a eso… Pero, si quiere que le diga lo que pienso, igual nos favorece el ruido y todo.

—¿Perdón?

—El ruido mediático, quiero decir. Sí, hombre, ya estoy imaginándome al President apareciendo en todos los informativos al día siguiente: «¡Esto es un atentado de las fuerzas españolistas contra nuestra identidad nacional!». —Para mi gran asombro, Atila acaba de imitar con increíble pericia al mismísimo Artur Mas. Su voz, sus ademanes…—. «Pretenen sabotejar el nostre viatge cap a Ítaca!».

Aún tenía la boca abierta cuando el *show* continuó por el otro extremo de la mesa.

—Bueno, bueno —respondió Panerola imitando la voz de Alicia Sánchez Camacho, para mi mayor sorpresa también con enorme soltura—, «no olvidemos que la Moreneta es tan catalana como española… ¿O qué se piensan ustedes que es Cataluña? ¡¿Afganistán?! ¡Eso no sucederá jamás!».

—¡Sí, sí! —animado por las carcajadas de sus compañeros, ahora era Miqui el que también se unía a la fiesta—. Y Rajoy animándola, «¡Di que shi, Alicia, no esh mash que una maniobra de los separatishtash para terminar de romper la unidad de Eshpaña! Y es very difficult todo eshto…».

—¡Claro! —Linda Love venía a demostrar que la naturaleza no solo la había dotado con las virtudes necesarias para llenar una talla 95 de sujetador—. A ver cuánto tarda en salir la Cospedal: «Estamos trabajando para lograr una recuperación de la virgen… ¡en diferido!».

Y todos volvieron a explotar en una nueva carcajada, todavía más sonora que las anteriores. Maldita sea, de repente aquello se había convertido en el puñetero «festival del humor de Las Cuatro Gatas». Y miren, qué quieren que les diga, igual como maleantes su mayor mérito no sería más que lograr que los detuvieran antes

incluso de llegar tan siquiera a delinquir, pero vaya, no les digo que como imitadores no tuvieran futuro…

—¡Ladrones!

—¡Botiflera!

A cada nueva ocurrencia eran más y más las carcajadas estridentes, los golpes sobre la mesa. ¿Qué demonios le ocurría a aquella gente? Para cuando quise darme cuenta ya ni siquiera eran ellos mismos, sino sus nuevas personalidades discutiendo entre ellas:

—Els catalans tenim dret a decidir en referèndum la nostra independència religiosa! —gritaba el Atila President.

—¡De esho nada! —le respondía a voces Miqui Rajoy—. ¡Losh catalanesh habéish eshtado rezando por encima de vuestrash posibilidadesh!

—Señores…

Nada.

—Di que sí, Mariano, ¡que lo que estos pretenden es convertir este hermoso país en un régimen talibán!

—¡Señores! —insistí.

—*Recuperarem la nostra Verge des de la il·lusió i el compromís!*

Nada de nada. El debate sobre el Estado de la Nación de Las Cuatro Gatas estaba en plena efervescencia, y yo no conseguía que me hicieran ni caso.

—¡SEÑORES DIPUTADOS! —grité al fin, acompañando mi voz de un sonoro golpe sobre la mesa a la que estábamos sentados.

Extrañados por lo súbito de mi llamada de atención, todos se quedaron viendo para mí.

—Escuchen, amigos, escuchen —indiqué intentando recuperar la compostura—. Veo que se divierten ustedes mucho con todo esto. Y comprendo que no es para menos —les ofrecí—, tanto que yo mismo estoy considerando la posibilidad de representarlos como grupo cómico a cambio de un irrisorio cincuenta por ciento.

»Pero si de verdad creen que los rifirrafes entre políticos van a salvarles de tener al día siguiente hasta al mismísimo Elliot Ness pisándoles los talones, entonces es que esta situación es todavía mucho más absurda de lo que en un principio había llegado a imaginarme. Y créanme si les digo que yo tengo una imaginación muy grande…

—¿Como cuánto de grande? —quiso saber de repente Miqui.

—Como el Titánic. En todos los aspectos.

—¿El Titánic? —volvió a preguntar—. Ese era el barco que se hundía al final de la película, ¿no?

Volví a quedarme en silencio, observando al chaval.

—No —respondí con gesto seguro—. En la versión nueva es Kate Winslet la que se hunde, y el barco acaba casándose con Leonardo Dicaprio. Por favor, amigos, creo que lo mejor será que dejemos este despropósito para cuando tengamos el plan un poco más madurado… O vaya, si ven que les parece demasiado tiempo tal vez podamos manejar plazos más cortos: ¿qué tal de aquí a la siguiente glaciación?

Los cuatro bandidos de saldo volvieron a mirarme. Por las expresiones de desconfianza dibujadas en sus rostros, en un principio calibré la posibilidad de que, molestos por mi falta de entusiasmo, estuvieran considerando la opción de arrojarme al mar desde allí mismo. Luego comprendí que lo más probable era que estuvieran intentando descifrar el significado de la palabra «glaciación».

—Venga, muchachos —insistí con ademán fingidamente amable—, ¡que todavía estamos a tiempo! ¿Qué les parece si cada uno de nosotros se vuelve para su hogar, esté en la planta psiquiátrica del hospital que sea, y aquí no ha pasado nada, eh?

Hubo un nuevo silencio.

—De eso nada —respondió por fin Atila—. De aquí no se mueve nadie.

Dejen que les diga algo: lo que más me intranquilizó no fue el contenido de la respuesta en sí, sino más bien el tono empleado. De pronto la voz de Atila volvía a sonar firme, muy firme. Ya no había ni rastro de las carcajadas anteriores, y juraría que ahora incluso se podía percibir cierta amenaza en ella.

—Ah, ¿no?

El gordo mantenía sus ojos clavados en los míos.

—No. Tal como ya he intentado explicarle en varias ocasiones, ninguno de nosotros está aquí por gusto. Todos tenemos motivos más que poderosos para seguir adelante con el plan, así que ahora ya no podemos echarnos atrás.

—¿Motivos más que poderosos? ¡¿Pero de qué carajo me está

hablando?! ¡El único motivo que justificaría seguir adelante con una locura como esta sería el de tener unas ganas irreprimibles de probar el menú de la penitenciaría! Y créame, no es tan bueno como dicen. Ya hace un montón de años que la cárcel de A Lama no sale en *La Guía Michelin*. Creo que incluso le van a retirar la estrella y todo…

—¡Déjese de estupideces! —me atajó—, de sobra sabe a qué me refiero. Aquí todos estamos necesitados de otro tipo de argumentos. Y a poder ser en grandes cantidades, en billetes no correlativos y sin marcar.

Resoplé. La cosa se complicaba por momentos.

—Oiga, señor Prudencio, le veo a usted un poco *demasiado* obsesionado con ese tema. Y, si me permite que se lo comente, le recuerdo que las cosas más importantes de la vida son gratis. El amor, la felicidad, la cartilla del paro…

—¿Ah, sí? —Atila se burló de mi respuesta—. ¿Y quién dijo semejante estupidez, si se puede saber?

—Jesucristo.

—¿Jesucristo?

—Bueno, también puede ser que fuera Donald Trump, ahora no lo sé con seguridad. Pero vaya, lo importante es que es así, no todo en esta vida es el dinero, hombre.

—Ahá —respondió soberbio, a todas luces indiferente a mis admoniciones—. ¿Pues sabe qué le digo? Que ya puede ir usted dándoles todas esas cosas a las monjitas para que las empaqueten y se las hagan llegar al Niño Jesús, porque yo ahora lo que necesito es dinero. Montañas de dinero. Y mi hija también.

—Caramba, ¿tú también, Linda?

—Bueno, ya sabe lo que dicen —respondió la chica—, toda novia necesita dinero para organizar su boda.

—¿Tu boda? —repetí abriendo los brazos en el aire—. Pero por favor, ¿aún sigues con esa idea de casarte contra este desgraciado?

—No le llame desgraciado…

—Y dime una cosa, preciosa, ¿cómo quieres casarte con este desgraciado?

—Oiga, le estoy diciendo que no le llame desgraciado…

—Ya, ya —la ignoré, despreciando su comentario—, tú solo dime, ¿por la iglesia o por lo civil?

—¡POR COJONES! —respondió de repente la muchacha.

Lo airado de su respuesta me cogió por sorpresa.

—¡Nosotros queremos casarnos, y punto! —siguió—. ¡¿Le queda claro?!

No me atreví más que a tragar saliva.

—¡A ver si así nos toman en serio ya! ¡Y deje de llamarle desgraciado de una puta vez a mi Miqui!

Vaya, tres cosas quedaron definitivamente claras:

1. Bajo aquella apariencia inofensiva, la chica tenía carácter.
2. Sobre ciertos asuntos, mejor no tocarle las narices, y
3. Ante una posible ofensa al desgraciad… Perdón, «a su Miqui», la muchacha no dudaba en sacar las uñas. Aquello me hizo vacilar, a ver si al final iba a ser cierta la cosa aquella… Ya saben, lo del amor, y todo eso.

Intimidado, todavía me quedé un buen rato callado, intentando encajar el susto que acababa de llevarme. Vista la oportunidad, Miqui aprovechó ese tiempo para deslizar su opinión.

—Linda tiene razón, don Dante. Déjese de una vez de tanto cinismo. Por mucho que no lo quiera reconocer, el amor es mucho más que esa cosa tan pobre con la que siempre se está metiendo usted.

Vaya, por lo visto el tema del día era ir de sorpresa en sorpresa. Y reconozco que sentí curiosidad ante el comentario de Miqui Chismes. ¿Habría finalmente algo dentro de esa cabeza? (Algo que no fuera la eterna pregunta de por qué el mar no se sale, por supuesto…).

—¿Mucho más? —pregunté—. ¿Como por ejemplo?

El púgil lo pensó apenas un instante.

—El amor es una fuente de conocimiento.

Silencio. Sentí cómo la boca se me iba abriendo hasta los pies.

—Este… ¿Cómo dices?

—Lo que oye —aseveró—. Míreme a mí, sino.

—¿A ti? —pregunté arqueando las cejas tanto como me fue posible.

—Sí, a mí.

—¡Vaya! ¿Y qué conocimientos te ha aportado a ti el amor, entonces?

—Pues que aquí donde me ve —respondió lleno de orgullo—, yo jamás habría sabido que una persona puede llegar a querer tanto a otra como yo quiero a Linda.

—Oh, Miqui… —la muchacha se derretía por momentos.

—Por favor, hijo, permíteme que te aclare algo: después de veinticuatro K.O.'s consecutivos, lo único que un desgraciado como tú sabe hacer con el conocimiento es perderlo…

—¡Eh, usted! —volvió a reprenderme la muchacha— ¡¿Cómo tengo que decirle que vaya parando el carro?! ¿Quién mierda se cree que es? ¡No tolero que nadie le hable así a mi chico! ¡Miqui es un príncipe! Y yo… —añadió dedicándole una mirada devota al chaval—, yo lo veo bajando del cielo montado en un caballo de fuego rojo…

—¿Yo, un príncipe?

—¿Él, un príncipe? —repetí, incapaz de salir de mi asombro.

—Oh, Linda… ¡Te quiero tanto!

—Y yo a ti, Miqui…

La idea de imaginarme a Miqui convertido en príncipe, con caballo de fuego o sin él, contribuyó a borrar de inmediato a lo poco de bueno que en mi cabeza pudiera quedar sobre el concepto de la monarquía.

—Y yo os quiero mucho, a los dos —apunté interrumpiendo el momento lírico—. Pero por el amor de Dios, parad ya, que con tanto azúcar en el ambiente alguien acabará sufriendo un coma diabético. ¿Qué me dice de usted, señor Panerola? —pregunté buscando una perspectiva un poco menos cargada de glucosa—. ¿Cuál es su razón para meterse en todo este despropósito? ¿También está enamorado de alguien? ¿Del señor Prudencio, tal vez?

—No —respondió secamente el catalán—. Mis motivos son…

Se detuvo, y al momento me apartó la mirada. De repente Panerola pareció incómodo.

—Mis motivos son otros.

Muy incómodo.

—¿Otros? —repetí—. ¿De qué tipo?

—¡Del tipo que a usted no le interesa un carajo! —mordió.

Algo no iba bien por aquel sector de la reunión. Si bien estaba claro que había muchos más argumentos bajo el silencio de Jordi

Panerola, también lo estaba el hecho de que, desde luego, no le apetecía compartirlos conmigo.

Y a mí no me vino mal, ya que, fueran cuales fueran sus razones, decidí convertir esa certeza en una puerta por la que intentar una nueva salida de aquella caja de codicia desmesurada y azúcar en sangre en que nuestra reunión se había convertido.

—Efectivamente, tiene usted toda la razón, no me interesan. Ni los suyos, señor Panerola, ni en realidad los de todos ustedes. Y aún diría más: visto lo visto, estoy en condiciones de asegurar que no solo no quiero saber nada de sus planes sino, y por el mismo precio, ni siquiera de ustedes. Así que, si me dan sus bendiciones, yo me voy marchando, que he dejado en el horno unos rollitos de primavera y, a estas alturas, ya deben de estar convertidos en amores de verano. Amigos…

De nuevo en pie, ya avanzaba en dirección a la puerta del tugurio cuando volví a escuchar la voz de Atila a mis espaldas.

—Haga usted lo que quiera —comentó desde una falsa indiferencia—. Pero, si quiere saber mi opinión, yo no creo que tal cosa le convenga demasiado…

Me detuve.

—Ah, ¿no?

Atila dejó escapar una pequeña sonrisa condescendiente.

—Pues no, ni mucho menos. Verá… Hasta ahora se lo hemos estado pidiendo educadamente. Pero, visto que por las buenas no hay manera de que entre usted en razón, parece que no nos va a quedar más remedio que explicárselo por las malas…, *amigo*.

«Malas» es una palabra que no me gusta especialmente, sobre todo si hay alguna posibilidad de que vaya acompañando a «maneras». Estimulado ante la posibilidad de que la frase completa fuera «malas maneras aplicadas de modo contundente sobre mi pobre cuerpo» decidí volver a acercarme a la mesa. Tampoco era cosa de dejar a aquel hombre con la palabra en la boca. Aquel hombre, permitan que se lo recuerde, por otra parte grande como un armario ropero y atroz como una subida de impuestos…

—Por mucho que insista usted en eso de no querer saber nada de nosotros, a estas alturas su implicación en este asunto ya es, como poco, de negación complicada, por así decirlo… Puede usted intentarlo, no le digo que no. Pero mire cómo le fue a San Pedro,

que en el último momento quiso echarse atrás, y acabaron poniéndolo de portero del chiringuito…

El armario ropero sonrió complacido ante mi silencio, y continuó:

—No, yo no le aconsejo tal cosa, señor Odeón. Por mucho que usted se obstine en negarlo, nosotros no tendríamos que mover más que un par de hilos y su implicación en todo este asunto quedaría probada más allá de cualquier duda razonable.

—¿Un par de hilos? —pregunté sentándome nuevamente a la mesa—. Disculpe usted, señor Prudencio, pero no alcanzo a ver cómo…

—¿Ah, no? —Atila dejó escapar una nueva sonrisa llena de suficiencia—. ¿Y eso?, ¿acaso no se le ha ocurrido a usted pensar qué dirán las señoras Chismes y Cotillón cuando la policía vaya a hablar con ellas?

—La señora Chismes… —repetí.

—»Mi pobre hijito y sus amigos se habían ido a Barcelona para ir preparando el terreno antes de que llegara el señor Odeón», les dirá, «que es a quien se le ocurrió todo el plan». Y eso por no hablar de Carlos, el camarero de L'Squina.

—¿Carlos también?

—¿Y qué esperaba, sino? «Sí, sí», declarará: «recuerdo perfectamente cómo les estaba proponiendo varios planes delictivos, a cada cual más arriesgado: que si secuestrar al Cristo de la Victoria, que si a la Virgen de la Guía, que si a la Moreneta… Por un momento incluso propuso la opción de secuestrar a Gudelj. ¡Al mismísimo Gudelj, nada menos!». Conociendo el amor que Carlos siente por el Celta, seguro que no le tiembla la voz al reclamar cadena perpetua para usted…

—Bueno, tampoco creo yo que eso…

—Ah, ¿no cree usted? ¿Entonces qué me dice de Bizcochito Betty y Silvia la Chachi?

—Le digo que, con esos nombres y en otras circunstancias, tampoco me importaría demasiado conocer algo más sobre ellas… Como sus números de teléfono, por ejemplo.

—Oh, pues pierda cuidado por eso, que ellas a usted ya lo conocen.

—¿A mí?

—¡Y tanto que sí! Betty y Silvia son dos de las gatitas que trabajan aquí, en el bar. Casualmente las mismas dos que ayer le oyeron gritando con toda claridad sobre las posibilidades de su plan mientras departíamos amigablemente usted, Jordi, y yo, los tres sentados a esta misma mesa.

Identifiqué a las mujeres de las que hablaba Atila, aquellas con más pintura encima que todo el museo del Louvre, ambas sentadas a la barra la noche anterior.

—¿Cómo fue lo que dijo usted? —siguió Atila—. Mmm… Ah, sí, ya recuerdo: «¡¿Cómo carajo pretendéis que me tranquilice cuando sé que estáis poniendo en marcha uno de los planes de los que yo os había hablado, banda de anormales?!». Caramba, amigo Dante, no sé cómo lo verá usted, pero a mí me parecen las formas de todo un jefe dirigiéndose al resto de la banda. ¿Qué dices tú, Jordi? ¿A ti no te parece lo mismo?

—Lo mismo —aseveró el catalán—. Y eso por no hablar de la infinidad de cámaras que esta misma tarde le han grabado en Montserrat, reconociendo el terreno in situ, preparando el camino para el golpe de sus hombres…

—¿Mis hombres?

—Por supuesto, amigo. Así nos presentaremos cuando nos cojan allá arriba, todavía con el martillo neumático en las manos: somos la banda de Dante Odéon.

—Y a mucha honra —apostilló Atila.

Lo único más incómodo que el silencio que se produjo a continuación eran las sillas en las que estábamos sentados. De hecho, de buena gana habría cogido la mía para, siempre desde el respeto, por supuesto, partirles la crisma con ella a todos y cada uno de aquellos miserables…

Porque tal como en esos instantes estaba descubriendo, todo, absolutamente todo, había sido una pantomima, puro teatro. El sorprendente reencuentro con la señora Chismes, de pronto tan afectuosa tras meses de indiferencia; el paripé con la foto del futbolista; la alegría de Atila al verme el día anterior en el antro aquel; nuestro paseo por la montaña… Todo piezas de un único engaño, una trampa a la que ahora ya solo le faltaba el tiro de gracia. Y esta vez eran ellos quienes me lo iban a dar a mí. De buena gana les habría arreado con la mano abierta hasta que esta se

me desgastara de tanto zurrarles. Llegados a tal punto, pediría que me trasplantasen una nueva, y seguiría partiéndoles el alma con ella.

—Señor Odeón, ya se lo expliqué en Vigo: nuestra intención es darle a la sociedad donde más le duele, y por eso vamos a secuestrar a la virgen de Montserrat, para pedir después el rescate más alto que nadie puede imaginar.

Oía hablar a Atila y, al tiempo, no dejaba de hacerme una y otra vez las dos mismas preguntas: una, si todo esto lo habrían decidido sobre la marcha o si, por el contrario, el engaño no vendría ya incluso desde antes, probablemente desde el día en que la señora Chismes llamó por vez primera a mi puerta; y, dos, por qué lado sería mejor partirle la silla en la cabeza a ese desgraciado.

—Aunque, por supuesto —prosiguió el gordo, de nuevo con aquella sonrisa de suficiencia en los labios—, no lo haremos ni con ganzúas ni con martillos neumáticos, claro está…

—Ah, ¿no? ¿Y cómo piensan hacerlo, entonces?

—Usted nos lo dirá.

—¿Yo?

—Correcto. Ese será su trabajo.

—¿Mi… trabajo?

—Por supuesto. Según la madre de Miqui me estuvo contando unos días antes de aquel nuestro primer encuentro en L'Squina, por lo que ella había podido averiguar dos eran las cosas que estaban claras con respecto a usted…

Bueno, miren, por lo menos ya tenía la respuesta a una de las dos preguntas: efectivamente, el engaño había empezado mucho antes de que Gladys, Doris, o como rayos se llamara aquella mala víbora, hubiese llamado a mi puerta.

—La primera —siguió explicando Atila— es que es usted de un completo desgraciado en lo que a asuntos de dinero se refiere, un mar de deudas pendientes con mucha gente encima queriendo echarle la mano al pescuezo.

—Bueno, a ver, tampoco creo que sea para tanto… A eso que ustedes llaman deudas yo lo calificaría como «plazos de pago flexibles»…

—La segunda —continuó el gordo Prudencio, indiferente a mis explicaciones—, que, a pesar de su nefasta administración, toda la

gente consultada coincide en reconocer su valía como un verdadero genio a la hora de diseñar y montar todo tipo de tinglados. Especialmente allí donde no hay nada que rascar… Dígame una cosa, señor Odeón —Atila volvió a sonreír—, ¿de verdad es usted el representante de un malabarista manco?

—Xilofonista —aclaré—. Al malabarista le ofrecieron un contrato mejor, y ya no trabaja conmigo…

Suspiré. La cosa estaba clara, y, agobiado, no me quedó otra que asumir que, por lo pronto, parecía no haber escapatoria posible.

—Bueno, supongo que no me van a dejar ustedes más opción, ¿no es así?

—No —respondió secamente el gordo.

—Ya… Hombre, es verdad que montar el «Primer Festival de Claqué para gente en silla de ruedas» fue bastante complicado —admití—, pero… No sé qué decir, señores, esto que me proponen son palabras mayores.

—Por favor, amigo Dante, no es momento para falsas modestias. Ayúdenos a terminar de pulir nuestro plan, y todos saldremos bien parados. Necesitamos su cerebro.

—Y seguro que usted —añadió Panerola— querrá seguir necesitando sus piernas…

Amigos, permitan que les introduzca un argumento: si en este punto de la historia volvieran a preguntarme si todavía sigo creyendo en el destino, en Dios, o en como ustedes quieran llamar a todas esas cosas, yo les respondería que sí. «¡Más que nunca!», añadiría.

Ahora bien, si lo que realmente me están preguntando es si creo que Él sea buena gente… Esa, amigos, esa ya es otra cuestión. ¿Cómo si no permitiría Él que yo acabara allí, envuelto en todo este asunto? Desde luego, una cosa está clara: a veces no hay quien soporte el sentido del humor del Supremo Hacedor. A lo mejor solo era por la proximidad de la Navidad, pero lo cierto es que, después de tantos años, Dios seguía comportándose como si todavía fuera el Niño Jesús…

Canto XIII: Lo que no puede ser no puede ser (y, además, es muy difícil conseguir que te lleve el desayuno a la cama…)

Por supuesto, supongo que en este punto lo más sensato habría sido echar a correr. Recoger a Virgilio y salir los dos pitando al reencuentro con Dios, arrepentidos y temerosos de Él y de sus malas pulgas. Poner tierra de por medio, tirar millas a toda leche y, a poder ser, parando antes en la primera comisaría que encontrásemos abierta para dejarles bien claro a las autoridades terrenales que ni mi gato ni yo teníamos absolutamente nada que ver con absolutamente ningún proceso delictivo que se pudiera estar llevando a cabo en absolutamente ninguna parte del universo conocido. Y del no conocido tampoco, por si acaso. Por supuesto que sí, eso habría sido lo más sensato.

Y sin embargo, sorprendentemente, no fue eso lo que hice…

Así que supongo que ustedes, público sagaz, estarán preguntándose por qué, ¿me equivoco? Bien, dejen que les diga algo: cuando la vida es interrogada sobre cuestiones de sencillez, ella tiende a responder del mismo modo que lo harían sus parejas si ustedes las descubrieran en la cama con cualquier otra persona que, entre otras virtudes, tuvieran la de no ser ustedes: «Cariño, ¡esto no es lo que parece!». Permitan, pues, que en este punto les refiera un par de cuestiones…

Finalmente, al caer la noche la ciudad se había cerrado en una lluvia persistente. Tal vez nada más fuera por los remordimientos, pero el caso es que Miqui se ofreció a llevarme él mismo de vuelta a Vilassar. Vaya, si quieren que sea franco, en mi opinión tampoco era para menos: al fin y al cabo, aquel desperdicio de oxígeno y carbono que venía siendo el hijo de la señora Chismes había sido parte tan activa en mi engaño como el que más, y de buena gana le habría partido los morros allí mismo de no ser por ese par de convincentes razones que sus puños seguían siendo.

Cuando por fin estuvimos los dos a solas en el coche, me descubrí con la mirada fija en él. A punto estaba de empezar a decirle unas cuantas cosas (presumiblemente malsonantes y, más presumiblemente aun, a gritos), cuando un detalle en particular vino a llamarme la atención: «Espera, espera un momento. Este

idiota… ¿sabe conducir?»

Sé que puede parecer un nimiedad, tal vez algo sin importancia, o incluso una estupidez como una casa, de acuerdo. Pero ¿saben qué?, a mí me pareció relevante. Desde que lo conocí, en ningún instante había dejado de pensar que para aquel muchacho el lápiz con goma de borrar incorporada debía de constituir un avance tecnológico difícil de superar, de modo que observarlo ahora a los mandos de aquella lata de sardinas, descubrirlo con las capacidades necesarias para conducir un coche, me hizo considerar una nueva posibilidad: ¿y si en realidad lo suyo no era más que otra pose?

Quiero decir: después de comprobar que todo se trataba de un engaño, una trampa para implicarme en toda esta historia, ¿cómo sabía yo que la falta de entendederas de Miqui Chismes no era otra pieza del montaje? Al fin y al cabo, si era capaz de conducir, entonces tenía que ser por lo menos algo más listo de lo que yo siempre le había supuesto. Por fuerza.

—Nunca recuerdo —dijo después de un montón de tiempo en silencio, todavía con las manos inmóviles sobre el volante y la mirada puesta sobre el cuadro de mandos— que para que esto arranque tengo que poner las llaves en el contacto.

De acuerdo, puede que en realidad tampoco fuese tan listo…

Cuando por fin él y las llaves consiguieron poner el coche en marcha, salimos al tráfico de la ciudad. Lamentablemente, apenas bastaron unos cuantos cientos de metros por la famosa avenida del Paralelo barcelonés para comprender que aquello de la conducción tampoco era, para mi desgracia, uno de los puntos fuertes de Miqui «Mosca» Chismes. Así, mientras los conductores de todos y cada uno de los coches con los que estuvimos a punto de chocar merced a la clamorosa falta de pericia al volante por parte del hijo de la señora Chismes nos dedicaban toda suerte de bocinazos, insultos e improperios varios, en el interior del Seat Panda nosotros nos limitábamos a seguir dando tumbos calle abajo, intentando mantener la mayor integridad física posible, y sin intercambiar ningún diálogo más allá de…

—Cuidado.

—Ya.

—Cuidado…

—Ya.

—¡Cuidado!

—Ya, ya.

—¡¡¡CUIDADO, MALDITO ANORMAL!!!

—Caramba, señor Odeón, ese también nos ha pasado cerca, ¿eh?

Más allá de eso, todo era silencio, con Miqui aferrándose al volante como si pretendiera estrangularlo, y yo echándome las manos a la cabeza cada vez que nuestro coche volvía a estar a punto de estamparse contra algunos de los vehículos que tenían la mala fortuna de cruzarse en nuestro camino.

Dicen que cada día hay un milagro, y debe de ser verdad, porque contra todo pronóstico acabamos llegando a la Ronda Litoral, la autopista de circunvalación costera de la ciudad. Nos metimos en ella para seguir avanzando en dirección a la salida norte de Barcelona y, pese a tener un poco más dominada la cosa del pilotaje (por lo menos en lo que a mantener el coche a una cierta distancia de los demás se refería), en el interior de nuestro vehículo seguía habiendo más silencio que en la tumba de un mudo. Y, miren, les seré sincero: así era como yo prefería seguir. ¿O qué esperaban que hiciera? En aquel momento no tenía ningunas ganas de hablar con nadie, mucho menos con el kamikaze que ahora me hacía las veces de chófer. Por más vueltas que le daba, no se me iba de la cabeza que todo esto era por su culpa. De modo que así estaban las cosas dentro de nuestro vehículo: Miqui con la mirada puesta en el tráfico, por completo ajeno a mis pensamientos, y yo mirando por la ventana, descaradamente en dirección contraria a la posición de mi acompañante, y contando con poder terminar el viaje en silencio. Pero si algo está claro en esta vida es que no se puede tener todo en ella…

Súbitamente incómodo, Miqui empezó a revolverse en su asiento. Lo observé con disimulo. Por lo visto, algo le molestaba en la garganta. Carraspeó, regurgitó y, cuando lo tuvo en la boca, se giró contra la ventanilla y escupió.

Solo después de hacerlo cayó en la cuenta de que no llevaba el cristal bajado.

Visiblemente incómodo, descubierto en una nueva torpeza, Miqui pretendió arreglar su error intentando limpiar el estropicio con la manga de su cazadora y tanta discreción en sus movimientos como una vaca vestida de gaitera. Igual solo fue por intentar

quitarle hierro al asunto, o por desviar la atención en otra dirección, pero el caso es que fue justo en ese momento cuando Miqui se decidió a hablar.

—Va usted muy callado, señor Odeón.

—¿Eso crees? —respondí con fastidio.

—Bueno, por lo menos antes gritaba… Ahora ya ni eso.

—Caramba, muchacho, veo que no se te escapa una…

—¿Ocurre algo, señor Odeón?

Casi lo fulmino con la mirada.

—¿Que si ocurre algo? —No daba crédito—. Oye, a ver si lo he entendido bien: ¡¿de verdad me estás preguntando si ocurre algo?! ¡Pero a ver, papanatas!, ¿se puede saber qué rayos es lo que sucede contigo? ¡¿Eres idiota de nacimiento, o es que te caíste en la marmita de la imbecilidad cuando eras un crío?! ¡Por supuesto que ocurre algo, claro que sí, pedazo de anormal!

»Ocurre, por si todavía no lo sabes, que por tu culpa estoy ahora aquí, complicado en una tentativa de delito en primer grado, extorsionado por una panda de chimpancés, y a punto de morir en esta lata de sardinas a manos del mismo tipo que no solo le enseñó a conducir a Stevie Wonder sino que, para mayor gloria, tampoco sabe distinguir entre abierto y cerrado! —grité señalando el moco, aun resbalando por el cristal de su ventanilla—. Qué, ¿cómo lo ves? ¡Te parece poco, ¿o quieres más?!

Sorprendido, ahora sí, por lo airado de mi reacción, Miqui se quedó observándome, como era de esperar, con gesto de no comprender.

—¿Quiere decir eso que está usted enfadado conmigo?

—¿Que si estoy…? Oye, mira, deja que te lo explique de este modo: no se trata de si yo estoy o no estoy enfadado contigo. La cosa va simplemente de que si mañana te reencarnas en papel higiénico, ¡a mí tampoco me parecería mal! ¿Comprendes mejor así lo que quiero decir?

—¡Ah, claro! —respondió con alegría—. Caramba, señor Odeón, ¡por un instante creí que había algún problema entre nosotros!

Me superaba, aquel chaval superaba todas mis expectativas. Una vez más, volví a observarlo fijamente, desconcertado, sin saber qué decir mientras, por el contrario, él experimentaba un alivio enorme, porque ahora, por fin satisfecho, Miqui sonreía como si alguien

hubiera acabado de quitarle un peso enorme de encima, y volvía a concentrarse en el tráfico sin que yo, aún alucinado, fuese capaz de quitarle el ojo de encima. Y entonces, por fin, lo comprendí.

Exacto, eso era. Al subir al coche yo había tenido una duda sobre las capacidades intelectuales de Miqui, y Dios, generoso como siempre, me envió una respuesta a cobro revertido: sí, yo me había precipitado en mis hipótesis y lo del muchacho no era ninguna pose. No, ni mucho menos… En realidad, cada curva, recta, bache y zona en obras en el cerebro de aquel chiquillo era un auténtico milagro, verdadera obra cumbre de la incapacidad mental universal. Pero qué quieren que les diga: por lo menos ya estaba empleando lo intermitentes del coche sin preguntar en ningún momento por qué ahora funcionaban y por qué ahora no. Algo era algo… No, si una cosa estaba clara dentro de aquel coche era que en aquella montaña de músculos y vacío intracraneal que ahora me acompañaba no había ni el más pequeño trazo de maldad. Simplemente se trataba de que, lo mirases por donde lo mirases, Miqui «Mosca» Chismes era más tonto que una sandalia.

Mientras observaba cómo aquella mente privilegiada retomaba sus tentativas de borrar los últimos restos del «accidente» que todavía nos contemplaba desde el cristal de la ventanilla, mi rabia fue aderezándose de lástima, de modo que, justo al tiempo que nos incorporábamos a la Autopista del Maresme, yo decidí intentarlo una vez más.

—Miqui, escucha, hijo. El problema está en esto que pretendéis hacer… —busqué la mejor manera de decirlo—. ¡Es una absoluta locura! —vale, a lo mejor tampoco la busqué tanto—. Es que no saldrá bien, ¿no comprendes que es imposible?

Pero no, a pesar de lo desesperado de mi increpación Miqui siguió sin responder. Se limitó a cruzar una mirada rápida conmigo. Una desconfiada, quizá incluso dubitativa. Y aunque fue nada, apenas una milésima de segundo, a mí me bastó para recordar que, a tenor de su constatadísima falta de pericia al volante y viendo un camión que, insensatamente, venía circulando tranquilamente por su carril, la más leve distracción de Miqui acabaría con nosotros conociendo las delicias del servicio de urgencias más cercano.

—Mira, hijo, tú no apartes la vista del asfalto, ¿sí? Pero escucha: aún estamos a tiempo. Escápate conmigo. Es muy fácil, solo

tenemos que parar en el restaurante de mi amigo Quino, recoger a mi gato, y salir por piernas. Con un poco de suerte, incluso podríamos emplear esta impresionante limusina —le propuse, dando un par de golpes decididos sobre el salpicadero del coche que, entre otras cosas, sirvieron para esparcir por todo el habitáculo una nube de polvo allí congregado desde mucho antes de que Esteso y Pajares empezasen a tener problemas de pareja…

Miqui arrugó la frente.

—¿Está usted hablando de regresar a Vigo en un coche robado?

—Bueno, tampoco perdamos la cabeza… Si nos deja en la estación de tren más cercana ya será toda una proeza.

—Yo no puedo huir, señor Odeón.

—¡Y tanto que sí! —respondí—. ¡Huir es algo que hasta los más cobardes pueden hacer con total valentía!

—¿Y dejar a Linda aquí?

Miqui volvió a mirarme.

—No, señor —sentenció—, eso jamás.

—¡¿Pero por qué?! Mira, muchacho, que no te parezca mal, pero con tu permiso voy a introducirte un argumento: mujeres como Linda las hay a montañas, ¿me estás oyendo? ¡A montañas! Puede que ahora pienses que no es así, pero créeme, ya lo harás cuando la conozcas mejor…

—Yo ya la conozco mejor ahora —protestó—. ¡La conozco perfectamente!

—¿Que la conoces perfectamente? ¡¿Ahora?! Por favor, hijo, no me hagas reír… Escucha, ¿me permites que te haga una pregunta?

—Claro.

—Oye, dime una cosa, ¿cuánto tiempo lleváis Linda y tú juntos?

Vi como Miqui empleaba los dedos para hacer la cuenta al volante. Primero toqueteó sobre el plástico con los de una mano, después con los de la otra. Se mordió los labios, frunció el ceño. Volvió a traquetear con los de la primera mano, luego con todos a la vez… ¡Santo Pitágoras, aquella cuenta debía de venir con decimales y todo!

—Tres —respondió al fin.

—¿Tres años?

—No. Tres meses.

—¡¿Tres meses?! ¿Y ya crees conocerla? Escucha, hijo, deja que

te exponga un argumento: cuando tengas a esa misma persona frente a ti con los dientes apretados y los ojos inyectados en sangre, persiguiéndote por toda la casa con una moto-sierra entre las manos, y jurando que te convertirá en tropezones para la sopa, entonces sí, en ese momento sí que podrás decir e incluso jurar que la conoces bien. ¡Pero nunca antes!

Miqui volvió a mirarme de reojo, con la consiguiente nueva puesta en peligro de nuestras valiosas vidas. Especialmente preocupado por la que yo más valoraba de las dos (la mía), le indiqué que volviera a poner la mirada sobre la autopista a la mayor brevedad posible, recordándole de paso que rascar el coche con tanta insistencia contra la mediana de la carretera tan solo era una buena noticia para el chapista.

—Mi Linda jamás haría una cosa así. Lo sé.

—Bueno, tampoco yo sabía que mi Beatriz fuera capaz de hacerlo. Ni que tuviésemos una motosierra. Pero mira, sorpresas que te da la vida…

—No. En nuestro caso es imposible.

—¿Por qué? ¿No tenéis moto-sierra?

—¡No! ¡Por supuesto que no es por eso! Es porque nosotros nos amamos, señor Odeón. Yo la amo, don Dante, estoy enamorado de ella, puedo sentirlo por todo el cuerpo.

—¿Por todo el cuerpo, dices? ¿Y estás seguro de que no es un catarro? Respiración dificultosa, la cabeza como un bombo, imposibilidad de pensar con claridad… La sintomatología es muy semejante. A ver si aun nos vamos a meter en un lío por algo que se podía haber arreglado con un Frenadol y una sopa caliente…

—¡Por favor, señor Odeón, déjese de estupideces! Lo mío es amor. Del bueno, del de verdad. Desde el primer momento. Y antes de que abra usted esa bocaza suya —advirtió adivinando la intención en mi gesto—, deje que esta vez sea yo quien le diga algo.

Miqui lo pensó un instante, tomó aire y, con la solemnidad de los que están a punto de pronunciar los discursos que cambian el rumbo de todas las historias, habló.

Canto XIV: El último de todos los minutos

Miqui Chismes se enamoró de aquella chica nada más verla. Hasta las trancas. Bastó apenas un segundo para que sucediera. La mitad de un instante, la milésima parte de un suspiro, y ya estaba todo hecho. Fue en el 24 horas de la calle Carral, en Vigo, una noche de canícula a finales de agosto. Tenía sed, y entró a comprar una Coca-Cola. La cogió de la nevera y, cuando fue a pagar, se encontró con que en la caja no había nadie. Mientras esperaba a que el dependiente regresase de donde quiera que se hubiera metido sintió que alguien se le acercaba por detrás. No se giró porque, justo en ese momento, apareció el chaval de la tienda por la puerta del almacén, al otro lado del mostrador. No sabiendo a quién atender primero, el dependiente preguntó quién estaba antes. «El caballero», respondió una voz de mujer a la espalda de Miqui. «¡Hey, quieto ahí!», pensó él, «¿Qué caballero ni qué niño muerto? ¡Aquí el que estaba antes era yo!». Se dio la vuelta, dispuesto a protestar, y fue entonces cuando se encontró con aquellos ojos («un par, muy hermosos los dos», según él mismo se encargó de puntualizarme), observándolo fijamente. «¿No es así, caballero?», le preguntó la chica, asomada a una sonrisa enorme, preciosa. ¿Caballero, él?

Nunca tal cosa le habían dicho.

Nunca de tal modo se había visto reflejado en los ojos de nadie.

Y las únicas veces que de tal manera había llegado a sentirse así era cuando comía chocolate.

(Según en otra ocasión me explicaría, a Miqui Chismes le encantaba el chocolate, pero se había visto obligado a prescindir de él porque, tal como su antiguo entrenador le gritaba siempre, lo único que el chocolate no le engordaba a Miqui era el cerebro, lo cual era una verdadera lástima para el boxeo en particular, y un peligro para la humanidad en general).

Así que allí estaba Miqui Chismes, frente a aquella chica, y sintiéndose como si acabara de comerse una fábrica entera de chocolate, envoltorios incluidos, a juzgar por lo mucho que de pronto le costaba hablar.

—Yo… Yo soy… Mi nombre es Mimi, Chimi, Michi, Quiche, ¡Miqui! —acertó a decir al fin—, Miqui Chismes, así es como me

llamo.

Por fortuna, a la chica le sobraba toda la locuacidad que a él le faltaba.

—Linda —respondió coqueta, tendiéndole la mano—. Yo soy Linda Love.

Y aun se quedaron así por un buen rato, con las manos cogidas en silencio, los dos mirándose a los ojos, y una Coca-Cola por pagar.

Cuando salieron a la calle, la muchacha le presentó a Miqui al grupo que la acompañaba.

—Mira, Miqui Chismes, estos son Jordi «el Cuc» Panerola y Mulato Wilson.

—Tanto gusto —respondió el muchacho estrechando las manos de aquellos dos.

—Y este es Atila Prudencio. Mi papi…

—Vaya —apuntó el padre de la chiquilla al coger la mano tendida de Miqui—, veo que estás fuerte, chaval…

—Sí —respondió con orgullo—. Ahora ya estoy retirado, pero aquí donde me ve estuve a punto de ser campeón del mundo de boxeo.

—¿Ah, sí?

—Sí. Peleé en veinticinco combates, y los gané todos menos veinticuatro.

—Interesante —respondió Atila entornando los ojos—, muy interesante…

Así fue como comenzó todo. Miqui empezó a verse regularmente con aquel grupo de gente. Ellos siempre hablaban mucho, especialmente Atila y Jordi, pero el bueno de Miqui tampoco sabría explicar muy bien de qué, pues en realidad él nada más los frecuentaba por pasar el mayor tiempo posible cerca de aquella chica.

En esos primeros días los encuentros no iban más allá de una serie de flirteos sin importancia, más parecidos a coqueteos triviales que a cualquier otra cosa. O por lo menos por la parte de Linda, porque para entonces Miqui ya bebía los vientos por todas y cada una de las curvas de la chica. Especialmente por las de aquella sonrisa suya. Mas poco a poco, a medida que fueron pasando los días, algo empezó a cambiar: la frivolidad primera de la que Linda Love siempre había hecho gala fue dejando paso a otra cosa…

Cuando estaban con los demás (cosa que sucedía casi siempre), Linda seguía mostrándose igual de distante, como una especie de muñequita fría y coqueta. Pero a veces, cuando nadie más les veía, todo eso cambiaba. En el despiste de los otros, los dos muchachos empezaron a cruzar alguna mirada furtiva, cómplice. Y en la discreción de esos instantes de contrabando, la chica se mostraba de otro modo, como si se quitase la máscara que siempre llevaba encima. Entonces, el flirteo dejaba entrever algo más cariñoso, y la distancia en el trato que siempre empleaba la muchacha con los demás tornaba hacia algo más semejante a la ternura. Más y más miradas cada vez, más y más veces cada día. Hasta aquella otra noche, aquella en los últimos días del verano:

Linda y Miqui se habían pasado toda la tarde de juerga por la ciudad. Los otros tres (Atila, Panerola y Mulato Wilson) andaban más liados que nunca en sus cosas, por lo que esta vez por fin pudieron quedarse los dos a solas después de la comida. Se dejaron perder tranquilamente por el centro. Corrieron por las calles, espantaron una y otra vez todas las palomas de la plaza de la Princesa, se reflejaron en todos los escaparates de la calle del Príncipe, e incluso robaron un par de pasteles en el mostrador de la confitería Arrondo.

Las horas habían ido pasando y ahora, ya en el final del día, ahí estaban los dos, sentados en uno de los bancos de la plaza de Compostela, bajo un inmenso magnolio. En silencio, contemplando cómo la fuente central de la Alameda jugaba con los chorros de agua que lanzaba al aire dibujando formas imposibles solo para ellos dos. Fue entonces cuando Miqui cayó en la cuenta: allá al fondo, en algún punto de la noche, las campanadas del reloj de la Caja de Ahorros decían algo.

—¿Qué hora es, Linda?

—Están dando las doce. Voy a tener que ir yéndome…

—¿Ya?

—Le he prometido a mi padre que volvería pronto. Está un poco nervioso, ya sabes…

—Vaya. ¿No se encuentra bien?

Linda se quedó mirado a Miqui.

—No, Miqui, no le ocurre nada. Es por lo de mañana.

—¿Mañana? —repitió frunciendo el ceño.

—Sí, Miqui —respondió ella con paciencia—, mañana es el día. Tu madre, tu vecino… Qué, ¿aún no te suena de nada?

—¡Ah, sí! Eso, claro…

—Sí, eso —repitió ella—. Es muy importante que todo salga bien.

Y tanto que lo era… Tal como unos meses después estaba descubriendo, todo esto que Miqui me contaba era lo que sucedía la noche anterior a nuestro primer encuentro, allá en L'Squina.

—Sí, claro, lo de mañana, y todo eso… Entonces, ¿te vas ya?

—¡Pero mira que eres pesado! —le reprendió ella con cariño—. ¿Pues no te he dicho ya que sí?

A pesar de la aparente seguridad en su respuesta, Linda no tardó en mudar el gesto serio por otro más amable.

—Aunque… Supongo que tampoco pasa nada porque me quede un minuto más —sonrió—. Pero solo uno —advirtió—. ¿De acuerdo?

—¿Un minuto?

—Ahá.

Los dos muchachos volvieron a quedarse en silencio.

—Linda, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Cuánto tiempo crees que llevamos aquí?

—¿Estos días?

—No. Hoy.

—Pues no lo sé… Supongo que toda la tarde, ¿no?

—Sí, eso ya lo sé. Lo que quiero saber es cuánto tiempo es eso.

—Pues unas siete horas, ya casi ocho.

—¿Ocho…? Caray, cuántas. Y, oye, Linda, eso… ¿Tú sabes cuántos minutos son todo ese tiempo? Así, más o menos.

La muchacha se quedó mirando a Miqui, pero con una mirada que no se parecía en nada a la que habría sido la mía. La suya estaba llena de cariño. No, por lo visto a ella no le importaba que el chaval fuera un poco lento con esas cosas.

—Cuatrocientos ochenta minutos, Miqui —respondió Linda desde una sonrisa tierna.

—Cuatrocientos ochenta… —repitió lentamente él—. Guau, cuántos. ¿Pues sabes qué? Te voy a decir una cosa…

»De esos cuatrocientos ochenta, los cuatrocientos setenta y

nueve primeros los he pasado todos pensando en este último. En el minuto cuatrocientos ochenta, en cómo sería el momento de despedirme de ti. Pensando que, en realidad, no quiero despedirme de ti. Pensando en que no quiero que te vayas, ni hoy ni nunca ni después tampoco, y en cómo decirte que me gustas mucho, que cuando estoy contigo los minutos corren como si tuvieran prisa por irse a alguna parte, y que te quiero y que me gustaría muchísimo besarte, y… —Miqui se detuvo—. Lo malo es que ahora que lo pienso creo que ya está a punto de pasar ese último minuto, y la cosa es que sigo sin saber cómo hacerlo…

Por fortuna para Miqui, Linda sí supo cómo hacerlo. Se quedó mirando al muchacho, lo acarició muy lentamente, le dio un beso, y le dijo que ella también lo quería. Sí, Linda siempre sabía cómo hacer las cosas…

Si yo sé todo esto que ahora estoy compartiendo con ustedes es porque Miqui Chismes me lo contó a mí aquella noche de diciembre, los dos metidos en el Seat Panda de regreso a Vilassar de Mar. Y todavía me explicó algo más:

—No le digo que a lo mejor no esté usted en lo cierto, señor Odeón, y puede que tal vez yo no la conozca del todo. Y sí, lo más probable es que Linda tampoco sea perfecta. Por supuesto que tiene sus defectos, señor. Sin ir más lejos, me matará si descubre que le he contado esto, pero la verdad es que cocina tan mal que, de hecho, es la única persona que conozco en el mundo capaz de quemar la ensalada… Pero a mí eso no me importa, don Dante. No, porque ella sabe cómo manejar las llaves de las cosas más importantes dentro de mí.

Fruncí el ceño.

—Las cosas… ¿más importantes?

—Sí, señor. Cuando estamos juntos, el ruido que siempre oigo dentro de mi cabeza desaparece, y todo se vuelve mucho más sencillo.

Miqui se quedó pensando en lo que acababa de decir y, antes de que yo pudiera contestar nada, concluyó:

—Yo quiero a Linda, señor Odeón, porque cuando estoy con ella es como si el mundo viniese con manual de instrucciones. Sí, eso es lo que yo creo…

San Antonio de Padua.

Supongo que en otro momento de mi vida (uno no sabría decir si mucho más alejado en el tiempo y el recuerdo de lo que yo era capaz de ver, o quizá incluso tan solo existente en lo más profundo de mi imaginación), en ese otro momento, decía, habría soltado el primer exabrupto que me hubiera venido a la cabeza. Me habría reído, habría hecho burla, o incluso habría girado sobre mi costado y habría vomitado por la ventanilla. Y tal vez después, justo después, también yo habría bajado el cristal de la ventanilla. Porque, visto a tan poca distancia, quizá el desgraciado aquel y yo tampoco fuéramos tan diferentes. O sí, no lo sé. El matiz estaba en que él aún mantenía viva esa enfermedad que la gente normal llama «amor». Y por un instante sentí lástima.

Pero no de él.

Sentí lástima de mí.

Canto XV: La noche oscura del alma

Si tienen ustedes en cuenta el hecho de que por aquellos días mi experiencia más profunda había sido coger el metro, estoy seguro de que me comprenderán mejor cuando les diga que las palabras de Miqui, del todo inesperadas, me cogieron por sorpresa. Me impresionaron, me afectaron. Tanto como para hacer el resto del viaje en silencio, si bien esta vez por motivos diferentes a los anteriores…

Cuando por fin llegamos a Vilassar (contra todo pronóstico, sanos y salvos), la lluvia ya se había convertido en diluvio. Entré empapado en el restaurante, y no tardé en localizar a Quino. Entre unas cosas y otras había vuelto a hacérseme tarde, de modo que en el local ya no quedaba nadie más que él, sentado a una de las mesas al fondo de la sala, muy ocupado dándole lustre a algo. Llegando a su lado todavía tuve que mirar dos veces para asegurarme de que no había visto mal, Y no, no lo había hecho: allí estaba mi amigo, asediado entre dos grupos de budas en miniatura. Quino permanecía sentado a la mesa mientras, a sus pies, varias docenas de figuras hacían lo propio en el suelo. A pesar de que el conjunto era más numeroso que una cola del paro, me llamó la atención el hecho de ser todas las imágenes idénticas.

—Parece que tienes el muñeco un poco repetido, ¿no te parece? —comenté señalando hacia la grotesca fila de pequeños budas que, todos igual de gordos y felices, aguardaban impasibles su turno de limpieza personal.

—Ni me lo digas… —respondió con desgana—. Cosas de Andresito, que ahora también se ha metido a decorar el restaurante.

—¿Andresito? Vaya, ¿y para eso tanto Buda? ¿Qué pasa, que también él es muy religioso?

—Sí, especialmente devoto del Santo Oficio.

—¿Del Santo Oficio, un chino?

—Por supuesto: el Santo Oficio de Ganar Dinero.

—Vaya…

—Pues sí. Por lo visto, parece ser que su primo Mei Sheng ha conseguido trabajo en una de esas fábricas donde se dedican a hacer copias, imitaciones, y toda esa historia… Y desde entonces el muchacho no para de encargarle cosas, una chorrada tras otra. La

semana pasada, por ejemplo, fueron todas esas flores de plástico que ves en los jarrones —dijo apuntando a todas las mesas a su alrededor—, y la anterior un cargamento de esos puñeteros gatos que no paran con el brazo quieto. Jodidos bichos, ¡estaba esto que parecía un maldito centro veterinario!

—Vaya…

Se me escapó una sonrisa al imaginarme el restaurante lleno de gatos de plástico saludando sin parar a otros gatos de plástico, separados todos ellos solo por un montón de jarrones con flores de plástico.

—Pues sí. Andresito dice que es para echarle una mano a la familia. Pero, si quieres que te diga la verdad, yo estoy seguro de que él también se saca buena tajada de todo esto… Y claro, con eso de que ahora falsifican cualquier cosa, pues no paran.

—¿Y por qué los budas?

Quino resopló, aburrido.

—Por Antoñita, claro. Entre que a ella no hay quien le saque de la cabeza la cosa esa del karma, y que Andresito no pierde comba… La semana pasada estaban diciendo no sé qué de lo bueno que sería para el negocio purificar el aura del restaurante. «Pues muy bien», les dije yo. ¡Lo que no sabía era que ese «muy bien» significaría llenarme el bar de enanos barrigones! Así que ahora aquí me tienes, sacándole brillo al ejército del karma. Maldito muchacho… Oye, si uno de estos días entras por esa puerta y me notas algo raro échame un vistazo en el culo, no vaya a ser que ponga *made in* China.

—Sí, hombre, lo que me faltaba —respondí con desgana—. Para andar mirándote el culo estoy yo…

Ya los dos sentados a la mesa, apenas crucé tres o cuatro palabras con mi amigo a lo largo de una cena más que frugal a base de restos fríos y licor de flores, lo justo para poner a Quino al día de los avances en lo que a nuevas complicaciones se refería en mi ya de por sí paupérrima situación.

—Pues parece que estamos jodidos —opinó al concluir yo mi relatorio.

—No lo sé, Quino, no lo sé… Mira —resolví—, igual solo es un problema de tiempos.

Mi amigo arrugó la frente, extrañado.

—¿Un problema de tiempos, dices?

—Sí… —respondí con la mirada perdida en la colección de budas—. Quiero decir, ¿tú no tienes la sensación de que este ya no es nuestro tiempo, en realidad?

Quino se llevó la mano al mentón, pensativo.

—No.

—¿Ah, no? Vaya… Pues yo sí. A veces tengo la sensación de haberme quedado atrás, Quino, de que esta ya no es nuestra época, nuestro momento. Que formamos ya parte del pasado. Y, si quieres que te diga la verdad, juraría que antes todo era mucho más fácil, amigo…

El dueño del Xoa King arqueó una ceja.

—¿Mucho más fácil?

—Por supuesto. Fíjate sino en todos esos chavales…

Visto que Quino no respondía al general, pasé al detalle.

—Mira a Andresito, por ejemplo: ¿qué clase de trabajo es ese?, buscándole faenas al primo Mei Sheng mientras va por ahí con esa motoreta destartalada que le pones, jugándose el tipo para repartir los rollitos de primavera, las sopas de aleta de chipirón…

—De tiburón, animal —creyó corregirme—, la sopa es de aleta de tiburón.

—Bueno, oye —protesté—, de tiburón, de chipirón, qué más dará. ¿Acaso crees que la gente se para a ver qué clase de bicho es el que se están comiendo? Bastante es con que no sea gato…

—¡Eh, tú! —advirtió Quino—, sin faltar, ¡que aquí nunca hemos dado gato por tiburón!

—Vaya —retruqué—, ¡como si alguien fuese a notar la diferencia! Y además, no era eso de lo que te estaba hablando… Si lo de Andresito no te parece bien, pues piensa en todo lo que te he contado sobre esos dos muchachos, Miqui y Linda, y el jaleo en el que se están metiendo por intentar salir adelante. ¡Maldita sea, Quino, y lo peor es que a ellos les parece normal! ¿Cómo hemos acabado llegando a esto, compañero? No sé cómo lo verás tú, pero desde luego yo sí tengo claro que antes no era así…

Sorprendido, tal vez intrigado, Quino se quedó en silencio por unos segundos antes de volver a preguntar.

—¿A qué te refieres?

—Pues hombre, ¿a qué va a ser, Quino? ¡A que nosotros éramos los dueños de todo, amigo! Hasta para cogernos un mes entero de

vacaciones si nos daba la gana y cuando nos daba la gana, porque sabíamos que había tanta faena como para pasarnos los otros once meses trabajando sin parar, enganchando un espectáculo con otro, una gira con otra. Y eso por no hablar ya de lo bien que dormíamos entonces… —añadí, pensando en mis cada vez más habituales noches en blanco.

Curiosamente, Quino no aprovechó el silencio que yo había dejado sobre la mesa para introducir ninguna de sus puyas. Al contrario, volvió a quedarse observándome como si ante él acabara de bajar del cielo algún tipo de marciano, un bicho extraño hablando en una lengua desconocida.

—Pues vas a tener que disculparme —respondió al fin—, pero creo que no puedo estar muy de acuerdo con todo eso, amigo…

Reconozco que esa no era la respuesta que esperaba.

—¿Ah, no?

—No —sentenció con rotundidad—. Ni mucho menos. Mira, deja que te diga algo…

»El otro día entraste por esa misma puerta pretendiendo camelarme con cuentos de viejas amistades, camaradería, y no sé cuántas historias más, y yo te respondí que te dejaras de milongas y que fueras al grano. Pero, mira, si quieres que te diga la verdad, a mí lo que me importaba no era grano alguno.

Desconcertado, me quedé mirándole.

—¿No? —pregunté al fin.

Quino esbozó una sonrisa, vieja y fatigada.

—Mira, Dante: si en ese mismo momento no te eché a patadas de mi restaurante fue porque, efectivamente, a estas alturas de la vida uno ya sabe que hay en este mundo cosas mucho más importantes que viejas deudas de cincuenta mil pesetas. Así que supongo que si ahora estás aquí es porque, aunque tú no lo supieras, sí era verdad aquello que decías.

—¡Pues claro —le interrumpí con falso malestar—, por supuesto que era verdad! Esto… ¿El qué, en concreto?

Quino volvió a sonreír.

—Lo de la amistad —respondió—. Por mucho que pase el tiempo, a pocas cosas vale la pena ser leal como a la amistad entre dos personas. Y es por eso mismo, por la amistad que nos une, que me veo en la obligación de sacarte de ese error en el que, por lo

visto, te empeñas en vivir cuando describes eso que tú llamas pasado. Por aquel entonces, de día comíamos poco y mal. Y por las noches, a falta de cena las más de ellas, dormíamos igual: poco y mal. Lo único que hacíamos era beber.

—Sí —admití—, mucho y peor.

—Exacto. Y sobre eso que dices, lo de que siempre teníamos trabajo… Pues no sé cómo sería el tuyo, pero tampoco creo que fuera muy diferente al mío. Sobre todo teniendo en cuenta que tú eras mi representante. Y aunque ahora prefieras no recordarlo ya, lo cierto es que no era nada fácil.

»Por supuesto que trabajábamos todos los días, pero porque no nos quedaba otra, que con la mierda de contratos que tú negociabas no sacábamos ni para tiritas. ¡Y eso que buena falta nos hacían!, siempre actuando en tugurios de mala muerte en los que hasta a las cucarachas les daba apuro entrar… No, no resultaba nada fácil sacar adelante un espectáculo de travestismo entonces, tanto tiempo antes de que la cosa de las *drag queens* se pusiera de moda. ¿O acaso ya no lo recuerdas? «¡Pedazo de maricón!» acostumbraba a ser la señal para saber que había alguien vivo entre el público. Y créeme si te digo que tenía mucha suerte la noche que cuatro marineros borrachos no se decidían a partirme la cara antes de llegar siquiera al final del primer pase. Primero me arrojaban sus copas, ¡y después se enfadaban conmigo porque aún no se las habían bebido!

Se quedó por un instante en silencio, la mirada perdida en algún punto más allá de las cuatro paredes del restaurante.

—No sé, amigo —siguió—, tal vez hoy las cosas no sean como antes. Pero desde luego lo que sí sé es que antes tampoco eran como antes… Y, si quieres mi opinión, lo que sí te puedo garantizar es que tanto ese pasado nuestro como el presente de estos muchachos tienen algo en común: ambos tiempos son una mierda.

Los dos volvimos a quedarnos en silencio por un buen rato, revolviendo los restos de licor de flores en el fondo de nuestros vasos.

—En fin, supongo que siempre podría ser peor —concluí apuntando con el mentón para el pececillo naranja, aquel único ocupante del acuario situado a las espaldas de Quino, que ahora flotaba en la superficie. El pez, no Quino.

El propietario del restaurante y del pez se giró sobre sí mismo y

se quedó mirando a la pequeña carpa.

—Oh, mierda…

—Supongo, compañero, que al final en este mundo solo hay dos cosas que nos igualen ante la vida: una es la muerte —dije alzando mi vaso en dirección al pez, allí de cuerpo presente—, y la otra esa manía que tenemos de explotar las burbujas del plástico de embalar. No hay quien se resista a ninguna de ellas… Y además, ahora que lo pienso, lo de la muerte casi siempre ocurre después de la vida, así que el asunto queda reducido a una única cuestión…

—Cómo administramos aquellas cosas que hacen que nos hacen sentir bien —completó Quino.

—Exacto…

Los dos nos quedamos mirándonos el uno al otro.

—Haciéndolas, amigo —sentenció al fin—. Haciéndolas…

El silencio volvió a acomodarse entre nosotros una vez más, escuchando el sonido de la lluvia cayendo con fuerza contra los cristales del restaurante.

—Me voy —dije al fin—, que ya se está haciendo tarde. Espero que no para todo.

Abrí la puerta y, en lugar de salir, permanecí un instante de pie, inmóvil, contemplando la lluvia caer en la oscuridad de la noche.

—Quino, ¿sabes qué te digo? Todo esto que llueve ya podría ser champán. De tanto como llevamos tragado bien merecido nos lo tendríamos…

Por fin de regreso en el domicilio de Quino y Antoñita, un pequeño apartamento un par de números más allá del Xoa King, las fuerzas ya no me alcanzaron más que para ir derecho al catre que la reina del karma me había preparado para estos días en un rincón del salón. Virgilio vino a tumbarse a mis pies. Le dio comienzo a su sesión de aseo, ronroneó un poco, dio una vuelta, luego otra, y para cuando volví a echarle un vistazo ya todo él estaba roncando hecho un ovillo. Yo también intenté dormir. Triste empresa, porque en realidad lo único que pude hacer en toda la noche fue dar vueltas. A mí mismo en la cama, y en la cabeza a todo lo vivido a lo largo del día: al descubrimiento del engaño, a Atila Prudencio y a todas sus mentiras… A la conversación con Quino, a la quimera del tiempo perdido… Y a la historia de Linda y Miqui: toda aquella emoción, la ilusión que te lleva a contar todos y cada uno de los minutos que

pasas al lado de la persona amada. La persona amada… ¿Dónde había quedado esa fuerza mía? Permitan que les introduzca un argumento: ¡Ay!

Dicen que la noche es más oscura justo antes de amanecer. Pues lo será. Yo lo único que sé es que, en lo más negro de la noche, ni tan siquiera contar budas me sirvió para prender el sueño.

Canto XVI: Un coro de ángeles

Ahora era yo quien sentía cierto remordimiento incómodo. Probablemente la idea no fuera más que un auténtico disparate, el secuestro un imposible, y Atila Prudencio y Jordi Panerola un par de cretinos sin vergüenza ni remedio, pero… ¿Y si había algo más? Quiero decir, ¿y si verdaderamente había otro motor en todo este asunto? O dicho de otro modo: si Linda era capaz de encontrar algún tipo de luz en un lugar tan poco iluminado como Miqui; si el mundo dejaba de ser un misterio cuando Miqui lo contemplaba a través de los ojos de Linda; si un par de muchachos como aquellos dos podían sentir la necesidad de contar los minutos que pasaban juntos uno en la compañía del otro, en su calor, entonces quizás allí, en medio de todo aquel despropósito, existiese algo más que valiera la pena. Y yo necesitaba estar seguro de tomar la decisión correcta.

Por eso estaba ahora aquí, solo y angustiado, de vuelta a Montserrat.

Siguiendo una serie de indicaciones dadas por Quino, que lo mismo me habrían servido para llegar a la montaña que para ir de Cangas do Morrazo a Hong Kong, había salido de regreso al monasterio por mi cuenta, en tren y sin más compañía que un bocadillo de jamón con queso personalmente bendecido por las iluminadas manos de Antoñita.

—A mí es que Dios me da todo cuanto le pido —me explicó con un ojo abierto y otro cerrado al tiempo que le administraba la bendición urbi et orbi a mi bocadillo—. ¿El pan lo quiere usted con tomate o sin tomate?

Mi intención era la de concentrarme no solo en lo tocante a la imagen de la virgen, sino en todos los detalles del viaje, de manera que lo primero que me llamó la atención fue la dureza extrema del ascenso en sí mismo. Tan pronto como llegaba a la montaña la carretera se convertía en una sucesión de curvas en permanente subida, en algunos puntos luchando incluso contra una pendiente atroz. Si ya para los coches era duro, no pude evitar sonreír al recordar a los aguerridos jugadores del Fútbol Club Barcelona, aquellos que en el verano de 1985 habían subido en peregrinación a la montaña…

Tras once años de fracasos, entre ellos incluso alguna liga perdida in extremis, en el otoño del año 84 los futbolistas del primer equipo prometieron subir a Montserrat en bicicleta si esta vez ganaban la liga. Craso error, queridos amigos… Porque lo que aquellos hombres no sabían era que, con toda seguridad, los dioses que rigen las cosas del fútbol tienen el mismo sentido del humor, infantil y caprichoso, que las demás divinidades… Solo en base a este dato puede entenderse el milagroso hecho de que en la primera jornada de la liga 84-85 el Barça se pusiera en el primer puesto de la tabla, y ya no bajase de él ni una sola jornada hasta que concluyó la competición. Así pues, una vez ganado el campeonato tocaba pagar prendas. Y esa fue la razón de que el 1 de junio de 1985 los visitantes que se encontraban en lo alto de Montserrat tuvieran el curioso privilegio de ver aparecer por la basílica a aquel extraño pelotón, un conjunto de derrengados astros del balompié, reconvertidos para la ocasión en esforzados ciclistas. Ahí estaban, entre otros, Migueli, Clos, Julio Alberto o Carrasco, todos ellos visiblemente desfondados, pero siguiendo como buenamente podían a un Bernd Schuster intratable, para sorpresa de todos descubierto aquel día como un verdadero as del pedal. Imagínense cómo sería la cosa, que desde entonces el alemán pasó a ser conocido como «El Águila de Els Brucs», no les digo más… No pude evitar sonreír.

Por fin arriba, y consciente de la importancia de no perder ni un solo detalle de todo cuanto me rodeaba, decidí hacer antes una parada en la tienda de recuerdos. Cuestiones de logística, ya saben ustedes. Cinco minutos más tarde volví a salir por la puerta. Con las manos vacías, sí, pero llevando en el bolsillo un ejemplar de la guía más completa que pude distraer de la atención de la dependienta. Esta vez sí, ahora ya estaba preparado para repetir todos los pasos de la jornada anterior. Empezando por la interminable procesión…

Por increíble que parezca, la cola de gente era mayor que la de un día atrás. Me armé de paciencia y me puse al final de la fila, esta vez un poco más alejado de las puertas de la primera fachada (la moderna) de la basílica.

De nuevo pasaron dos largas horas y un poco más hasta que por fin volví a encontrarme delante de la imagen. Antes tuve que atravesar lo que yo había confundido en mi visita anterior con el claustro, y que en realidad no era cosa sino el atrio de la basílica, ya

que el verdadero claustro (o lo que de él quedaba, una joya gótica del siglo XV), se encontraba adosado al lado izquierdo de la fachada nueva. Entrar por la puerta al acceso lateral de la basílica; atravesar las cinco capillas a la derecha de la nave central, dedicadas a San Pedro, San Ignacio de Loyola, San Martín, San José de Calasanz y San Benito, respectivamente; subir las magníficas escaleras de acceso a la antigua sala de los ex-votos; y, por fin y tras haber pasado las puertas de plata repujada, llegar a la cámara del trono de la Virgen. Como comprenderán ustedes, si puedo dar todos estos datos con tanto lujo y profusión en el detalle es porque dos horas de cola dan para leerse todas las guías de viajes del mundo…

Aunque, si les soy sincero, a mí los que me llamaron la atención fueron otro tipo de detalles (ya saben, esos otros que solo aparecen en guías del tipo *Carterista trotamundos*, *Cómo huir de las mejores cárceles del planeta*, o *Robo de arte para «dummies»*). Detalles, por ejemplo, como el tipo de cerraduras que protegían cada uno de los accesos, la considerable altura al otro lado de las pocas ventanas que pude encontrar, el grosor del cristal de seguridad, o la cantidad de carteles advirtiendo que nos encontrábamos en un área vídeovigilada.

Hasta no estar de vuelta en la zona de salida, en el Camino del Ave María, un corredor abierto en el lateral izquierdo de la basílica entre los muros exteriores del templo y la roca viva de la montaña, no caí en la cuenta de la posibilidad de entrar por ahí. En el corredor ya no había cola y, pese a la perturbadora presencia de una escultura que en mi guía venía recogida como «Anunciación del ángel a María», una pieza de bronce hecha en el año 1978 por el escultor Apel·les Fenosa, y que a mí me pareció simplemente horrible, una especie de mezcla entre un Ave Fénix, un papagayo desplumado y una mujer con un serio problema de anorexia (Santo cielo, si yo fuese la virgen y se me apareciera semejante engendro, ya podían ser buenísimas las noticias que me trajese, que yo echaba a correr y no paraba hasta llegar al río Tigris), lo cierto era que por allí no solo caminaba la gente más relajada, sino que, aspecto este mucho más interesante, incluso parecía haber bastante menos seguridad…

Di marcha atrás, y volví a subir. No fueron pocos los visitantes que según se cruzaban conmigo al bajar ellos del altar mayor me

lanzaban miradas reprobatorias, entendiendo que lo que hacía no era otra cosa sino colarme. Pero yo necesitaba comprobar algo. Y, efectivamente, sí: nada había que no le permitiera a uno acceder al altar en esa dirección. Subiendo de nuevo las escaleras que llevaban a la imagen, esta vez por el lateral izquierdo, el único problema con el que me encontré fue esquivar los dos o tres bolsazos con los que una vieja beata quiso obsequiar mi tentativa de saludar a la Virgen en dirección contraria a la del resto de fieles.

Cuatro horas después de mi llegada, ya tenía los posibles recorridos hechos, y ahora estaba allí, sentado en un rincón del atrio, agotado, entre la fachada vieja de la basílica y la moderna. Recostado contra uno de los escalones que bajaban al patio central, contemplaba la misma puerta por la que, tanto el día anterior como hoy, había accedido para llegar a la Virgen. Y mientras lo hacía, repasaba.

Repasaba todas las posibilidades una y otra vez. Cómo llegar. Cómo entrar. Cómo coger la Virgen. Cómo salir. Y, una y otra vez, acababa llegando a la misma conclusión: imposible.

Aquello era imposible. ¿Cómo demonios lo haría? En realidad, todo el complejo de Montserrat venía siendo poco menos que una fortaleza, una especie de castillo en lo alto de una montaña impracticable. Bien es verdad que yo soy de los que tienen serias dificultades para avanzar por el interior del Vitrasa sin ir dando tumbos contra todo el mundo cuando el bus está en movimiento, pero hombre, la montaña de Montserrat tampoco es que sea peccata minuta, precisamente… Ya arriba, la basílica está protegida por altos muros primero, y por portales más que considerables después. Era necesario traspasar las puertas del muro exterior para acceder al centro de la zona monumental, la llamada plaza de Santa María. Ya en la basílica, una vez pasada la primera fachada, la que según se explicaba en mi guía había sido inaugurada en el año 1901, y atravesado el atrio, aún tendría que encontrar el modo de acceder al templo en sí. Con su permiso, les diré que ni el mismísimo San Pedro y todo el sindicato de porteros y serenos juntos llevan tantas llaves encima.

Y con todo, aunque encontráramos la manera de hacerlo, una vez dentro todavía tendríamos por delante el mayor de los problemas: uno de madera de álamo labrado en el siglo XII según

los cánones de la escuela románica, algo menos de un metro de altura y muy probablemente una burrada de kilos de peso. Y eso por no hablar del cristal de seguridad, una densísima mampara que protegía la imagen de cualquier agresión posible. ¿Cómo demonios haríamos para entrar en la basílica, acercarnos a la Virgen, cogerla, y llevárnosla, todo sin que nadie nos pillara en plena mudanza?

Le daba una vuelta tras otra, y siempre acababa con la misma palabra resonando en mi cabeza: imposible. Desanimado, me dejé caer contra una de las columnas del atrio. Había sido un viaje largo, un esfuerzo ímprobo, tanto física como mentalmente, y la previsión de resultados no acompañaba…

Imposible.

Abatido, cerré los ojos y me dejé ir, a la espera de que mi pensamiento fuese capaz de encontrar él solito algún subterfugio, tal vez algún túnel por el que salir de toda aquella desazón.

Fue justo ahí, en algún momento indefinido de aquel viaje mío a ninguna parte, cuando volví a caer en la cuenta de ese detalle: otra vez aquella música…

Poco a poco, comencé a darme cuenta de que una banda sonora ya conocida acompañaba suavemente mis pensamientos. Un coro. El mismo conjunto de voces que había oído a lo lejos el día anterior. «Rosa d'abril, Morena de la serra…». Sí, eso era, un coro de niños cantando. ¿Dónde estaban? Volví a abrir los ojos al tiempo que, casi de modo instintivo, me ponía en pie, a la búsqueda de aquella música que salía del interior de la basílica. ¿Dónde estaban?

Entré en el templo y, nada más acceder a la nave central, los encontré. O, vaya, más bien debería decir que «los deduje» al otro lado del nutrido grupo de gente que se había congregado para escucharlos… Mientras yo había permanecido fuera, sentado en el atrio, un coro de muchachos graciosamente enfundados en hábitos negros y casullas blancas había formado en tres filas justo delante del altar mayor de la basílica. Una rápida consulta a mi guía me informó de que se trataba de la Escolanía de Montserrat, «uno de los coros de voces blancas más antiguos de Europa», según el libro explicaba.

Llevado por la curiosidad, me acerqué a ellos, dispuesto a escuchar el recital (ya saben ustedes lo que yo siempre digo: «Con el talento, ¡mejor estar atento!»). Con mi proverbial discreción, pedí

que me hiciesen sitio en uno de los bancos de la primera fila. No fue fácil al principio, pero finalmente dos de aquellos abuelos acabaron cogiendo las muletas uno, la silla de ruedas la otra, y marchándose para uno de los bancos posteriores. He de admitir que mi habitual discreción no funcionó tan bien como a mí me habría gustado, de modo que el pequeño rifirrafe no pasó inadvertido para los chicos del coro. Especialmente para uno de ellos, uno que me pareció ligeramente mayor que los demás, de mirada pícara, viva, y con uno de esos peinados tan de moda ahora, ese de atrás para adelante, que parece que empiece ayer y termine mañana. Sin dejar de emitir sus trinos ni por un instante, el muchacho me mantuvo la mirada de hito en hito. Reprobatoria, tal vez incluso afilada y mordaz, había algo en aquella forma de mirar que no parecía limpio del todo. Lo cual, si me permiten que se lo apunte, no dejaba de ser un detalle interesante…

Al final acabé escuchando el recital completo, repasando entre pieza y pieza tanto la historia de la Escolanía como, sobre todo, las características que de ella venían recogidas en aquella guía que yo había tomado prestada en la tienda de recuerdos y que tan útil me estaba resultando.

Tal como se explicaba en el libro, la Escolanía de Montserrat estaba compuesta por más de cincuenta críos de entre nueve y catorce años, todos ellos procedentes de distintos lugares de Cataluña. No siendo los viernes y los sábados, el coro cantaba casi todos los días una vez por la mañana y otra por la tarde, siendo esta una de las razones por las que la gran mayoría de sus integrantes vivía en el internado que la Escolanía tenía en el complejo de la montaña. Fue precisamente justo después de leer este último apunte cuando volví a levantar la vista del libro y, en ese momento exacto, puede concluir dos verdades irrefutables:

La primera, que el muchacho de los ojos desafiantes (a quien por entonces y a tenor de lo escuchado ya estaba en condiciones de identificar como el solista del coro) seguía con esa intención tan característica en su mirada, si bien ahora puesta sobre algún otro incauto que también había cometido el error de molestarlo con su respiración.

La segunda, que por mucho que mi guía dijera otra cosa, estaba claro que aquel muchacho ya hacía tiempo que había dejado atrás

el límite de los catorce años: a pesar de su aspecto forzadamente infantil, poco le debía de faltar para los dieciocho, si no los tenía ya. Y no era el único, pues tras haberlos observado a todos con atención detecté que lo mismo ocurría con otros dos o tres miembros del coro, visiblemente mayores que los demás… Interesante, muy interesante.

Una vez que el concierto hubo concluido, los muchachos comenzaron a abandonar el altar por un pequeño arco abierto en uno de sus laterales, presumiblemente de regreso a las dependencias de la Escolanía, y yo no pude evitar que una sonrisa se me dibujara en el rostro. Una escurridiza, pequeña, satisfecha. No dejé de asentir en silencio mientras con la mirada seguía al último de los chicos, aquel con el que había intercambiado tantas miradas, desapareciendo a través del arco de madera. Como si de una especie de rompecabezas mágico se tratase, durante el concierto las piezas habían ido moviéndose ante mí, y ahora, poco a poco, unas comenzaban a encajar en las otras. Por fin veía cómo lo íbamos a hacer. Si me permiten que se lo diga, al fin y al cabo los artistas son todos iguales…

Canto XVII: La afinación es un concepto demasiado sobrevalorado

Entré corriendo en el restaurante, todavía cerrado al público.

—¡Quino —grité—, Quino!

Me pareció oír algo en los aseos, así que corrí hacia ellos tan rápido como un director de sucursal cualquiera perseguido por un preferentista.

—¡Quino!, ¿estás ahí? Escucha, necesit…

Me detuve en seco.

—Oye, deja que en este punto introduzca una cuestión: ¿se puede saber qué demonios estáis haciendo aquí, en el W.C., mi gato y tú?

Compréndame: dos fueron las cosas que descubrí nada más entrar en el servicio de caballeros. La primera era que mi amigo permanecía en pie delante del retrete, con la mirada perdida en la contemplación de sus propias manos, tendidas ante el pecho. La segunda, que Virgilio no les sacaba el ojo de encima.

En un primer instante consideré la posibilidad de que ambos se hubieran convertido a alguna nueva religión, el Sanitarismo o algo así. Ya saben, el tipo de secta en la que Quino fuera el sumo sacerdote y mi gato su máximo fiel. Y el único. Pero no, al momento comprendí que la homilía no iba por ahí.

Visto más de cerca (todo lo «más de cerca» que un retrete de un metro cuadrado permite sin comprometer las formas entre dos caballeros y un gato), el único motivo para tan pía devoción por parte de Virgilio resultó ser el cuerpo presente de Butano II, el pez de colores que yo había descubierto la noche anterior flotando en el acuario del restaurante. Inmóvil como solo los muertos y algún presidente de gobierno saben estar, Butano II aguardaba en las manos de Quino para (tal como él mismo tuvo la gentileza de explicarme) «iniciar el solemne viaje al Más Allá de los peces a través de las místicas tuberías del Xoa King primero, de las elíseas cloacas de Vilassar después, hasta alcanzar, al final del camino, el descanso eterno en el Valhalla oceánico.»

—Eso si no se lo come una rata antes —apunté.

Pero mi antiguo representado me dijo que no, que de eso nada. Que aquel pez era un héroe, y que estaba llamado a ocupar un lugar

privilegiado a la derecha de San Ictícola de los Peces.

Luego de tan soberbia elegía, y de no pocos pensamientos por mi parte sobre el posible deterioro de la salud mental de mi viejo amigo, Quino dejó caer el cuerpo del pececillo por el retrete abajo, tiró de la cadena y, con gran lástima por parte de Virgilio (que incluso se puso en pie para despedir a Butano II y, de paso, intentar un último zarpazo), los tres salimos lentamente del aseo.

Ya en nuestra mesa habitual, mi viejo amigo me explicó que aquel pez había sido una institución no solo en el restaurante, sino incluso en la vida social de Vilassar, donde todos los vecinos comentaban con asombro y orgullo tan prodigioso caso de longevidad animal. Imagino que refiriéndose al pez…

—Una verdadera tragedia —consideré—, una pérdida irreparable.

[En realidad, y según descubriría algún tiempo después, lo cierto es que *irreparable*, lo que se dice *irreparable*, no era la pérdida… Por lo visto, a lo largo de los años lo único que aquel puñetero pez había hecho con regularidad y constancia era morirse, una y otra vez. Sabedor de la mucha estima que su jefe sentía por aquellos animales (sobre todo luego de la depresión cogida tras el fallecimiento del primer ejemplar, a la sazón Butano I), Andresito había decidido solucionar el problema de las constantes bajas piscícolas por la vía de cambiar el bicho muerto por uno que entre otras gracias tuviera la de estar un poco más vivo, y todo eso siempre antes de que Quino descubriera el deceso. Total, ¿quién iba a notar la diferencia entre dos carpas? Esa y no otra era la verdadera razón de los extraños cambios de peso (a veces incluso de tamaño y, en cierta ocasión, hasta de color) de Butano II —que, en realidad, debía de venir siendo ya Butano CXXXVIII—. Esto habría de confesármelo el camarero mucho tiempo después. Y ni él hasta entonces ni yo después fuimos capaces de contarle a Quino aquella terrible verdad que, en Vilassar, conocían todos excepto él].

—Y tanto que sí —concordó Quino—, una ausencia irreparable.

—Por lo menos ha tenido un funeral que, si me dejas que te exponga un argumento, ya lo habría querido para sí el más conspicuo de los próceres, amigo…

—Bueno —abundó Quino en mi argumento, luego de asentir en silencio—, qué demonios, Dante: si no les damos nosotros cierta

solemnidad a las cosas, la vida acaba pasando sin que nos demos cuenta, y el día menos pensado seremos nosotros los que desaparezcamos dando vueltas por el retrete abajo sin que nadie nos eche en falta. Dante, déjame que te diga algo: en esta vida todo hay que hacerlo valer, compañero. Todo…

—Oye, si me lo permites, voy a introducir otro argumento: ahí has hablado. Como un capitán, sí señor. Tanto y tan bien, que precisamente sobre esto mismo necesitaría yo tener una charla, por cierto.

—Caramba. ¿Conmigo? —preguntó Quino desconcertado.

—No. Con Andresito —respondí, desconcertándolo aún más—. Con él, y con bastante urgencia, para ser exacto. ¿No está aquí?

—Ah… Pues no, no está —respondió sin interés, dejando abruptamente de lado toda solemnidad.

—Vaya —lamenté—. ¿Y sabes dónde puedo encontrarlo?

—¿A quién, a Andresito?

—No, al papa Francisco… —resoplé—. ¡Pues claro que a Andresito, hombre!

Quino le dedicó un vistazo abiertamente desinteresado a su reloj: las ocho y cuarto de la tarde.

—Pues a estas horas lo más probable es que esté echando una mano en la *boutique* de sus tíos…

—¿La *boutique* de sus tíos? —pregunté con asombro—. Caramba, Quino, este muchacho es una caja de sorpresas…

—Sí, un no parar —aseveró mi amigo con menos entusiasmo si cabe—. Antes era mejor.

—¿Quién? ¿Andresito?

—No, la *boutique*.

No comprendí.

—Vaya, ¿y eso por qué?

Quino se quedó mirándome sin entenderme. Se encogió de hombros.

—¿Por qué *qué*?

—Que por qué dices que antes era mejor —le aclaré.

—¿Pues por qué va a ser, hombre? Porque así es como se llama —dijo, como si se tratara de la cosa más evidente del mundo—. Antes era mejor —repitió—, ese es su nombre.

—¿Antes era mejor?

—Pero bueno, ¿no te lo estoy diciendo?

—Caray… Un nombre curioso.

—Sí —aceptó—. Parece ser que, cuando los chinos vinieron a comprar el local, el antiguo propietario les dijo que antes mejor, «porque no había toda esta crisis, y los precios eran otros», les explicó. «Había trabajo, dinero, alegría… Miren, si quieren que les diga la verdad, todo esto antes era mejor». Los nuevos compradores interpretaron que a lo que el hombre se refería no era a la vida en general, sino al local en el que se encontraban, y al que los brazos del agente inmobiliario apuntaban al decir lo de «todo esto». Así que pensaron que ese era el nombre del espacio, Antes era mejor. Y oye —Quino volvió a encogerse de hombros—, los chinos son muy buena gente, pero si algo se les mete en la cabeza, ya puedes intentar explicárselo como quieras, que…

—Caramba —respondí atónito—, menuda historia…

Le di a Quino mis últimas condolencias por el fallecimiento de Butano II y, de nuevo, volví a echarme a la calle.

Vilassar es uno de esos pueblos típicos del Maresme barcelonés, un pequeño ayuntamiento directamente tumbado sobre la arena de la playa, tan solo separado del mar por las vías del tren, herederas directas de la primera línea ferroviaria inaugurada en España, la que en el año 1848 conectó Barcelona con Mataró, y la Nacional II. O sea, lo que viene siendo todo un compendio de peligros para perros y turistas despistados que pretendan llegar a la playa sin las debidas atenciones y precauciones. Hecha esta salvedad, se trata de un lugar bien hermoso, pero con un plano tan laberíntico que hasta el mismísimo Minotauro lo habría rechazado como segunda residencia. Pregunté a varios transeúntes pero, incomprensiblemente, todos me miraban de manera rara cuando les preguntaba por la boutique… Un vistazo rápido al reloj en la torre de la iglesia me puso en alerta. Las nueve menos cuarto. Me había perdido tantas veces que lo más probable era que la boutique ya estuviera cerrada. Cuando por fin la encontré, descubrí dos cosas:

1.- La famosa *boutique* no era en realidad más que uno de esos «Todo a Cien» que hay en todas las ciudades. Maldito Quino… Y

2.- No había motivo para mi angustia: la tienda permanecía abierta, en total sintonía con lo explicado en su horario, claro y meridiano como pocos, según se podía comprobar en una cartulina

enorme, rosa fluorescente, colocada con mucho gusto y aun más cinta adhesiva en el cristal de la puerta:

LUNE A SÁBADO: ABIETO
DOMINGO: NO ABIETO

Las cosas claras y el chocolate espeso. Entré para ir derecho al mostrador, donde, micrófono en mano, una mujer china que al momento reconocí como la hermana mayor de Confucio cantaba a pecho partido algunos de los mayores superéxitos de Los 40 Principales de Mao Zedong en el karaoke que tenía ante ella. Se ve que para los chinos eso de la afinación es un concepto demasiado sobrevalorado, a juzgar por la ingente cantidad de notas armónicamente distraídas que la mujer emitía. Cualquier diferencia entre semejante exhibición de bel canto y los gritos de dos lémures apareándose sería de difícil identificación…

—Disculpe usted mi osadía por atreverme a interrumpir tan increíble momento de expresión artística, pero lo cierto es que me urge la necesidad de hacerle una pregunta: ¿sería tan amable de indicarme si su sobrino Andresito está aquí?

—Shàn è, āi, āi, āi zhī jiān de chāyì…

Pese a lo claro de mi demanda y lo amable de mis formas, lo único que salió de la boca de la mujer fue una nueva hemorragia de cacofonía musical, junto con un considerable tufo a licor de flores (clamoroso, en realidad, para las horas de la tarde en que nos encontrábamos).

—Disculpe —insistí.

—¡Hui hui, wo de mao quèshí huízú huiiiiiiiiii!

—Disculpe, Andresito…

—¡¡¡QUÈSHÍ HUÍZÚ HUI HUI HUI HUI HUIIIIIIIIIIII!!!**

—Señora, escuche… ¡SEÑORA!

Justo cuando mi paciencia empezaba a llegar a su límite y mi oído al umbral del dolor, una voz conocida vino a mi rescate.

—¡Honorable siñó Dante!

—¡Andresito! —respondí girando sobre mí mismo.

El muchacho venía caminando en mi dirección por uno de los

pasillos del bazar.

—¡Qué aleglía ver aquí!

—La alegría es toda mía, hijo. Precisamente ahora le estaba preguntando por ti a esta amable señora.

—Ya sé, yo escucha tú desde desde almacén. Ella honorable tía mía —explicó señalando a la mujer—. Pero tú no pleocupa, ¿sí? Ella un poco solda.

—¿Sorda?

—Solda, sí. Como honorable tapia.

—Vaya, quién lo diría… Por algo me parecía a mí que tenía una manera curiosa de cantar. ¿Sabes si tiene representante? Bueno, ahora da lo mismo. Oye —dije echando mano tanto de un tono más confidencial como del brazo del muchacho—, he de hablar contigo. Y, si me dejas que te introduzca un argumento, te diré que, si puede ser, mejor hoy que honorable mañana…

Contrariamente a lo que siempre hacía en el restaurante, esta vez Andresito no respondió con su ya conocida repetición seguida de sí final. Con un ademán sutil de su cabeza me indicó que lo siguiera hasta el almacén. Una vez allí, el chico permaneció en silencio, supongo que advirtiendo en mi expresión la gravedad de lo que fuera aquello que necesitaba decirle. Me mantuvo la mirada por un buen rato, como si estuviera escrutando en las arrugas de mi cara hasta dónde podía llegar la importancia de la cuestión.

—Tú dice.

—Verás… —dudé—. Necesito preguntarte algo, pero no sé muy bien cómo hacerlo…

—Pues pleguntando —respondió, como si se tratara de la cosa más simple del mundo.

—Ojalá fuera tan sencillo… —repuse.

—¿Algún *poblema*?

Lo pensé por un instante.

—Bueno, no sabría qué decirte… Supongo que un poco de *poblema*, y un algo de negocios.

El chino ladeó la cabeza y, con el ceño fruncido y el rastro en la mirada de algo semejante a la curiosidad, volvió a quedarse observándome en silencio. Si me apuran, incluso me atrevería a jurar que algo, no sabría decir el qué, le estaba pareciendo divertido.

—¿Negocios? —preguntó dedicándome una mirada de reojo.

—Sí.

Ahora sí, Andresito sonrió abiertamente, si bien esta vez no del mismo modo que de costumbre. No, ahora había otra seguridad en su gesto.

—De acuerdo —aceptó, súbitamente relajado—. Pues usted dirá de qué se trata entonces, señor Odeón. Hable tranquilamente, soy todo oídos.

Permitan que les diga algo: si veo a un pato laqueado a la pekinesa cantando *Danke Schoen* mientras baila en su bandeja no se me abre más la boca. Para mi gran sorpresa, Andresito acababa de responderme no solo con total corrección gramatical, sino además con una dicción que, francamente, ya quisiera yo para mí.

—Caramba, muchacho. Veo que tu dominio del idioma aumenta por momentos… ¿Te importa si pregunto a qué se debe tal prodigio lingüístico?

El oriental volvió a sonreír.

—A la galería.

No comprendí.

—A la… ¿galería?

—A la misma —respondió con tanta tranquilidad como indiferencia—. Tal como el señor Quino lo ve, un chino con acento de Mataró no le daría el mismo toque exótico a su local… No, don Xoaquín opina que luce mucho más un oriental con pinta de no poder articular ni media oración en catalán que otro que venga y te explique el menú en la lengua de Carles Riba. Y hombre, ha de reconocer usted que algo de razón tiene: «porc amb bambú i bolets xinesos» no suena igual, por lo menos asiáticamente hablando…

—Pero entonces…, ¿tú hablas catalán?

—Por supuesto. Todos los catalanes lo hacemos.

—Cómo, ¡¿que tú eres catalán?!

—¡Pues claro! Tanto como Companys, Macià y Tarradellas juntos. ¿Quiere que le recite algo de Josep Plà?

—Pero…

—¿Qué?

Abrí los brazos de par en par.

—¡¿Cómo que qué?! Si no hay más que verte, hijo: ¡tú eres más amarillo que Kung Fu comiéndose un limón!

—Claro. Es lo que tiene ser hijo de padres chinos, hombre. Pero yo he nacido aquí. ¿Quiere ver cómo canto *Els Segadors*? O si lo prefiere puedo arrancarme con una de Serrat. «Quizá porque mi niñez sigue jugando en tu playa…».

—Caramba, muchacho —respondí todavía con la boca abierta—, me dejas de piedra… Pero, oye, ¿y a ti qué te parece? Quiero decir, ¿no te resulta raro tener que estar todo el día aparentando?

—¡No, qué va! —respondió divertido—. ¡Yo me parto de risa con todo esto! Y además, si quiere que le diga la verdad… —echó el cuerpo hacia adelante, empapando su voz en un tono mucho más confidente—: a las chicas les parezco mucho más atractivo así.

—¿Ah, sí?

—*I tant!* Ya sabe usted lo que dicen, señor Odeón: ¡en esta vida hay cosas que tiran más que dos idiomas! A ellas les resulta divertido, y yo me dejo querer. ¿Comprende usted lo que le quiero decir… siñó Odeón? —preguntó, recuperando al instante aquella manera suya de hablar con la que yo lo había conocido.

—Vaya… Pues supongo que sí. Si tú lo dices…

Andresito dejó escapar una sonrisa pícara al tiempo que me guiñaba un ojo. ¡Muchacho!, aquella caja de sorpresas con patas era justo lo que yo necesitaba.

—Por supuesto que sí, señor Odeón. Así que ahora que ya nos conocemos un poquito mejor, ¿qué le parece si me explica de una vez de qué trata ese problema suyo que tanto le aflige?

No pude evitar quedarme viendo para el chico una vez más, hasta que también a mí se me escapó una sonrisa, seguro de que aquel muchacho y yo nos entenderíamos a la perfección.

—Pues, si te soy sincero, creo que en realidad mi problema va de lo mismo que tú acabas de contarme, Andresito. Va casi, casi de lo mismo…

**¡Huy huy, mi gato hace huy huy huy huy huyyy! (Nota para los melómanos seguidores de esta aventura; no se preocupen: al principio tampoco yo caí en la cuenta).

Canto XVIII: No sé si esto que tengo es una idea muy buena o una subida de azúcar,pero por favor atendedme

Llamé a Miqui tan pronto como salí de la tienda. Le había dicho que tenía algo muy importante que contarles a todos, por lo que necesitaba que organizase un encuentro con toda la banda para el día siguiente. Pero no en Las Cuatro Gatas. Lo que tenía que explicarles era demasiado valioso como para que cayera en las orejas equivocadas, y aunque en aquel bar parecían no entrar más que las bacterias más incautas, lo cierto era que no podíamos confiar en nadie, mucho menos si ese *nadie* acostumbraba a emplear nombres como Bizcochito Betty o Silvia la Chachi. Ya bastante cara me había salido su presencia en las proximidades de mis comentarios como para volver a cometer el mismo error esta vez. «Ha de ser un sitio discreto, Miqui». Se lo había dicho con claridad, absoluta discreción. Se lo había dicho…

Por eso ahora, cuando veo a mi derecha y cuento así por lo bajo unas cuarenta mil personas, cuando giro a la izquierda y cuento otras cuarenta mil, no puedo evitar hacerme una y otra vez la misma pregunta: ¿qué demonios hago yo, al lado de esta panda de cerebros a medio cocinar, en el medio de una de las gradas más altas del Camp Nou, viendo cómo los jugadores del Barça no paran de meterles goles a los de Español? En fin, no nos distraigamos todavía más…

A pesar de haberles explicado dos veces el plan, la agudeza mental dibujada en los cuatro pares de ojos que me contemplaban me hizo temer la necesidad de una tercera vez. Y, muy probablemente, incluso de una cuarta.

—Pero, entonces…, de lo que está hablando usted es de robarla, ¿no es así?

—Veo que no se le escapa una, amigo Panerola.

—¡Pues eso ya son palabras mayores! —reprobó Atila no sin cierto temor, tal como me pareció detectar en su voz.

—A ver, tampoco mucho más mayores que las que usted empleó cuando nos conocimos.

—¿Yo? —respondió el gordo, dándoselas de inocente.

—¿Acaso me equivoco? Porque yo juraría recordar que su idea

era robar el Botafumeiro, señor Prudencio. Si me permite introducir un argumento, le diré que como conversación para una primera cita fue bastante impresionante…

—Pues muy bien —retrucó—, pero yo le recuerdo que fue usted mismo quien nos dijo que ese plan no iría a ninguna parte, y que lo mejor era un secuestro. Y eso fue lo que nosotros le encargamos ahí atrás: diseñar un secuestro, maldita sea, ¡un jodido secuestro!

Le hice un gesto para que bajara un poco la voz: hablar de planear secuestros en la compañía de casi cien mil personas puede no ser la mejor de las ideas…

—Debe comprender usted, señor Odeón, que un robo no es lo mismo que un secuestro —apuntó Panerola en el más conciliador de los tonos.

—¡Por supuesto que no! —volvió a gritar el idiota de Atila, por completo diferente a cualquier idea de discreción—. Para empezar es otro precio, hombre. ¡Sobre todo si lo medimos en años de condena! ¡Porque una cosa es cogerla por unos días, y otra muy diferente hacerla desaparecer para siempre!

Resoplé.

—A ver, amigo Prudencio, ¿de cuántas maneras más tengo que explicarle que no haremos desaparecer nada? Y, de todos modos y por si no lo sabe, permítame comentarle que la cuestión del secuestro tampoco es que esté muy bien vista, sobre todo por el Código Penal. ¿O cómo cree usted que iba a ser la cosa? «Señor juez, nosotros solo la tomamos prestada para limpiarle el polvo, pero luego nos pasó como en el videoclub, que se nos fue quedando, un día por otro, un día por otro, y la virgen sin devolver…» ¿Y qué cree que le responderá el juez? «¿Para limpiarla, dice usted? ¡Absuelto!» No, queridos amigos, siento mucho bajarlos de la nube, pero si queremos hacer esto no nos queda más remedio que hacerlo bien.

Dos explicaciones, dos ya, y Atila Prudencio seguía llevando la palabra «reticencia» escrita en la cara. Probablemente incluso con alguna falta de ortografía, pero escrita al fin y al cabo, desde la R hasta la A.

—Miren, como ya les he explicado más veces de las que un tití habría necesitado para comprenderlo, si la secuestráramos, tan pronto como el sacristán abriera la puerta a la mañana siguiente y

viera el altar mayor vacío, nosotros tendríamos detrás a la policía de medio mundo, comenzando por los Mossos d'Esquadra, y terminando por los Cien Mil Hijos de San Luis. Y no sé cómo lo verán ustedes, pero a mí me da en la nariz que esas no son las condiciones más cómodas para llevar adelante ningún tipo de negociación. Con las manos esposadas a las espaldas y una bolsa de tela negra en la cabeza resulta especialmente complicado sacar el teléfono móvil para ver si quien te está llamando es el president de la Generalitat, el Papa de Roma, o los de la lavandería diciéndote que ya puedes pasar a recoger las enaguas. ¡Háganme caso de una vez, y verán que es mucho más sencillo de lo que parece, maldita sea!

—De acuerdo, de acuerdo —admitió por fin Panerola—. Vamos a aceptar que como idea de base no está mal. Pero lo que me preocupa son todos esos aspectos que todavía quedan por cubrir más allá de nuestras propias manos…

Era verdad, no eran pocas las cuestiones que yo había dejado en manos de terceros. Pero vaya, ¿qué querían que hiciera? Conociendo como ya iba conociendo a aquella gente, cuantas menos cosas pasaran por sus manos, mejor. Y si para hacerlo tenía que contratar a una cuadrilla de mancos, pues miren, ese era un riesgo que estaba dispuesto a correr.

—Vale que tengamos que llevar con nosotros a Betty —siguió Panerola—. Pero… ¿qué pasa con el chino?

—¿Con Andresito?

—Por favor —masculló Atila—, un chino que se llama Andresito. Si eso no le parece raro…

—Andresito es de fiar —respondí—. Fue él quién dio con ustedes, no les digo más…

—¿Y con el otro? —siguió Jordi—, ¿cómo es la cosa con el tal Rufino?

—Pepino.

—¿Quién?

—Pepino —repetí—, mi contacto se llama Pepino. ¿Qué ocurre, que necesitan que se lo deletree?

—Pepino… —volvió a rezongar el gordo—. Pero por los clavos de Cristo, señor Odeón, ¿es que no hay uno que se llame como Dios manda?

—Bueno, Rufino, Pepino, qué más da —atajó Panerola—. Lo importante es otra cosa: ¿cree que podemos confiar en él?

—Sí, ya les he dicho que mi contacto también es de total confianza.

—¿Total confianza, seguro? A ver, señor Odeón, que aun lo ha conocido usted el otro día…

—Bueno, ¿y qué? Poco más les conozco a ustedes, y miren, ahora ya no podría vivir sin su compañía… Les repito que no hay problema, Pepino lleva el fuego del mal ardiendo en los ojos. Y créanme, yo sé reconocer el talento a kilómetros. Estando él de por medio, ni el mismísimo San Pedro armado con un ejército de navajas suizas en una mano y todas las ganzúas del mundo en la otra podría hacernos mejor servicio.

—¿Y el asunto de las cámaras de vídeo? —volvió a preguntar el catalán—, ¿cómo piensa solucionarlo?

—También lo tengo listo. Mi amigo Quino tiene a alguien, una mujer conocida suya que por lo visto es una eminencia en todo lo que tenga que ver con vídeo, imagen, y todo eso… «No hay en todo el mundo persona más cualificada para este trabajo», así me la ha descrito, no les digo más.

—¿Cómo se llama?

—Piti Masnou. Pero ya les he dicho que Quino siempre se refiere a ella como Piti Acción, o algo así. Se ve que la mujer es todo un peligro…

—¿Es de confianza?

—Y dale, Panerola —respondí aburrido—, ¡hay que ver la perra que ha cogido! Que parece usted un manual de autoayuda, todo el tiempo con la confianza en la boca. Si, ya le he dicho que sí…

—¿Y qué me dice del desplazamiento? ¿A qué se refería usted cuando hablaba de emplear un vehículo especial?

—¿Que a qué me ref…? —a cada nueva pregunta hecha por el catalán yo iba considerando un poco más la posibilidad de que Miqui Chismes fuera en realidad el miembro de la Banda Peligro con mayor capacidad intelectual—. Pues hombre, a que no sé cómo lo verán ustedes, pero yo juraría que el asiento de atrás de un Seat Panda no es el mejor lugar del mundo para acomodar una imagen románica del siglo XII y casi un metro de altura. Es más: si me permiten que se lo diga, el asiento de atrás de un Seat Panda no es

el mejor lugar para transportar nada que tenga interés en llegar sano y salvo al día siguiente.

—Sí, eso ya nos ha quedado claro la primera vez. —«Sí, seguro que sí…», pensé—. Lo que le estoy preguntando es que, si se trata de un vehículo especial, entonces también necesitaremos algún tipo de piloto cualificado para conducirlo, ¿no? Porque aquí solo tienen carné estos dos —advirtió Panerola señalando a la pareja feliz—, y no sé yo si Linda o Miqui podrían…

—¡NO! —le interrumpí, alarmado ante la posibilidad de experimentar otra vez la sensación de ir en cualquier cosa conducida por Miqui Chismes—. Quiero decir…, *no* será necesario. Esa cuestión también la tengo bajo control. El propio Quino se encargará personalmente de ese punto.

El Cuc se quedó mirándome.

—¿Ocurre algo? —pregunté.

—No lo sé —respondió meneando la cabeza, negando lentamente en el aire—, no lo sé… Comprenda usted que estamos hablando de demasiada gente nueva, y todos por la mano de la misma persona.

—¿Y cuál es el problema?

Panerola seguía con la mirada puesta en mí.

—Oiga, disculpe que le haga esta pregunta, ya sé que son ustedes amigos, pero por favor comprenda que tengo que hacerlo: ¿está usted seguro de que podemos confiar en ese tal Quino?

Entorné los ojos.

Una de las cosas que más sorpresa me había causado a lo largo de todo el tiempo que llevaba allí sentado era escuchar tanto palique por parte del otrora silencioso Jordi Panerola. Pero si algo terminó de ponerme alerta fue esa extraña amabilidad final. Todavía tenía en la cabeza no solo la incomodidad con la que un par de días atrás había respondido a mis preguntas en Las Cuatro Gatas, sino incluso la hostilidad con la que me había despachado al preguntarle cuáles eran los motivos que le llevaban a participar en este disparate. «¡Del tipo que a usted no le interesa un carajo!», me había gritado. Sin embargo, ahora no solo era él quien llevaba la voz cantante de la Banda Peligro sino que, además, pedía las cosas por favor… Una de dos: o el catalán había descubierto el encanto de las buenas maneras y el placer de la locuacidad en los dos días

previos a nuestra reunión en el estadio de fútbol, o allí había gato encerrado.

—Escuche, amigo —respondí por fin—, deje que le diga algo: yo confío tanto en Quino como un novio primerizo en la fidelidad de su chica, así que para mí todo lo que venga de su mano está fuera de toda duda. Por eso, y si les parece bien, de ahora en adelante vamos a dejarnos de tanta pregunta, y a concentrarnos en lo único que verdaderamente importa: el plan. Que cada uno tenga bien claro cuál es su función. Comenzando por ti, Miqui. A ver, hijo, ¿recuerdas cómo debes actuar cuando tengas el paquete en las manos?

Lo único que a Miqui le preocupaba seguir teniendo en las manos era, precisamente, las manos de Linda. Cogido en las berzas, el muchacho se quedó mirándome, pasmado.

—¿El… paquete? ¿Qué paquete, señor Odeón?

Suspiré.

—¿Pues cuál va a ser, muchacho? *El paquete* —repetí guiñándole un ojo—, *el encargo*, *el pajarito*…

—¡Pero cómo! —exclamó divertido—, ¿que también vamos a secuestrar a un pájaro? ¡A mí los que más me gustan son los canarios!

De acuerdo, tal vez sus sentimientos fueran de nobleza alta, pero desde luego la actividad neuronal de Miqui seguía siendo tan baja que el mejor grupo de mineros cualificados habría tenido serias dificultades para dar con ella…

Canto XIX: Amistades con fraude

Como ya les he dicho, había algo en el comportamiento último de Jordi «el Cuc» Panerola que no me acaba de encajar… Espoleado por la certeza de que el catalán ocultaba algo, salí del Camp Nou decidido a llegar al fondo de aquel asunto y descubrir de qué clase eran los gatos que aquel tipo encerraba en sus intenciones.

Hicimos el camino de regreso al Raval embutidos los cinco en las incomodidades del campo de concentración con ruedas que mis compañeros se empeñaban en seguir haciendo pasar por coche. Por fin en el barrio, Linda aparcó el Seat Panda en una de las calles por detrás de las Drassanes, los antiguos astilleros de la ciudad hoy convertidos en museo naval, y todos continuamos a pie hasta Las Cuatro Gatas, donde por lo visto la chica tenía turno de noche en el *lounge bar*. Si bien tal como lo veía Atila todavía quedaban un par de hilos pendientes, finalmente el gordo había acabado convenciéndose de la validez de mi plan, por lo que propuso que antes de separarnos lo celebrásemos con una última copa, oferta a la que Miqui rápidamente dijo que sí, siempre que la copa en cuestión estuviera llena de cualquier cosa que se pudiera beber. También yo estaba a punto de aceptar la invitación cuando Panerola anunció que él no iría. Masculló algo apenas inteligible sobre algún asunto pendiente y, sin muchas más explicaciones, se fue en dirección a las Ramblas. Mientras entre risas Miqui y Linda se metían cogidos de la mano en la penumbra rojiza del bar, yo permanecí al lado de Atila Prudencio, pero sin dejar de observar de reojo cómo la silueta del Cuc empezaba a perderse en las sombras de la calle Santa Mònica.

—¿Qué me dice usted, Dante, nos tomamos nosotros ese trago mientras le damos un último repaso al plan? —propuso pasándome zalamero el brazo por encima del hombro—. Es que creo que hay un par de cosas que…

—No —le atajé—. Mire, que no le parezca mal, pero entre todos los detalles que le he dado en el campo, y las preguntas a las que llevo respondiéndole durante todo el trayecto en el coche, creo que diecisiete es un número de veces demasiado alto para explicar un plan tan sencillo.

Atónito ante lo taxativo de mi negativa, Atila se quedó

observándome. Parecía incómodo, como si hubiera algo más en su propuesta.

—¿Ocurre algo?

—Nada —respondió, desviando la mirada en otra dirección.

—¿Nada?

Atila Prudencio empezó a menear la mandíbula de un lado a otro.

—Bueno, tan solo es que…

Se detuvo para volver a quedar nuevamente en silencio, pero sin disimular que todavía seguía dándole vueltas algo.

—Mire —dijo al fin—, ya que estamos aquí los dos solos, hay algo que me gustaría comentarle.

—Usted dirá.

Se me acercó un poco más.

—Todo su plan está muy bien, lo admito. Tan sencillo como brillante al mismo tiempo, y ahora que lo veo delante reconozco que me quedo más tranquilo. Pero, aún así… —el gordo Prudencio volvió a torcer la cara—. No sé, no paro de darle vueltas a algo.

—Que es…

Se quedó observándome, inquisitivo.

—¿En ningún momento ha considerado usted la posibilidad de dejar abierta una «puerta de atrás»?

—¿Una qué?

Se produjo un nuevo silencio, que Atila rompió casi al momento:

—Por favor, hombre —respondió incómodo, como si le molestara tener que ser demasiado explícito—. Le estoy hablando de una salida de emergencia. Ya sabe, por si algo saliera mal…

A pesar de mis prisas, reconozco que el comentario me llamó la atención.

—Si le soy sincero, creo que si todos hacemos lo que tenemos que hacer, no veo yo qué podría salir mal…

—Por supuesto, por supuesto —se apresuró a responderme—. Yo solo estoy comentando, apuntando, sugiriendo si lo prefiere, que, por si acaso, tampoco estaría de más tener preparada alguna alternativa, usted ya me entiende…

—Pues no, la verdad.

Incómodo, Atila dejó escapar un chorro de aire.

—No sé, quizás alguien sobre quien descargar los posibles

errores.

Y, entonces sí, comprendí.

—¿Está usted hablándome de que utilicemos un cabeza de turco?

El silencio de Atila Prudencio confirmó mi deducción.

—Pero… ¿Para qué?

—Pues no lo sé, Dante —respondió volviendo a mirar en otra dirección—. Yo solo estoy diciendo que sería una lástima no aprovechar «ciertos recursos» que tenemos a mano. Como ese chico, por ejemplo…

—¿Quién, Miqui?

Clavó nuevamente sus ojos en los míos.

—Por el amor de Dios, Atila, si Miqui es el novio de su hija —respondí mirando hacia el interior del bar, buscando la silueta del muchacho en la oscuridad—. ¡Prácticamente su yerno, como quien dice!

—¡Bueno, bueno! Tampoco quiera usted correr tanto, amigo Odeón, que eso todavía está por ver… De momento dejémoslo en que Miqui Chismes era, hasta ahora, un mal necesario. Y además, qué quiere que le diga, con uno menos siempre será mayor la parte a repartir…

Me costaba asimilar lo que estaba oyendo. Y lo peor era que, mientras intentaba encajar las propuestas de Atila Prudencio, mi verdadero objetivo se alejaba más y más de nosotros.

—Mire —resolví—, no se lo tome a mal, Atila. Tan solo es que se me hace tarde, y creo que va siendo hora de que regrese a Vilassar —dije intentando quitarle hierro al asunto.

Se me hacía tarde, sí, pero no para coger el tren de vuelta al pueblo, sino para ir detrás de Jordi «el Cuc» Panerola.

—Escuche, señor Prudencio, lo que se nos viene encima son días de mucha concentración. Le prometo tener en consideración su propuesta. Ya le diré algo. Pero ahora lo importante es que descansemos todo cuanto nos sea posible, ¿de acuerdo? Venga, hasta mañana.

Y sin más explicaciones también yo salí en la misma dirección en la que apenas medio minuto antes lo había hecho el catalán, dejando al gordo Prudencio en compañía de sus maquiavélicas intenciones y un palmo de narices.

Canto XX: Que Santa Lucía nos conserve la vista. O por lo menos los ojos en su sitio…

Tantos años refinando el fino arte de darle esquinazo a todo tipo de acreedores habían servido para desarrollar en mí una amplísima capacidad a la hora de camuflarme entre la multitud. Por eso, una vez localizado no me resultó difícil seguir a un confiado Jordi Panerola por las calles del centro de la ciudad. Cuando en las Ramblas giró a la izquierda, en dirección a la plaza de Cataluña, las palabras de Atila Prudencio comenzaron a resonar en mi cabeza. ¿A qué demonios había venido aquello?

Justo antes de llegar al Gran Teatro del Liceo, «el Cuc» torció a la derecha y se metió por la calle Ferran, la gran arteria del barrio gótico.

¿Traicionar a Miqui?¿Por qué?

En la plaza de Sant Jaume, donde el palacio de la Generalitat y el del Ayuntamiento de Barcelona se contemplan frente a frente, Jordi Panerola giró a la izquierda, subiendo por la calle del Bisbe.

Y, sobre todo, ¿por qué compartir aquella idea precisamente conmigo?

Luego de recorrer la calle del Bisbe de principio a fin, los dos acabamos saliendo a la avenida de la Catedral. Reconocí aquel lugar al momento: allí, en aquella misma plaza delante de la fachada de la catedral, era donde unos días antes había comprado aquel muñeco, el *caganer* con la cara de Messi que todavía ahora llevaba en el bolsillo de mi abrigo. Para mi sorpresa, el catalán también se dirigió a uno de los puestos, a aquellas últimas horas de la tarde todavía abarrotados de gente. Con mucha precaución para que siguiera sin descubrirme, fui acercándome por detrás de él, aparentando estar interesado en la mercancía expuesta en las mesas a sus espaldas.

Poco a poco, al mismo ritmo en que yo iba siguiendo al catalán, una idea empezó a tomar forma en mi pensamiento: ¿y si yo no era el único? Quiero decir, ¿y si Atila Prudencio había intentado eso mismo con los demás miembros de la Banda Peligro? Claro, eso tenía que ser… Maldito embustero.

Seguía tirando de las conclusiones que venían con aquel hilo cuando caí en la cuenta de que, con el mismo disimulo con el que

un camión de cinco ejes aparca al lado de otro camión de cinco ejes y remolque supletorio, Jordi Panerola se iba acercando a otro hombre.

Desde mi posición podía distinguir con claridad un sombrero de ala corta y bufanda de cachemir blanca cruzada al cuello bajo las solapas de un abrigo de punto gris que le llegaba hasta los zapatos, italianos, de piel de dos colores, si bien tampoco podía exponerme a mucho más. Oculto bajo el sombrero, apenas alcanzaba a verle con claridad el rostro al otro hombre, lo justo para reconocer un fino bigotito, perfilado a la manera de Clark Gable, y una buena colección de arrugas en la cara. Se trataba de alguien mayor, probablemente ya metido en los setenta, muy ocupado en revolver entre lo cientos de figuritas de belén allí expuestas.

—Así que este año tampoco tenéis el *caganer* de don Vito Corleone, ¿eh?

Su voz no era más que un hilo bajo, quebrado.

—No, don Stefano, este año parece que tampoco va a tener usted suerte —la mujer de la caseta acompañó su respuesta de una sonrisa afectuosa—. Y créame si le digo que por no intentarlo no es, pero no hay manera. Parece ser que no siendo por usted, la demanda de Padrinos *caganers* es más bien reducida. ¡No sé cómo no se cansa usted de esperar!

El tal don Stefano le dedicó una sonrisilla pícara.

—Bueno, Llúci, ya sabes lo que dicen: la esperanza y el pulso son lo último que se pierde. Nunca sabes qué tipo de sorpresas te podrá traer el nuevo día… ¿No es verdad, amigo Panerola?

Pero el amigo Panerola no respondió. Se limitó a echar un vistazo nervioso hacia adelante, como si estuviera pendiente de alguien más. Haciendo valer mis mejores dotes de camuflaje, me acerqué un poco más, lo justo para identificar los motivos de preocupación de Jordi Panerola: al otro lado de la mesa, dos hombres permanecían inmóviles, sin quitarle el ojo de encima ni por un segundo. El más bajo de ellos era gordo, muy gordo, de rostro porcino y una amenaza considerable en cada uno de sus puños cerrados. El otro era bastante más alto, de piel morena y pelo incipientemente cano, y aunque su cuerpo no constituía un argumento tan preocupante como los brazos del gordo, la mirada que mantenía clavada sobre Jordi Panerola, negra, penetrante y

afilada, advertía de un peligro mucho mayor.

—Escuche, Padrino —respondió al fin Panerola, dirigiéndose al viejo a su lado pero aún sin mirarlo directamente—. Ya sé cómo lo haremos. El imbécil del que le hablé el otro día acaba de darnos todos los detalles del plan.

No sabría decir qué me molestó más: si confirmar que efectivamente mis sospechas acerca de Jordi Panerola no iban mal encaminadas, o el hecho de oír que se refiriese a mí en términos tan poco cariñosos…

En realidad tanto daba una cosa como la otra. Lo verdaderamente importante fue comprobar que había hecho bien en desconfiar de aquel malnacido, ya que durante un buen rato el muy desgraciado se dedicó a destriparle al viejo uno por uno todos los aspectos de nuestro golpe, con tanto lujo de detalle como el que yo había empleado para hacérselo entender a los demás. Por supuesto, esa era la razón de que el otrora silencioso Jordi Panerola se hubiera pasado toda la tarde haciendo tantísimas preguntas: asegurarse de que no le quedase nada atrás a la hora de contarlo después. Miserable… Sin haberse dejado nada en el tintero, desde cuál era nuestro objetivo, quiénes nuestros cómplices, o cómo haríamos para salir con la mercancía, aquel Judas lo contó todo.

Algo que me llamó la atención fue el hecho de que, en todo el tiempo que duró el velatorio, ni el viejo ni el delator se miraron directamente a la cara. El tal don Stefano, como a él se había referido la vendedora de *caganers*, se limitó a escuchar sin dejar de revolver en las figuritas, pasando lentamente de una caja a otra, de una mesa a otra, de una caseta a otra.

—¿Y dices que saldréis por la puerta principal? ¿Con la virgen? —preguntó el anciano con la mirada puesta en el *caganer* de Artur Mas que ahora sostenía entre las manos.

—Así es, Padrino.

—Increíble… Escucha, Jordi, si la cosa es tal como la estás contando, yo no sería capaz de decidir si ese Dante del que me hablas es un imbécil, como tú dices, o un verdadero genio. Pero desde luego una cosa está más que clara con respecto a él: el tipo debe de tenerlos cuadrados, Panerola.

—Bueno, no sabría qué decirle, Padrino. Yo creo que no es más que un pobre…

Pero el viejo no le dejó continuar.

—¿Robar la Moreneta y salir con ella por la puerta? Cuadradas, Panerola, ese hombre vuestro tiene las pelotas cuadradas… —comentó mientras volvía a dejar el *caganer* del *president* en la compañía Mariano Rajoy, los dos como el resto del país: con el culo al aire—. Pues muy bien, si es por la puerta por donde vais a salir, ahí mismo será donde nosotros estemos esperando por vosotros.

Tuve que acercarme un poco más a la siguiente caseta para asegurarme de oír bien al viejo don Stefano.

—Ay, querido Panerola, debo reconocer que esta vez parece que no nos has engañado, ¿eh, muchacho? Sí que era un buen negocio, sí… Si te soy sincero, la verdad es que todavía no acabo de creerme que mi madre vaya a poder gozar de la compañía de la mismísima Moreneta en la capilla de nuestra finca de Palermo. ¡Qué alegría tan grande para la *mia mamma*, Panerola! —exclamó don Stefano juntando los dedos en el aire—, qué alegría…

¡Así que de eso se trataba! El asunto ya no era solo que Jordi Panerola hubiera pagado bien pagadas las treinta monedas de plata que costaba el Máster en Traición y fuera todo un miserable cum laude, sino que ahora *la Cosa Nostra* pretendía robarnos la cosa nuestra. La mafia, nada menos, ¡la mafia intentando hacerse con nuestra virgen!

Y claro, la *cosa* no acababa ahí, porque después de darle otra vuelta en mi cabeza, una pregunta obvia me vino al pensamiento: ¿cuáles serían los planes de aquellos hinchas del Mafiosi Fútbol Club para nosotros una vez nos hubieran robado la imagen? Pues hombre, vaya pregunta… ¿Cuáles iban a ser? Una lista interminable de escenas de cine negro fue pasando por mi cabeza: nos darían pasaporte; nos harían un pijama de pino; nos enviarían a dormir con los peces; nos estrangularían con la cuerda de un violín; nos obligarían a comer *fetuccini* con gluten (¡a mí, que soy celíaco!); ¡nos acribillarían a balazos en el peaje de la autopista! Santa Bárbara, con la de peajes que hay en Cataluña… Contemplaba la sucesión de escenas, y una tras otra todas acababan del mismo modo: conmigo y con Virgilio preocupantemente muertos. La verdad es que no lo había probado nunca, pero a pesar de la poca experiencia previa en ese campo, tenía la completa certeza de que estar muerto no me iba a sentar nada bien… Noté el sudor

enfriándome la espalda. Era necesario pensar, actuar antes de que fuera demasiado tarde. Tenía que hacer algo, y tenía que hacerlo ya, porque después de muerto me iba a resultar demasiado complicado pensar con claridad.

Saqué el móvil y, alejándome ya del grupo, marqué el número del restaurante. Sabía que a esas horas estarían atentos al teléfono para tomar nota de los pedidos para el reparto a domicilio. Me alegré al reconocer su voz.

—Sí, ¿Andresito? Escucha, hijo, soy yo. Dante, sí. Escúchame un momento: sobre eso de lo que hablamos el otro día… Sí, eso mismo, sí. Oye, ¿habría algún problema en aumentar el pedido?

Libro tercero: Un **PARAÍSO** Made in China

Canto I: ¡Rocanrol!

Un par de semanas más tarde, el reloj en lo alto de la torre de la iglesia daba a lo lejos las doce campanadas. Medianoche en Vilassar…

Si quieren que les diga la verdad, yo incluso había llegado a pensar que tal día no llegaría jamás. Al fin y al cabo, el encargo encomendado a Andresito no era cosa que se pudiera conseguir de un día para otro, más aún si teníamos en cuenta las dificultades que yo mismo le había añadido en el último momento. El paquete venía de lejos, de muy lejos, y ese detalle implicaba cierto tiempo de inactividad forzosa. Puesto en marcha el aparato logístico, el plan nos imponía unos cuantos compases de espera. Fueron largos días sin nada que hacer, interminables jornadas de paseo por la ciudad, caminando sin rumbo fijo. Cuando la presencia de los turistas empezó a hacerse demasiado incómoda, Virgilio y yo cambiamos las bulliciosas avenidas y los bulevares de Barcelona por la tranquilidad de Vilassar, subiendo y bajando sus calles, perdiéndonos entre su gente, o paseando por la playa, siempre de un extremo a otro. Allí, en el arenal desierto, le daba vueltas y más vueltas al plan, revisaba una y otra vez todos los detalles, distrayéndome en tratar de comprender cómo rayos podía ser eso de que aquí no hubiese marea que subiera ni bajara.

Pero el caso es que finalmente llegó. Y para ser sincero, a pesar de mi ansiedad, el pedido tardó bien poco en llegar, poco más de dos semanas desde que había hecho el encargo. Sí, justo cuando ya todos estábamos empezando a desesperarnos, el paquete llegó. O, mejor dicho, los paquetes. (Y, si me permiten que les introduzca un argumento, menos mal… Porque si bien nunca antes había sido consciente de mi propia «galleguidad», la verdad era que a aquellas alturas mi nivel de morriña ya había alcanzado cotas ciertamente preocupantes: un día más sin hacer nada lejos de mi casa, y ya habría montado un Centro Gallego, un monumento a Rosalía, y una parrillada que se llamara O' Noso Lar. Desde luego, no hay como estar lejos del hogar para descubrir qué tipo de principios lleva uno dentro…).

Pero, como les digo, el caso es que el pedido acabó llegando. Las piezas imprescindibles para llevar adelante el plan estaban por fin

en nuestro poder, y ahora me tocaba a mí dar un paso al frente, asumir el control de aquel despropósito, y tomar las riendas de la situación si no quería terminar definitivamente con mis huesos y los de mi gato en la cárcel. Di orden de que todos los componentes, perfectamente embalados, fuesen transportados del aeropuerto al restaurante de Quino a primera hora de la mañana, hice las llamadas pertinentes por la tarde, y después de una larga (larguísima, en realidad) conversación con Miqui en la que me aseguré de poner al muchacho al tanto de los últimos retoques sobre el plan inicial, por fin nos reuníamos todos los eslabones de la cadena en Vilassar, a las puertas del Xoa King.

Así que ahora allí estábamos, listos para nuestra cita con el destino. O para coger una pulmonía, lo que sucediera primero.

Las campanadas del reloj nos habían metido a todos en la madrugada del 24 al 25 de diciembre. Oh, les ruego me disculpen si no se lo he dicho antes, pero sí, amigos, efectivamente esa era nuestra intención: aprovechar la tranquilidad de la Nochebuena para dar el golpe. ¿Qué otro momento sería mejor? Quiero decir, ¿quién se preocuparía por las intenciones delictivas de unos cuantos muertos de hambre en un momento como aquel? Con todo el mundo ocupado en hacer la mejor digestión posible después de tan suculentas cenas, en realidad nosotros lo único que teníamos que hacer era un poco de tiempo, dejando pasar la misa del gallo que en aquel mismo instante se estaría celebrando en la basílica. Nada preocupante, a decir verdad, ya que para cuando nosotros llegásemos allá arriba todos los asistentes estarían de vuelta al calor de sus hogares, en la suavidad de sus camas, y en el alivio de sus bicarbonatos. Y, lo que a mí más me interesaban, el templo volvería a estar como la cabeza de Miqui: completamente vacío.

Así pues, justo en el mismo momento en el que imaginé que Santa Claus estaría dándole los últimos retoques a su carga y asegurándose de llevar todos los papeles de sus renos en regla, nosotros cargamos nuestro particular regalo, ya desembalado, en el sofá posterior de la *roulotte* que Quino y Antoñita nos habían cedido para la ocasión. Porque sí, supongo que a estas alturas del relato ustedes y yo ya tenemos la confianza necesaria como para que les confiese que ese y no otro era el famoso «vehículo especial» al que me había estado refiriendo en las gradas del Camp Nou, aquel para

el transporte de nuestra pieza más codiciada. Entiendo que tal vez esperasen ustedes algo más impresionante, quizá incluso más glamuroso, pero qué quieren que les diga, los medios son los que son. Comprendan que entre las muchas limitaciones del viejo Seat Panda que la Banda Peligro acostumbraba a emplear para sus desplazamientos también estaba la de no permitir el transporte de ciertas cargas con un mínimo de seguridad… Cargas como por ejemplo (pongo por caso) una réplica de la virgen de Montserrat, a tamaño natural en plástico recubierto de madera policromada, y fabricada con todo mimo por el primo Mei Sheng en una fábrica a las afueras de Xiamen, provincia de Fujian, a 126 dólares la unidad. No había manera: no había cómo meterla, no había cómo acomodarla y, muy probablemente, tampoco habría cómo sacarla. Y hombre, amarrada en la baca del coche tampoco la íbamos a llevar, digo yo. Imagínense ustedes sino lo que pensaría la gente al vernos pasar: un viejo Seat Panda destartalado, abarrotado de gente, y con una virgen románica sentada en el techo mientras el Niño Jesús va en su regazo dándole alegremente la bendición urbi et orbi a toda la Ciudad Condal. No, convendrán ustedes conmigo que tampoco era para ir llamando la atención por Barcelona adelante con una versión *kitsch* del papa-móvil…

Por supuesto que una furgoneta habría sido lo más indicado, no se lo voy a negar. Pero, no habiendo otra cosa, la vieja Sun Roller modelo Aloha empleada por Quino y Antoñita para sus acampadas en Lloret se nos reveló como la mejor opción posible.

Y la única.

Y por eso era que estábamos ahora todos allí reunidos, verbi gratia:

Quino, porque, como acabo de explicar, era el responsable de facilitar buena parte de la infraestructura necesaria para llevar adelante plan (además de ser el único piloto capaz de manejar su coche, una vieja ranchera Volvo de color naranja, un trasto de principios de los setenta, de enésima mano, lento, incómodo y todavía más hecho polvo que el Seat Panda, pero con una apreciable diferencia de caballos sobre el vehículo de la Banda Peligro muy digna de tener en cuenta a la hora de remolcar la caravana por las empinadas curvas de Montserrat).

Antoñita, porque donde va su marido ella va con él (sobre todo

si su hombre tiene la intención de irse de casa en plena noche, en compañía de semejantes tunantes, ¡y encima llevándose con él la *roulotte* de sus amores! ¡Faltaría más!, vamos hombre…).

Atila Prudencio y Jordi Panerola, encargados de mover el paquete fuera y dentro del monasterio, así como de asegurarse de que todo saliera bien.

Linda, responsable de ir abriendo camino y de avisar a los demás en caso de que surgiera alguna complicación o imprevisto de cualquier tipo.

Miqui, a quien le había asignado la misión de ayudar a Andresito en todo cuanto el chino le fuese indicando.

Bizcochito Betty, aquí presente por… (Bueno, no adelantemos acontecimientos).

Virgilio, y yo.

Por si ya han caído en la cuenta, dejen que se lo confirme: efectivamente, sí, en la reunión faltaba Andresito. Eché mano una vez más de mi teléfono móvil.

—¿Qué hacemos con el paquete, Dante? —preguntó Atila a mis espaldas.

—Ponerle un sello y franquearlo a Mozambique —respondí con fastidio mientras esperaba alguna respuesta al otro lado de la llamada—. ¿Cómo que qué hacemos con el paquete, hombre? ¡Pues meterlo dentro de la caravana!

—¡Siñó Dante!

—¡Andresito! ¿Va todo bien?

Me alejé del grupo para poder hablar con un poco de intimidad…

Aclarada la situación, y una vez que Atila y Panerola hubieron terminado de acomodar la carga en el sofá al fondo de la roulotte, convoqué una última asamblea de tan peculiar junta de accionistas, y reunidos todos en la acera al lado del Xoa King quise asegurarme de que todo el mundo recordaba su papel en la bizarra función que estábamos a punto de poner en marcha. O, por lo menos, comprobar que recordaban por qué estábamos allí.

—De acuerdo, muchachos —asentí tras un rápido repaso al plan, apretando un poco más el corro en el que nos habíamos cerrado—, es hora de levantar el telón, la última función nos espera —dije en el más heroico de los tonos posibles—. ¿Acaso no sentís ese calor en

el ambiente, el aroma en el aire? Es la tensión de la batalla, las mieles del éxito, el…

—Yo debo de estar un poco resfriado —me interrumpió Miqui el panegírico—, pero no huelo nada… —confesó, olisqueando a mi alrededor como un ratón acatarrado.

—¿ Y no será la basura, señor Odeón? —sugirió Bizcochito—. Porque aquí al lado hay unos contenedores que…

—Yo tampoco huelo nada de eso —le confirmó Atila—. Y además, de calor nada, que aquí lo que hace es un frío de cojones.

—Ay, eso es el rocío —se sumó Antoñita a la ronda de comentarios—, que parece que no, pero… Se mete en el cuerpo, ¡y para cuando uno se quiere dar cuenta ya lo tiene calado hasta los huesos! Un frío malísimo este…

—Malísimo —corroboró Quino—, sobre todo para la cosa del reumatismo…

Atónito, me quedé mirando al grupo.

—Desde luego, amigos, una cosa es evidente: con ustedes no hay épica posible… Qué, ¿lo tenemos todos claro, entonces?

Les puedo asegurar que nadie lo negó. Lo malo es que tampoco nadie lo afirmó… Simplemente nadie dijo nada. Volví a echarle un nuevo vistazo rápido a todos y cada uno de ellos y, si quieren que les sea sincero, debo confesar que la suma de pericia, habilidad y seguridad que aquella colección de rostros transmitía era tanta como para haber desalentado al mismísimo Leónidas. Me limité a suspirar: a aquellas alturas ya era demasiado tarde como para echar a correr Termópilas arriba…

—¡Muy bien, que sea lo que Dios tenga a bien disponer! —exclamé dando una palmada en el aire—. ¡Andando, que para mañana es tarde!

En el Volvo, Quino y Antoñita ocuparon respectivamente los asientos del piloto y el copiloto, y Jordi y Atila procedieron a acomodarse como mejor pudieron en el asiento de atrás, en el exiguo espacio dejado a los lados de la inmensa cintura de Bizcochito Betty.

No habiendo más sitios libres en el coche, y teniendo en cuenta que antes de iniciar el ascenso a Montserrat aun teníamos que hacer una última parada para recoger a Piti «Acción» Masnou; Linda, Virgilio y yo nos acomodamos en el sofá al fondo de la *roulotte*,

sujetando como mejor podíamos la imagen de la Virgen con el Niño. Y sí, ya sé lo que están pensando: viajar en el interior de un remolque en movimiento es ilegal. Pero ¿saben qué les digo? Yendo como íbamos en compañía de la virgen, solo había que rezar para que, en caso de que nos parasen, lo hicieran en algún tramo descendente. Al fin y al cabo ya saben ustedes lo que dicen: «Cuesta abajo todos los santos ayudan»…

Canto II: Si los negocios hacen extraños compañeros de cama, el delito los hace de excursión

Imagino que ya se habrán dado cuenta de que Miqui no figuraba en este último censo. Pierdan cuidado, que no fue por habérnoslo olvidado en tierra ni nada por el estilo. Por lo menos no esta vez. Justo antes de dar la orden de ponernos en marcha, compartí con él una última indicación.

—Miqui, hijo, tú espera aquí. Acabo de hablar ahora mismo con Andresito, y dice que se retrasa dos minutos, pero que enseguida te recoge, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, señor Odeón.

Así, casi al mismo tiempo que nuestro convoy se puso en marcha, Andresito y su moto aparecieron doblando la esquina por el otro extremo de la calle. Desde la ventana posterior de la *roulotte* pude ver como, ya detenido ante el restaurante, Miqui se acomodaba del mejor modo posible entre el piloto y el bulto que el chino de Mataró llevaba a modo de paquete. Una vez asentado el hijo de la señora Chismes, Andresito volvió a poner en marcha la moto, y no tardó en alcanzar a nuestro grupo para, casi al mismo tiempo, adelantarlo con abundante y sonora facilidad. Considerablemente más sonora de lo que a mí me hubiese agradado… Desde mi posición pude ver a través del ventanal frontal de la caravana como todos en el interior del Volvo se revolvían para contemplar mejor el adelantamiento, advertidos por el gran estruendo de la moto de Andresito. Tan pronto como la pareja motorizada se perdió de nuestra vista, mi teléfono móvil empezó a sonar.

—¿Qué ocurre ahora, Atila?

—El chino y Miqui acaban de adelantarnos.

—Lo he visto.

—¿Por qué?

Silencio.

—Porque lo necesitan.

Más silencio.

—¿Cómo que lo necesitan?

—Por favor, señor Prudencio… ¿Usted se ha fijado en la moto

en la que van?

—¿La moto? Pues… No, supongo que no.

Suspiré notoriamente.

—Pues debería haberlo hecho. Esa moto es la que Andresito emplea para los repartos. Un ciclomotor, en realidad, sin apenas fuerza.

—¿Sin fuerza, dice usted? ¡Maldita sea, señor Odeón! ¡Pero si ese cacharro sonaba como un maldito tanque de la Segunda Guerra Mundial!

—Bueno —respondí con desinterés—, pero eso es porque ahora todos los chicos llevan el tubo de escape trucado…

—¿El tubo… de escape?

—Exacto.

—Vaya… —respondió al cabo de un instante—. De todos modos sigo sin comprender qué tiene eso que ver para que ahora nos adelanten de esa manera. ¿Por qué dice usted que lo necesitan?

—Porque ese trasto que llevan no tiene fuerza para subir la montaña al mismo ritmo que nosotros. Necesitan coger tanta ventaja como les sea posible, o de lo contrario, una vez arriba, nosotros todavía tendríamos que esperar una eternidad por ellos.

—Ya… Pero sigue habiendo una cosa que no acabo de entender.

—¿Solo una?

—¿Por qué tienen que ir en moto?

—¡Por favor, Atila! ¿Cuántas veces más tendré que repetírselo? Ya es bastante ilegal que una sola persona viaje en un remolque en movimiento, como para que encima nos pare la policía. Imagínese usted la cara del agente al abrir la puerta y darse de narices con tres gallegos, un chino, un gato, y una réplica de una virgen del siglo XII. Todo un guateque inter-étnico-cultural montado en la caravana, ¿no le parece? ¡El pobre hombre no sabría por dónde empezar a redactar las multas!

—Pero, si es así… ¿Por qué no subimos con el Panda?

—¡Me niego! —respondí colérico—. Un solo desplazamiento más en esa caja de cerillas, ¡y mi espalda se declarará en quiebra técnica!

—Ahá. Pero… ¿Y qué pasa con el paquete?

—¿Con mi paquete?

—¡Con el suyo no, imbécil! ¿Acaso me va a decir que no ha visto

usted el bulto tan grande que el amarillo llevaba en la parte de atrás?

Lo que me faltaba…

—Escuche, amigo, deje que le aclare algo: Aquí lo más parecido que hay a un imbécil es usted, que Dios lo bendiga. Y, no siendo usted, tal vez Miqui —puntualicé, si bien esta vez tomando la precaución de guiñarle un ojo a Linda, sentada a mi lado y con cara de no comprender nada—. ¡Así que probablemente eso mismo sea lo que haya visto!

Atila volvió a quedarse en silencio por un instante.

—Pero… ¡¿De qué mierda me está hablando?!

—¿Pues de que va a ser? —respondí—. ¡De Miqui!

—¿Pero qué carajo dice, hombre? ¡Cómo demonios iba a ser él! ¡Yo me refiero a la carga de detrás de Miqui!

—¡Pues no lo sé, señor Prudencio! —respondí, cansado ya de tanta pregunta—. Supongo que serían la caja de reparto y todas las herramientas que Andresito tiene que llevar con él para poder hacer el trabajo, ¡¿no le parece?!

—¿Las herramientas? —repitió—. ¿Qué herramientas?

—A ver, Atila, ¿de verdad necesita que se lo explique otra vez? ¿Cómo cree usted que se abre una mampara de cristal de seguridad, se retira de su pedestal una talla de valor artístico incalculable, se instala la réplica en los anclajes de la original, y se vuelve a cerrar la mampara de modo que nadie pueda notar la diferencia al día siguiente? ¡¿Con un palillo y una llave del quince?! ¡Por favor, Atila!, ¿quiere dejar de parecer estúpido a tiempo completo de una maldita vez?

—Ya, claro, eso es obvio… Pero… ¿Y por qué no las llevamos nosotros en la caravana?

—Bueno, mire, ¿y yo qué que leches quiere que le diga? Ya sabe usted lo que dicen, los chinos son bastante celosos de sus cosas. Ellos lo hacen todo, pero no dejan que nadie vea cómo lo hacen. ¡¿O acaso sabe usted de alguien que haya visto alguna vez la cocina de un restaurante chino por dentro?! —Bueno, puede que ese no fuera el mejor ejemplo—. No siendo Quino y Antoñita, por supuesto.

Aproveché el silencio que la duda había provocado en mi interlocutor para zanjar la conversación.

—Pues esto es lo mismo, señor Prudencio. Así que venga, déjese historias, que vamos justos de tiempo, y todavía tenemos que parar para recoger a la señora Acción.

Colgué el teléfono apresuradamente y, todavía incomodo por el diálogo mantenido, mis ojos fueron a dar con los de Linda. Intrigada, la muchacha no dejaba de observarme desde allá, al otro lado de la falsa Moreneta.

—Lo has escuchado todo, ¿verdad?

—Hombre, usted dirá. Como para no hacerlo… ¿Se puede saber qué es lo que está pasando aquí, señor Odeón?

No respondí.

—Señor Odeón… —insistió—. ¿Ocurre algo?

Sí, algo sí que ocurría… Algo como que, por ejemplo, de todo cuanto acababa de decirle a su padre solo una cosa era verdad: estábamos ya a punto de recoger a la señora Acción, y el tiempo se me echaba encima. Tomé aire antes de responderle.

—Escucha, hija…

La busqué con la mirada. La chiquilla seguía con sus ojos clavados en los míos, y ahora también el ceño fruncido.

—Señor Odeón, está usted asustándome…

—Oye, ¿te puedo hacer una pregunta?

—No lo sé —respondió dubitativa, observándome de reojo—. ¿Puede?

—Miqui y tú os queréis, ¿verdad?

—¡Oh, por favor! —respondió con hastío—. ¿Va a empezar otra vez con eso? Porque si es así, creía que ya le había dejado muy clarito dónde podía meterse usted sus comentarios sobre…

—¡No, no! —la atajé con ademán rápido—. No se trata de eso, ya no. Lo que te estoy preguntando es si lo vuestro es… ¿Cómo te lo digo? Si es… Bueno, ya sabes: de verdad.

Los dos volvimos a quedarnos por un instante en silencio.

—Lo es, ¿no?

—¿De cuantas maneras más voy a tener que decírselo? —protestó—. ¡Por supuesto! Miqui y yo nos queremos, le pese a quien le pese.

Nadie dijo nada, los dos manteniendo la mirada del otro.

—De acuerdo —resoplé al fin—. De acuerdo… Pues entonces necesito que me escuches, hija, y que lo hagas con toda tu atención,

porque tengo que contarte algo.

Atenta, la muchacha permaneció en silencio, mirándome sin abrir la boca.

—Linda, hija, ¿tú qué pensarías si yo te dijese que…?

Canto III: Una compañía divina. Bueno, casi…

Escojan ustedes a cualquiera de mis artistas mejor pagados: Mani Roto, Chico Bocaprieta, o incluso los Chicos Cantores de Pereiro de Aguiar. Cualquiera, el que ustedes prefieran. ¿Lo tienen ya? Bien, pues yo estoy dispuesto a apostar mi porcentaje de beneficios de un año entero, e incluso un bocadillo de mortadela, a que no son ustedes capaces de hacerse una idea de lo impresionante, de lo impresionantemente impresionante, que resulta salir de excursión al campo pasándole la mano por encima del hombro, como si de una novia cualquiera se tratase, a una virgen románica del siglo xii… A pesar de la tan cacareada pericia por parte de Quino en el difícil arte de remolcar caravanas, los constantes tirones que el viejo Volvo iba dando parecían desde el interior del remolque auténticos terremotos. Por eso, mientras Virgilio escogía colaborar con nuestros esfuerzos durmiendo plácidamente en el sofá frente al nuestro, a Linda y a mí no nos quedó otro remedio que hacer el viaje sujetando con fuerza la imagen entre nosotros. Abrazados todos de tal manera, supongo que, vistos de frente, la Virgen, el Niño, Linda y yo debíamos de parecer una especie de Sagrada Familia de campistas alemanes cualquiera, de esos con sandalias, calcetines blancos y quemaduras de primer grado, y la *roulotte* una especie de belén viviente e itinerante, con mi gato en el papel de rey mago durmiente y Linda y yo haciendo todo lo posible porque ninguno de los allí presentes saliera despedido con cada bache que nuestro remolque cogía. Después de aquella experiencia no solo comprendí por qué era ilegal viajar dentro de aquellos trastos, sino que incluso estaría dispuesto a declarar la insalubridad de subirse a ellos incluso estando inmovilizados.

Viajar abrazando con tanta familiaridad a la Virgen resultaba una experiencia cuando menos curiosa. Mucho. Por supuesto, yo mejor que nadie sabía que en realidad no se trataba de la imagen auténtica sino de una réplica, pero qué quieren que les diga: no siendo yo una persona especialmente devota de ningún santo que no tenga como especialidad milagrosa la de hacer que mi cuenta corriente se multiplique por muchos miles, debo reconocer que resultaba inquietante hacer el viaje en tan cariñosa actitud con la

patrona de todo un país y tan pegadito a su rostro (por otro lado tan románicamente severo, todo hay que decirlo).

Pero si algo me maravillaba sobremanera era comprobar el excelente trabajo que el tal Mei Sheng, el primo de Andresito, había realizado en su fábrica. A tan poca distancia, la diferencia entre el original y mi encargo era prácticamente inexistente. Bueno, inexistente, de no ser por ese pequeño detalle…

Tal vez el camarada Mei no había acabado de comprender la finalidad de mi encomienda. O, tal vez, el primo de Andresito, no solo comprendiendo la magnitud de la empresa sino incluso situándola en su plano histórico correspondiente, no había podido resistir aquel pequeño ataque de orgullo patrio. El caso es que, por la razón que fuese, allí estaba: lo único que diferenciaba a la virgen de la Banda Peligro de aquella otra que nos aguardaba en lo alto de Montserrat era esa pequeña inscripción que acababa de descubrir al pasar, casualmente, la mano sobre ella. Un grabado apenas perceptible en el reverso del trono, justo en su base:

Made in China

Probablemente estén ustedes preguntándose si en un caso como este no sería aconsejable introducir el argumento de la preocupación. O incluso, por qué no, el de «¡Que cunda el pánico!» Pero vaya, en realidad tampoco era para darle excesiva importancia, ya que en la virgen original esa parte no quedaba a la vista. Bien es verdad que, ante una situación como esta, una mente no templada no solo podría dejar paso a la preocupación, sino incluso a otras licencias más fatídicas como: «Nos van a descubrir…», la temerosa: «¡De esta vamos todos derechos a la cárcel!», o hasta la más comprometedora: «¡¡¡Las mujeres y los agentes artísticos primero!!!».

Pero a ver, seamos realistas, ¿quién se iba a fijar en eso? Por un lado, la inscripción no estaba en un lugar visible (oigan, podría haber sido peor: imagínense ustedes lo que habría sucedido si el primo Mei Sheng hubiese grabado la inscripción en la mano derecha de la virgen, la única parte del conjunto que queda fuera del cristal protector para que los visitantes la puedan tocar. ¡O peor aún, que con la de cosas que se falsifican tampoco habría sido de

extrañar que el Niño Jesús hubiese aparecido con una camiseta del Barça!); y por el otro, tampoco había que ser tan alarmistas, que en realidad el grabado apenas era perceptible… Además, tal como Pepino Caruso me había contado, la única persona con acceso más o menos regular a la imagen era una tal Neus Camusseta, la mujer encargada de quitarle el polvo a la virgen una vez cada dos semanas. Sí, es cierto que podría tratarse este de otro detalle preocupante, de no ser por el hecho de tener Neus más años que la estatua de Colón y, sobre todo, ser la pobre mujer más miope que una colonia de topos, según la descripción dada por Pepino. Vamos, que a pesar del susto inicial, pronto comprendí que nadie, absolutamente nadie, se fijaría en ese detalle. O, por lo menos, nadie que no tuviera la curiosa intención de transportar la imagen de la virgen en el asiento trasero de una *roulotte* destartalada…

Y a pesar de todo, poco a poco comencé a tener la sensación de que mi razonamiento era verdaderamente tan idiota como parecía, de modo que cuando esa sensación acabó por convertirse en una incómoda preocupación, preferí dejarla de lado antes de que siguiera yendo a más, y centrar mi atención en el otro elemento que viajaba con nosotros, un pequeño bulto que se había acomodado al lado de mi gato y que en ningún momento había dejado de fumar. El bulto, no el gato.

—Así que usted es la señora Masnou…

—Veo que es usted todo sagacidad, amigo —respondió echándome el humo a la cara.

Habíamos llegado a Badalona a la hora concertada, por lo que no tuvimos que esperar casi nada, apenas tres cuartos de hora hasta que Piti «Acción» Masnou se decidió a honrarnos con su presencia.

Recomendada por Quino, yo no había tenido ocasión de conocerla hasta entonces. Y si quieren que les diga la verdad, viéndola aparecer por la puerta de la caravana mi primer pensamiento fue suponer que aquella mujer debía de ser en realidad la madre de la tal Piti, o tal vez incluso su abuela, que se adelantaba para excusar la falta de puntualidad de la mujer por la que llevábamos ya tanto tiempo esperando.

Pero no…

Dejen que les diga una cosa: no sé qué clase de imagen guardarán ustedes en sus cabezas de una experta en sistemas de

vídeo-vigilancia y seguridad avanzada, pero, si me permiten que les introduzca argumento, ya la pueden ir borrando: contra todo pronóstico, nuestra experta era una mujer muy pequeña, menuda, todo piel y huesos, arrugas hasta en las arrugas, y en la cual lo único avanzado era la edad. Mucho.

Nada más entrar, Piti había ido a sentarse directamente en el sofá frente al nuestro, dándole a Virgilio el tiempo justo para ponerse a salvo de no acabar aplastado bajo su culo. Nos dirigió un áspero «Qué pasa» por todo saludo, y desde entonces no había vuelto a abrir la boca más que para llevarse a ella un cigarrillo detrás de otro.

—Y soy señorita, si no le importa…

—Oh, vaya, le ruego que me disculpe. Supuse que una mujer de su…

—¿De mi qué, chato? —me interrumpió en tono desafiante—. ¿Acaso ibas a decir algo acerca de mi edad? Porque si es así, deja que te diga que aquí donde me ves aún puedo hacerte aullar de placer, querido…

Tragué saliva.

—Oh, por favor, señorita Masnou, no me entienda mal. Por supuesto, yo me refería a su belleza —mentí—. He dado por sentado que una mujer tan hermosa como usted tendría no uno, sino un ciento de maridos. Y, si me apura, varios de ellos al mismo tiempo.

Piti dibujó en su rostro una especie de ademán, algo quizás de lejos semejante a una sonrisa cínica. Pero muy de lejos. En realidad, a tan poca distancia, aquella torsión en sus labios quedaba mucho más cerca de ser un gesto de desprecio hacia mi comentario…

—¿Y cómo es la cosa entonces? Quiero decir, ¿Quino y usted ya han trabajado juntos con anterioridad?

—¿Quién cojones es Quino?

No, reconozco que aquella respuesta sí que no me la esperaba…

—Qui… ¿Quién es? —respondí desconcertado—. ¿Cómo que…? —no entendía nada—. Pues, Quino, quiero decir, mi… Mi amigo Quino…

—Mi amigo Quino —repitió ella divertida, imitando con burla el sonido de mi voz—. Parece usted el fulano aquel, hombre. ¿Sabe quién le digo? Sí, hombre, el que cantaba aquello de «Mi amigo

Charlie Brown». Quino, dice… ¿Se refiere usted al gordo ese que va conduciendo el coche ahí delante?

—Sí, sí, claro…

—Pues entonces no —respondió secamente—. Yo a quien conozco es a su mujer, la otra gorda.

—¿A su mujer? Pero, entonces, Quino…

—A ver, lumbrera, ya le he dicho que de ese no sé nada. Yo lo único que sé es que su mujer era de las pocas que seguían viniendo por mi tienda para que les revelase las fotos de sus acampadas.

Tragué más saliva.

—¿Está usted diciéndome que nada más se conocen… porque Antoñita era su cliente en una tienda de revelado fotográfico? —no acababa de dar crédito a lo que oía—. Yo creía que…

—No sé qué carajo creería usted, ni me importa en absoluto, guapito —me interrumpió con tanta indiferencia como desprecio al tiempo que volvía a colgarse un nuevo cigarrillo de su labio inferior al más puro estilo *femme fatale* de geriátrico—. Yo lo único que sé es que esos dos ahí delante deben de llevar un montón de tiempo juntos, porque verano tras verano no hacían otra cosa que salir en casi todas las fotos. Qué vacaciones mas aburridas tenían, por Cristo bendito, todos los años la misma historia…

—Claro, claro —asentí, más desconcertado a medida que avanzaban sus explicaciones—. Pero entonces, lo que yo le preguntaba…, bueno, ya me entiende usted…

—Pues la verdad es que no, pequeño.

—A ver, señora… Perdón, señorita, lo que quiero decir es si usted acostumbra a participar en este tipo de trabajos, ya sabe, otros proyectos como el nuestro…

—¡Ah! —exclamó recuperando aquella sonrisa despectiva—. Usted se refiere a esto de delinquir, ¿no? Robar antigüedades y todo eso…

—Hombre, así dicho incluso parece ilegal y todo.

—No, hombre, no. Por supuesto que no: es mi primera vez.

—¿Su primera vez? —sentí mis propios ojos abriéndoseme como platos—. Pero entonces… Usted… No…

—Pues no, chato —confirmó—, nada de eso.

—No… —repetí lentamente, asombrado—. Pero, ¿y entonces, su apodo?

—¿«Acción»?

—¿Acaso tiene otro?

—No que yo sepa…

—Pues entonces, ¿se puede saber de dónde lo ha sacado?

—Pshe —respondió con indiferencia—, es que en el barrio todo el mundo me llama así…

—Ya, pues muy bien, pero… ¿Por qué?

—Pues supongo que será por el negocio que tenía antes, ¿no?

Dejen que les introduzca argumento: en aquel instante yo habría dado con gusto una mano porque ese «negocio» al que nuestra compañera de viaje acababa de referirse fuera otro diferente a la tienda de fotografía de la que un par de minutos atrás me había hablado. No sé, tal vez una red de asesinos a sueldo, un cártel de mercenarios internacionales, o incluso una oficina de teleoperadores de telefonía. Me habría servido incluso que Piti fuera la responsable de «El cobrador del frac» de Badalona, si bien intuía ya que los tiros no irían por ahí…

—Tenía una pequeña empresa de video familiar.

—¿De video familiar, dice usted?

—Eso es. Hacía reportajes de bodas, bautizos, comuniones… Ya sabe, ese tipo de memeces.

Digan lo que digan mis acreedores, yo soy un caballero. Por eso, en este momento solo pensé «¡Glubs!». Claro que, si yo no fuera un caballero, lo lógico es que hubiera pensado «Mierda, mierda, mierda, ¡mierda! ¡¿Pero qué carajo de historia de mierda es esta?!»

—Claro, entiendo… —respondí sin entender absolutamente nada—. Pero, entonces… ¿lo de «Acción»?

Esta vez Piti dejó escapar una pequeña carcajada.

—Boh, supongo que eso es porque mi verdadera pasión siempre ha sido el cine.

Arrugué la frente.

—¿El cine, dice usted?

—El mismo —asintió—. De siempre me ha gustado el séptimo arte, especialmente aquellas películas de la época dorada del cine negro. Ya sabe usted, actores como Edward G. Robinson, Veronica Lake, James Cagney, Lana Turner, Paul Henreid, Lauren Bacall, Humphrey Bogart… ¡Oh, Bogie!

La mujer había comenzado a abrazarse a sí misma, subiendo la

intensidad de la voz a medida que avanzaba en su memorándum particular por el panteón del Hollywood de los años 40 y 50, hasta llegar a una especie de clímax autoinducido al pronunciar el nombre del protagonista de *Casablanca*.

—Por el amor de Dios, señorita Masnou, ¿se encuentra usted bien?

—Es que adoraba aquellas historias, muñeco. Y supongo que en el fondo siempre he tenido la ilusión de dirigir una película algún día.

—¿Cómo? —pregunté incrédulo—. ¿Dirigir una película, usted?

—¡Y tanto que sí! Por supuesto, nunca he podido llegar a hacer tal cosa. Pero como de sueños también se vive, siempre que grababa uno de mis videos empezaba cada nueva toma conmigo gritando «¡Acción!»

—Perdón —la interrumpí al tiempo que sentía como mi lengua se empeñaba en seguir buscando saliva en una boca cada vez más y más seca—, ¿cómo dice usted que gritaba?

—«¡Acción!», chato —repitió más divertida si cabe—. En cualquier momento y lugar, lo mismo me daba el tipo de reportaje que fuese. ¿A que es una idea cojonuda?

—Hombre…

—¡Pues claro que lo es! Aunque no todos lo vieran tan bien como yo. Y eso que en los entierros ya procuraba gritar un poco más bajo… Pero la gente es muy suya con esas cosas. A los curitas no les gusta nada que grites mientras ellos están con la historia esa de «en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza», y todas esas chorradas. Y eso —se rio— por no hablar de lo histéricas que se ponían algunas madres cuando gritabas cerca de sus bebés en los bautizos…

—Ya. Igual es la gente, que no tiene sentido del humor —apunté al tiempo que, no sin cierta angustia, me pasaba una mano entre el cuello de la camisa y mi reseco pescuezo.

—Hombre, eso ya le digo yo que no, flaco. Fue por aquel entonces cuando la gente en el barrio empezó a llamarme así, «Acción». Bueno, en realidad, más que llamármelo, allí lo que hacían era gritármelo…

—¿Gritárselo?

—¡Sí, los niños gritaban «¡Acción!» al verme pasar! —respondió

echándose a reír—. Para ser precisa, también había quien me llamaba «la Loca de Acción»… Así que «Acción» me quedó.

»Pero no se vaya a creer usted que a mí me molestaba, eh. Qué va, ni mucho menos. Las cosas iban razonablemente bien, de modo que no comencé a pasarlo mal hasta que no empezó a llegar todo esto de las cámaras baratas, los teléfonos inteligentes con cámaras de a cuatro pesetas el megapíxel, y todo eso…

La señora— perdón, *señorita*— Acción hizo una pausa, exhaló un profundo suspiro, y continuó.

—Ahí sí, cada vez notaba que la gente me contrataba menos y menos de un año para otro. Hasta que finalmente la mierda esta de la crisis hizo que acabara cerrando la tienda. Y, si quiere que le diga la verdad, fue una verdadera lástima, sobre todo teniendo en cuenta que por fin había conseguido aprender a trabajar con los ordenadores de la tienda yo sola…

Como aquel anillo de oro que, inalcanzable, corre en dirección al agujero del fregadero, mi entendimiento empezó a comprender a qué se había referido Quino al hablar de la «inmejorable cualificación» por parte de Piti para encargarse de manipular los sistemas de videovigilancia.

—Supongo, por lo tanto, que era usted misma quien se encargaba de editar y montar los videos, ¿no es así?

—¡Y tanto que sí! —respondió orgullosa—. Yo los grababa, yo los editaba, e incluso era yo quien decoraba con adhesivos la cinta VHS antes de entregarla. Esos dos de ahí delante se lo pueden confirmar —dijo apuntando con el cigarrillo entre los dedos hacia el coche que tiraba de nosotros—, su Quino y la Antonia, que aún se llevaron unos cuantos videos hechos por mí. Lloret 2005, Lloret 2006, Lloret 2007, Lloret 2008, Lloret 2009… ¿Necesita que siga?

—Señor… —suspiré angustiado.

—Ya le he dicho que «señorita» —creyó corregirme, de nuevo instalada en su gesto de desprecio—. Por cierto, tiene usted mala cara, si me permite que se lo diga… ¿Acaso hay algún problema?

—¿Problema? —respondí—. Oh, no, no veo por qué podría haberlo… Y supongo que ahí debe de ser donde trae usted todo su material, ¿no? —pregunté señalando con la cara en dirección a una bolsa enorme de plástico negro que la mujer había dejado sobre el asiento, al lado de Virgilio.

—Exacto, cariño. Esto que traigo es una selección de mis mejores trabajos. Una antología de bodas y bautizos merecedores de tres o cuatro *Oscars*. O por lo menos de que se vuelva a poner de moda el VHS…

Sentí que me mareaba. Ojalá fuera por las muchas curvas de la subida a Montserrat, o incluso por el abundantísimo humo de tabaco que a aquellas alturas había convertido ya el interior de la *roulotte* en el escenario ideal para un remake de *Jack el Destripador* de bajo presupuesto. Pero no, no era por eso, sino por aquel otro matiz: el delicioso aroma del fracaso por la noche…

Canto IV: Ocho monjes, una virgen, y muy poca virtud

El paso al gran espacio natural en que se encuentra todo el conjunto de Montserrat está protegido en su acceso por carretera solo por una de esas barreras como las que se pueden encontrar ustedes a la entrada de cualquier aparcamiento, de tal modo que, una vez forzada su apertura por cortesía de Atila Prudencio y Jordi Panerola, el coche, el remolque, y todos los ocupantes de ambos continuamos nuestro ascenso hacia el núcleo formado por la basílica, el monasterio, y los demás edificios de servicios auxiliares.

Avanzando con tanto sigilo como al viejo Volvo y a la Sun Roller les era posible, continuamos ascendiendo a través de las plazas de estacionamiento para los turismos primero, de las de los autobuses después, hasta haber dejado atrás la cafetería con el mirador sobre el valle. Seguimos rodando a muy poca velocidad por la pasarela semi-cubierta que salvaba el altísimo desnivel entre dos zonas de la colonia, ya con los muros de la basílica a nuestra derecha. Por fin, al final del paso Quino detuvo la marcha, tal como yo había dejado indicado, delante de la estación del cremallera, el tren que ascendía al monasterio desde Monistrol, el pueblo al pie de la montaña.

Bajé de la *roulotte* e, intentando que mis pasos no hicieran ruido al pisar el asfalto, me dirigí a la entrada de la estación. Si Pepino Caruso había cumplido con su palabra, en algún rincón entre las grandes jardineras que decoraban el acceso a la estación tenía que haber un paquete escondido para mí.

—¡Qué!, ¿hay algo o no? —preguntó Atila desde el coche—. ¡No soporto tanto misterio!

—¡¡¡Chsss!!! ¿Quiere callarse, pedazo de animal?

Continué revolviendo entre las jardineras hasta que por fin di con lo que andaba buscando. Sí, Pepino había cumplido con su palabra, y el paquete estaba donde él dijo que estaría.

Me dirigía de vuelta a la caravana cuando el pertinaz Prudencio volvió a preguntar:

—Oiga, ¿y se puede saber qué rayos es eso tan importante?

—¿Esto? —respondí señalando el paquete—. ¡Esto es una orden! —grité tan bajo como me fue posible.

—¿Una orden?

—Sí: ¡La de que se calle usted de una maldita vez!

Rápidamente, sin dejar espacio ni para respuestas ni mucho menos para más preguntas por parte de nadie, volví a subirme al remolque, y mientras yo abría el paquete nuestra procesión reanudó la marcha, hasta llegar al final del camino.

Cualquiera que haya visitado Montserrat sabrá que, una vez arriba, tras ir avanzando pegada a las paredes exteriores del conjunto, la carretera termina en la pequeña plaza del Abat Oliba. Más allá, los altos muros que separan esta explanada de la siguiente, la gran plaza de Santa María, hacen que resulte imposible continuar conduciendo, no siendo que se cuente con algún tipo de permiso especial o, sobre todo, que no lleves a remolque una *roulotte* más grande que las propias puertas de acceso… Así pues, una vez allí, el resto del camino hasta la basílica, al otro lado de la plaza de Santa María, tendríamos que hacerlo a pie.

Tal como había podido comprobar en mis visitas anteriores, dos eran las puertas que daban acceso a la plaza. La primera de ellas quedaba un poco más abajo de donde nosotros estábamos ahora, pero daba a unas escaleras considerablemente empinadas como para andar cargando vírgenes de ningún tipo por ellas arriba, de modo que esa, la de la plaza del Abat Oliba, con una calle ligeramente ascendente de no más de treinta o cuarenta metros al otro lado de la puerta hasta la plaza de Santa María, era la más apropiada para nuestros planes. Así pues, lo que tocaba ahora era dejar el coche y el remolque orientados correctamente para, en caso de necesidad, poder salir pitando una vez hecho el trabajo.

Mientras Quino maniobraba para dejar el conjunto aparcado del mejor modo posible, yo terminé de desembalar el contenido del paquete que acababa de recoger. Piezas de ropa. Me quedé con uno para mí, y les entregué un conjunto a Linda y otro idéntico a Piti Masnou.

—Pero… ¡Coño! ¿Y esto qué mierda es? —preguntó la terrible señorita Acción.

—Ayuda.

Di orden de que se vistieran, si bien a los tres nos resultó especialmente difícil, teniendo en cuenta que la caravana no dejaba de moverse todo el tiempo a empujones de un lado para el otro, adelante y atrás, adelante y atrás. ¿Qué rayos estaba pasando, por

qué tardaban tanto? Y sobre todo, ¿a qué demonios venía tanto tirón?

No nos bajamos del remolque hasta que Quino no hubo detenido el motor del Volvo y estuvimos seguros de que, por fin, la Sun Roller estaba en su sitio. Piti y Linda fueron las primeras en salir, y tan pronto como yo puse un pie en el exterior pude oír las voces dentro del coche.

—¡Es usted un completo inútil, Quino! —bramaba la voz de Atila—. Mucha historia con el volante, ¡pero al final seguro que no es usted capaz de aparcar ni un patinete en el medio del desierto!

—¡Oiga! ¡Me parece que ni el karma ni yo le vamos a permitir que le hable así a mi marido!

—¡¿Que yo soy un…?! —protestó Quino—. ¡Pero cómo quiere que se lo explique, pedazo de idiota! ¡Los remolques no se mueve igual que los coches!

—¿Ah, no?

—¡Pues por supuesto que no! ¡Si uno quiere que el remolque vaya hacia la derecha, lo que tiene que hacer es ir con el volante hacia la izquierda! ¡Siempre al revés de lo que se quiere!

—Mira tú, igualito que con mi exmujer —aporté yo mi argumento a la discusión—. Y ahora qué tal si se callan de una vez, ¿sí? ¡A no ser que tengan ganas de que nos detengan antes de tiempo, claro está!

Los dos hombres se quedaron mirándome. De sobra comprendí que no fue mi advertencia lo que les hizo callar, aino fue mi aspecto. Atila fue el primero en reaccionar.

—¡Recojones! —exclamó—. ¿Es una broma?

—Caramba, Dante, ¿se puede saber de qué diablos vas disfrazado?

—No es ningún disfraz, Quino. Esto que llevo puesto es el mismo hábito que emplean los monjes.

—¿Están ustedes hablando de hábitos? —preguntó Antoñita estirándose desde el asiento del copiloto—. ¡Espero que sean saludables!

—A más no poder, Antoñita.

—Pero… ¿Por qué? —preguntó Atila.

—Pues porque acabo de descubrir mi verdadera vocación, ¿a usted qué le parece? —respondí con fastidio—. Si alguna de las

muchas personas que están intentando dormir ahí dentro se asoma a alguna de las muchas ventanas que dan a la explanada, mejor será que vea a un grupo de monjes caminando tranquilamente por la plaza que no a una panda de imbéciles corriendo con una virgen a cuestas —expliqué—. Así que venga, bajad todos del coche e id pasando por la *roulotte*, que tenemos uno para cada uno.

—¿Uno para cada uno? —preguntó Panerola—. Pero, ¿cómo? Quiero decir, ¿de dónde los ha sacado?

—Cortesía de Pepino Caruso, nuestro hombre dentro.

—Disculpe, señor Odeón. Yo… ¿Yo también tengo que ponerme esa cosa? —preguntó Betty, aún desde el interior del coche, con un susto enorme dibujado sus ojos.

—Por supuesto, querida, tú también. Y, si me dejas que te introduzca un argumento, te diré que esta noche vas a dejar de ser «Bizcochito» para empezar a ser un poco más «Magdalena». ¡Venga, andando todo el mundo!

Canto V: La hermosa historia de Bizcochito Betty y Pepino Caruso

—Escucha, Bizcochito. Las cosas son como son, y una mujer como tú, que en su momento fue capaz de elevar el pecado a cotas de mercado dignas de cotización en bolsa, debería ir pensando en afrontar las consecuencias de sus actos. Y, si me permites que te lo recuerde, sobre todo a estas alturas de la vida, donde ya empiezas a ser menos «¡Hey, muñeca!» y más «Disculpe, señora»…

Betty me observaba con aire preocupado.

—¿Usted cree?

—Por supuesto, querida —respondí aparentando una enorme convicción—. Y lo peor de todo no es que lo piense yo, sino que también lo haga Él…

La mujer volvió a quedarse mirándome, ahora desconcertada.

—¿Quién?

—Él —repetí señalando con el dedo hacia arriba—. Ya sabes, el Jefe…

—¿Club Monkey?

—¿Club…? ¡No, mujer, no! Me refiero al otro Jefe: el Verbo, la Divina Providencia, ¡el Alfa y el Omega!

—¿Eso no es una marca de relojes?

—¿Que si es una marca de…? ¡Por favor, Betty! ¡Me refiero a Dios! ¿Acaso no te he hablado nunca de su peculiar sentido del humor? Pues créeme si te digo una cosa: va siendo hora de ponerle remedio a una vida tan descarriada, si no quieres pasarte la eternidad convertida en una ladilla en el satánico miembro del mismísimo Lucifer.

La cara de Betty se convirtió en la viva definición de la angustia.

—¿Una ladilla en el rabo de Satanás?

—Ahí mismo. Así que mejor será que me vayas haciendo caso, porque según me han contado, la eternidad dura muchísimo tiempo…

Porque esa era la cruda realidad. A pesar de lo poco que ahora pudiera parecerlo, lo cierto era que tanto el cuerpo como la cuenta corriente de Bizcochito Betty habían conocido días de mucho más esplendor que el triste recuerdo que en la actualidad se arrastraba por entre las colillas y las cucarachas de Las Cuatro Gatas. No es

que Betty hubiera tenido, como acostumbra a decirse, una caja registradora entre las piernas, no. Es que durante los muchos años que había podido pasar por joven, Bizcochito Betty le había sacado tanto provecho a sus posibilidades amatorias que, en realidad, lo que aquella mujer venía teniendo entre el muslo derecho y el muslo izquierdo era todo un consejo de administración, un comité de empresa, y hasta una junta de accionistas.

Sí, amigos: muchas habían sido las idas y venidas entre las piernas de aquella mujer, mucho movimiento y, sobre todo, demasiado tiempo tocándole las pelotas a Nuestro Señor. (Vaya, ahora que lo pienso, tal vez esta no sea la mejor manera de decirlo… Pero bueno, ustedes ya saben a qué me refiero).

Así que precisamente por eso, por ayudar a paliar la divina reprimenda, urgía ir poniéndole solución a una vida que ya empezaba a oler com el aliento de su propietaria: a azufre. (Bueno, por eso y, por qué no reconocerlo, también porque a mí me convenía…). Esa era la razón de que ahora estuviéramos los dos allí parados, inmóviles ante el muro que nos separaba de la plaza de Santa María, esperando a que mi contacto viniese a abrir la puerta de una maldita vez.

—Yo le agradezco muchísimo su ayuda, señor Odeón. Pero sigue habiendo algo que no acabo de ver con claridad.

—¿Algo que no ves con claridad? —pregunté al tiempo que con mal disimulada impaciencia volvía a marcar el número de Pepino en mi teléfono móvil—. No consigo imaginar qué puede ser, Betty…

—Si Dios está tan enojado conmigo como usted dice, entonces no comprendo cómo va a perdonarme pidiéndome que haga exactamente lo mismo que llevo haciendo toda la vida…

—¡Betty! Ya te lo he explicado un millón de veces: ¡Él te perdonará porque lo mismo, lo que se dice lo mismo, no es!

—¿Ah, no? Pues a mí se me parece muchísimo…

No era momento para este tipo de dudas, ahora no. Si Bizcochito Betty se echaba atrás, todo mi plan se vendría abajo. Era necesario echar mano de mis mejores dotes oratorias.

—Escucha, Betty… Para empezar, deja que introduzca un argumento. ¿Me lo permites? ¿Sí, me lo permites? A ver, querida, ¿qué tal si echas un vistazo a tu alrededor? ¿Me harías ese favor? Quiero decir, ¿te importaría hacer eso por mí, sí? Dime, ¿qué ves?

La mujer se giró sobre sí misma, ojeando torpemente en todas las direcciones. A pesar de llevar, como todos los demás, la cabeza cubierta, el movimiento provocó que la capucha del hábito acabara cayéndose sobre sus hombros, de manera que su cara quedó súbitamente iluminada por las luces de la calle: allí la tenían ustedes, una vieja prostituta convertida en monje benedictino, su rostro grotescamente decorado con rímel, colorete y carmín suficientes como para darle una mano de pintura al mismísimo Circo del Sol.

—No sé, señor Odeón —respondió al fin—. ¿Qué se supone que he de ver? ¿Edificios viejos?

—¿Edificios viejos? ¡Cómo que edificios viejos! ¡Montserrat, querida, estás en Montserrat! ¡Por los clavos de Cristo, Betty, si aquí hasta las piedras rezuman santidad! Dime una cosa —insistí—, tú solo dime una cosa: ¿te has fijado en lo alta que es la montaña?

—¿La montaña? —Betty arqueó las cejas—. ¿Y eso qué tiene que ver…?

—¿Cómo que qué tiene que ver? Pues está claro, mujer: ¡A esta altura es mucho más fácil contactar con Dios!

—¿Ah, sí?

—¡Por supuesto! Desde aquí podría oír e incluso ver tus buenas acciones muchísimo mejor, lejos de las interferencias de los teléfonos móviles y de toda la contaminación lumínica de la ciudad… Mira, deja que aquí mismo introduzca un argumento: si el proceso de salvación de tu alma inmortal ha de comenzar en alguna parte, ¡qué mejor lugar que este!

Betty seguía observándome con cierta desconfianza, aún no por completo convencida de la validez de mis palabras.

—No sé, señor… A lo mejor resulta que todo eso que dice del lugar es como usted lo cuenta, pero… ¿Y qué pasa con el hombre?

—¿Con Pepino? ¡Por favor, Betty, no me hagas reír! ¡Pero si es casi como un santo!

El susto regresó a la cara de la mujer.

—¡¿Como un santo?! Oiga, no tendré que hacérmelo con un monje, ¿no?

—¡No, no se trata de ningún monje! A ver, cómo te lo diría yo… Oye, mira, ¿tú has oído hablar alguna vez de los ángeles?

Betty abrió los ojos como platos.

—¿Pero qué rayos me está diciendo? ¡¿Que ahora tengo que hacerlo con un ángel?!

—¡No!

—Pues menos mal —respondió ella encogiéndose de hombros—, porque todo el mundo sabe que los ángeles no tienen pito…

—Lo que quiero decir es que no tendrás que hacer nada, ¿cómo quieres que te lo diga? O por lo menos no en el sentido en el que estás pensando… Solo tienes que alegrarles la noche a él y a sus compañeros. La cosa va de un poquito de baile, quitarle el óxido a esas caderas tuyas y, de paso, hacer que esos papanatas babeen un poco con tus muchísimos encantos.

—¿Bailar? —repitió la mujer, no sin cierto alivio en su voz—. Bueno, eso ya es otra cosa…

—Exacto. Y vaya, tal vez, y por favor fíjate en que digo «tal vez…».

De nuevo alerta, Bizcochito me observaba ahora con recelo.

—¿Tal vez… qué?

—¿Qué te parecería hacer un pequeño strip-tease?

—¡¿Un *striptease*?! —Los ojos de Bizcochito Betty retomaron la posición «sorpresa masiva»—. ¡Pero por favor, señor Odeón, ¿acaso ha perdido usted la cabeza?!

—¡Oh, venga, Betty! ¿A qué vienen ahora esos remilgos? Tú aún tendrías mucho que enseñar si quisieras… Pero de todos modos ya te lo he dicho, ¿ves como no se trata de nada serio? ¡Un poco de baile y algo de carne a la vista con un grupo de santos! ¡Aquí no hay pecado por ninguna parte!

—No sé yo… ¿Está usted seguro?

—¡Y tanto! —afirmé con entusiasmo—. Mira, si me apuras incluso podría decirte que le estamos haciendo un «trabajito» a Dios.

—¿Usted cree?

—¿Que si lo creo? ¡¿De verdad me estás preguntando que si lo creo?! Por favor, Betty, ¿acaso no cree el Papa de Roma en Dios?

—Cómo, ¿que el Papa también está metido en esto?

—Oye, mira: ¿crees que yo te pediría nada de no estar completamente seguro de lo alto que va a puntuar en tu marcador espiritual?

—¿En mi qué?

A punto estaba ya de quedarme sin respuestas cuando un ruido al otro lado delató que alguien abría la puerta desde el interior del acceso a la plaza.

—¡Por fin! —exclamé.

—¿Dante? —respondió una voz fina al tiempo que la puerta se abría apenas unos centímetros, lo justo para que por esa grieta se colase la luz necesaria para reconocerme—. ¿Eres tú?

—¡No, soy San Pedro, que salí a dar una vuelta y se me ha cerrado la puerta! —protesté—. ¡Pues claro que soy yo!

—Ya era hora, tío. ¡Empezaba a pensar que no veníais!

—Bueno, mira, nos ha surgido algún que otro imprevisto de última hora… Venga, abre ya, que todavía nos van a confundir con la Santa Compaña.

—¿Con la qué?

—¡Que abras de una maldita vez!

Mi nuevo socio abrió por fin la puerta y se echó a un lado para que todos pudiéramos pasar. Por fin a la vista, en lugar de avanzar , todo el grupo se quedó viendo para él.

—Pero… ¿Y este quién carajo es?

¡Por el amor de Dios! ¿Pero es que esta gente no se callaba nunca?

—¡Papa Noel! —respondí de mala gana—. A ver, Atila, ¿a usted quién demonios le parece que puede ser, eh? ¡Pepino Caruso, ya se lo he explicado un millón de veces!

—Este… ¿Esto es el famoso Pepino? —preguntó esta vez Panerola, ajustándose las gafas sobre la nariz, por ver de asegurarse de que lo que estaba viendo era correcto.

—Sí —repetí—. Venga, vamos entrando, que…

—¿Él es Pepino, de verdad?

No daba crédito…

—¿Pero puede saberse qué diablos les pasa? ¡¿Es que el mal de altura les ha dejado a todos sordos de repente, o qué?! Sí, sí, ¡SÍ! ¿Quieren que se lo diga en verso? En este momento tan confuso, este que ven es Pepino Caruso. ¿Necesitan que se lo repita una vez más? ¡Sí, este es Pepino, solista de la Escolanía, y nuestro hombre dentro del monasterio, puñeta!

—¿Hombre? —repitió Atila—. ¡¿Nuestro hombre?! ¡Pero si es un críO! ¡Su jodido hombre no es más que un chaval, un maldito

mocoso!

—¡Eh, tú, puto gordo! —protestó Pepino—. ¡Mucho ojo con lo que dices, payaso, que este mocoso aun te va a meter una patada entre las piernas que te van a salir las pelotas en estéreo, una por cada oreja!

—Oh, venga, venga, ¡venga! —interrumpí, alarmado ante el escándalo que aquellos dos idiotas estaban empezando a armar dentro de la plaza—, a ver si nos tranquilizamos todos un poquito, ¿de acuerdo? Efectivamente, Atila, sí: Pepino es algo joven. Pero bueno, ¿y qué tiene eso de malo? Qué más dará si tiene diecinueve o dieciocho años…

—Diecisiet…

—¡Los que sean! —atajé el matiz que el crío pretendía introducir—. ¿Qué más da eso? A mi parecer, aquí lo único importante es saber si Pepino es o no es la persona más indicada para ayudarnos a sacar adelante nuestros planes. Y yo puedo garantizarles que sí, que lo es. Así que no veo por qué tenemos que seguir aquí, discutiendo sobre la edad del chaval…

—Claro —comentó Quino en su tono apático de siempre—. Por qué perder el tiempo discutiendo entre nosotros cuando puede hacerlo mucho mejor el tribunal de menores…

—¡Exacto!, yo no lo habría dicho mejor ni en un millón de vidas. Gracias, Quino.

—No hay de qué.

—Así que venga, aclarado este aspecto dejémonos de historias sobre ver quién la tiene más larga, y pongámonos ya al trabajo, que para después es tarde. ¡Venga, todos para dentro!

—Un momento —interrumpió nuevamente Atila.

—Qué, qué, ¡QUÉ!

—¿Qué pasa con los que faltan?

Ese pequeño detalle…

—Ya le dije que con esa moto les llevaría tiempo…

—¿Y entonces?

—Bueno, pues no se preocupe tanto, hombre, que ya no pueden tardar demasiado. Antes me ha parecido oírlos a lo lejos, al detenernos en la estación del tren, así que ya deben de estar a punto de llegar. Venga…

—¿Pero entonces qué hacemos —preguntó esta vez Panerola—,

esperamos por ellos?

—¡No! —respondí—, ¡no podemos perder más tiempo esperando por ellos! Miren, esto es lo que haremos: dejaremos la puerta arrimada, de modo que cuando lleguen puedan pasar por su cuenta. ¿Algún problema al respecto, Pepino?

—En absoluto, Dante.

—Perfecto pues. ¡Venga, andando!

Esta vez sí, nuestra peculiar compañía avanzó todo lo discretamente que le fue posible por uno de los laterales de la plaza en dirección a la fachada de la basílica. Abrían el grupo Linda, nuestra observadora, y Virgilio, orgulloso general del patafísico ejército que llevaba tras él.

Tan singular pareja era seguida muy de cerca por Piti, caminando con la desgana de la que no había dejado de dar muestras en la *roulotte*, arrastrando los pies con un paso bastante más sonoro de lo que a mi tranquilidad le habría agradado.

A poca distancia del trío de cabeza iban Quino y, ligeramente tras él, Antoñita. La variación en la distancia, de uno a dos pasos por detrás de su esposo, estaba en relación directa con su manía de ir parándose de vez en cuando para hacer ora una foto aquí, ora una foto allá. Por lo visto, la mujer no acostumbraba a salir mucho de casa. Gracias a Dios, por lo menos usaba una cámara sin *flash*, algo era algo…

Precedidos de tan incomparable escolta, Atila Prudencio y Jordi Panerola continuaban la fila, cargando entre los dos y como mejor podían con la imagen de la virgen china, resoplando a cada dos pasos y maldiciendo cada medio las respectivas hernias discales de cada uno.

Bizcochito Betty iba un par de metros por detrás del místico grupo, muy probablemente todavía sumida en sus cavilaciones erótico-religiosas.

La procesión nocturna la cerrábamos Pepino y yo, factor este gracias al cual pude comprobar cómo en todo el tiempo que duró el recorrido desde la puerta de Abat Oliba hasta la fachada moderna de la basílica el chaval no le quitó el ojo de encima a Betty ni por un solo momento.

—Así que esta es la mujer, ¿eh?

—Pues sí. Qué, ¿qué te parece? ¡No me digas que no es tal como

te había dicho! Una musa… ¿Qué digo musa? Esta mujer es una diosa, ¡una auténtica belleza renacentista!

—Sí. Sobre todo si lo de renacentista lo dices por la edad…

—¡Eh!, ¿qué insinúas, muchacho?

—No insinúo, Dante, afirmo que esta mujer bien pudo haber sido al mismo tiempo musa y madre del mismísimo Miguel Ángel…

—Bueno, mira, deja que introduzca aquí un argumento al respecto: puede ser que en la cuestión de la edad sí esté un punto o dos por encima de la media, no te digo que no.

—Sí, y uno o dos siglos también…

—Pero vaya, tú ya sabes lo que dicen sobre eso, ¿no?

—¿Qué, «no te acuestes con tu abuela»?

—¡Por favor, Pepino, no seas animal! —advertí amonestando con una colleja al muchacho—. Me refiero a eso de que la experiencia es un grado…

—¡Ah, eso! Por supuesto, por supuesto. Pierde cuidado, tío, que por mi parte no hay problema…

Una sonrisa lasciva vino a ocupar el rostro del muchacho de oreja a oreja.

—¿Ocurre algo?

—Sí, que ya me estoy imaginando la cara de mis compañeros de cuarto cuando me vean entrar por la puerta con ella. ¡Esto va a ser la caña, tío!

Porque en realidad de eso se trataba, la vieja balanza de la oferta y la demanda. Yo había demandado algo, y Pepino pudo ofrecérmelo. A cambio, Pepino había exigido una contrapartida y, gracias al cielo, yo llevaba algo muy parecido en el bolsillo. Al fin y al cabo, ya se lo he dicho por ahí atrás, todos los artistas son iguales. Puede cambiar más o menos la forma, el tamaño, el colorido o incluso lo bizarro de la demanda. Pero, al fin y al cabo, siempre es lo mismo…

No sé si lo recordarán ya, pero en mi segunda visita al monasterio yo había tomado «prestada» una guía en la tienda de *souvenirs*. Combinando la información que el libro ofrecía sobre el coro de la Escolanía con mis vastos conocimientos en lo que a psicología artística se refiere y la personalidad que sin lugar a dudas se ocultaba bajo la mirada afilada y desafiante de aquel pequeño cantor, tal como aquel mismo día había podido observar desde mi

banco en la primera fila de la basílica, no tardé ni medio segundo en comprender que aquel muchacho sería mi llave para entrar en Montserrat. Si, además, tenemos en cuenta el axioma innegable del que antes les hablaba, aquello de que todos los artistas son iguales, un elemento como aquel solo podía responder a tres tipos de estímulos diferentes, a saber:

A. Sexo.

B. Drogas.

C. *Rock and Roll*.

Ahora solo quedaba despejar cuál era la tecla oportuna para hacer saltar a este muñeco, si bien a juzgar por las evidencias observadas la deducción no parecía demasiado complicada:

No solo lo había oído cantar, sino que incluso había tenido la ocasión de verlo en acción y comprobar la gran estima en que el muchacho se tenía así mismo: además de gozar de su canto, de su voz, Pepino no dudaba en mostrarse desafiante con aquellos que osasen molestarlo en plena actuación, tal como pude comprobar cuando me clavó los ojos tan pronto como sintió que mi irrupción en el banco y el consiguiente conflicto con aquellos dos ancianos tan reticentes a la idea de cederme el sitio le quitaba protagonismo a él. No, aquel muchacho era todo un divo, algo demasiado grande para una insignificancia como el *rock'n'roll*…

Las drogas casi siempre son un valor seguro, si bien en este caso la cosa no estaba tan clara… Escuchando su voz, fantásticamente lucida en cada solo que ejecutaba, resultaba evidente que aquel chaval podría estar cantando en el coro del Liceo, con los Niños Cantores de Viena, o incluso sustituyendo a Pavarotti en una gira de Los Tres Tenores. Pero no, él había escogido seguir haciéndolo en la Escolanía, por lo que supuse que una elección como la suya solo se podía entender si estaba apoyada sobre algún tipo de convicción religiosa. O sea, que en lo tocante a las drogas quedaba claro que el muchacho también había hecho ya su elección…

Así pues, ya solo quedaba una única opción posible: elemental, querido Dante.

Y, si me permiten que se lo diga, lo cierto fue que no me había equivocado: cuando apenas llevaba cinco minutos hablando con él ya me sobraban seis para ver con claridad meridiana que si aquel joven y su depravada tropa de amigos iban a ayudarme sería a

cambio de una única moneda: sexo. O, siendo más concretos, lo que el chaval exigía era que yo favoreciera los medios para que aquella compañía de pequeños sátiros pudiera iniciarse en los misterios, secretos, y placeres de la carne.

(«Por supuesto —matizaron—, en compañía»).

(«Por supuesto —volvieron a matizar—, en compañía femenina, no vaya a haber equivocaciones…»).

(Porque, tal como también me explicaron, de los placeres de Onán ya sabían ellos más que una manada de macacos en plena selva…).

Así pues, ese había sido el trato: yo me encargaba de llevarles una mujer que les diera una primera lección, y ellos a cambio me facilitaban el acceso a la totalidad del conjunto. «Incluidas las cocinas si usted lo desea», ofrecieron entusiasmados. Por lo visto, después de tantos años internados no había en todo el monasterio un solo rincón al que ellos no pudieran llegar…

Tal como me explicaron una vez que el acuerdo quedó cerrado, el enorme talento vocal del grupo era el responsable de que la dirección de la Escolanía hubiera hecho una excepción con ellos, ofreciéndoles permanecer en Montserrat más allá del consabido tope de edad de los catorce años. Lo único que tenían que hacer era seguir cantando igual de bien y, en la medida de lo físicamente posible, no llamar demasiado la atención. Esa era la razón de que aquellos chavales llevaran tantos años viviendo entre aquellos muros y de que, por extensión, ninguna de las salas, puertas, dependencias o pasillos que hubiera en toda la montaña guardara secretos para ellos. Cuando además me explicaron que, en lo tocante a la mujer, lo que querían no se trataba de nada «duro» sino tan solo de algo de baile, quizá incluso un strip-tease, sentí como una grieta de luz se abría en el cielo gris y bajaba a mí un rayo de esperanza con un único nombre grabado en él: Bizcochito Betty.

—Oye, Dante…

Pasábamos ya bajo los arcos de la fachada moderna cuando Pepino me sujetó por la manga de mi hábito y, en tono confidente, se acercó un poco más a mí.

—¿Ocurre algo?

—Ya sé que no es lo que habíamos acordado, pero…

Nos detuvimos justo antes de entrar en el atrio de la basílica.

—¿Hay algún problema, Pepino?

—Oh, no, en absoluto. Betty es preciosa, pero yo me estaba preguntando si…

—A ver, hijo, habla de una vez. No sé si lo recordarás, pero nosotros también tenemos un trabajillo que hacer…

—Sí, claro… Oye, ¿crees que la otra mujer podría subir también a nuestro cuarto?

Vaya, el muchacho ampliaba horizontes rápidamente…

—¿Linda? No lo sé, hijo. Es una chica joven, tiene novio, no creo yo que ella…

—No, no —me interrumpió—. La chica no. ¡Yo me refiero a la otra!

Seguí con los ojos la dirección apuntada por el entusiasmado índice de Pepino.

—¡¿Piti?!

Volví a mirar al muchacho, tal vez yo lo estuviera entendiendo mal.

Pero no, una sonrisa viciosa en sus labios me confirmó que no me había equivocado.

—Caramba, chaval. Veo que eres de los que van fuerte…

Canto VI: La hora de la verdad

Permítanme que les exponga un argumento: a estas alturas de la vida uno ya ha visto de todo. Cualquier situación que puedan imaginar, por muy comprometedora que les parezca, este que les habla probablemente ya la haya vivido unas cuantas veces. ¿Vender un número de magia en el que, llegado el momento, el mago no solo haga desaparecer la carta del tres de picas, sino las carteras, los relojes, y las joyas de todos los asistentes al espectáculo, alcalde incluido? Vigo,1989: lo único que apareció fue la carta con el tres de picas… (El alcalde no aparecería hasta tres días después, inconsciente, vestido de gaiteira, y dentro de una balsa hinchable flotando en la fuente de la plaza de España). ¿Que tu ventrílocuo se emborrache de tal modo que incluso su muñeco acabe vomitando sobre una fiesta llena hasta la bandera de críos aterrorizados? Vigo, 1997: desde entonces el alcalde no ha vuelto contratarme nunca más, y su hijo todavía sale corriendo cada vez que José Luis Moreno aparece por la tele. ¿Abrir la puerta del camerino y encontrarte a tu cantante de canción ligera ligero de ropa en plena fiesta con todo tipo de drogas, una mujer, y un burro? Vigo, 2011: El alcalde jura que, definitivamente, no volveré a organizar un solo espectáculo, ni en su ciudad ni en mi miserable vida (por lo visto parece ser que alguna de las partes implicadas en aquella historia, no sé si la mujer o el burro, era del alcalde…). Sí, amigos, como ven han sido muchas las imágenes comprometedoras que he visto a lo largo de estos años. Pero, con todo, créanme si les digo algo: pocas, muy pocas, de tan «difícil digestión» como la de imaginarme bailando juntas, en pleno strip-tease y amorosa intención, a dos mujeres como Bizcochito Betty y Piti «Acción» Masnou. ¡Santa Nefija!, aún hoy siento un escalofrío cada vez que pienso en tal posibilidad…

Aunque, si quieren que les diga la verdad, yo soy de los que creen que hay gente para todo, y si bien no tenía datos para afirmar que Piti jamás haría algo semejante, tampoco los tenía para negarlo, de modo que, en el fondo de mi subconsciente, algo me decía que muy probablemente el chaval tuviera muchas más posibilidades de lograr su objetivo que las que a priori pudiera imaginar. No le dije que no, de modo que ahora Pepino Caruso veía de repente duplicadas sus opciones: si jugaba bien sus cartas, hasta podría ser

que acabase convenciendo a la señorita Acción para que se uniera a la fiesta. Estimulado por al ansia que esta posibilidad le producía, Pepino echó a correr, avanzando desde mi posición al final de la cola hasta ponerse a la cabeza del grupo, para pasar a guiar con entusiasmo nuestra peregrina compañía.

Dejamos atrás los arcos de la fachada moderna de la basílica y atravesamos su atrio. Pero en lugar de ir por el lateral derecho, tal como había hecho yo en mis visitas anteriores, esta vez nuestro imberbe colaborador nos llevó por el medio, atravesando el patio en diagonal. Por fin al otro lado, todo el grupo comenzaba a agolparse alrededor del muchacho, ocupado en abrir una puerta en el extremo izquierdo del atrio, cuando Virgilio y yo aprovechamos para detenernos un momento en el centro del pequeño patio. La vieja fachada de la basílica se recortaba, magnífica e imponente, contra la negrura de la noche. Me quedé observando por un instante a aquel grupo de gente a mi izquierda, el mismo que ahora entraba a las carreras con una virgen de plástico a las espaldas por aquella puerta abierta y, por una milésima de segundo, no pude evitar preguntarme si aquella misma puerta, si bien aparentemente grande, no sería tal vez demasiado pequeña para pasar por ella con unas pretensiones tan altas como las mías sin llevar en el intento uno o dos golpes en la cabeza… Comprenderán ustedes que, en un momento como este, es normal que a uno le asalten preguntas como «¿Qué demonios pinto yo aquí?», «¿Qué puñetas he hecho con mi vida?», o «¿No habría sido mejor estudiar para dentista?»

—Dante…

Ya con todo el grupo dentro, Pepino sujetaba la puerta mientras, en voz baja, me llamaba.

—¡Dante! Oye, ¿vienes o qué?

—¡Ya voy, ya voy!

Rojos la mayoría de ellos, verdes, azules e incluso amarillos, cientos y cientos, probablemente incluso miles de cirios alumbraban el acceso al lateral izquierdo del templo, dándole al paso un aire fantasmagórico. Estábamos en el Camino del Ave María, aquel pasillo abierto entre los grandes muros exteriores de la basílica y la roca viva de la montaña por el que yo había salido después de mis visitas anteriores a la Virgen.

—Así que al final te pareció bien mi idea de entrar por aquí.

—Sí —respondió Pepino—. Teniendo en cuenta vuestras necesidades, pensé que, en efecto, sería más sencillo hacerlo así. Entrando por aquí no tenemos que tocar para nada las capillas laterales del interior de la basílica. Y esa parte sí que está llena de piezas y obras de arte, por lo que el camino está infestado de alarmas y cámaras de seguridad.

—Bueno —respondí—, en principio lo de las cámaras no sería un problema. Por lo que he podido ver, nuestra amiga Piti viene con material suficiente como para neutralizar todas las cámaras de seguridad del monasterio y, si me apuras, las del medio Hollywood también…

—Puede ser —aceptó el chaval sin demasiada convicción, en realidad—. Pero de todos modos este camino es mucho más rápido: si fuéramos por dentro tendríamos que estar abriendo y cerrando más puertas que un portero de discoteca, mientras que por este nada más hay dos: la del atrio, que es la que acabamos de pasar, y esta de aquí arriba.

Efectivamente, al final de unas escaleras voladas de cemento y baldosas por las que justo en ese momento empezábamos a subir Pepino y yo, todo el grupo volvía a detenerse ante una última puerta. Una vez abierta con facilidad por Pepino , fuimos accediendo a una construcción a todas luces muy diferente en comparación con la basílica, a pesar de estar adosada a ella. Se trataba de un espacio en realidad ya conocido por mí: una especie de pequeña estancia con las paredes cubiertas de paneles informativos sobre la basílica y su historia, un tránsito de aspecto moderno comparado con las formas barrocas del templo por donde todos los visitantes de la virgen pasaban justo antes de salir al Camino del Ave María.

—Dejo esta puerta también sin cerrar, ¿verdad, Dante?

—Exacto.

Una vez más, Pepino volvió a ponerse al frente de nuestra delictiva expedición y, ya con nuestras linternas encendidas, pasamos a través de un pequeño arco a la siguiente estancia. A pesar de la sobriedad de la pieza, un par de elementos como una vidriera policromada en la pared a nuestra izquierda, o una inmensa pila bautismal con forma de concha jacobina a nuestra derecha nos advertían de que, ahora sí, estábamos ya en el interior

de la basílica.

Atravesamos la pequeña sala y salimos de ella por un estrecho pasillo curvo. Entre lo abovedado y las paredes recubiertas por una serie de frescos alegóricos sobre la virgen, todo el paso, de no más de un par de metros de longitud, tenía un cierto aire bizantino… Vamos, que en cualquier momento podría haber aparecido el mismísimo Gary Oldman caracterizado como el viejo Drácula, y a mí no me habría sorprendido ni lo más mínimo.

Una vez que todo el grupo dejó atrás el pasillo, y tal como había predicho Pepino aun sin encontrarnos ninguna puerta cerrada, nuestra santa procesión de timadores, maleantes, extorsionistas, mujeres de mala vida, y delincuentes en general fue a salir a la última de las estancias. Esta vez se trataba de una pequeña pieza de planta octogonal, de no más de ocho o nueve metros cuadrados, tirando por lo alto. Recogidos todos bajo una cúpula hermosamente decorada en el mismo estilo que el pasillo que acabábamos de dejar atrás, pudimos comprobar que pese a no contar con ninguna lámpara encendida la sala recibía luz desde dos puntos diferentes. Por un lado, a nuestra izquierda quedaba una puerta de dos hojas de madera y cristal por la que se accedía a una hermosa capilla. Por lo que recordaba de mi guía, se trataba del llamado Camarín de la Virgen, y ocupaba todo el ábside central de la basílica. Iluminada la capilla por la luz de la luna filtrada a través de un magnífico conjunto de vidrieras policromadas, era parte de esa misma luz la que nos llegaba hasta nosotros, si bien casi toda la claridad que recibíamos procedía de otro punto. Uno no menos interesante…

Frente a nosotros se abría un último paso estrecho, un conjunto de escalones empinados por los que bajaba una luz fuerte y dorada. Apretujados como estábamos unos contra otros, ninguno de nosotros tuvo demasiadas dificultades para comprobar que aquello que brillaba allá arriba no era otra cosa ya sino la mismísima Virgen.

—Ooohhh…

—Aaahhh…

Repartan ustedes los «ohs» y «ahs» como más les guste entre los miembros de la compañía, ya que esa era, mayoritariamente, la reacción de casi todos los allí presentes.

—Qué bonita… —suspiró Linda.

—Sí… —asintió Antoñita—. ¡Subamos a verla!

—¡No! —respondí cuando ya la mujer de Quino comenzaba a subir las escaleras que llevaban al altar mayor—. Deténganse, que nadie se mueva.

—¿Que nos detengamos? —protestó Atila—. ¡Pero si ya está ahí!

—¡Pues por eso mismo! ¿O es que ya no recuerda usted lo estrecho de ese espacio? ¿Qué quiere, que acabemos cayéndonos todos sobre el altar por querer embutirnos como si fuéramos sardinas en lata? ¡Además, por si ya lo han olvidado, les recuerdo que esto no es ninguna visita guiada, caramba! ¿Acaso les pareció haber subido en el bus turístico? No, ¿verdad? ¡Pues dejen de comportarse como críos, que aunque no se lo parezca, estamos aquí para hacer un trabajo, puñeta!

—Vaya, hombre. Pues a mí me hacía ilusión verla…

—A ver, Quino, ¿tú también? ¡Oye, mira, ya te compraré una postal en otro momento! Pero no ahora, hombre, ¡ahora no! ¡Ahora tenemos cosas más importantes que hacer!

—Pero bueno, ¿entonces cómo haremos para cogerla? —inquirió Panerola.

—Por partes —respondí—, lo haremos por partes. Y, además, para eso todavía tenemos que…

—¡¿Cómo que por partes?! —volvió a protestar Atila—. ¡No me diga que ahora nos la vamos a llevar en pedacitos!

—¡No, por supuesto que no! Lo que quiero decir es que…

—Además —interrumpió nuevamente el gordo bocazas—, ¿cómo carajo lo haríamos? ¡Aquí hay tan poco espacio que no me caben las ideas!

—Bueno —rezongó Quino por lo bajo—, para eso antes habría que tenerlas…

—¡Oiga!, ¿está usted insinuando alguna cosa, animal?

—¡Papá, por favor!

—Oigan…

—¿Animal, yo?

—¡Eh! ¡Haga usted el favor de no insultar a mi marido!

—Oigan, ¿quieren parar de una vez…?

—Disculpe, señora, pero aquí no se puede fumar…

—¿Ah, no? ¿Y eso quien lo dice, guapo?

—¡Aquí el único animal que hay es usted, pedazo de orangután!

—¿Está usted llamándole «guapo» mi marido?

—¡Parad de una maldita vez!

¡PAFF! ¡BUUMBAA!

TRRRRRRR CLAN Clin clon clan clon clun…

(Silencio sepulcral).

¡¡¡CATACRASH!!!

De pronto todos se callaron. Esta vez sí. Todos oímos el ruido. O la colección de ellos, mejor dicho.

—¡Mierda! —exclamó Atila—. ¿Han oído eso?

—Hombre…, como para no oírlo, ¿no le parece?

Como siempre, tampoco esta vez le faltaba razón a Quino. Pese al escándalo producido por todas nuestras voces hablando, peleando, protestando, discutiendo e incluso coqueteando entre ellas, había que estar más sordo que un muerto para no oír la antología de ruidos, golpes, caídas y, previsiblemente, destrozos que acababa de producirse a muy poca distancia de donde nosotros estábamos. Fue algo así como un sonido sordo primero, alguien tropezando con algo que cae, rueda después y, finalmente, acaba estallando en mil pedazos estrepitosamente. Y, si me permiten que se lo comente, también preocupantemente. Muy preocupantemente. Por el amor de Dios, ¿cómo demonios podía ser…?

Pepino y yo intercambiamos una mirada incómoda. El ruido había venido de atrás, justo por donde nosotros acabábamos de pasar.

—Escucha, muchacho —dije en voz baja—, será mejor que vayamos a echar un ojo…

—De acuerdo.

—¡De eso nada! —advirtió Atila.

—¿Cómo?

—Que de eso nada —repitió—. Que no sé quién coño andará ahí abajo, pero si el asunto va de poner las cosas en su sitio con alguien, no me parece a mí que sean ustedes dos precisamente los más indicados a la hora de repartir leña… Que el chaval se quede aquí. Panerola y yo iremos con usted.

—Pero…

—¡Que no se hable más! Venga, Jordi, andando.

Era inútil protestar: en un momento como aquel tampoco estaba yo para demasiadas exigencias. Cómo podíamos ser tan torpes…

—De acuerdo —claudiqué—, vamos.

Muy juntos todos, comenzamos los tres a desandar el camino. Avanzábamos con pasos cortos, intentando no hacer ningún ruido y con las linternas apagadas por iniciativa de Panerola («Para no delatar nuestras posiciones», nos aconsejó…), y todo ello en estado de máxima alerta. Maldita sea, aquello era exactamente lo que faltaba: echarlo todo a perder, justo ahora que por fin estábamos tan cerca…

Cuando volvimos a pasar por la sala anterior, aquella de la vidriera policromada, me pareció notar algo diferente, pero, quizá por la poca luz, quizá por los nervios, en ese momento no caí en la cuenta de qué era.

—¿Hay alguien ahí? —le pregunté a la oscuridad.

Pero la oscuridad no respondió.

—A ver, ¿hay o no hay alguien ahí? —volví a preguntar.

Nada.

—A lo mejor solo ha sido un ratón… —sugirió el gordo Prudencio.

—Sí, claro, un ratón —repuse de mala gana—. El típico ratón de ochenta kilos…

—Bueno, mire, pues está claro que aquí no hay nad…

—¡Calle! —interrumpí—. ¿No ha oído eso?

Los tres nos quedamos en silencio.

—Yo no oigo nada —respondió Atila.

—Yo tampoco —confirmó Panerola.

Pero yo sí, yo sí que lo oía. Venía de fuera, al pie de las escaleras. Una especie de revolver en la piedra, como si alguien estuviera moviendo… ¿ladrillos? No, no era eso. Tal vez algo más denso… Pero por favor, ¿pero qué demonios estaban haciendo?

—¡Esto diciendo que si hay alguien ahí!

El ruido cesó de repente. Fuera lo que fuera que estuvieran haciendo con las piedras, o con lo que fuese, al oír mi voz dejaron de hacerlo. Ni un solo ruido, absoluto silencio a ambos extremos. Hasta que, por fin, una voz respondió desde el camino.

—No, aquí no hay nadie. ¿Y ahí?

No me lo podía creer… Una respuesta como esta solo podía salir de una única cabeza. Los otros dos también reconocieron la voz.

—¡Miqui!

—¡Sí, estamos aquí!

Salimos de nuestro refugio bajo el pequeño arco que comunicaba las dos salas, y atravesamos la pieza a toda velocidad para asomarnos a la puerta que daba al exterior. Efectivamente, allí estaban, Miqui y Andresito, los dos ocupados en recoger los trozos de algo desparramado por todo el suelo.

—¡¿Pero se puede saber qué diablos estáis haciendo?!

Notando nuestra presencia en lo alto de las escaleras, Andresito, hasta entonces de espaldas a nosotros, se puso en pie y giró sobre sí, con un par de pedazos de algo nacarado en las manos y cara de circunstancias. Por los clavos de Cristo…

—Ahí dentro todo muy oscuro, siñó Dante.

—¡Sí, es verdad! —corroboró Miqui la excusa de Andresito—, ¡el chino tiene razón! ¡¿A quién carajo se le ocurre dejar una almeja gigante en el medio de la habitación?!

Según Andresito nos explicó, por fin habían conseguido acceder a la basílica, siguiendo el camino indicado por las puertas que Pepino había ido dejando abiertas para ellos, cuando, desorientado en plena oscuridad, Miqui se dio de narices con aquella pila bautismal de la segunda estancia. Esa había sido la causa del amplio catálogo sonoro que todos pudimos escuchar unos minutos antes, así como el motivo de que yo tuviera la sensación de percibir algo diferente, algo cambiado al pasar de vuelta por la sala: aquel par de animales había tirado al suelo una pieza de un valor incalculable, lanzándola escaleras abajo para que acabara destrozada en mil pedazos en pleno Camino del Ave María. Vamos, en su línea habitual…

De regreso a la antesala de la Virgen, me costó hacerle comprender a Miqui que no se trataba de ninguna concha de almeja, sino de una pila bautismal probablemente antiquísima y, sobre todo, más probablemente aún, carísima.

—Pero cómo, ¿que ese trasto era lo que empleaban para bautizar a los chavales? ¡Venga, señor Odeón, no me tome el pelo! ¿Y con qué les echaban el agua por encima, con una cabeza de langostino vacía?

Ciertas conversaciones hay que saber dejarlas a tiempo…

Canto VII: La hora de la verdad (y unos minutos después…)

—¡Venga, venga! —dije separando el beso en que Linda y Miqui se habían fundido al reencontrarse en la antesala—. Ya sé que os alegráis mucho de veros. Pero, con vuestro permiso, dejad que os recuerde una cosa a todos: muchachos, es para hoy.

Efectivamente, el reencuentro con el resto del grupo había motivado efusivos abrazos, besos y no pocas explicaciones por lo sucedido. Pero si estábamos allí no era para montar un guateque nocturno sino para realizar un trabajo, y cada minuto que pasábamos sin ponernos manos a la obra era un minuto más que seguíamos en peligro.

—Pepino, ¿qué te parece si antes de irte con Piti a la sala de control le explicas a Andresito cómo va el mecanismo?

Por un instante, el pequeño divo se quedó mirándome, como si no entendiera a qué me refería.

—¿Eh?

Maldito crío…

—¡El mecanismo! —repetí—. Ya sabes, para abrir la mampara de seguridad…

—¡Ah, claro! Por supuesto. Acompáñame.

Pepino abrió la puerta a su izquierda, y él y el chino se metieron en la penumbra del Camarín de la Virgen.

—Como te dije antes —le explicó a Andresito—, el mecanismo que activa y desactiva el bloqueo del cristal se controla desde una pequeña caja de mandos que está aquí, oculta en uno de los laterales del altar.

—De altar, sí —repitió el camarero, recuperando aquella locuacidad suya tan característica.

—Sí, justo ahí. Una vez que sabes dónde está, es muy fácil abrirlo. Basta con una llave de estrella cualquiera…

—Como esta, ¿sí?

—Exacto, sí, justo como esa… —afirmó lentamente Pepino con la mirada puesta en la herramienta que el chino ya llevaba en la mano.

»Bueno, pues la caja de control está aquí —siguió explicando al tiempo que señalaba hacia una pequeña puerta de madera

disimulada en uno de los laterales del altar, justo al lado de donde Andresito ya estaba agachado.

—Esta puerta, ¿sí?

El chino hablaba desde una expresión divertida. ¿De qué demonios se estaba riendo, el muy idiota? Desconcertado, Pepino cruzó una mirada rápida conmigo, y yo comprendí la incomodidad del muchacho: el catalán-oriental estaba yendo demasiado rápido.

—Andresito, hijo —le indiqué desde la puerta—, ¿qué tal si no corres tanto, y dejas que Pepino te vaya explicando, sí? Al fin y al cabo el que sabe cómo va esto es él, no tú, ¿no te parece? A ver si vas a tocar donde no es, y aun acabas estropeando algo…

—No, no le interrumpa —para mi sorpresa, no era el camarero quien me contestaba, sino alguien muy diferente—. Déjele hacer…

Atento, Atila observaba la escena sin quitarle un ojo de encima, muy interesado en el sorprendente dominio que Andresito mostraba de la situación.

—¿Cómo que le deje hacer? A ver si le va a dar al botoncito equivocado, y en lugar de liberar el mecanismo de la Virgen lo que libera es a los dóbermans…

Prudencio me miró, sorprendido.

—¿Los dóbermans? ¿Qué dobermans?

—¡Bueno, mire —rezongué—, pues los que puedan tener los monjes si una tropa de indeseables entra en su basílica a las tantas de la madrugada y se pone a trastear con sus cosas!

—No —sonrió con seguridad Atila—, no me parece a mí que vaya a pasar nada de eso…

Entre tanto, Andresito ya había abierto la puerta que protegía los controles de seguridad.

—Vale —dijo Pepino—. Una vez abierta, lo que ahora tienes que hacer es…

Pom. Pom. Pom.

Silencio.

¡Clac!

Apretujados como estábamos contra las puertas de la capilla, intentando ver lo que pasaba en su interior, todos pudimos oír con claridad la secuencia de sonidos a nuestras espaldas. Tres golpes secos, graves, seguidos de uno último, el cuarto, que resonó a lo largo de toda la nave central del templo. Justo a nuestras espaldas,

allá arriba, algún tipo de mecanismo acababa de activarse en el altar mayor de la basílica.

—¿Qué… qué ha sido eso? —preguntó nerviosa Antoñita.

—Eso, señora, es la mampara —respondió Pepino—. Los ruidos que acabáis de oír son los cierres del cristal de seguridad, que se van abriendo uno detrás de otro.

—Impresionante… —comentó Atila con voz lenta y pausada.

Lo observé, y me pareció descubrir una expresión rara en su mirada, todavía puesta sobre Andresito… Algo no marchaba bien.

—¿Ocurre algo?

No respondió al momento.

—Sí —dijo al fin—. Este chinito suyo…

Tragué saliva.

—¿Andresito?

Atila volvió a mirarme.

—Que yo sepa no tenemos más…

—No, claro, por supuesto —respondí nervioso—. Mire, puede que el chaval sea un poco impulsivo, no le digo que no. Pero vaya, lo importante es que al final ha conseguido abrir la caja del tesoro, y…

—¿Impulsivo, dice usted? —me atajó Atila—. ¿Pero de qué carajo me está hablando, Dante? ¡Ha sido como si su jodido amarillo llevara toda la vida haciendo esto!

Tragué mucha más saliva.

—Bueno, mire, deje que le diga una cosa…

—No —volvió a interrumpirme aquel armario empotrado que era Atila—. Deje que se la diga yo a usted.

Madre mía. En aquel preciso instante mi vida empezó a pasar ante mí, sopapo tras sopapo, puñetazo tras puñetazo. Y, curiosamente, era yo quien recibía todos los golpes…

—Enhorabuena.

¿Có… cómo?

—Enhorabuena —repitió—. Reconozco que me había equivocado. Y cuando uno está equivocado, por muy jefe que sea, lo que tiene que hacer es saber reconocerlo.

El temor se había convertido en desconcierto, y ahora tomaba las formas de algo semejante a la incertidumbre…

—¿Que se había equivocado, usted?

—Sí. Admito que en principio no las tenía todas conmigo, no estaba nada convencido de que meter a este chupa-limones en el grupo fuera una buena idea. Pero ahora… —la sonrisa regresó al rostro de Atila—. ¡Ahora no me deja usted más remedio que felicitarlo, amigo Dante! Sobre todo tras haber visto la facilidad con la que su amigo amarillo trabaja… ¡Por algo le dicen a su país «el gigante tecnológico»!

—Desde luego —le confirmé, recuperando también yo la sonrisa. Y el color—. Casi parece que haya nacido para esto, ¿verdad?

En el fondo supongo que era inevitable que algo así sucediera: al fin y al cabo, Andresito se había pasado trabajando ni se sabe cuántos años sin conocer más ritmo posible que aquel tan acelerado, el estrés de tener que llegar siempre a tiempo en cada reparto. Probablemente esa fuera la razón de que hoy se hubiera saltado el guion, y lo que pudo haber sido un problema acababa de convertirse en una solución.

—¡Desde luego! —respondió satisfecho el gordo—. De haberlo sabido antes, igual lo fichábamos a él, y a usted… —me guiñó un ojo—, ¡a usted lo tirábamos al río!

Atila lanzó una fuerte carcajada, divertido por su propia chanza. Si es que era una chanza… Comprendí su alegría: Andresito acababa de dejarle el camino libre, y ahora ya nada impedía que aquel animal con ropa pudiera ponerle la mano encima a su virgen. Bueno, nada no. Todavía quedaba otro detalle importante.

De regreso en la antesala, volví a buscar al chaval entre el grupo. Y a pesar de lo pequeño que era el espacio, lo cierto es que aun tardé en localizarlo. Se ocultaba en la oscuridad del pasillo, murmurando algo muy divertido en la oreja de Piti Acción.

—Pepino, es tu turno.

—¿Ya?

—Ya.

—De acuerdo. ¡Palomitas —exclamó dirigiéndose a Betty y a Piti —, nos vamos! Es la hora del amor…

¿Pero será posible? Señor, qué paciencia…

—Escucha, Romeo —le atajé antes de que abandonase la estancia—, permite que introduzca un argumento: mejor será que te dejes de payasadas y prestes atención —le advertí—. Como no hagáis bien el trabajo en la sala de vigilancia, el único amor que tú

y tus amigos conoceréis será en las duchas del reformatorio, ¿te queda claro?

Divertido con lo ridículo de mi amenaza, una ceja levantada y la boca entreabierta, Pepino se quedó mirándome.

—¡Eh, Dante, tío! —se echó a reír—. ¡Tranqui, hombre, que ya lo tenemos todo controlado! Primero haremos una paradita en la sala de control para arreglar el problemilla de las cámaras. Y después… —añadió en tono pícaro, guiñándome un ojo—, lo que surja… ¿Me acompañan, preciosidades?

Pepino tomó a las dos mujeres por la cintura y, como una especie de galán prematuro que se va en la compañía de sus abuelas, los tres salieron por el pasillo, dejándonos por fin solos a los demás en la antesala del altar mayor. Ya se perdían las risas de Betty, Piti y Pepino en la oscuridad cuando todavía volvimos a oír la voz del chaval.

—¡No hagan ruido al salir!

—¡Tú no te preocupes por eso —le respondí a un pasillo en tinieblas—, sino por hacer bien vuestro trabajo! A ver si aun la vamos a fastidiar ahora por una cinta puesta al revés…

Porque, en realidad, en eso consistía mi plan para librarnos del sistema de video-vigilancia…

Según Pepino Caruso me contó el día que nos conocimos, el chaval había nacido con un don asombroso para la cosa del canto, por lo que más allá de los ensayos obligatorios apenas si necesitaba practicar por su cuenta. La suma de tan pocas horas de estudio y tantos años entre aquellos muros daba como resultado un margen de tiempo libre más que considerable para andar trasteando por las interioridades del monasterio…

Así es como Pepino había descubierto que la última gran reforma realizada en la basílica, la del año 1998, también había pasado por el sistema de vigilancia. Una reforma llevada a cabo varios años antes de la consolidación de los discos duros, los megabytes y las nubes virtuales: esa era, junto con la más que conocida lentitud de la Iglesia para adaptarse a los tiempos, la razón de que los videos de seguridad de Montserrat todavía se guardasen en cintas VHS: «Una cosa que los dinosaurios empleaban para ver películas, o algo así», según la descripción ofrecida por Pepino.

—Bueno, a ver, yo tampoco creo que se trate de un sistema tan viejo —le había respondido yo.

—¿Ah, no?

—¡Por supuesto que no! Mira, aquí donde me ves, yo mismo tengo una nada despreciable colección de películas…, ya sabes, «de amor con poca ropa», a la que de vez en cuando todavía le sigo echando algún que otro vistazo, más que nada por no olvidarme de cómo se hacía… ¡Y yo no soy ningún dinosaurio, muchacho!

—¿Y esas películas, dices que las tienes VHS?

—¡Pues claro!

Pepino se me quedó mirando, observándome con curiosidad, la boca entreabierta y un gesto divertido en la mirada.

—Vaya… Y seguro que todavía usas el iPod para escuchar música, ¿verdad?

—¿El *ai-qué*?

Así pues, mi idea era bien sencilla:

Primero: colarnos en la sala de control.

Segundo: localizar los aparatos de video y robar todas las grabaciones recientes.

Tercero: en su lugar, dejar en los grabadores una serie de películas VHS con un contenido sensiblemente diferente…

Así, si algún día se descubría el robo, cuando los responsables de seguridad fueran a buscar imágenes de lo sucedido, en lugar de dar con nuestros momentos estelares en Montserrat, todo el tiempo a las carreras entrando y saliendo con una virgen a cuestas, lo que encontrarían sería una selección de las mejores bodas, bautizos, y otros momentos inolvidables de la vida social barcelonesa desde 1984 hasta 1992, sin olvidar unos cuantos videos de gatitos haciendo cosas de gatitos, párvulos llevándose todo tipo de caídas y sopapos divertidos, y hasta la primera comunión de Copito de Nieve.

Comprendo que así contado, igual pueden ustedes pensar que no se trata más que de una estupidez. Pero, si quieren que les sea franco, a mí tampoco me parecía tan mala idea: es una verdad innegable el hecho de que a todo el mundo le alegra el día un par de vídeos de niños y gatitos. ¿De qué iba a existir YouTube si esto no fuera así? Y, desde luego, una cosa estaba clara: si alguna vez se descubría el robo, aquella gente iba a necesitar todo el humor del

mundo para encajar lo sucedido…

Canto VIII: De ruido y nueces

Una vez abierta la mampara, el siguiente paso resultó bastante sencillo. No sé, pero, si me permiten que les introduzca un argumento, lo cierto es que no deja de llamarme la atención lo fácil que, llegado el momento, resulta llevar a cabo ciertos actos delictivos a priori aparentemente mucho más complicados. Me refiero a cosas como vender la Torre Eiffel, robar el Códice Calixtino o, qué se yo, hacer desaparecer como por arte de magia los ahorros de miles y miles de preferentistas, no sé si saben lo que quiero decir… Bueno, pues, por lo visto hasta el momento, hacer lo propio con una joya románica del siglo xii tampoco estaba siendo tan complicado.

Con mucho cuidado de no romper nada más, Miqui y Andresito subieron hasta la imagen de la Virgen y, con la ayuda de unas ventosas que el chino había traído de la *boutique* de su tía, se encargaron de retirar el cristal protector, poniendo Miqui la fuerza y Andresito una especial atención en la parte más compleja del asunto, allí donde como ya les había explicado la mano derecha de la virgen salía a través del orificio abierto en el metacrilato. No era para menos: un movimiento mal sincronizado entre los dos muchachos podría derivar en un golpe de la mampara contra la mano. Y, teniendo un cuenta el peso del cristal, no resultaba difícil imaginar lo que pasaría: la mano acabaría dañada y nuestros planes hechos añicos.

Y eso por no hablar de fatalidades peores…

Como ya he dicho, el paso es estrecho de más a su paso ante la imagen de la Moreneta, de modo que apenas hay espacio para el avance de una fila india. Por eso había que organizarse, ya que no podíamos permanecer todos allá arriba (por mucho que Antoñita se empeñara…). Así pues, una vez que Andresito y Miqui pudieron retirar la mampara, posaron el cristal a un lado y ambos bajaron del altar mayor.

—Listo, siñó Dante.

—Qué —preguntó ansioso Atila—, ¿podemos subir ya, entonces?

—Sí —respondí con gesto grave—. Vamos allá.

Uno detrás de otro empezamos a subir por las escaleras que salían de la antesala donde habíamos estado esperando todo el

tiempo. Atila iba delante, haciendo valer su rol de jefe. Lo seguía yo a corta distancia y, cerrando la procesión, Jordi Panerola, alias «el Cuc». Lentamente, peldaño a peldaño, fuimos subiendo con cuidado de no tropezar con nada hasta que por fin, y tras tanto tiempo de espera, llegamos: allí estábamos, en lo alto del altar mayor de la alta Montserrat.

Y, si me permiten el inciso, he de decir que resultaba impresionante: a mis espaldas, la inmensidad de la basílica se extendía magnífica, como un gigantesco animal al acecho, oculto en la profunda oscuridad de su nave central. Y, frente a mí, la Virgen.

Majestuosa, allí estaba ella, la Virgen Negra. Románicamente señorial, severa y grave, en la compañía de su Niño (por cierto, igual de negro que ella pero con cara de llevar menos tiempo esperando el autobús bajo la lluvia…).

Con todo, y pese a lo impresionante de las circunstancias, a mí lo que me pedía el cuerpo era observar las caras de mis acompañantes… Cada uno a un lado, ambos permanecían allí, contemplando la imagen simplemente embobados. Inmóviles, sin atreverse tan siquiera a tocarla, los dos mantenían las bocas tan abiertas que bien podría haber aterrizado en ellas un Jumbo 747.

Aunque, siendo justos, tampoco era para menos. Al fin y al cabo, y después de tanto tiempo aguardando por él, el momento había llegado, y ahora allí estaban ellos, con su virgen al alcance de las manos y sin nada que se interpusiera entre las partes. Por fin, ya tan solo quedaba cogerla. Y para eso mismo estábamos allí los tres.

—¡Qué! —interrumpí el momento de mística comunión entre aquel par de cretinos y sus intenciones delictivas—, ya está bien de tanta contemplación, ¿no? Venga, que todavía nos queda mucho por hacer. ¿Están preparados?

Tal como ya les había explicado varias veces, y aún les había vuelto a recordar mientras esperábamos en la antesala a que Miqui y Andresito terminasen de quitar el cristal, la cosa era bien sencilla: se trataba de que una vez arriba, tal como ahora estábamos, Atila y Panerola fueran levantando la imagen en el aire, separándola poco a poco de su pedestal, y, sobretodo, que lo hicieran muy lentamente, con suavidad.

—Sigo sin comprender por qué no hace Miqui este trabajo —protestó Atila—. Él es el más fuerte de todos, y vaya, que para esto

tampoco hay que ser ningún genio…

—Por favor, señor Prudencio, ¿necesita que se lo vuelva a repetir? Miqui ya está con otra cosa.

—Ya, pero…

—Oiga —le atajé—, ¡ni pero ni gaitas! Imagínese lo que pasaría si después de cargar con el cristal, que ya le digo yo que pesa un mundo y algo más, empezasen a temblarle los brazos justo cuando estuviera cogiendo a la virgen en el aire.

Atila refunfuñó algo por lo bajo, al tiempo que se rascaba los cuatro pelos mal afeitados del mentón.

—Que podría activar alguna alarma oculta antes de que nosotros la detectásemos.

—Exacto, Atila. Así que ahora, si le parece bien…

Señalé en dirección al altar, y los dos hombres echaron mano de la virgen. Uno por cada lado, sujetaron la pieza tal como yo les había indicado, agarrándola por la parte de la talla que representaba el trono, el asiento de la virgen. Poco a poco, con tanta suavidad como a aquel par de simios les era posible, comenzaron a levantar la pieza de su pedestal. Y por un instante, allí agachado, revisándole los bajos a la Virgen de Montserrat, la situación se me reveló increíble. Divertida, delirante, increíble. Casi se me escapa una carcajada.

—¿Va todo bien? —preguntó un esforzado Panerola.

—¿Eh? Oh, sí, sí, por supuesto. Sigan, sigan… Poco a poco, con suavidad… Así, muy bien, con cariño, como si fuera la primera vez…

—¡Eh! —volvió a protestar Atila—, ¿se puede saber de qué carajo está hablando?

—De nada, de nada —sonreí con disimulo—. Sigan, que ya casi está…

Cuando por fin la tuvieron levantada a una distancia suficientemente prudencial de las paredes del altar, yo me eché a un lado todo cuanto me fue posible y le dejé el paso libre a Atila para que los dos hombres pudieran marcharse con su valiosísima carga escaleras abajo. Pese a permanecer tras ellos pude escuchar sus risitas por lo bajo, al tiempo satisfechos y nerviosos, como dos niños que, traviesos, se escaparan al fin con el botín de su travesura en las manos. Dejé escapar una nueva sonrisa, y también yo salí tras ellos,

no sin antes echarle un último vistazo a aquel espectáculo, la colosal oscuridad del templo vacío, hundido en la quietud de la noche.

De vuelta en la antesala, dos fueron las cosas que me llamaron la atención.

La primera fue que, finalmente y contra todo pronóstico, la señorita Piti «Acción» Masnou no había aceptado las insinuaciones románticas del galante Pepino Caruso.

—¡Vaya! —exclamé dirigiéndome a ella—. ¡Si le soy sincero, ya no contaba con volver a verla por aquí, Piti!

—¿Ah, no? —preguntó ella sin disimular su indiferencia.

—Pues a juzgar por lo acaramelados que iban ustedes tres cuando se fueron, lo cierto es que no… —sonreí con retranca.

—Pues ya ve usted que no ha sido así.

—¿Y qué, cómo ha ido todo por la sala de vigilancia? ¿Todo en orden? —pregunté confiado.

—Sí, por ahí sí —respondió en el mismo tono apático de siempre—. Bueno… —añadió casi al momento, cambiando ligeramente el tono—, en realidad al principio sí tuvimos un pequeño problemilla.

—¿Un problema? —maldita sea, «problema» era un sustantivo con el que no contaba como matiz—. ¿Qué tipo de problema exactamente?

—Del que hace saltar la alarma —respondió ella como si tal cosa.

—¡¿El qué?!

—Tranquilo, chato —respondió con desdén—, que no ha sido nada serio, en realidad…

—¡¿Cómo que no ha sido nada serio?! ¿Qué es eso de que haya saltado una alarma? ¡Pero si Pepino no me dijo nada de ninguna alarma! ¡¿De qué maldita alarma me está usted hablando?!

—Pues justo de una que, por lo visto, su niño prodigio no sabía que existía…

»Resulta que, efectivamente, todo el sistema de vigilancia va a dar a unos grabadores de vídeo VHS. Lo que nadie nos explicó es que si los parábamos todos al mismo tiempo para cambiar las cintas originales saltaba una especie de alarma…

—Virgen santísima… —tragué saliva—. ¿Una especie de alarma? —pregunté echándome las manos a la cabeza—. ¿De qué

clase?

—De las que hacen ¡DANG! ¡DANG! ¡DANG!

No daba crédito. Una alarma… Pepino había pasado por alto un detalle más que importante, y ahora tenía a Piti imitando el sonido de la alarma. O, para ser más exactos, gritando como una loca en el medio de la antesala, con todo el mundo mirándola, y yo a punto de sufrir un infarto.

—¡Dioses del Olimpo! ¡¿Y ahora qué vamos a hacer?! —pregunté, viéndome ya entre rejas.

Piti, con el ceño fruncido, no parecía comprender mi preocupación.

—Pues supongo que seguir adelante, ¿no?

Su tranquilidad me cogió por sorpresa.

—¿Cómo dice?

—A ver, ¿no está preguntando que qué vamos a hacer? Pues seguir —repitió con su proverbial indiferencia—. O cómo es la cosa, ¿acaso se le ha ocurrido una idea mejor durante mi ausencia? ¿Ya no quiere llevarse a la virgen?

—Sí, claro. Pero… —no comprendía nada—. ¿Y qué pasa con la alarma? Quiero decir, a estas horas ya estará todo el mundo advertido…

Piti resopló con fuerza, haciendo notorio el fastidio que, por alguna razón desconocida, yo le provocaba.

—Pero a ver, muñeco —rezongó de mala gana—, ¿no acabo de decirle que por ahí estaba todo bien?

No comprendía nada.

—Pero… ¿Cómo?

—¿*Cómo* qué?

—¡¿Cómo que *cómo qué*?! —las respuestas de aquella mujer estaban poniéndome histérico—. ¡Por el amor de Dios, Piti! ¡¡¡Que es usted la que ha entrado hablando de alarmas ocultas!!!

—Sí.

—¡¿Y entonces?! ¡¿Cómo vamos a solucionar eso?!

—Ya está solucionado.

—¿Que ya está sol…? —sacudí la cabeza—. ¡¿Cómo?!

—La apagué.

Ahora sí que no comprendía nada de nada.

—¿La apagó?

—Pues claro. No se imagina usted lo molesto que es trabajar con ese ruido encima…

—La apagó… —repetí asombrado—. Pero…, ¿cómo pudo hacerlo? Quiero decir, si no sabían que había una alarma, no conocían el sistema…

—Pues dándole al botón —respondió ella con naturalidad.

—¿Al botón? ¡¿De qué rayos de botón me está hablando?!

—¿Pues de cuál va a ser? Del que había al lado de los grabadores.

—Al lado de… ¿los grabadores?

—Ahí mismo. Uno que ponía «Alarma: apagar».

Los ojos se me abrieron como platos.

—En realidad —siguió explicando—, parece ser que esa alarma solo es para avisar cuando los grabadores se quedan sin cinta. Vamos, que solo es un chivato —aclaró con gesto aburrido—, no está conectada a nada fuera de la sala de control. Supongo que su función es avisar al guardia que esté echando la siesta delante de los monitores para que se despierte, cambie la cinta, y siga durmiendo. Ya se lo he dicho, Dante, no fue más que una molestia. Sobre todo para mí…

Aliviados, todos en la sala volvieron cada uno a lo suyo. Tan solo yo, todavía con el susto en el cuerpo, me quedé observándola un buen rato. Jesucristo, aquella mujer acababa de quitarme un año de salud nerviosa, por lo menos…

—Pero, entonces…, ¿está todo bien? —quise confirmar.

—Por favor —volvió a resoplar—, ¡pero mire que es usted pesado! ¿Acaso no se lo estoy diciendo? Que sí, hombre, que sí. Ya puede usted aflojar el culo, que por ahí está todo bien.

Se quedó en silencio, dándole vueltas a algo.

—Ahora —soltó al fin—, en la cabeza de ese muchacho… Si quiere que le diga la verdad, ahí ya no tengo yo tan claro que vaya todo bien.

—¿En la cabeza de Pepino? ¿Qué ocurre ahora —pregunté, nuevamente alarmado—, acaso ha habido algún problema con él?

—¿Problema? Oigan, dejen que les diga algo: tal vez sea yo, que ya soy demasiado mayor para escuchar según qué cosas; o tal vez sea el chaval, que es demasiado joven para llevar en la boca según qué barbaridades. Lo que sí tengo claro es que de juntar las dos

posibilidades no puede salir nada bueno, señores. No, desde luego que no. ¡A mi edad todavía no estoy preparada para cierto tipo de proposiciones!

Aclarado este asunto, me centré en la segunda de las cosas que, como les he dicho, me había llamado la atención al regresar a la antesala: comprobar que Atila y Panerola habían posado la imagen que acababan de bajar del altar al lado de la otra, la que nosotros habíamos traído en el remolque. Impresionaba verlas juntas.Tal como dos gotas de agua…

—¡Por el amor de Dios, señor Prudencio! Tenga usted más cuidado con donde deja las cosas, hombre, ¡que aun vamos a acabar llevándonos la que no es!

—¡De eso nada! —respondió con orgullo el gordo—. La buena es esta —afirmó señalando a la que reposaba a su lado—, que en ningún momento me he separado de ella.

—¿Está usted seguro?

—¡Y tanto! ¡Como que no pienso quitarle el ojo de encima ni por un segundo!

Volví a sonreír.

—Muy bien, así se habla. ¡Pues venga, andando! Que todo el mundo vaya saliendo —ordené—, que nosotros aquí ya no pintamos nada. Prudencio, Panerola, cojan a la virgen.

Mi orden cogió a Atila por sorpresa.

—Pero, ¿cómo? ¿Es que vamos a dejar todo esto así, sin poner a la virgen falsa en el sitio de la buena?

—Por supuesto que no, hombre, pero eso ya es trabajo para estos dos —respondí señalando a Miqui y a Andresito.

Confundido, Atila se quedó mirando a los dos muchachos.

—¿Y no les esperamos?

—Sí, claro. Y si le parece, también esperamos a que el sacristán venga a abrir el negocio, y así aun nos tomamos el desayuno con él. E incluso podemos invitar a la policía después… ¡Por supuesto que no, Atila! ¿En qué demonios está usted pensando? Nosotros lo que tenemos que hacer ahora es salir pitando de aquí, y si puede ser ya mejor que después. ¡Venga!

—Pero… ¿Y ellos? —volvió a señalar a Miqui y a Andresito—. ¿Cómo harán para salir?

—En globo.

Los ojos de Atila Prudencio se abrieron como planetas.

—¡¿En globo?!

Resoplé, haciéndole ver al gordo que mi paciencia comenzaba a agotarse…

—¡Por favor, Atila, despierte de una vez! Estos dos tienen su propio vehículo, ¿O es que ya no se acuerda? ¡La moto! —le recordé—, no nos necesitan para nada. Qué, ¿se queda más tranquilo, ya? ¡Pues venga, puñeta, que estamos perdiendo un tiempo precioso!

Por fin con todo el grupo fuera y Atila y Panerola enfilando el pasillo, todavía giré sobre mí mismo una última vez.

—¿Todo en orden, Andresito?

Tranquilo, el chino me guiñó un ojo.

—Todo en orden, siñó Odeón.

—Bien. Buena suerte, muchachos.

Alcancé a los demás ya en el Camino del Ave María, a la altura de la representación de aquel ángel horrendo que tan mala impresión me había causado en mi visita en solitario, al día siguiente de que los Peligro me hubieran llevado por primera vez a la montaña. ¡Madre mía!, definitivamente, si yo fuese la virgen y se me apareciera un bicho tan horroroso, le metía dos tiros entre ala y ala, así viniera a anunciarme un sueldo Nescafé para toda la vida…

—Lo conseguimos, señor Odeón, ¡lo hemos conseguido! —exclamó Atila desde una amplia sonrisa al verme llegar a su lado, él y Panerola ocupados en llevar a la virgen a cuestas.

—Sí, parece que sí…

—¡Y tanto que sí! —respondió satisfecho—. ¡Y pesa, eh!

Sonreí.

—Eso, amigo Prudencio, es porque está hecha del material con que se construyen los sueños…

—¡Vaya! —respondió el gordo echándole una mirada aún más satisfecha—, y yo que pensaba que era de madera…

Orgulloso, Atila siguió caminando sin dejar de mirar su trofeo mientras nuestra procesión continuaba avanzando, ahora considerablemente más apurados que al llegar. Cruzamos el atrio a paso ligero, atravesamos los arcos de la fachada moderna al trote y, cuando por fin salimos a la plaza Santa María, nuestro conjunto, lejos de parecerse al grupo de monjes que habían entrado caminando en la paz de la noche, ya recordaba más a los cien

metros sotana de la olimpiada religiosa.

En la cabeza de la carrera, Linda y Piti competían por el oro, seguidas a una cierta distancia por Quino y, siempre de su mano, Antoñita. Tras ellos trotaba el pelotón, un conjunto formado por los hábitos alborotados de Atila, Jordi Panerola, Virgilio (este sin hábito; se ve que no había vestimentas talla felino), y yo. Y, destacando grotescamente sobre todos nosotros, una virgen y su niño.

Enfilando el último tramo, a punto ya de llegar a la puerta por la que habíamos entrado a la plaza, eché una mirada al cielo. Para mi sorpresa lo descubrí lleno de estrellas y, por un instante, pensé que se trataría de un excelente decorado, un inmejorable telón de fondo para acompañar el éxito de nuestra misión. Sí, habría sido bonito, muy bonito. De no ser por ese pequeño detalle incómodo. Ese pequeño detalle que todavía faltaba por llegar…

Canto IX: El calibre 45 es un argumento más que convincente

Al llegar a la puerta que separaba la plaza de Santa María de la del Abat Oliba la encontramos tal como Pepino la había dejado, arrimada pero sin cerrar. Quino echó la mano al pasador, abrió la hoja de par en par, y les juro por las barbas del mismísimo Caco que ya nos habríamos lanzado todos a correr en dirección al coche y a la caravana de no ser por algo que nos hizo quedar inmóviles, clavados al suelo. Para sorpresa de la mayoría de mis acompañantes, efectivamente ellos ya estaban allí.

—Vaya, vaya, vaya —pronunció el viejo lentamente—, mira lo que tenemos aquí… ¿Qué te parece, Félix?

—Me parece que debe de ser noche de procesión, don Stefano.

Justo al lado de la zona catastrófica que Quino se empeñaba en seguir haciendo pasar por coche había ahora otro automóvil, juraría que un viejo Maserati, que entre otras particularidades tenía la de no estar allí cuando nosotros llegamos, apenas una hora antes. Junto al vehículo dos hombres de traje y camisa negros permanecían de pie, impertérritos, sin quitarnos el ojo de encima. Serios, amenazantes, sus rostros advertían de la conveniencia de ir a tocarle las narices a un tigre hambriento, a una familia entera de serpientes venenosas, o incluso a la conferencia episcopal en pleno antes que a ellos. Y justo un paso por delante de ellos, un tercer hombre, considerablemente más viejo. El tal don Stefano.

—*Buona sera, signori*. ¿Acaso van ustedes de paseo?

La sorpresa se dibujó en las caras de la mayoría de mis acompañantes, mientras yo pasaba revista a aquel trío: se trataba del mismo grupo que había descubierto días atrás en el mercado de Santa Llúcia, delante de la catedral. Pese a toda la parafernalia que lo recubría, aquel sombrero de ala ancha, el abrigo de punto, el bastón y todo lo demás , yo reconocí aquel bigotillo, la peculiar fila gris recortada sobre el labio superior a la manera de Clark Gable… Y su voz, poco más que un murmullo afilado, amenazante. No había ninguna duda, era el mismo hombre a quien Panerola, nuestro Judas Iscariote particular, le había revelado todos los detalles de nuestro plan, y los dos gorilas a la vera del coche seguían siendo los mismos matones que en todo momento habían estado vigilando la

conversación entre nuestra rata traidora y el viejo don Stefano.

Desconcertado, Atila posó la virgen en el suelo sin dejar de mirar en ningún momento hacia el extraño trío.

—¿Se puede saber quién carajo son ustedes?

Pero el viejo no respondió. O, por lo menos, no a él.

—Así que entonces era cierto, ¿eh? Muy bien, Panerola, muy bien… Venga, muchacho, ya puedes entregarme lo que es mío.

—¿Suyo? —repitió Atila—. ¿Cómo que…? ¡A ver, que alguien me cuente de qué mierda va todo esto!

Don Stefano se quedó observando fijamente a Atila.

—Por sus modales deduzco que usted debe ser el señor Atila Prudencio, ¿me equivoco?

—¡El mismo! ¿Y usted, quién coño es usted? Y, sobre todo, ¡¿quiere alguien explicarme qué cojones está pasando aquí?!

—Vaya —respondió el viejo con su hilo de voz, sin alterarse en absoluto—, qué situación tan embarazosa…

Don Stefano fingió un ademán de divertida incomodidad antes de seguir hablando.

—Verá, señor, aquí lo que está pasando es que su amigo Jordi Panerola, «el Cuc», no es en realidad más que una miserable rata traidora —vaya, me alegró comprobar que por lo menos don Stefano y yo estábamos de acuerdo en algo, aunque solo fuera en nuestras opiniones acerca de Panerola—, una sanguijuela a la que es mejor no perder de vista en ningún momento… O hacerlo para siempre. En otro tiempo me tocó a mí cargar con sus traiciones, y hoy, por lo que se ve, parece que les ha tocado a ustedes. En fin —concluyó encogiéndose de hombros—, qué les puedo decir: la vida, que ya saben cómo es de caprichosa…

Sorprendido, Atila Prudencio cruzó una mirada incrédula con el catalán.

—Panerola… ¿Es verdad eso?

Cobarde hasta el final, «el Cuc» no dio más que la callada por respuesta.

—¡Hijo de…!

—¡Chsss! —le atajó el viejo Stefano—. Mucho ojo con lo que dice, amigo, que aquí nadie se mete con la *mamma* de nadie, ¿*capicci*? Morfino.

—¿Señor?

—Procede.

Bastaba un vistazo rápido para ver que al tal Morfino era más fácil saltarlo que dar una vuelta a su alrededor. Adivinando sus intenciones, Atila dio un paso al frente, interponiéndose entre la virgen y el matón.

—¡Oiga una cosa, usted! —«Usted» venía siendo el viejo Stefano—. ¡Por mí puede hacer lo que le salga del miembro tanto con este maldito cerdo —dijo señalando a Panerola— como con esta corporación de anormales, que todos me importan una mierda!

—¡Papá! —protestó Linda.

—A ver —matizó Atila con gesto evidente—, con todos menos con ella, por supuesto, que por algo es mi hija. Pero con los demás sí.

»Y aún les diría más, porque si estos no le parecen suficientes —dijo señalando hacia todos nosotros—, sepan que ahí dentro tienen un par más —añadió, incluyendo un cariñoso recuerdo para Miqui y Andresito.

—¡PAPÁ! —volvió a protestar Linda, ahora ya con los ojos como dos huevos fritos.

—Cállate, boba, ¿no ves que es lo mejor para todos? —y, apuntando de nuevo con el dedo a don Stefano advirtió—. ¡Pero usted escúcheme bien, porque hay una cosa que ya le puede ir quedando bien clarita!

—¿Ah, sí? ¿Y qué cosa viene siendo esa, amigo? —preguntó el señor Coltrinari, sin mostrar en realidad ningún interés.

—Yo no sé qué mierda le habrá prometido el mamarracho este —respondió señalando a Panerola—, pero ya puede ir olvidándose de ponerle una mano encima a la virgen. ¡Esta mujer es mía!

Afortunadamente, Atila había acertado a la hora de prever cuáles eran las intenciones de Morfino para con su virgen.

Desafortunadamente, Atila había concentrado toda su atención en esa única previsión, dejando para otro momento la (por otro lado) nada despreciable precaución de tener en cuenta los brazos que aquel animal traía ocultos bajo las apretadas mangas de su chaqueta.

Un solo golpe fue suficiente para enviar a Atila Prudencio derechito a los brazos de Morfeo…

La contemplación de semejante muestra de cariño provocó que

Linda saltase como un resorte.

—¡Eh, tú, animal! ¡Aquí la única que puede golpear así al miserable de mi padre soy yo!

Antes de que el inmenso Morfino se diera cuenta ya tenía a la chica encima. Y mucho antes incluso de que pudiera reaccionar, lo que pasó a tener fue el puño de la muchacha contundentemente estampado contra su cara. Un hermosísimo gancho de izquierda, soberbio y tan bien proyectado que, para sorpresa y asombro de todos los allí presentes y mayor dolor de la estructura facial de Morfino, dejó por un instante al gorila fuera de juego. Sí, es cierto que solo fueron uno o dos segundos, pero a mí me bastaron para caer en la cuenta. «Interesante —pensé—, muy interesante…»

Lo malo fue que el viejo, atento, también se dio cuenta…

—*Stronzo di merda*… Félix —ordenó—, échale una mano a este gordo imbécil, anda, que ni algo tan sencillo como esto es capaz de hacer bien.

—A la orden, *signore*.

En lugar de echarle esa mano indicada a su compañero de sastre y extorsión, lo que Félix hizo fue echarla al bolsillo interior de su americana.

Tan pronto como vi que la ayuda que sacaba no era precisamente pañuelos para limpiar la sangre de la herida que Linda había abierto en la cara de Morfino, sino más bien una pistola del calibre 45, comprendí que había llegado el momento de tomar cartas en el asunto. Aunque esas cartas mías solo fueran doses y treses… Di un par de pasos al frente, y esta vez fui yo el que se puso delante de la imagen de la virgen.

—¡Señores, señores! Venga, qué les parece si todos nos tranquilizamos un poco, ¿eh? Especialmente aquellos que tengan armas de fuego apuntando a los demás…

—Oh —me respondió don Stefano a través de ese hilo de voz suya, pequeña, ronca—, si es por eso no se preocupe usted, hijo, que nosotros ya estamos muy tranquilos… ¿No ve que aquí los que están detrás de las pistolas somos nosotros?

—Bueno —acepté—, la verdad es que visto así, me parece una razón de peso, sí…

—Es que no hay otro modo de verlo, amigo. Así que ahora, si son tan amables de entregarnos la virgen de una vez…

—¿La virgen, dice usted?

—Sí, eso he dicho…

—Vaya —respondí—, ¿acaso es usted una persona muy devota? Quiero decir, ¿cree en Dios? Porque, si es así, tal vez debería advertirle acerca de un par de cosas sobre su sentido del humor…

—No, qué va —me atajó el viejo mafioso con una sonrisa ligera y ademán rápido—, yo no creo en Dios.

—¿Ah, no?

—No —repitió—, yo no. Es Él quien cree en mi madre.

—Él… ¿Su madre?

—Por supuesto: ciento cinco años y ahí sigue, dando guerra como el primer día.

—Vaya —admití sorprendido—, como para no creer…

—Efectivamente. Supongo que debe ser por eso que, a cambio, tanto ella como todas mis hermanas le tienen una devoción muy grande a la Virgen.

—A la Virgen, dice…

—Si, a la Virgen, sí. ¿Qué ocurre, es usted sordo, o qué? No se imaginan la ilusión tan grande que les va hacer cuando me vean aparecer esta semana por nuestra quinta de Navarone con semejante regalo.

Me quedé mirando un momento hacia la imagen.

—¿Está usted diciendo que pretende llevarse a la Virgen de Montserrat como regalo para su madre?

—Hombre —apuntó Quino a mi lado—, tienes que reconocer que como regalo de Navidad está mucho mejor que unos calcetines o un *aftershave*…

—Sí, eso sí —reconocí—. Por lo menos es bastante más original…

—Eso seguro… —me confirmó mi amigo, los dos con la vista puesta en la talla.

—Pues sí. ¡La Moreneta, nada menos! —exclamó entusiasmado don Stefano—. Este año sí que voy a dejar a la familia de piedra, ¡de piedra! ¡Se van a quedar todos con la boca abierta!

—Ya… Oiga, deje que le pregunte una cosa: ¿y no estará usted interesado en alguna otra posibilidad?

Sorprendido, el viejo volvió a concentrar en mí su atención.

—Vaya, ¿y ahora qué pasa, que resulta que lleva usted una

representación de vírgenes, o cómo es la cosa?

—No —respondí con una sonrisa incómoda—, no se trata de eso precisamente, aunque mire, no le digo que no sería una especialidad digna de consideración…

—¿Especialidad? —don Stefano frunció el ceño—. ¿Especialidad de qué?

—Verán, es que no sé si se lo he dicho ya, pero resulta que yo soy agente…

—¿Agente? —repitió alarmado Félix, apuntándome ahora a mí con su pistola—. ¿Cómo que agente?

—¡Artístico! —aclaré tan rápidamente como me fue posible—, agente artístico, no se vayan a alterar ni usted ni sus dedos, especialmente ese que tiene sobre el gatillo, que Dios lo bendiga.

—¿Agente artístico? ¿Y eso qué puñetas es? —preguntó Morfino a mi lado, ya de regreso en el mundo de los vivos.

—¿Que eso qué…? Oigan, permítanme que les introduzca un argumento: ¿Les gustaría tener su propia serie de televisión? O, no sé, si lo que prefieren es salir de gira, sepan que yo podría organizarlo, una *tournée* por las mejores cementeras y funerarias de Sicilia, se quedarían ustedes encantados. Lo de entrar en política no se lo ofrezco, se trata de un mercado bastante colapsado, pero tal vez…

—No se moleste —me interrumpió el viejo—. Ya le he dicho que a mí lo único que me interesa es la virgen.

—La virgen —repetí una vez más.

—¡Pero bueno, ¿otra vez?! ¿Se puede saber qué le ocurre, amigo? ¿Que además de sordo también es usted idiota, o qué? Cada vez que yo digo «la virgen», usted va y repite, «la virgen», «la virgen…». ¡Que sí, hombre, que sí, la virgen! ¿Qué pasa, que necesita que se lo deletree?

—¡No, no! Por supuesto que no… —intenté calmar al anciano—. Yo solo lo preguntaba por si tenía que ser esta precisamente…

Don Stefano arqueó las cejas.

—¡Caramba! ¿Es que tiene usted más?

—Bueno, mire, de hecho se lo digo porque por el mismo precio también podría usted llevarse esta otra —respondí señalando en dirección a Piti.

—¡Eh, tú! —protestó la mujer—. ¿De qué carajo estás hablando,

mamonazo?

—Y no se deje engañar, don Stefano: aunque no lo parezca, Piti es bastante más joven que la Moreneta. Bueno, tal vez no tanto, pero por ahí le anda… Y además tiene una mano excelente para la cosa de las nuevas tecnologías. Gasta un poco de mal humor, eso sí, pero con algo de paciencia verá cómo le rueda unos vídeos de las vacaciones increíbles. ¡Le parecerá que se haya ido usted de veraneo con el león de la Metro Goldwyn Mayer, nada menos!

—¡Ya está bien! —acabó por explotar el viejo—. Escuche, mequetrefe, y hágalo con atención, porque esto no se lo pienso repetir…

—Don Stefano, deje que le diga una cosa: mis orejas son todas para usted. Y si las mías no le parecen bastantes, deme un par de días y tal vez pueda conseguirle las del príncipe Carlos, la de Dionisio y, si me apura, hasta la del mismísimo Van Gogh.

—¿Pero se quiere callar de una vez, maldito imbécil? ¡Y présteme atención, que aun vamos a acabar mal!

—Por supuesto.

—Voy a darle dos opciones.

—¿Tantas?

—La primera es que me entregue la virgen.

—Sorprendente. ¿Y la segunda?

—Que Morfino le dé una paliza. Y, como ya todos han tenido ocasión de ver —dijo señalando a Atila, todavía inconsciente en el suelo un par de metros por detrás de nosotros—, este animal posee la contundencia necesaria para que acabe usted reencontrándose con la virgen, pero esta vez con la verdad, esta misma noche y en persona. ¿Qué, qué me dice?

Si me permiten que les introduzca argumento, nunca he sido muy amigo de la violencia. Es algo que siempre ha ido en contra de mis ideales. Y si resulta que además de ir contra de mis ideales la violencia también va contra mi cuerpo, entonces sí que ya no soy amigo, ni de la violencia ni de quien pretenda poner en práctica tan terribles planes.

—Oiga, señor Stefano, deje que le exponga un argumento: no pierda el tiempo insistiendo, porque yo soy un hombre de principios, una persona íntegra, de las que creen en la fuerza de la unión.

El viejo Coltrinari entornó los ojos.

—¿Ah, sí? Vaya… ¿Y eso qué demonios significa, si se puede saber?

—Pues significa que, en principio, me gustaría seguir manteniendo entera la unión entre mi cuerpo y mi alma. Aquí tiene su virgen —dije echándome a un lado—, ¿quiere que se la envuelva para regalo?

—¡Pero, señor Odeón, no! —protestó Linda, afectada ante mi rendición.

—Déjalo estar, hija —respondí con resignación—, déjalo estar. Lo he intentado, todos lo habéis visto. Me he resistido como Virgilio panza arriba. Pero es inútil. Ellos tienen más argumentos, mas fuerza y, sobre todo, más pistolas que nosotros. No parece que haya nada que podamos hacer…

—Bueno, también pueden morir todos —comentó don Stefano como si tal cosa.

—Por supuesto —respondí—. Pero antes de venir a Barcelona dejé un traje en la tintorería, y al encargado no le gusta que me retrase en las recogidas… Acepte, pues, esta entrega como muestra de buena voluntad por nuestra parte.

—Excelente decisión —se congratuló el anciano—, sí señor. A cambio, y también en prueba de mi mejor voluntad, consideraré la opción de no matarlos. O, por lo menos, no hoy… Félix, Morfino: coged la imagen y metedla en el maletero…

—¡No! —intervino de repente Panerola, quien hasta entonces había permanecido en el más ignominioso de los silencios. Todos nos volvimos hacia él, sorprendidos ante tan enérgica reacción.

—¿Ah, no? —repitió extrañado don Stefano—. ¿Cómo que no?

—Es que no cabrá —aclaró, al tiempo orgulloso y sumiso—. Es demasiado grande para un maletero tan bajo.

El viejo mafioso se quedó mirando a la virgen, después al coche, de nuevo a la virgen y, finalmente, a Panerola.

—Mmm, de acuerdo —accedió—. Morfino, acomódala en el asiento de atrás, a mi lado. Y tú, Panerola…

—¿Sí, Padrino? —respondió obsequiosa la sabandija.

—Vete metiéndote en el maletero.

Sorprendido, Jordi Panerola abrió los ojos como platos.

—En… ¿En el maletero, señor?

—Vaya, pues sí que debe de ser contagiosa la cosa está de la sordera… Sí, en el maletero, sí. ¿Acaso tienes algo que decir?

—Pero, señor, yo… Yo había pensado que usted y yo…, que ya…

—Por supuesto, querido, por supuesto: *ya* va siendo hora de que tú y yo aclaremos un par de cosas sobre cierto malentendido con un ruiseñor de por medio. Sabes de lo que te hablo, ¿verdad? Es que la vez anterior no acabó de quedarme claro, así que me gustaría probar algo diferente.

—¿Algo diferente, señor?

—Sí: quiero ver qué tal lo explicas con el cañón de un revólver en la boca, a ver si así lo entiendo mejor.

—Pero, señor… Padrino, no… Padrino, ¡Padrino! —los gritos de Jordi Panerola aún se seguían oyendo después de que Félix hubiera cerrado la puerta del maletero sobre él.

—*Signorine, signori: buona sera* —nos saludó el viejo capo al tiempo que se metía en el coche, acomodado a la vera de tan espiritual compañía—. Ha sido un placer hacer negocios con ustedes, pero ahora, y si me disculpan, me voy: tengo que darles de comer a los peces…

Sin aguardar respuesta alguna por nuestra parte, Morfino cerró la puerta de don Stefano y fue a sentarse en el lugar del copiloto.

—Vaya, una verdadera lástima —fingí—. Comenzaba a caerme bien este muchacho. Pero claro, supongo que quiso ser demasiado cuco…

Quino me miró de reojo.

—¿Cuco? —repitió con cara de no comprender mi comentario.

—Claro. «El Cuc» quiso ser más cuco que nadie, ya sabes. Engañarnos a todos, pero esta vez no le ha salido bien —respondí satisfecho.

Con la mirada de nuevo puesta en el coche, Quino dejó escapar una sonrisa cínica.

—«Cuc» no significa eso que tú crees, Dante.

—¿No? —pregunté arrugando la frente—. ¿Cómo que no?

—No —confirmó—. En catalán, «cuc» es otra cosa.

—¿Otra cosa? Vaya… ¿Y qué cosa es esa?

Mi amigo amplió su sonrisa.

—Gusano —respondió con la vista puesta en el coche de los

italianos—. «Cuc» significa «gusano», «lombriz».

Acomodado al volante del automóvil, Félix puso el motor en marcha y, como el ratero que después de robarte la cartera se pierde rápidamente en el tumulto de las Ramblas, el Maserati de don Stefano desapareció carretera abajo, dejándonos allí, en lo alto de Montserrat, en el silencio de la noche oscura. Bajo las estrellas curiosas, compuestos y sin virgen.

Canto X: Cuatro gatas, un gato, nueve piojos y un mono

—¡¡¡SORPRESA!!!

—¡¿Qué?!

¡VOLARE, OH OH! ¡¡¡CANTARE, OH OH OH!!!

Casi me da un infarto.

—¿Pero qué carajo… —sentí la voz de Quino a mis espaldas.

…NEL BLU, DI PINTO DI BLU!

—¡Los italianos! —gritó Atila—, ¡son los putos italianos, que se lo han pensado mejor y vuelven para rematarnos!

—¡A mí, malditos *macarroni*! —le respondió Piti a la oscuridad —. ¡Venid a por mí si tenéis *coglioni*!

Sentí que algo caía sobre nosotros.

¡FELICE DI STARE LASSÙ!

Algo ligero, incómodo. Se me metió por la nariz.

—¡Nos gasean —empezó a gritar Antoñita—, nos gasean!

—¡Socorro, socorro!

—¡Papá, por favor! ¡Un poco de dignidad!

—¡Bienvenidos, muchachos!

¿«Bienvenidos muchachos»? Un momento…

—Silvia, ¿eres tú?

—¡Por supuesto! —respondió la mujer—. ¡¡¡Feliz Navidad a todos!!!

Las luces del bar se encendieron de repente y, por fin, comprendimos.

Silvia la Chachi, la única de todo el grupo que se había quedado esperándonos en Las Cuatro Gatas, apareció allí, en pie sobre la barra, gritando bajo un ridículo gorrito de fiesta y con un mata-suegras entre los labios. Para la tranquilidad de Atila y Piti, los que gritaban a nuestro alrededor resultaron no ser los italianos del señor Coltrinari, sino los Gipsy Kings, sonando a todo trapo por el equipo de música del local, y lo que caía sobre nosotros no era gas alguno, sino una lluvia de confeti que Silvia seguía lanzando con insistencia como si del Año Nuevo de 1976 se tratase.

—Qué —preguntó al tiempo que bajaba de la barra con grotesca dificultad—, ¿qué tal ha ido? ¿Todo bien?

Nadie dijo nada. Todos nos quedamos mirándola, asombrados,

intentando asimilar lo que pasaba. Solo Quino, después de un tiempo, fue capaz de responderle.

—Exacto, preciosa, todo de maravilla. Así que venga, vete abriendo la mejor botella de Mirinda que tengáis en la bodega, que esta derrota la vamos a celebrar por todo lo alto…

—¡Por supuesto! —exclamó Silvia—. Voy corriend… Un momento. ¿Ha dicho usted *derrota*?

Tampoco esta vez recibió respuesta. Fuimos a sentarnos a la mesa del fondo, la que para entonces yo ya consideraba la nuestra, y allí nos quedamos, todos sentados, abatidos y en silencio.

Si me permiten que introduzca un argumento, les diré que hay panteones familiares, nichos e incluso tumbas individuales con bastante más algarabía que en nuestra reunión. Allí estábamos, Atila, Linda, Quino y Antoñita, Piti, Virgilio y yo, un recital de caras tristes, gestos taciturnos y hastío. El único que mantenía cierta actividad física era el gato, obstinado en darle caza a las cucarachas que, alucinadas por la inusitada concurrencia del local, intentaban ponerse a salvo de las mortíferas intenciones del felino.

De entre los humanos, Atila, por su parte, no paraba de refunfuñar. De vez en cuando dejaba escapar algún improperio entre dientes que de buena gana reproduciría aquí para ustedes, mas, por si todavía estuviéramos en horario infantil, baste con apuntar que el gordo Prudencio no guardaba en su corazón precisamente los mejores deseos para el viejo Stefano Coltrinari ni mucho menos para su centenaria *mamma*, allá en Navarone…

Linda se mordía el labio inferior sin dejar de mover nerviosa el pie derecho. A su lado, Piti le pasaba revista con desdén al microcosmos de suciedad acumulada a lo largo de los años bajo sus uñas, y Quino asentía en silencio a Dios sabe qué pensamiento no compartido con nosotros, mientras Antoñita, con el ceño fruncido y las gafas a medio caer sobre la nariz, no dejaba de pasar revista con meticuloso interés a todos los rincones del antro.

—Si me permite que se lo diga —comentó dirigiéndose a Silvia —, este espacio tiene un karma magnífico.

—¿Un qué?

—Vibraciones —aclaró la mujer de Quino con una sonrisa cordial—, muy buenas vibraciones las que tienen aquí…

—Ah, eso sí —confirmó convencida la vieja prostituta—. Otra

cosa, no, pero vibraciones tenemos muchísimas. Sobre todo en el piso arriba…

—¿Pero qué mierda está usted diciendo? —protestó de pronto Atila—. Con todo lo que nos acaba de pasar, ¿y usted se pone a hablar de buenas vibraciones? ¿De qué carajo está hablando, señora…?

—Oh, venga, señor Prudencio —intentó animarlo Antoñita—. Tiene que ser usted un poco más positivo, que ya verá como todo se arregla. Que ya saben lo que dicen, ¡que nunca ha llovido que no escampara!

Atónito, Atila Prudencio se quedó mirando a la mujer.

—¡Pues muchas gracias por el consejo, señora! —exclamó de mala gana—. Estaré atento la próxima vez que salga a la calle y lluevan vírgenes, ¡no vaya a ser que me caiga una en la cabeza!

—¡Eh! —saltó Quino—. ¡Mucho ojito con cómo le habla usted a mi mujer, animal, no vaya a ser que lo que le caiga del cielo sea un puñetazo! Que desde luego por falta de ganas no será…

—¿Ah, sí? ¿Quiere ver usted dónde llevo yo el paraguas? —le respondió Atila echándose una mano entre las piernas.

—¡Señores, señores! —intervine intentando poner calma entre tanta bravata, a pesar de tener muy claro que si aquellos dos gorilas decidían celebrar un coloquio a mano abierta de poco serviría mi elocuente carencia de masa muscular.

Por fortuna no fue necesario que hiciera nada, pues justo cuando los dos primates estaban ya a punto de estamparse los argumentos de uno en los morros del otro, una voz estridente llamó nuestra atención desde el otro extremo del tugurio.

—¡Buena noche siñó, buena noche siñora!

Y no, no era Bertín Osborne.

—¡Hombre, los que faltaban! —exclamó Piti al ver aparecer a la extraña pareja por la puerta de Las Cuatro Gatas.

Todavía con la mano en alto, Atila se quedó mirándolos.

—¡Vosotros! —gritó, dejando para otro momento sus nobles intenciones de partirle la cara a Quino—. ¡¿Se puede saber dónde carajo os habíais metido?!

Sorprendidos por la furibunda reacción del gordo Prudencio, Andresito y Miqui cruzaron una mirada insegura, desconcertados. Como si no comprendieran nada. (Bueno, en realidad, esa sensación

solo era aplicable al oriental; en el caso de Miqui, para qué engañarnos, se trataba de la misma mirada de siempre…).

—Pero honorable siñó Prudencio, ¿dónde íbamos a estar? —replicó Andresito encogiéndose de hombros—. Terminando de poner humilde réplica en lugar de original, colocando cristal, dejando todo como estaba… ¿Por qué, qué sucede? ¿Hay poblema?

—¿Poblema? —repitió Atila—, ¡¿que si hay poblema?! ¡Pues por supuesto que hay problemas, jodido chino! Es más, ¡¡¡resulta que tenemos todos los malditos poblemas del mundo!!!

—Todos son muchos, siñó Prudencio. ¿Porque mejor no empieza por uno solo?

—¿Uno solo? ¿Quieres que empiece por uno solo? Vaya, pues no sé, así por lo pronto… ¡Ah, sí! A ver qué te parece este: ¡Acaban de robarnos la jodida virgen!

—¿La jodida virgen? —Miqui frunció el ceño—. Hombre, eso no, señor Prudencio. O una cosa o la otra. Pero las dos… Eso sí que sería un milagro, ¿no le parece?

—¡¿Cómo?! —preguntó Andresito—. ¿Qué cosa es esa de que han robado virgen?

—¡Pues sí, jodido amarillo! ¡Nos la han robado unos malditos italianos! Estaban esperándonos, fuera. ¡La mafia! ¡La Camorra! ¡La puta *Cosa Nostra*!

—¡Caramba! —exclamó Miqui—, ¿todos?

—Pero…, ¿cómo? —preguntó el chino—. ¿Ellos sabían?

—No lo sé. Por lo visto el puto Panerola estaba en el ajo. ¡Yo lo único que sé es que vosotros no estabais allí para ayudarnos! ¡¿Se puede saber qué carajo estabais haciendo vosotros en ese momento?!

—¿Pues no acabo de decir? ¡Estábamos dentro, en altar!

—¡Pero cómo —insistió Atila—, cómo puede ser que tardaseis tanto en salir! Si era muy fácil, solo teníais que dejar las cosas como estaban. ¡Tampoco era tan complicado, cojones!

—¡¿Que no era complicado?! —protestó Andresito—. ¡Pues permita que diga que no resulta nada fácil borrar pruebas cuando única ayuda que tú tiene es mano de obla tan… —el chino le lanzó una mirada incómoda a Miqui—. Bueno, mire, tal vez esa parte de plan no tan bien diseñada, ustedes ya entiende…

—¡Andresito tiene razón —confirmó Miqui, ajeno a los

reproches del chino—, por supuesto que sí! ¡Esa parte del plan era un desastre, señor Odeón!

—¿Cómo que un desastre? —protesté yo esta vez—. ¡Pero si estaba muy claro! Andresito tenía que encargarse de poner la réplica en el altar, y tú de cargar el cristal de seguridad y volver a ponerlo en su sitio. ¿Dónde está el problema?

—¡Señor Odeón! —Miqui se quedó mirándome, como si de la cosa más evidente se tratase—. ¡El problema está en que nadie me dijo que las cosas hubiera que hacerlas en ese mismo orden!

Atila abrió los ojos como platos.

—¡¿Cómo dices que hiciste, pedazo de animal?!

—¡Papá, por favor! No creo que sea el momento para este tipo de presiones…

—¡¿Presiones, dices?! —protestó Atila—. En el pescuezo de este idiota era donde habría que hacer presión… ¡Y mucha!

—Es que cuando yo quiere colocar virgen en altar descubro que honorable Miqui ya había puesto cristal de vuelta en sitio suyo —explicó el chino con gesto resignado—. En fin, mano de obla lamentable, yo digo…

—¿Ayuda lamentable la tuya? —volvió a retrucar el gordo—. ¿De qué carajo te quejas tú, chaval? ¡Precaria sí que era mi compañía, banda de inútiles! ¡Allí estaba yo solo, luchando contra esos malditos matones!

—¡Eh, tú! —volvió a intervenir Quino—. ¿Qué mierda estás diciendo, gordo estúpido? ¿Acaso tendremos que recordarte otra vez que lo único que hiciste tú fue intentar vendernos primero, y después pasarte todo el tiempo durmiendo? ¡O es que ya no te acuerdas de la caricia que te regaló el tal Morfino!

—¡Porque me cogió a traición!

—¿A traición? —repitió Piti—. ¡Pero si te fue de frente!

—¡Sus intenciones no estaban claras!

—¡¿Que no estaban claras?! ¿Y qué carajo querías que hiciera para sacarte de dudas? ¡¿Que fuese hacia ti cantando una de King África?! *¡Para dormir esto es una bom-ba!*

—Oiga, señora, mejor que tenga la boca cerrada, si no quiere que le…

—Atila, por favor, comportémonos…

—¿Que me qué? ¿Acaso me vas a pegar? —le increpó Piti—.

¡Por favor, si aquí la única que sabe repartir sopapos es su hija!

—A ver —intervino Linda—, yo tampoco diría que…

—¿A qué viene eso, amorcito? —se alarmó Miqui—. No me digas que también se han metido contigo…

—¿Meterse con ella? —se rio Quino—. Más bien fue Linda la que se metió con ellos… ¡En concreto, le metió semejante puñetazo al tal Morfino que casi lo deja para los restos!

—¡¿Tú?!

—A ver, hombre, un poco de calma…

—Bueno, caramelito, tú ya sabes que a veces me puede el genio… ¡Y el animal aquel le había pegado a papá!

—¡Qué bruto!

—Uy, sí —se burló Quino—, ¡brutísimo! Como si golpeando en este saco de estiércol se fuese a perder alguna cosa…

—¡Bueno, a mí ganas tampoco me faltaban!

—¡A ver, imbéciles, ¿cómo demonios tengo que deciros que me cogió por la espalda?!

—Escuchad, ¿queréis prestarme atención un momento? ¿Qué tal si me dejáis que introduzca un argumento?

—¿Por la espalda, dice? ¡Pero si le dejó el ojo a la virulé!

—¡Que ya le he dicho que eso fue al caer!

—¡Miau, miau!

—¡Aaaghhh! ¡¡¡El gato —gritó Antoñita—, el gato!!!

—Oíd…

Nada, por mucho que lo intentara aquello era un caos. Todos hablando unos encima de otros, algunos a gritos, otros incluso riéndose; Antoñita gritando sin parar porque Virgilio había cambiado de amistades, dejando de lado a las cucarachas para intimar ahora con uno de los ratones que corrían bajo nuestros asientos; Quino riéndose a costa de Atila y Atila retomando lo que para entonces ya se había convertido en costumbre, la de pretender romperle la nariz a Quino; Linda y Miqui haciéndose arrumacos en uno de los sofás; y Silvia y Piti preguntándole a Andresito si era verdad eso que se decía por ahí, lo de la asombrosa capacidad de expansión del gigante chino… En fin, un sin dios. De hecho, tanto era el jaleo en Las Cuatro Gatas que nadie cayó en la cuenta de que ya no estábamos solos en el local.

—Hola…

Alguien hablaba a nuestras espaldas.

—Esto… Hola —insistió—. ¿Atila?

Tan solo me giré yo. Plantado en el medio y medio del bar, un chaval joven contemplaba nuestra alegre reunión.

Nunca antes lo había visto. Se trataba de un fulano alto y flaco. Despistaban las gafas de sol que llevaba puestas, pese a ser tan altas horas de la madrugada, pero probablemente anduviera en las proximidades de los treinta años, quizás incluso menos. Con el pelo rapado por los lados y solo un flequillo ridículo a medio caerle sobre la frente, el tipo vestía con una especie de zapatillas deportivas, bermudas militares, camiseta floja y chaqueta de camuflaje. Solo llevaba un casco de moto en la mano derecha. Un tipo como otro cualquiera, probablemente un pardillo más que se habría perdido por el Raval abajo hasta acabar dando con sus huesos en el mismo antro que nosotros.

—¡Atila! —gritó esta vez al tiempo que se quitaba las gafas.

Sí, un tipo como cualquier otro, de no ser por aquella mirada suya. Por fin, sin la máscara que le proporcionaban las gafas, sus ojos se descubrieron afilados, amenazantes… Al escuchar su nombre, Atila Prudencio le lanzó una mirada. Y sí, él sí que lo reconoció…

—¡Señor Monkey!

Como si algún resorte automático hubiera acabado de dispararse en su interior, el gordo se puso en pie tan pronto como reconoció al dueño del local. Así que aquel era el famoso señor Monkey… Vaya, desde luego el proxenetismo ya no es lo que era.

—Qué pasa, *nen*. Menuda historia que tenéis aquí montada, ¿no?

—Oh, por favor, señor Monkey, le ruego que me disculpe —le respondió Atila, de pronto curiosamente sumiso.

—¿Que te disculpe?

—Por supuesto, señor: esto no es lo que parece…

—¿Ah, no? Vaya —respondió contrariado—, pues es una lástima, tío, porque yo diría que se parece tope mazo a una fiesta de fliparlo a saco paco…

La respuesta de su jefe descolocó a Atila.

—¿A… a una fiesta, dice usted?

—¡Pues claro!, ¿a qué si no? —respondió señalando a su alrededor—. Musiquilla guapa, a tope de peña, gente pasándoselo

de puta madre, parejitas en los sofás, la Silvia trabajándose a…, ¿eso es un chino? ¡*Cony*, *nen*, pero si hasta tenemos un gato!

—Sí, eso sí… —admitió Atila.

—Y tanto que sí. Pero vaya, si tú me dices que no lo es…

—¡No! —respondió al momento el gordo—. Quiero decir, por supuesto que sí, claro: esto es una fiesta, ¡vaya si lo es! Una fiesta de palos y sacos, como usted le ha dicho, y no una pelea entre muertos de hambre…

Club Monkey arrugó la frente.

—¿Una qué?

—¡Nada, nada! Una fiesta, sí, eso es lo que es: *¡Fiesta!* —repitió Atila, intentando acompasar el estribillo de la canción que en ese momento sonaba por los altavoces—, *¡qué fantástica, fantástica, esta fiesta!*

Si ya la actitud repentinamente sumisa de Atila Prudencio me había cogido a pie cambiado, la verdad es que aquello era lo último que esperaba ver. Y si me permiten la vulgaridad, déjenme decirles que casi me meo de la risa al ver al gordo Prudencio imitando a Raffaella Carrà.

—¡Pues *collonut*, Atila! Oye —añadió Monkey echando un nuevo vistazo alrededor—, ahora que me doy cuenta, a quien sí que echo en falta es a tu amigo…

—¿A mi amigo?

—Sí, al Panerola. ¿Dónde está?

Atila tragó saliva.

—Pues… Haciendo submarinismo, supongo.

Silencio.

—¿Submarinismo? —El chaval le echó un vistazo a su reloj—. ¿A estas horas?

—Es la mejor para pescar sepias, señor.

El tal Monkey arqueó las cejas.

—Ya… Bueno, mira, yo con quien quería hablar es contigo. Y después de ver la que tenéis aquí montada todavía más. ¿Tienes un minuto?

—Por supuesto, señor.

Don Monkey tomó a Atila por el brazo y, con aire confidente, comenzó a hablar.

—Verás. Lo cierto es que ya llevaba días queriendo comentarte

algo. La cosa es que de un tiempo a esta parte tengo la sensación de que ando quemado. No sé, Atila, pero creo que empiezo a ser mayor de más para este negocio…

—¿Mayor? ¿Usted? Pero por favor, señor Monkey…

—A estas alturas creo que ya podemos dejarnos formalismos, Atila. Llámame Mon.

—De acuerdo, señor Mon.

—No, no. Mon a secas.

—De acuerdo, señor Mona Secas. ¿Cómo puede decir que está usted mayor? Pero si es usted un chaval… Literalmente.

—Gracias, Atila, pero ya sabes que eso no es verdad. Para el mes que viene cumplo los treinta, y lo cierto es que con treinta años uno ya no tiene la misma energía que hace veinte, cuando empecé a trabajar con las chicas. Necesito cambiar de aires, probar cosas nuevas. No sé, siempre me ha llamado la atención el cine…

—¿El cine, dice usted? ¡Vaya, pues precisamente aquí la señora Piti Acción tiene esas mismas inquietudes!

—¿Quién?

—Esa mujer de ahí —señaló Atila.

Club Monkey observó con atención a Piti, sentada junto a Andresito.

—Hombre, Atila, no sé qué decirte… —respondió el muchacho torciendo el labio—. Un poco mayor para el porno, ¿no te parece?

—Para el porn… —Atila volvió a tragar saliva—. Sí, para ese género puede que sí.

—O quién sabe, tal vez incluso termine el bachillerato.

—Oh, esa también es una idea fantástica. Y si además la combina con la empezarlo, entonces ya ni le cuento.

—Sí, eso igual también…

El silencio volvió a instalarse entre los dos hombres.

—Vaya —suspiró Atila, creyendo comprender al fin—, pues entonces me imagino que habrá venido a decirme que cerramos el negocio, ¿no es así? Vaya por Dios, lo que me faltaba hoy…

Club Monkey frunció el ceño y se quedó mirando al gordo Prudencio. Sonrió y pasó la mano por encima del hombro de Atila.

—No exactamente. Acompáñame, *nen*, que quiero proponerte algo…

El emérito proxeneta e incipiente productor cinematográfico

guio del brazo a Atila hasta la barra del bar, y allí pasó el muchacho a exponer el contenido de su propuesta. O eso supongo, porque a tanta distancia, esta vez era el «Borriquito como tú» del genial Peret lo que no me dejaba oír la conversación entre los dos hombres. Vencido por la fuerza de la Rumba Catalana, decidí dejarlos de lado y esperar.

—¿Todo en orden, Andresito? —aproveché para preguntar.

—Todo en orden, siñó Odeón…

Bueno, eso sí eran buenas noticias… Satisfecho, ya no les presté más atención a los otros dos, hasta que una sonora palmada propiciada sobre la barra por Club Monkey dio por concluida la conversación. Eché una mirada en su dirección, y al momento comprendí que las negociaciones, fueran las que fueran, habían resultado de su mayor agrado. Si bien nadie me lo dijo directamente, para alguien de mi sagacidad no fue difícil detectar ciertos aspectos que así me lo confirmaban, detalles como un fuerte apretón de manos, la sonrisa no solo aliviada sino incluso satisfecha en el rostro de Atila, o el expresivo «De puta mare, *nen*!» por parte del chaval. En fin, ya les digo, la cosa estaba clara.

Contento, Club Monkey se fundió en un abrazo con Atila, y juraría que a punto estaba este de decirle algo cuando su jefe giró sobre sí mismo y, al grito de «¡Esto va a ser la caña!», salió del local, dejando tres cosas tras de sí: un Atila Prudencio desconcertado, su palmo de narices, y un auditorio expectante. Decidí ser yo quien tomase la iniciativa y me acerqué hasta él.

—¿Todo bien, Atila?

Aturdido, el gordo Prudencio aún tardó en responder.

—¿Bien? Sí… Eso parece —reaccionó al fin—, todo bien, sí.

—¿Club Monkey no va a cerrar el bar, entonces?

—¿Cerrarlo? —Atila me dirigió una mirada en la que se mezclaban alegría y desconcierto por igual—. Pues no, por lo visto no. Es más, sepa que está usted hablando con el nuevo gerente de Las Cuatro Gatas —respondió con cierta arrogancia.

—¿El gerente? ¿Usted? ¡Vaya, me deja de piedra, amigo Prudencio!

—Pues ya ve, eso es lo que el señor Monkey acaba de proponerme: dejar la dirección de Las Cuatro Gatas en mis manos.

—¿En sus manos? ¡¿En las dos?! —sí, reconozco que la noticia

me cogió por sorpresa—. Caramba… ¿Y a qué se debe tan alto reconocimiento, si se puede saber?

Ligeramente engreído, Atila torció el labio al tiempo que se ajustaba la cintura de sus pantalones, como si su barrigón estuviese arropado por el mejor modisto del mundo.

—Bueno, parece que el señor Monkey, caballero de refinadísimos gustos…

—Hombre, eso no hay ni que decirlo —interrumpí—, ¡salta a la vista!

—¡Por supuesto! Le decía que el señor Monkey está muy contento con el aire que el negocio ha ido cogiendo en los últimos meses, no casualmente coincidiendo con nuestra llegada al establecimiento. Así que, en previsión de su inminente y merecido retiro, acaba de proponerme dejar la gerencia del *night-club* en mis manos.

—¿El… *night-club*? —pregunté echando un vistazo rápido mi alrededor, asegurándome de que no habíamos sido teletransportados a algún otro lugar lejos del antro apestoso en el que, efectivamente, todavía nos encontrábamos.

—Exacto. Y eso no es lo mejor…

—¡Pardiez! ¿Acaso cabe aún mayor gloria?

—Pues sí, amigo Odeón —respondió Atila, crecido por momentos—. Tal como el señor Monkey me ha transmitido, parece ser que tengo plenos poderes para hacer absolutamente cualquier cosa que se me ocurra con el local.

—¿Ah, sí? —pregunté levantando una ceja en señal de interés—. ¿Como derribarlo, por ejemplo?

—No, eso no —me aclaró Atila—. Puedo tomar cualquier decisión que considere oportuna, siempre que Las Cuatro Gatas no pierda ni un ápice de la categoría y el prestigio acumulado a lo largo de los años…

—¿Perderlo? —pregunté al tiempo que le arreaba una patada a una rata que intentaba hacer alpinismo por mi pierna arriba—. Por favor, Atila, ¡eso sería imposible!

—Lo sé. Es un trabajo fácil, porque en realidad todos sabemos que una casa como esta se lleva sola… Tal como me ha explicado el señor Monkey, lo único que tengo que hacer es mantenerlo abierto, en las mismas condiciones: con las chicas dentro, los inspectores de

sanidad fuera, y repartiendo la caja a un noventa-diez.

—¿Le deja el noventa por ciento de la recaudación para usted? ¡Caramba, Atila, eso si que es hacer negocios!

—Por favor, señor Odeón, ¡no sea usted ridículo! El noventa es para él, que por algo es el dueño de todo esto.

—Claro, claro… Me parece un trato muy justo —seguí mintiendo—. Ya estoy viendo el río de dinero entrando por la puerta. Qué digo río, ¡la inundación de billetes de quinientos euros! ¡Va a necesitar usted un flotador para no ahogarse en este mar de capital!

—Sí —respondió intentando aparentar una cierta soberbia—, eso mismo es lo que yo he pensado…

—¡Pues entonces, alegre usted esa cara, amigo Prudencio, que esta sí que es una fantástica noticia! Un complejo hostelero de tanta categoría bajo su responsabilidad, y con las infinitas posibilidades de expansión comercial que un local céntrico y lujoso como este ofrece! Sí, señor —afirmé mirando a mi alrededor, tal como si estuviera contemplando las maravillas del mismísimo Xanadú—, por fin un verdadero negocio a la altura de un genio de las finanzas como usted… Permita que le introduzca un argumento, señor Prudencio: esto no es una buena nueva, ¡esto es todo un evangelio!

Atila me observó con curiosidad.

—¿Un qué?

—Nada, amigo Atila, que está muy bien —concluí dándole una palmada en la espalda—. ¿Lo ve? ¡Al final va a ser cierto eso que le estaba diciendo antes Antoñita!

—Sí… —admitió el gordo—. ¿Cómo era aquello? «Cuando Dios cierra una puerta…».

—«Siempre deja la llave debajo del felpudo».

Prudencio se me quedó mirando, extrañado.

—¿Está usted seguro de que era así?

—Pues no lo sé… Yo de lo único de lo que sí estoy seguro es de que, desde luego, esta es una buena salida, ¿no le parece?

—¿Una salida? No comprendo a qué se refiere usted…

—¿Y a qué me voy a referir, amigo? Yo, aunque no se lo parezca, también tengo una casa, una lejos de aquí, y va siendo hora ya de que regrese ella.

—¿A Vigo?

—No, a Pernambuco… ¡Pues claro que a Vigo, hombre! Total —añadí con resignación—, si algo ha quedado claro esta noche es que a mí tampoco me queda nada que rascar en esta ciudad…

El gordo torció el gesto, hundió las manos en los bolsillos de su pantalón, y volvió a quedarse en silencio.

—Luego, este es el fin…

—Hombre, Atila, no se me vaya a poner trascendental ahora. ¿Y qué quería que hiciera, si no? ¿Quedarme a vivir aquí, los dos en amor y compañía en un pisito de la Barceloneta? Siento desilusionarlo, amigo Prudencio, pero debo decirle que no es usted lo que se dice precisamente «mi tipo»…

—¡Déjese de estupideces, hombre! —protestó—. Por supuesto que no me refiero a eso, sino… —incómodo, el gordo empezó a torcer la boca de un lado para otro, a la búsqueda de unas palabras que no encontraba—. ¡Bueno, ya sabe usted a qué me refiero!

—Pues no, la verdad es que no.

Resopló antes de volver a intentarlo.

—Quiero decir, ¿ya está? O sea, ¿todo termina así? ¿Después de todo, este es el final?

Me quedé observándolo.

—¿Qué pasa, que no le parece bien?

—Hombre, teniendo en cuenta las expectativas… Pues no, para qué voy a mentirle.

—Pues podía haber sido peor…

—¿Cómo? —volvió a protestar abriendo los brazos en el aire—. ¿Haciéndonos asquerosamente ricos?

—A ver, hombre, usted sabía desde el principio que se trataba de un plan muy arriesgado… Mire sino a su amigo Panerola. A estas horas el pobre desgraciado ya debe de estar convertido en Friskies para peces. Si a usted eso no le parece peor…

—Ya —aceptó—, así visto…

—¿Es que conoce usted otra manera de verlo? Además —insistí—, ¿ya no recuerda lo que acaba de proponerle el señor Monkey? Solo con eso ya tiene usted trabajo aquí para aburrir…

—Si, eso sí es cierto —admitió a regañadientes—. Pero, qué quiere que le diga, después de tantas aventuras, la verdad es que este no es el final que yo llevaba en la cabeza…

Claro, eso era… *Después de tantas aventuras*, acabar de encargado

en una casa de lenocinio de mala muerte no era en realidad el tipo de pompa y boato que Atila Prudencio había soñado para sí.

—Amigo Prudencio, con su permiso voy a introducir un argumento postrero: como dijo un hombre mucho más sabio que yo, en la comedia que es nuestra vida lo importante no es lo mucho que dure, sino lo bien que sea representada.

Atila volvió a quedarse observándome, obviamente sin comprender mi comentario.

—¿Ah, sí?

—Y tanto que sí.

—Vaya… ¿Y eso también lo dijo Jesucristo?

—No. Esta vez fue Séneca.

—¿Séneca? —repitió frunciendo el ceño—. ¿El actor?

—¿Quién?

—Joe Séneca, ya sabe, el de *Silverado*. ¿Fue ese?

—El de *Silv*… ¡No! ¡Por supuesto que no! Séneca —insistí—, el filósofo romano… O vaya —recapacité—, tal vez fuera Frank Sinatra… Lo mismo da, lo importante es que, como él mismo continuaba diciendo, podemos concluirla donde nosotros queramos. Lo único que tenemos que hacer es ponerle un buen final.

—¿Un buen final, dice usted? —preguntó Atila con gesto escéptico—. Pues, señor Odéon, si quiere que le diga la verdad, a mí este final me parece una mierda…

Esta vez fui yo quien se quedó mirándolo.

—Pero mire que es usted animal, señor Prudencio… Si ahora habla así, es porque todavía está ofuscado con la idea de lo que pudo ser, y no acaba de ver con claridad las oportunidades que se abren ante usted.

—Es que estuvimos muy cerca, señor Odeón… —comentó con un reflejo de tristeza en los ojos.

—Por supuesto. Pero ahora lo que tiene que hacer es animarse, y ya verá como más pronto que tarde acaba viendo la luz al final del túnel.

—¿Usted cree?

—Desde luego.

Atila lo pensó por un instante.

—Bueno, mientras esa luz sea la de salida, y no las de un Talgo que viene de frente…

Me rendí.

—Atila, es usted incorregible. Tal vez hasta puede ser que en algún momento de mi vida, mire bien lo que le digo, llegue incluso a echar de menos la dureza de esa cabeza suya.

—Vaya —respondió recuperando algo de ánimo—, ¿usted, extrañándome? ¿Y qué hará entonces?

—Por supuesto, pensar que se trata de alguna comida que me haya sentado mal, ¡e intentar olvidarlo a la mayor brevedad posible! —confesé—. Ahora, si no le importa, me gustaría compartir con todo el grupo mi último argumento.

El gordo volvió a mirarme. Finalmente sonrió, me dio una palmada en la espalda, y reclamó la atención del resto de la *troupe*.

—¡A ver, panda de anormales! ¡Atended aquí un momento, que el señor Odeón tiene algo que deciros!

Todos dejaron lo que estaban haciendo. Quino y Antoñita dejaron de contemplar las maravillas decorativas del local. Piti, Silvia y Andresito dejaron de contemplarse con ojos golosos. Miqui y Linda dejaron de contemplar la posibilidad de concebir un hijo allí mismo. E incluso Virgilio cesó en su actitud contemplativa para con los ratones y cucarachas que corrían a su alrededor. Todos se quedaron mirándome.

—Gracias, amigos. Ha sido una noche larga, una larga y complicada, y sé que a todos nos queda mucho camino por hacer de aquí en adelante. Pero hay algo que me gustaría compartir con vosotros. No os preocupéis, que seré breve…

Dejé que se hiciera el silencio. Apenas nada, el tiempo justo para generar la tensión dramática que un momento como aquel requería y, cuando por fin lo consideré oportuno, hablé.

—Buenas noches —dije—, y hasta nunca.

Concluí mi despedida con una reverencia, tal como si, por fin, el momento fuese el indicado para que el telón bajara sobre nosotros.

—Virgilio, nos vamos.

El grupo al completo nos acompañó hasta la puerta, de modo que para cuando me quise dar cuenta, la entrada del bar ya se había convertido en una especie de comité de despedida. Una vez dados todos los abrazos, los besos, y los mejores deseos pertinentes, mi gato y yo salimos a la calle, dejando atrás para siempre Las Cuatro Gatas. Echamos a andar tranquilamente, caminando uno al lado del

otro sin mirar atrás, y la noche nos fue conduciendo a través de sus tinieblas por las calles del Raval, hasta dejarnos de vuelta en la seguridad de la Ramblas. Una calle hermosa como pocas para perderse entre su gente, sus quioscos, sus vendedores clandestinos de cerveza, sus pájaros y sus flores, su aroma a primavera eterna, sus carteristas, su luz.

Y sus mentiras, claro…

EPÍLOGO: Cien años de perdón

De todos modos, por muy cabezota que fuera, lo cierto es que Atila llevaba razón en una cosa: aquel final era una mierda. O, siendo benévolos, digamos que se trataba de un cierre demasiado pobre para una aventura como aquella. Así que no, la historia no podía acabar así. «Muy bien —dirán ustedes—, pues si no es así…» ¿Cómo concluye, entonces, nuestro relato?

Verán, creo que era Chaplin quien decía que el mejor autor de todos era el tiempo: siempre acaba encontrando un final perfecto. En nuestro caso fue cosa de meses. Con su permiso, voy a contarles una última historia…

Ando estos días por Barcelona. Acabo de llegar con mi último fichaje, El Gran Gallini. Se trata de un hipnotizador que noche tras noche repite el mismo número: Gallini saca a alguien del público al escenario e intenta hipnotizarlo. Una vez que lo tiene sentado en un taburete en el centro del escenario empieza a decirle una y otra vez «Repite conmigo: soy una gallina, soooy una galliiina…» El problema está en que el pobre lo hace con tanta convicción que, noche tras noche, es él, Gallini, quien acaba convertido en gallina. La autosugestión, ya saben, que por lo visto es una fuerza poderosísima… Y claro, como habitualmente el único hipnotizador presente en la sala viene siendo él, no se imaginan ustedes lo mucho que me cuesta sacarlo del trance. Tanto, que a veces incluso acabo convencido de que El Gran Gallini es en realidad una gallina que cree ser un hipnotizador. He de confesar que tras los primeros fiascos pensé en rechazar el número, pero no tardé en cambiar de idea al ver el enorme éxito que tenía entre el público de edad más avanzada: Gallini había encontrado el modo de combinar los viejos misterios de la hipnosis, tan de moda en los años jóvenes de aquel público, con aquello que ellos interpretaban como un espectáculo humorístico, conmigo persiguiendo por todo el escenario a un gordo estúpido vestido de mago y convencido de ser algún tipo de gallináceo…

Por eso estamos ahora aquí: he conseguido negociar una gira con el Imserso para la última quincena del verano, dos semanas de septiembre recorriendo los mejores casinos, salas de fiestas, y geriátricos de la costa catalana: Salou, Sitges, Castelldefels, Lloret,

Platja D'Aro… En fin, ya saben ustedes, las grandes mecas de la tercera edad mediterránea.

De todos modos no se llamen a engaño: que yo esté viajando con Gallini no quiere decir que él sea mi principal representado. No, ni mucho menos. Si ahora mismo me ven aquí no es más que por exigencias del guion, como se suele decir, una baja temporal de mi primerísima estrella. Nada, en realidad, que el tiempo no acabe volviendo a poner en su sitio. «Vaya, ¿y quién es, entonces, esa estrella suya tan rutilante?», se preguntarán ustedes. ¿Aún no se lo imaginan?

Linda.

O, para ser exactos, la magnífica Linda «Golpe de Amor» Prudencio. ¿Quién si no? Sí, amigos, en los últimos meses Linda ha ido convirtiéndose en una incipiente estrella del boxeo. De momento estamos haciendo grandes progresos en el circuito semiprofesional, pero tan solo es cosa de tiempo que demos, por fin, el salto al mundo profesional. Y quién nos lo iba a decir, ¿verdad? Tanto tiempo con los ojos puestos en Miqui, ¡y resulta que el verdadero fenómeno era ella! Me di cuenta tan pronto como la vi noquear al gordo Morfino, aquella noche en Montserrat. Había que tener un talento natural para dejar inconsciente a una mole como aquella. Descubierto el don, solo era cosa de saber moldearlo. Y por eso es que ahora nos pasamos tantas y tantas horas entrenando en nuestro propio gimnasio. Y a veces, entre golpe y golpe, entre una sesión de saco y otra de saltar a la comba, nos acordamos de los demás, y nos preguntamos qué tal les irán las cosas…

Quino y Antoñita ampliaron el negocio, y ahora son dueños de una cadena enorme de Xoa Kings por toda Barcelona. Xoa King II, Xoa King III, Xoa King XVI, y así hasta aburrirse… Tienen tantos restaurantes que, de cuando en vez, Quino reaparece por sorpresa en alguno de ellos, de nuevo vestido con traje de lentejuelas y boa de plumas alrededor del pescuezo, actuando tranquilo, sabiendo que ya por fin nadie le tirará al escenario nada que no sean unos cuantos piropos. Aunque, a decir verdad, son muy pocas las ocasiones que tiene para hacerlo: por lo que hemos sabido, finalmente Antoñita ha logrado convencerlo para jubilar la vieja Sun Roller modelo Aloha. En su lugar, ahora tienen una autocaravana enorme, un pedazo de transbordador espacial con

ruedas que ya quisieran para sus giras los Rolling Stones o la Orquesta Los Satélites de A Coruña. No paran en casa, todo el día como dos caracoles, de viaje para arriba y para abajo.

»Pero, entonces…, ¿quién se encarga de los restaurantes?» Tranquilos, no se alarmen, que todo está en buenas manos. A las dos semanas de irme yo de Barcelona, Andresito ya se había gastado una cantidad inmensa de dinero en chicas, en varias motos nuevas, y en su propia marca de licor de flores. Como después de esto corría el riesgo de comenzar a malgastar el dinero, Quino decidió ascender a su antiguo camarero a una nueva categoría, específicamente creada para él: Director General de Logística y Peces. Ya al mando de la cadena de restaurantes, la primera decisión que tomó Andresito fue poner en todos y cada uno de los nuevos Xoa Kings un acuario enorme para, en todos los casos, un único inquilino: Butanito N. Él mismo se encarga de visitarlos a todos y de darles de comer personalmente, pero solo por las noches. Durante el día se queda al cargo de su escuela de idiomas, «Aleglía, ¡sí!», una academia donde cientos de chinos aprenden el catalán y el castellano siguiendo el «Método Andresito», científicamente demostrado: repitiendo siempre la última palabra oída, y añadiéndole un sonriente «sí» al final. Malo será que algo no les quede… Además, por el mismo precio también pueden asistir a un seminario impartido por Andresito en persona. *Cómo ligar más. O, por lo menos, algo*…. ¿Comprendido? «Complendido, ¡sí!»

Por su parte, Piti acabó montando su propia productora de cine, ¡Acción! Películas. Por lo que sé, anda ahora muy liada con su primera superproducción: un documental en el que recoge al detalle el *world tour* de Pepino Caruso y sus antiguos compañeros de cuarto (ahora re-bautizados como The Montserrat Lover Boys). En la película se puede ver a los muchachos cantando el *Virolai* en algunos de los mejores escenarios del mundo, comenzando por el Moulin Rouge, y terminando en el Tropicana. Sí, ya les digo, mucho nos acordamos de ellos…

Doy por sentado que a estas horas, y a la luz de tanta novedad en lo que a nosotros se refiere, estarán ustedes preguntándose cómo es posible tanto dispendio pecuniario por nuestra parte, ¿no es así? Y más si tenemos en cuenta lo conocido hasta ahora acerca de nuestras respectivas condiciones económicas. O, dicho en román

paladino, «¡¿De dónde coño han sacado estos muertos de hambre el dinero para tanto gasto?!» Disculpen que se lo diga de modo tan abrupto, pero ¿de dónde iba a ser? De la Virgen.

Oh, más concretamente, de su venta.

«¡Pero cómo!», exclamarán ustedes, «¿Qué demonios de virgen ni qué Niño Jesús de Praga? ¡Si todos vimos cómo se la robaban los italianos, en el capítulo IX del tercer acto y delante de las narices!»

Y sí, así fue. O, por lo menos, en parte.

Porque, si me permiten la insolencia, les diré que ustedes solo vieron lo que mis compañeros y yo quisimos que vieran, a saber…

Efectivamente sí, el señor Coltrinari nos robó la virgen que nosotros llevábamos a cuestas tras haber dejado en el altar una réplica. Lo malo —malo para el nunca bien ponderado don Stefano, por supuesto— estaba en que aquella imagen que nosotros habíamos sacado de paseo a tomar los aires nocturnos de Montserrat no era otra cosa sino… ¿Lo adivinan? Claro que sí, mi perspicaz público: otra réplica.

Una vez descubiertas las verdaderas intenciones de «el Cuc» Panerola decidí cambiar el plan. Bueno, qué quieren que les diga, tampoco me quedaba más remedio, en realidad… Como ustedes saben, días atrás había estado hablando con Andresito en el almacén del Antes era mejor, la *boutique* de su tía. La viabilidad de mi plan pasaba irremisiblemente por saber si el chino podría conseguirme una réplica fiable de la virgen original. Cuando me dijo que sí, quise saber cuánto tiempo le llevaría tenerla lista.

—Depende —respondió impasible.

—¿Depende? ¿De qué?

—De cuántas copias vaya a necesitar, por supuesto. ¿Cuántas serán, siñó Odeón?

Reconozco que ya entonces se me pasó por la cabeza, pero no acabé de tomarlo en consideración realmente hasta la noche siguiente, en la avenida de la Catedral. Al descubrir que «el Cuc» pretendía entregarles nuestro botín a los italianos decidí poner en marcha mi plan B.

Aunque, si me permiten el comentario, tampoco se vayan a pensar ustedes que fue cosa sencilla… No, ni mucho menos, que el plan estuvo varias veces a punto de irse a pique. Verán.

La idea era que Miqui y Andresito subieran antes que nosotros.

Con la ayuda de Pepino (previamente advertido de mis intenciones), los dos muchachos se encargarían de abrir la mampara, coger la virgen original, dejar en su lugar la Réplica 1 y volver a dejarlo todo como estaba, de modo que cuando llegásemos nosotros solo tuviéramos que representar nuestro pequeño teatrillo, cambiando la Réplica 1 por la que nosotros llevábamos, la Réplica 2, y salir tranquilamente por la puerta, a la espera de que los italianos nos quitasen una bagatela sin importancia…

Y sí, eso mismo fue lo que pasó. Pero no sin complicaciones… Para empezar, Andresito había tenido problemas de última hora para conseguir una moto que se pareciera a la suya de reparto, pero de mayor cilindrada y potencia, con la que subir a la montaña. No consiguió solucionarlo hasta el último momento, por lo que no le quedó más remedio que salir casi al mismo tiempo que nosotros y acelerar tanto como le fue posible para sacarnos la mayor ventaja que pudiera. Con tan poco margen, todo tuvo que hacerse a las carreras. A punto estuvimos de descubrirlos a los tres (esto es, a Miqui, a Andresito, y a la auténtica Virgen), ya que cuando nosotros accedíamos al Camino del Ave María ellos acababan de ocultarse bajo las escaleras al final del corredor. Fueron las prisas y los nervios los que provocaron sus trompazos dentro de la basílica, las mismas torpezas que acabarían con la pila bautismal destrozada al pie de las escaleras. Y aún menos mal, porque si les soy sincero, hubo un momento en el que pensé que se trataba de la auténtica Virgen… Todos nos pusimos nerviosos, y esa fue la razón, tal como me explicarían más tarde, de que Pepino y Andresito se comportasen tan torpemente, casi olvidándose de aparentar ante nosotros los movimientos de apertura de la mampara como si se tratase de la primera vez.

Así y todo, la cosa acabó bien. Después de que nos hubiéramos separado al pie del altar, cuando el chino se cercioró de que allí ya no quedaba nadie, ni los italianos ni nosotros, él y Miqui salieron con la virgen auténtica, la cargaron en la moto y, con la tranquilidad de tener el trabajo hecho, regresaron a Barcelona, a nuestro encuentro en Las Cuatro Gatas, no sin antes hacer una parada en la calle Trafalgar, el gran espacio de operaciones comerciales chinas en el centro de la ciudad. Allí, en alguno de los cientos de almacenes que sus paisanos tienen a lo largo de toda la

calle, fue donde Andresito dejó escondida a la Moreneta. ¡Lo que yo habría pagado por ver aquella estampa, aunque solo fuese por un agujerito y apenas un par de segundos! ¿Se lo imaginan ustedes? Cajas y cajas de cacharrada china, flores de plástico, cuadros con Cristos de esos que abren y cierran los ojos, un montón de gatos dorados que no paran de sacudir el brazo arriba y abajo y, en medio de todo ese follón, la virgen de Montserrat. Impagable. Bueno, impagable, lo que se dice precisamente impagable tal vez no sea la palabra más indicada, no…

Efectivamente, tal como Silvia la Chachi le había preguntado a Andresito, el chino es un gigante expansión. Por supuesto, todos entendemos que Silvia se refería más bien a una parte muy concreta de la anatomía china en particular, pero lo cierto es que, en lo tocante a la capacidad económica del país, así es. Y los nuevos ricos chinos tienen tanto poder adquisitivo que lo mismo están interesados en comprar un pasaje a la luna, un equipo de fútbol, o una virgen románica del siglo XII. Andresito no tardó en localizar un contacto en Hong Kong, un inversor con mucho dinero en el bolsillo y mucho interés entre ceja y ceja por entrar en el mercado artístico del viejo continente. O dicho con más claridad: un chino podrido de pasta dispuesto a pagar lo que fuese a cambio de cualquier cosa que fuera europea, vieja, y negra. Por suerte para nosotros, el cantante de los Boney M ya estaba muerto, así que…

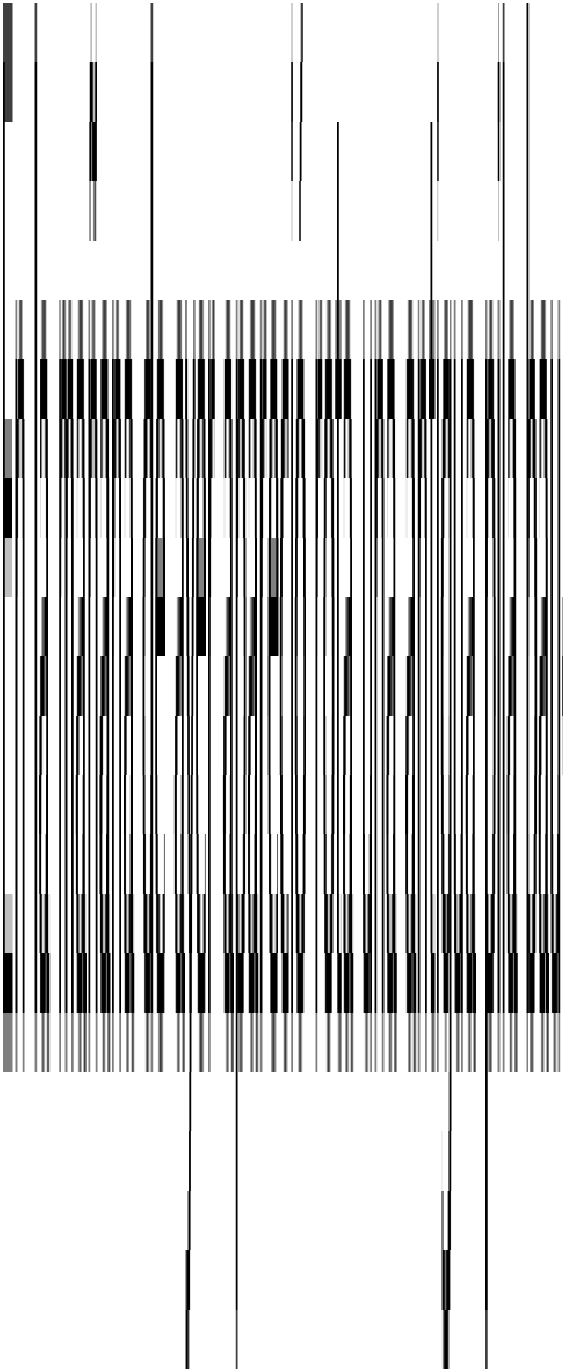
Las matemáticas son una cosa fantástica, algo asombroso: después de haber hecho la entrega a cambio de una cantidad de dinero capaz de salvar la economía de cuatro o cinco países centroamericanos, descubrimos que, una vez pagados todos los gastos, una cantidad insultantemente atroz de dinero dividida entre ocho partes (esto es: Andresito, Miqui, Linda, Quino, Antoñita, Pepino, Piti, y yo) seguía dando el mismo resultado: una cantidad insultantemente atroz de dinero, pero esta vez ya para cada uno de nosotros, ocho partes individuales de las que pasamos a gozar inmediatamente en la mayor de las tranquilidades.

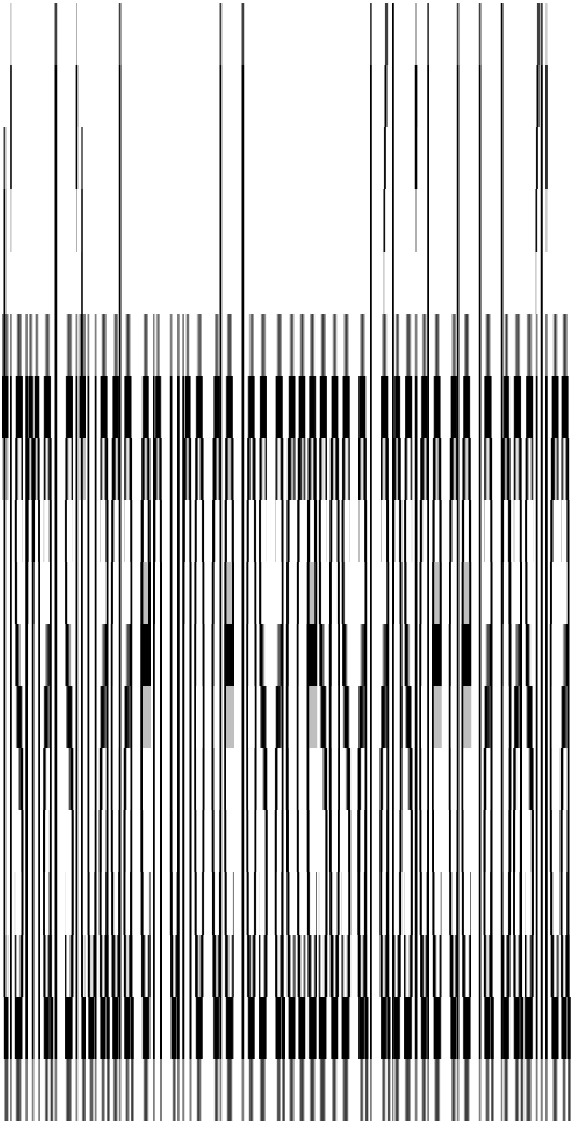
Y sí, hablo de tranquilidad porque imagino que tampoco habrán pasado ustedes por alto esa otra posibilidad: sí, existía otro riesgo, el de que en algún momento nos descubrieran los engañados. Y hombre, en honor a la verdad, ese era un riesgo más que considerable, especialmente para la continuidad activa de nuestras

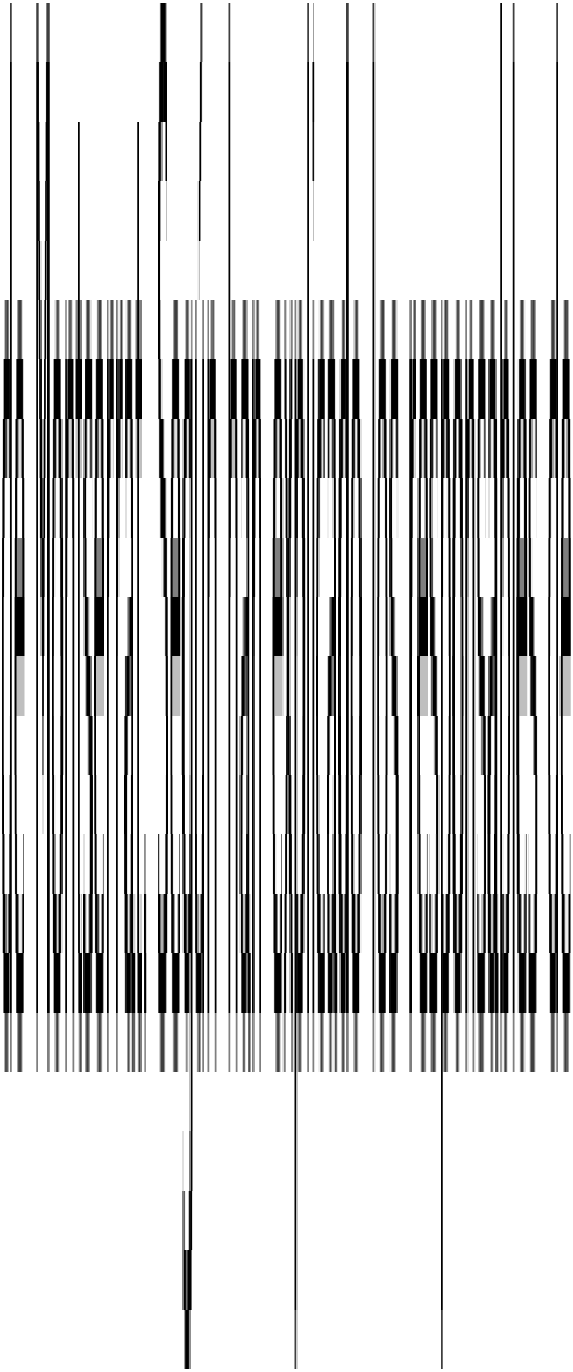
constantes vitales. Pero dígame una cosa: ¿quién podría hacerlo? A ver, vayamos por partes…

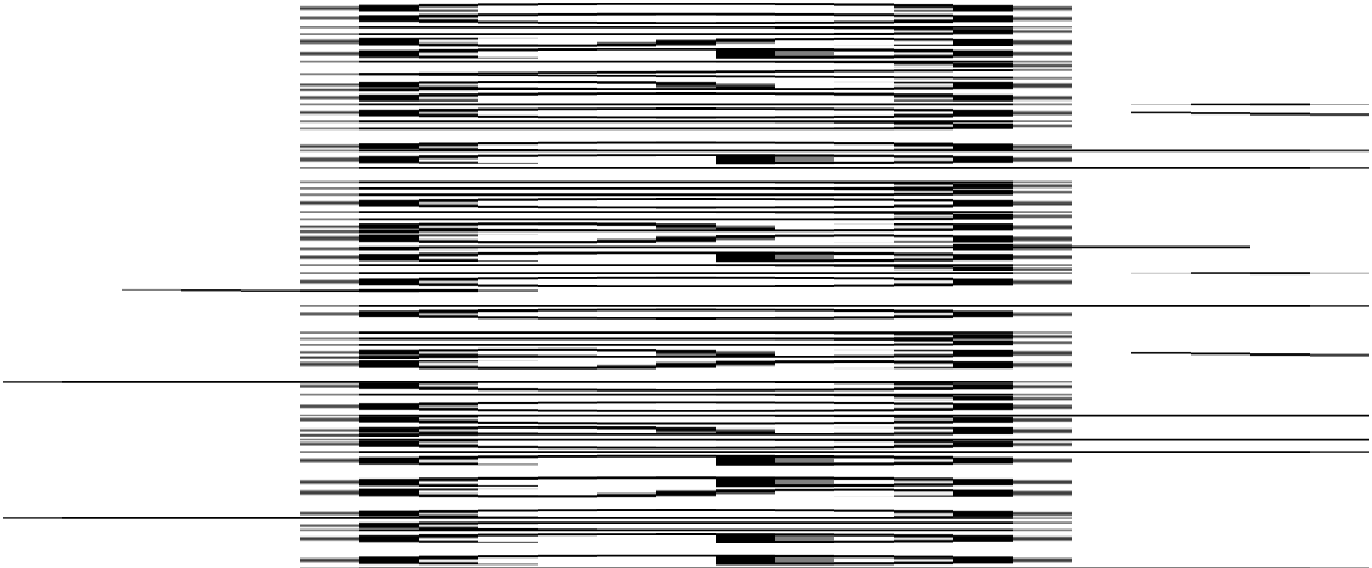
Por un lado estaban los propios responsables de la basílica. Pero, como Pepino me había contado, la mampara no se abría más que de vez en cuando para que la vieja Neus Camusseta, una mujer casi tan anciana como la misma virgen y más miope que una piedra con gafas, le limpiara el polvo a la imagen. No, por ahí no habría problema.

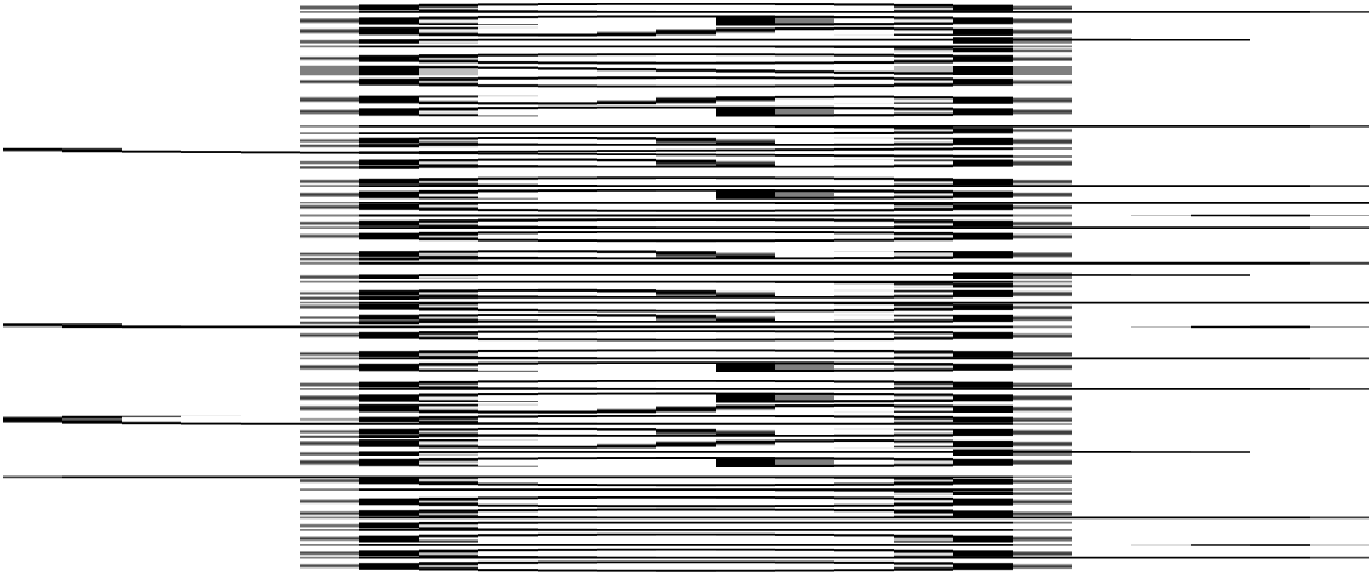
Es verdad que también estaba aquel otro detalle incómodo, el problema de última hora que Miqui se había sacado de la manga al lanzar por los aires la pila bautismal. Pero, por lo visto, esta vez la suerte también cayó de nuestra parte. Así recogía *La Vanguardia* la noticia par de días después:

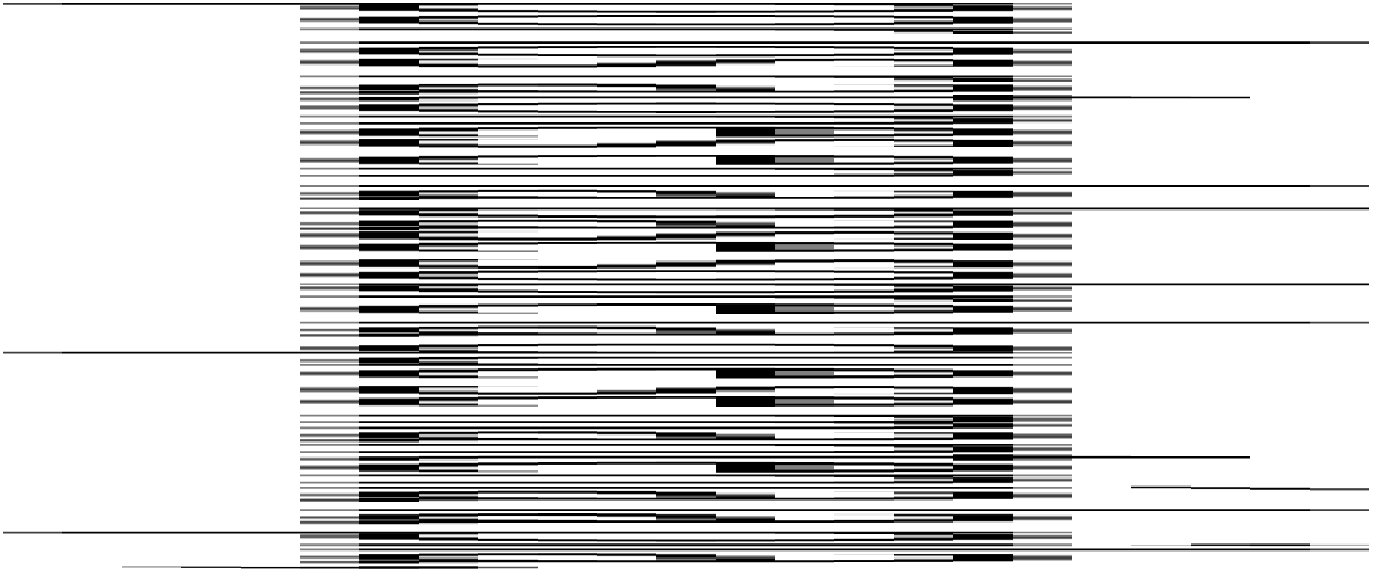


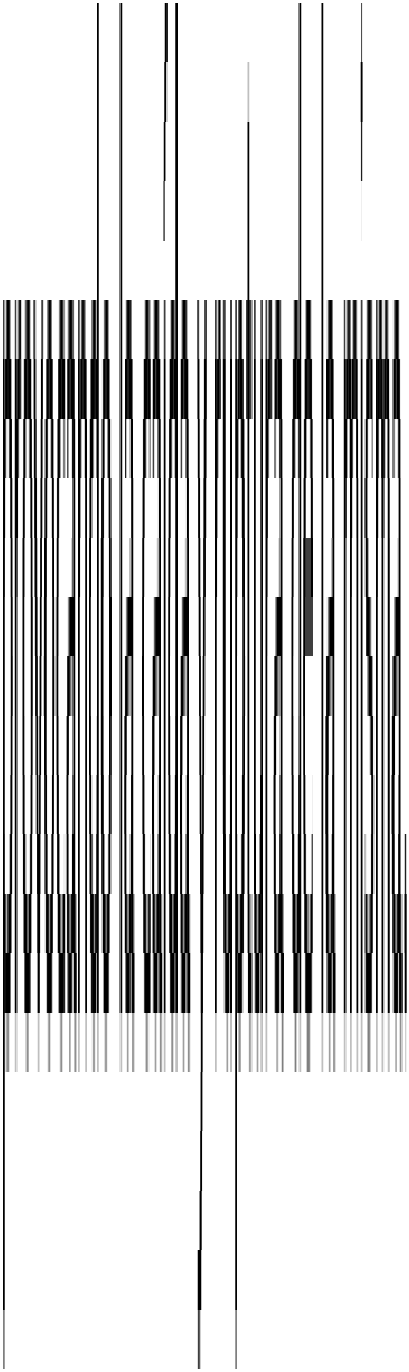


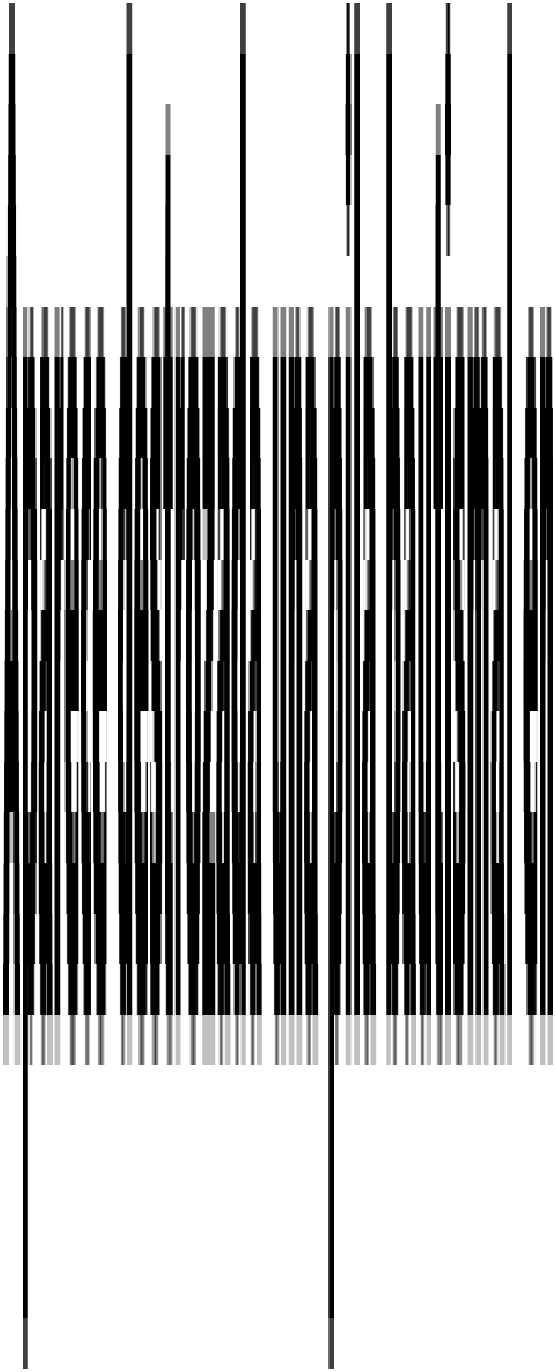


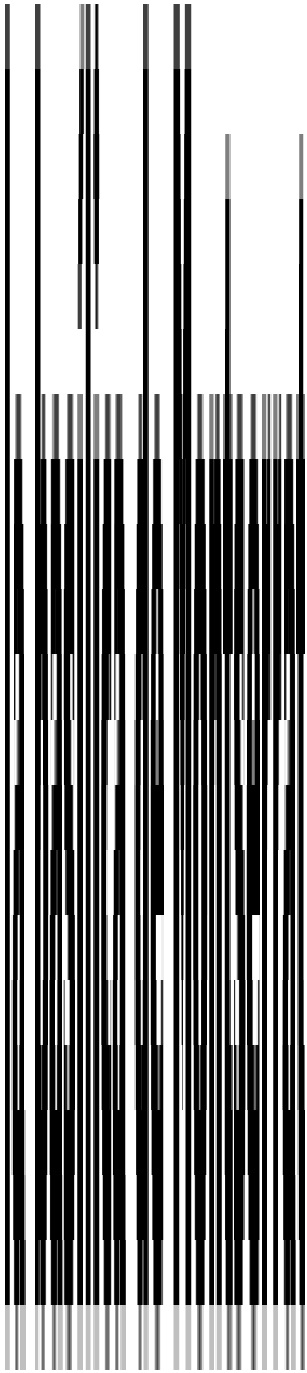












Eso fue todo lo que los periódicos recogieron sobre nuestro

paseo nocturno por las cumbres de Montserrat. Y, para qué les voy a mentir, no pude hacer otra cosa que sonreír al leer la noticia: aquellos ratones de Montserrat debían de tener los dientes de platino…

A continuación estaban los italianos, claro. Pero a tenor de lo explicado por don Stefano, la única finalidad de aquella imagen no era otra sino la de escuchar aburrida los rezos y plegarias de toda una corte intergeneracional de beatas y camorristas. Sin ningún tipo de intención «comercial» por parte de los Coltrinari, lo más probable era que su virgen se quedara, esta sí, cogiendo polvo per secula seculorum en la penumbra de una vieja ermita familiar, en algún lugar perdido de Sicilia. Así pues, ya solo quedaba un hilo pendiente: Atila Prudencio.

Efectivamente, y como imagino que ya habrán notado, dejamos a Atila fuera del reparto. Bueno, ¿y qué querían que hiciéramos? El muy desgraciado no solo nos había utilizado a todos vilmente, sino que en el último momento incluso nos había ofrecido como posible moneda de cambio ante los italianos. ¿Íbamos ahora nosotros a darle algo? Por favor, dejen que les aclare este argumento: ¡ni los buenos días! Sí, Atila Prudencio seguía siendo el padre de Linda, pero gracias a su claridad a la hora de negociar con los Coltrinari (ya saben, lo de: «por mí puede hacer lo que le salga del miembro con toda esta panda de anormales», y todo aquello…) el muy idiota había dejado claro delante de su hija cuáles eran realmente sus verdaderas prioridades, descubriéndose tal como realmente era: un tipo mezquino y avaricioso, capaz de cualquier cosa, de traicionar a quien fuese con tal de quedarse él con todos los beneficios. Probablemente en realidad Linda ya lo supiera de siempre, que por algo era hija suya, pero aquello había sido demasiado. Desvelado pues su verdadero rostro, Linda decidió dejar a su padre allá, al mando de Las Cuatro Gatas, y cerrar esa puerta, si no para siempre por lo menos sí para una más que larga temporada. Por ahí tampoco habría peligro.

No, tal como yo mismo les había advertido, si hacíamos bien las cosas nadie saldría a buscar nada. Al fin y al cabo… ¿para qué ir en la búsqueda de lo que no había desaparecido?

Así pues, ya de vuelta en la tranquilidad del hogar, y después de haber liquidado todas las cuentas que todavía vinculaban a mis

piernas con la posibilidad de ser rencorosamente partidas por alguno de mis viejos acreedores, decidí darle un giro a mi vida. El definitivo.

Linda y yo hablamos, y por fortuna para todos ella resultó ser de cabeza bastante más abierta que su novio. Finalmente acabamos montando entre los tres nuestro propio negocio, un gimnasio en uno de los bajos de nuestro edificio, allá, al final de la Travesía de Vigo, y ella empezó a entrenar. Un trabajo disciplinado por su parte, y no pocos consejos por la mía (sobre todo relacionados con asegurarme que ni se le pasara por la cabeza la idea de probar la famosa técnica «Mosca», otrora tan infructuosamente practicada por su novio) hizo que las primeras victorias no tardasen en llegar. Sí, definitivamente sí: ella es bastante más abierta de mente que él. Aunque nada más sea para la cosa del boxeo… Porque yo sigo diciéndoles lo mismo, intentando recordarles que si Dios nunca tuvo pareja por algo será. Y quién sabe, tal vez sea porque (así, entre ustedes y yo) reconozco que ya no lo digo con la misma convicción de antes, el caso es que no parece que mis intenciones disuasivas tengan ninguna posibilidad…

Tardé en comprenderlo, pero por suerte pude ver a tiempo que, por muy atolondrados que fueran los dos, aquel sentimiento que unía a Miqui y a Linda era auténtico, probablemente lo único sincero, lo único verdadero, en aquel mar de mentiras en el que todos luchábamos por no naufragar. Desde que regresaron a Vigo, aun es hoy el día que no se han separado ni por un instante, todo el día cogidos de la mano. Miren, con decirles que muchas veces es el propio Miqui quien le hace a Linda de saco de boxeo… No se imaginan el amor con que ella golpea en él. Bien es verdad que por lo de ahora todavía no han concretado ninguna fecha para la boda (para gran disgusto de mi vecina, la señora Chismes, a quien ya le tarda verse vestida de fiesta ante todo el vecindario), pero por lo demás todo va bien, muy bien. Tanto, que en realidad esa es la causa de la baja cogida por Linda. Nada serio, a decir verdad, tan solo es cosa de tiempo. En concreto de nueve meses… Sí, amigos, por lo visto parece que hay un pequeño Chismes Prudencio en camino, y, pese a todo lo que eso pueda implicar para la continuidad del equilibrio cósmico, resulta especialmente gozoso para este viejo corazón comprobar que aun hay en este mundo

podrido personas por las que seguir adelante, vidas por las que luchar, sentimientos por los que pelear.

De todos modos hoy toca descanso, y por eso estamos aquí, Virgilio y yo, de regreso en Barcelona. Luce el sol, el tiempo es fantástico. Tal vez hoy subamos a dar un paseo por Montserrat, para echar un ojo y ver qué tal sigue nuestra obra. O tal vez no. Lo único que sé con seguridad es que esta noche, por fin, iremos a cenar a Els Quatre Gats. Sí, esta vez sí. Al de verdad. Y, mientras estemos sentados a su mejor mesa saboreando el mejor de sus postres, recordaré todo lo vivido meses atrás en esta misma ciudad, y sonreiré.

Porque, amigos, tal como les decía al principio de nuestro relato, lo cierto es que, finalmente, todavía no puedo afirmar con seguridad si la vida está más cerca de ser una comedia o una tragedia. Sigo creyendo que el destino, el Supremo Hacedor, Godzilla, o como demonios quieran ustedes llamar a Dios, tiene un sentido del humor desastroso, de eso no hay duda. Pero si me permiten que comparta con ustedes un último argumento, lo que sí puedo afirmar sin miedo a equivocarme es que, con todo, trágica o cómica, al final la vida resulta ser algo maravilloso. Intenso, fugaz, siempre valioso, a veces amargo, a veces dulce, algunos días aburrido y muchísimas noches sorprendente, terriblemente bello y, sobre todo, sí, algo maravilloso… ¿No les parece?

When you're chewing on life's gristle
Don't gramble, give a whistle
And this'll help things turn out for the best.
And…
Always look on the bright side of life.
Eric Idle

Contenido

Prólogo
Libro primero: Un **infierno** con vistas a la ría
Canto I: Mi nombre es Legión
Canto II: Dante sin Beatriz
Canto III: Todo el mundo va al Carballo
Canto IV: El Príncipe, la Princesa, y el motivo más viejo del mundo
Canto V: Nuestro hogar será allí donde nos concedan el tercer grado
Canto VI: La peor idea del mundo
Canto VII: La mejor idea del mundo
Canto VIII: El púgil enamorado
Canto IX: Amor, Navidad, y otras mentiras
Canto X: Me voy, que me tengo que marchar
Libro segundo: Al **PURGATORIO** se entra por el Mediterráneo
Canto I: Dante y Virgilio llegan a Barcelona
Canto II: El Xoa King
Canto III: Dos amigos y un chino
Canto IV: Licor de flores
Canto V: Ti Spezzo le Gambe
Canto VI: Las treinta monedas de plata de Jordi Panerola
Canto VII: El aroma del *glamour*
Canto VIII: Un sitio fino
Canto IX: Pagando, San Pedro canta
Canto X: Cinco almas renacentistas en contacto con la naturaleza
Canto XI: Loor de santidad
Canto XII: Si habla como un idiota, y actúa como un idiota…
Canto XIII: Lo que no puede ser no puede ser (y, además, es muy difícil conseguir que te lleve el desayuno a la cama…)
Canto XIV: El último de todos los minutos
Canto XV: La noche oscura del alma

Canto XVI: Un coro de ángeles
Canto XVII: La afinación es un concepto demasiado sobrevalorado
Canto XVIII: No sé si esto que tengo es una idea muy buena o una subida de azúcar,pero por favor atendedme
Canto XIX: Amistades con fraude
Canto XX: Que Santa Lucía nos conserve la vista. O por lo menos los ojos en su sitio…
Libro tercero: Un **PARAÍSO** Made in China
Canto I: ¡Rocanrol!
Canto II: Si los negocios hacen extraños compañeros de cama, el delito los hace de excursión
Canto III: Una compañía divina. Bueno, casi…
Canto IV: Ocho monjes, una virgen, y muy poca virtud
Canto V: La hermosa historia de Bizcochito Betty y Pepino Caruso
Canto VI: La hora de la verdad
Canto VII: La hora de la verdad (y unos minutos después…)
Canto VIII: De ruido y nueces
Canto IX: El calibre 45 es un argumento más que convincente
Canto X: Cuatro gatas, un gato, nueve piojos y un mono
EPÍLOGO: Cien años de perdón